

E. ARMAND

**FORMAS DE VIDA EN
COMÚN SIN ESTADO
NI AUTORIDAD**

Las experiencias económicas y
sexuales a través de la Historia

Autor:
Emile Armand

Traductor:
Carlos Espinosa

Facsimil de la edición de 1934. Ed. ORTO

Cubierta:
equipo editorial

© Ed. Ricou (Hacer) c/. Valfogona, 40, bajos.
Tel. 219.82.00 - Barcelona, 12 (Espanya)

I.S.B.N. : 84-85348-14-1
Depósito Legal : B. 21.017 - 1982

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

I. G. SOCITRA s/la - Arquímedes, s/n., nave 3 - L'Hospitalet del Ll. (Barcelona)

hacer EDITORIAL

INDICE

Prólogo 7

PRIMERA PARTE

(Capítulo I al IV de la Historia del socialismo en los Estados Unidos, por Morris Hillquit)

Introducción – Socialismo utópico y experiencias comunistas 21

Capítulo I – Comunidades sectarias 25

” II – Período owentista 43

” III – Período furierista 69

” IV – Las comunidades icarianas 115

SEGUNDA PARTE

Capítulo I – Josiah Warren y Modern Times 145

” II – Oneida 159

” III – Anaheim y Vineland 175

” IV – Relahine, “utopía irlandesa” 187

” V – El Centro libre de Vaux 203

TERCERA PARTE

Capítulo I – Cosme, una Colonia que triunfó 231

” II – Fairhope. La Colonia del impuesto único 241

” III – La Ruskin Community 247

” IV – Whiteway 257

” V. – Llano Colony, Colonia cooperativa 267

CUARTA PARTE

Capítulo I – Los mormones 273

” II – Los doukhobors 285

” III – Los hutteristas 305

” IV – Las Colonias sionistas 317

PRÓLOGO

Desde que comenzó la amplia difusión de las ideas colectivistas, comunistas, cooperativistas y anarquistas (comunistas e individualistas), se han encontrado partidarios de estas doctrinas o concepciones para poner en práctica sus teorías. Diferentes móviles les impulsaban: Tan pronto se trataba de demostrar la practicabilidad de las tesis que sus adversarios pretendían irrealizables, como se proponía anticipar el advenimiento de la «Sociedad futura» o del «Reino de los Cielos», cuya venida tarda tan largo tiempo a juicio de la impaciencia sincera. Ciertos cristianos, socialistas o anarquistas, intentaban simplemente vivir al margen o apartados de una sociedad, en la que no podían soportar más la estructura antifraternal, la opresión capitalista o las bases autoritarias, según el caso.

Los medios libres, Colonias o Comunidades, han motivado abundantes discusiones en los periódicos y en los grupos socialistas o anarquistas. Sus adversarios —casi siempre doctrinarios ortodoxos— les han reprochado el no durar indefinidamente (?), sufrir contrariedades que «perjudican a la propaganda» y crear pequeñas aglomeraciones de indi-

ferentes a todo lo que no sea el reducido centro en que se desarrolla su vida.

Desde el punto de vista individualista del anarquismo, parece difícil mostrarse hostil a seres humanos que, contando solamente con su vitalidad individual, intentan realizar todas o parte de sus aspiraciones. Hasta no creyendo en el valor demostrativo de los «ensayos de vida en común», los anarquistas individualistas hacen tal propaganda en favor de las «asociaciones voluntarias», que encontrarían muchas dificultades para renegar de los lugares en que su tesis se practica con menos restricciones que en cualquier otro sitio.

Además de que muchas Colonias han prolongado su existencia durante muchas generaciones, habría que preguntarse por qué motivo quieren, los adversarios de las Colonias, que éstas duren indefinidamente, niegan su utilidad y no las consideran convenientes. Toda Colonia que funciona en el medio actual es un *organismo de oposición, de resistencia*, cuyos componentes pueden ser comparados con las células; cierto número no son apropiadas para el medio y se eliminan, desaparecen (éstas son los colonos que abandonan la Colonia después de una estancia más o menos prolongada). Las células que resisten, aptas para vivir en aquel medio especial, se desgastan más rápidamente que en el medio ordinario, a causa de la intensidad de actividad desarrollada. No hay que olvidar que, los miembros de las Colonias, han de luchar no solamente con el enemigo exterior (el medio social, cuya espantosa organización oprime a la idea hasta ahogarla), sino que también, en las actuales condiciones, contra el enemigo interior: prejuicios mal extinguidos que renacen de sus cenizas, laxitud inevitable, parásitos declarados u ocultos, etc... Es, pues, ilógico pedir a las

Colonias otra cosa que una duración limitada. Una duración demasiado prolongada es un signo infalible de desfallecimiento y relajación en la propaganda que toda Colonia se calcula que esparce. Tal es, al menos, la experiencia adquirida.

A los que proclaman que el fracaso, siempre posible, de las Colonias perjudica a la propaganda socialista, anarquista, comunista, tolstoiana, etcétera, según el caso, los protagonistas y defensores de las Colonias replican: «¿Acaso los fracasos de los hombres de ciencia les han impedido volver a comenzar, probablemente centenares de veces, el experimento destinado a conducirles al descubrimiento científico, entrevisto tan sólo en teoría y al que faltaba la consagración de la práctica? ¿Es que las conferencias anarquistas han atraído, a las ideas enunciadas por los propagandistas, tan gran cantidad de oyentes que se pueda afirmar que su propaganda oral haya dado un gran fruto? ¿Es que los periódicos, folletos, libros de inspiración libertaria, etc..., han producido tantos seres conscientes que su número resulte incalculable? ¿Es que la agitación en la calle ha producido la revolución en los cerebros y en las costumbres de una tal multitud de militantes, que el sistema anarquista, tolstoiano, comunista u otro, se encuentre transformado? Remitámonos a los fracasos vuestros y explicadnos primero por qué y cómo no habéis abandonado aún mítines, conferencias y escritos de toda clase. Después escucharemos las objeciones vuestras.»

Por otra parte, no puede comprenderse esta necesidad de duración indefinida, si se considera la Colonia por lo que ella significa: un *medio*, no un fin. Ignoramos absolutamente si la Colonia comunista, individualista o cooperativista, tiene alguna relación con una sociedad comunista, indi-

vidualista o cooperativista, que abarcara un vasto territorio o el planeta entero; por eso nos parece una locura presentar una Colonia como modelo o tipo de sociedad futura. Es un ejemplo de los resultados que ya pueden conseguirse, en el medio capitalista y autoritario actual, por los seres humanos decididos a vivir una vida relativamente libre, una existencia en la que no se conozca al moralista, al patrono y el prevailecimiento de los intermediarios, el sufrimiento evitable y la indiferencia social, etc... Es igualmente un «medio» educativo (una especie de *propaganda práctica*), individual y colectiva. Se puede ser contrario a los Centros libres, pero no hay persona de buena fe que deje de reconocer que la vida en una Colonia conduce más a la reflexión que las declamaciones ordinarias y los lugares comunes de las reuniones públicas.

¿Hemos hablado del resultado? —«¿Los partidarios de los Centros libres o Colonias, tienen a su favor los resultados?»— Esta es la pregunta que hace siempre cualquier adversario de la vida en común.

Se puede contestar con el ejemplo que proporcionan los grupos de los Estados Unidos, en cuyo territorio —sobre todo desde 1830 a 1880-1900— se ha esparcido un efectivo vivero de Colonias o Comunidades, escalonándose desde el individualista extremo al comunismo absoluto o dictatorial, pasando por toda suerte de tonos intermediarios: cooperativismo (owenista, furierista, henriegerista), comunismo libertario, colectivismo marxista, individualismo asociacionista, etc... Todo lo que la flora no conformista es susceptible de engendrar ha poblado y constituido estas agrupaciones; sectarios disidentes o herejes y ateos; idealistas y materialistas; puritanos y partidarios de la liber-

tad de costumbres; intelectuales y manuales; abstinentes, temperantes, omnívoros o partidarios de una alimentación especial, etc., etc...

Todos los sistemas han sido ensayados. Ha existido el régimen de la propiedad privada, cada cual propietario de su parcela la cultivaba y se guardaba los frutos, pero se asociaban para el gran cultivo, para la venta y la compra de productos. Se ha cultivado, vendido, comprado en común y se ha repartido a los asociados lo que necesitaban para el consumo, viviendo cada familia en su casa. Han vivido juntos en el mismo edificio, comiendo en la misma mesa y, a veces, hasta han tenido un dormitorio común.

El reparto de los productos puede tener lugar según el esfuerzo de cada cual medido, por ejemplo, por el tiempo de trabajo. Puede vivir cada cual con su parcela, propiedad individual en toda la extensión de la palabra, sin tener otra relación económica con los vecinos que la referente a los cambios o la venta. En fin, la propiedad del suelo puede pertenecer a una Asociación cuya sede esté fuera de la Colonia, no poseyendo los colonos la tierra más que a título de arrendamiento o concesión a largo plazo.

Todas o casi todas estas modalidades han sido practicadas en las Colonias de los Estados Unidos. El comunismo absoluto, sin embargo, no ha sido ensayado, quiero decir el comunismo llevado hasta el comunismo sexual, aunque en Oneida no se haya estado muy lejos de realizarlo. Por lo tanto, ha habido Colonias donde la libertad de costumbres ha sido tal, que han levantado contra ellas a las poblaciones vecinas y provocado la intervención de las autoridades.

Pues bien; ¿qué dicen de estos establecimientos y de sus habitantes los que los han visitado?

¿Qué decía William Alfred Hinds, que vivió en las Colonias? ¿Qué «inducciones» sacó de sus averiguaciones, a pesar de las «numerosas imperfecciones» de las Sociedades o Comunidades que existían en su época? (*American Communities*, páginas 425 a 428.) «Que el pauperismo y el vagabundeo eran desconocidos —así como los procesos y otras acciones judiciales onerosas—; que todas las posibilidades de cultura moral, intelectual y espiritual, estaban al alcance de todos los socios —que ricos y pobres eran desconocidos, porque todos eran a la vez proletarios y capitalistas—; que su prosperidad no dependía de una teoría única en las relaciones sexuales: las Comunidades monógamas habían resultado tan bien como las que admitían el celibato, y las que preconizaban el matrimonio múltiple no tuvieron menor éxito que las otras.» «Una comunidad ideal —concluye— es un hogar ampliado —una reunión de familias dichosas, inteligentes, conscientes—, un conjunto de viviendas, talleres, jardines vastos, espaciosos —de máquinas destinadas al ahorro del esfuerzo—, todas las facilidades empleadas para mejorar y hacer más feliz la condición en que cada cual contribuye al bien de todos. Semejante hogar se muestra superior al ordinario en todo lo que hace agradable la vida, como lo supera por las facilidades ofrecidas a los que constituyen esta Sociedad de camaradas. Si, por desgracia, penetra el espíritu de la disensión en una de estas Asociaciones, la experiencia demuestra que las dificultades y las miserias se multiplican en la medida que se le deja echar raíces.»

Charls Nordhoff, que había visitado unos veinticinco años antes estas Colonias americanas, no se expresaba de otra forma. Su investigación fué muy concienzuda (*The Communist Societies of*

the United States, 1875). Reconoce que los colonos no tienen un trabajo agotador, por regla general —que no tienen criados ni son perezosos—: que son honrados, humanos y atentos —que viven bien, de una manera mucho más sana que el tipo medio de los campesinos—; que son los que alcanzan una mayor longevidad entre los habitantes de la América del Norte—; que nadie, entre ellos, hace de la adquisición de las riquezas uno de los objetivos principales de la vida. El sistema de las Colonias libra a la vida individual de un cúmulo de preocupaciones atormentadoras... del temor de una vejez desgraciada. «Comparando la vida de un colono dichoso y próspero (es decir, de un colono que haya conseguido sus propósitos) con la de un mecánico o la de un campesino ordinario de los Estados Unidos —un país renombrado por su prosperidad y más especialmente por la existencia que disfrutaban las familias obreras—, confieso —concluye Nordhoff— que la vida de un colono está hasta tal punto libre de preocupaciones y de riesgos, que es tan fácil, tan preferible desde tantos puntos de vista y en todos los aspectos materiales de la vida, que deseo ver desarrollarse estas Asociaciones más y más en nuestras regiones.»

En su *Histoire du Socialisme aux Etats-Unis*, el socialista ortodoxo Morris Hillquit, no da una nota diferente. Sin embargo, es un adversario de estos experimentos, que califica de «socialismo utópico», cuya inutilidad declara francamente; pero, a pesar de todo, no puede negar la influencia bienhechora de la vida en común para el carácter de sus practicantes.

Ha existido una Colonia individualista anárquica, fundada por el iniciador de Benjamín R. Tucker, el famoso prudonista Josiah Warren. Esta Colonia.

denominada *Modern Times*, estaba situada en los alrededores de Nueva York. Un ensayista americano bastante conocido, M. Daniel Conway, la visitó hacia 1860, y sus conclusiones resultan tan favorables como las que acabamos de citar.

Se me dirá que se trata de Colonias creadas por gentes del Norte que pasan, por prueba y tradición, por más perseverantes que los latinos y meridionales en general. En el Brasil ha habido una Colonia, fundada exclusivamente por y para comunistas anarquistas italianos, la famosa Cecilia, que duró desde 1890 a 1891. Su iniciador, el doctor Giovanni Rossi, escribía respecto a ella las siguientes líneas, en *L'Università Popolare* de noviembre-diciembre de 1916:

«Para mí, que formé parte en ella, la Colonia La Cecilia no fué un fracaso... Ella se proponía un objeto de carácter experimental: darse cuenta si los hombres actuales son aptos para vivir sin leyes y sin propiedad individual... Hasta aquel momento, a la exposición doctrinaria de la anarquía, se objetaba: «Son ideas muy bellas, pero impracticables para los hombres actuales.» La Colonia Cecilia demostró que un centenar de personas, en condiciones económicas más pronto desfavorables, habían podido vivir dos años, con escasas diferencias y una satisfacción recíproca, sin leyes, sin reglamentos, sin jefes, sin códigos, bajo el régimen de la *propiedad común*, trabajando espontáneamente para la comunidad... El resumen, opúsculo publicado con el título *Cecilia, comunidad anarquista experimental*, conduce a esta conclusión. Fué redactado por mí y aprobado por la unanimidad de los colonos.»

Es decir, que no negamos los celos, desacuerdos, las luchas de influencias, escisiones y tantas otras formas de luchas intestinas, de más o menos

buenas leyes, que han devastado, deshecho, arruinado prematuramente a demasiadas Colonias o Centros libres, pero pretendemos que estas dificultades o traiciones se encuentran siempre que los hombres de espíritu avanzado se juntan, hasta cuando la reunión es con objeto puramente intelectual. En las Colonias, estas dificultades y estos choques son más evidentes, más visibles; eso es todo.

Tampoco niego que el sombrío cuadro descubierto en treinta años de estudio y observaciones me han llevado a considerar, desde el punto de vista ético (no digo económico), las circunstancias o los estados de comportamiento que voy a especificar, como los más propicios para hacer prosperar y prolongar los *centros de vida en común*, fueran sus miembros individualistas o comunistas:

a) El colono es un tipo especial de militante; todas las personas no son aptas para vivir la vida en común, para ser librecentristas. El colono tipo ideal, es un hombre desembarazado de los defectos y pequenezes que hacen tan difícil la vida en un terreno o espacio reducido; desconoce, pues, los prejuicios sociales y morales de los burgueses y pequeños burgueses. Buen compañero, no es envidioso, curioso, celoso ni chismoso; conciliador, se muestra muy severo consigo mismo e indulgente con los demás. Siempre en guardia para comprender a los otros, soportará de buen grado el no ser comprendido o el serlo poco; no «juzga» a ninguno de sus asociados; ante todo se examina a sí mismo, y, antes de emitir opinión en un asunto, da siete vueltas a su lengua en la boca, según el antiguo adagio. No pretendo que sea necesario que todos los aspirantes a colono hayan alcanzado este nivel para instalar un Centro libre; mantengo que, en general, el colono tipo tendrá en

cuenta este objetivo individual, y, esforzándose en conseguirlo, le quedará muy poco tiempo para preocuparse de las imperfecciones de los otros: antes de ser un colono exterior conviene serlo interiormente.

b) La práctica de un medio preparatorio ha dado siempre buenos resultados.

c) El número permite la agrupación, según afirmaciones; es más fácil encontrar entre doscientas que entre diez personas solamente algunos temperamentos que cuadren con el vuestro. El aislamiento individual es, lógicamente, funesto para la existencia de los Centros de vida en común.

d) Una gran dificultad es la mujer casada, legal o libremente, que entra en el Centro con su marido o compañero; si tiene hijos, la situación es peor. El colono tipo es célibe o se separa de su compañera (o si es mujer, del compañero, como es natural), antes de entrar en el Centro.

e) Nada de relaciones regulares entre los compañeros y compañeras, y el Centro tiene tantas más probabilidades de duración. Lo mismo ocurre cuando las compañeras son económicamente independientes de los compañeros, es decir, cuando no hay una sola compañera que no produzca y consuma fuera de toda protección o intervención de un compañero, cualquiera que éste fuera.

f) Todo Centro de vida en común debe ser un campo de experiencias ideal para la práctica de la «camaradería amorosa», del «pluralismo amoroso», de todo sistema tendente a la anulación del sufrimiento sentimental. Todo Centro de vida en común, donde los nacimientos son limitados, o las madres confían a sus hijos desde el destete (al menos durante el día) a educadores de vocación, donde el niño no esclaviza a la que lo ha dado al

mundo, tiene grandes probabilidades de durar más largo tiempo.

g) La Colonia que constituye un hogar intensivo de propaganda —hasta simplemente desde el punto de vista industrial: fabricación de un artículo especial, por ejemplo— aumenta sus probabilidades de duración; toda Colonia que se encierra en sí misma, que se repliega, hasta el punto de no irradiar al exterior, se deseca y perece bien pronto.

h) Es bueno que los participantes de los Centros de vida en común se traten, sobre todo los sexos opuestos; que se junten en las reuniones de distracción o de conversación, comidas en común, etcétera...

i) El régimen parlamentario no ha demostrado valor alguno para la buena marcha de las Colonias, que exige la decisión y no la discusión. El sistema del animador, del árbitro que inspira confianza a los asociados y la conserva, cualquiera que haya sido el método administrativo adoptado, parece haber tenido con preferencia el mejor éxito. Esta ha sido una observación que no he sido yo sólo el que la ha hecho. En su obra *Les Colonies Communistes et Cooperatives*, M. Charles Gide, escribe: «Toda Asociación, cualquiera que sea —no solamente las Asociaciones comunistas, sino la más modesta Sociedad de Socorros Mutuos, todo Sindicato, toda Cooperativa— debe su nacimiento a algún individuo que la ha creado, que la mantiene, que la hace vivir; y si no encuentran al hombre que hace falta no fructifican jamás.» Palabras que hay que meditar y que confirman el estudio de la historia de las Colonias.

j) La duración de toda Colonia es factor de un pacto o contrato, poco importa el nombre del instrumento, que precise lo que el Centro espera de

los que participan en su funcionamiento y lo que éstos tienen derecho a esperar de él. Los gastos y beneficios deben equilibrarse y es necesario que estén previstos con antelación los casos de rescisión y las consecuencias que implican; en fin, el contrato definirá a qué persona se confía el arreglo, en caso de litigio o diferencia.

El atento estudio de las Colonias y Centros de vida en común —y esto queda implicado en las observaciones anteriores— me lleva a la conclusión de que la duración de un Centro de este género es función de las realizaciones particulares que ofrece a sus miembros y que, a éstos, les es imposible encontrar en el medio exterior. Estas realizaciones pueden ser de uno u otro orden, pero la persecución del éxito puramente económico no es suficiente, porque el exterior ofrece muchas más ocasiones de lograrlo que la Colonia mejor organizada. Esto es lo que explica el resultado satisfactorio de las Colonias de base religiosa, siempre compuestas de sectarios, cuyos adheridos no se juntaban más que en estas Agrupaciones, o cuyas creencias, o modo de vida, no podían manifestarse más que en privado.

Simplemente deseo que estas observaciones sean tomadas en consideración por la persona que piense fundar una Colonia, medio libre o Centro de vida en común; no perderá con ello el tiempo.

* * *

El mejor comentario a esta introducción es la relación poco conocida en España, según creemos, de la historia de los ensayos de vida en común a que nos acabamos de referir. No podemos imaginar el presentar una relación detallada de todos los ensayos que, sobre los diferentes puntos

del globo, se realizaron y duraron un período más o menos largo.

Para presentar una fisonomía bastante exacta del movimiento de los Centros de vida en común y Colonias, ordenamos en este volumen:

1.—Una traducción de los cuatro primeros capítulos de la *Historia del Socialismo en los Estados Unidos* (1), por Morris Hillquit, que describen los experimentos comunistas de este país hasta el final del siglo XIX.

2.—Monografías de Colonias o Comunidades que no figuran en estos capítulos, comprendida la famosa utopía irlandesa de Ralahine, el movimiento de las Colonias comunistas de Holanda y el Centro libertario de Vaux, en Francia.

3.—Algunas monografías de ensayos más modernos, de los cuales subsisten algunos todavía.

4.—Estudios sobre los mormones, los doukhobors y otras Comunidades parecidas, así como sobre las Colonias sionistas.

5.—Monografías de Colonias consideradas como originales (curiosas) y de Centros que, no figurando entre las Colonias, han vivido o se desarrollan al margen de las presiones sociales.

(1) En las Colonias y Comunidades de América del Norte han participado siempre personas pertenecientes a toda clase de nacionalidades, lo que les confiere un carácter verdaderamente internacional.

Primera Parte

(Capítulos I al IV de la Historia del Socialismo en los Estados Unidos, por Morris Hillquit)

INTRODUCCIÓN

SOCIALISMO UTOPICO Y EXPERIENCIAS COMUNISTAS

Son numerosas las causas que contribuyeron a hacer de este país (los Estados Unidos) el principal teatro de las experiencias de las utopías socialistas de todas las naciones.

Los experimentadores socialistas, en general, esperaban que sus Agrupaciones se desarrollaran gradualmente, hasta convertirse en Sociedades completas de una civilización superior. A este objeto, necesitaban vastas extensiones de terreno barato en parajes alejados de las influencias corruptoras de la vida moderna, y la América, a prin-

cipio y mitad del siglo XIX, poseía numerosas tierras que reunían dichas condiciones.

Además, las posibilidades agrícolas e industriales de estos países jóvenes y nuevos, la libertad política y la tolerancia religiosa que se disfrutaba en este territorio, debían seducir a las avanzadas de un nuevo orden de cosas.

El número de Colonias comunistas y semicomunistas fundadas en América, en el siglo XIX, ofrece materia para estudios serios.

Noyes, en 1869, da un resumen de sesenta Comunidades, sin hablar de la Sociedad de los Shakers. En 1875, Nordhoff enumeraba dieciocho Sociedades de Shakers, que comprendían cincuenta y ocho «familias» separadas y doce Comunidades religiosas más, de las cuales tres eran ya mencionadas por Noyes. Tres años más tarde, Mr. Hinds, menciona dieciséis nuevas Comunidades, unas creadas y otras a punto de formarse. Mr. Shaw, en 1884, asegura que, en el curso de sus investigaciones, ha visitado cincuenta Comunidades organizadas después de 1870, y Alexander Kent escribía en 1901 que veinticinco nuevas Comunidades y Hermandades estaban establecidas entonces.

Refiriéndonos a estos autores, podemos asegurar que fueron fundados muchos centenares de Comunidades en los Estados Unidos durante el pasado siglo y que el número de personas que, en un momento u otro, participaron en estos experimentos, puede ser evaluado en muchas centenas de millares.

La historia de estas Comunidades es tan variada como su clasificación, teniendo en cuenta su objetivo y sus miras particulares; pero aquí nos vamos a ocupar, sobre todo, de las que participaron de un movimiento general que, directa o indirectamente, se relaciona con una utopía socialista.

Podemos dividir las en cuatro grupos:

1. *Comunidades sectarias.*—Este grupo comprende a los shakers, los perfeccionistas y muchas Comunidades organizadas por los emigrantes alemanes. El objetivo principal de todas estas Comunidades fué el libre ejercicio de sus creencias religiosas particulares. Su comunismo no fué más que un hecho secundario, introducido en algunos sitios como formando parte del sistema religioso; en otros fué como una medida preservadora de la integridad de la secta y para sustraer a sus miembros a las influencias del mundo exterior.

Estas Comunidades no tuvieron teorías generales de transformación social; no hicieron propaganda alguna por el comunismo y no establecieron sus Agrupaciones para servir de modelo a los otros, sino como un retiro o refugio para sus miembros. Fueron comúnmente designadas con el nombre de Comunidades religiosas, pero creemos que este nombre responde más a su objeto que a su carácter. Lo que las distingue de las otras Comunidades no es que tuvieran una religión, porque la han tenido también en las otras Agrupaciones, sino el hecho de que sus creencias y prácticas religiosas tenían una naturaleza particular y sectaria.

Estas Comunidades son las primeras instituidas y las más numerosas; algunas existen aún, pero en la historia del movimiento social jugaron un papel secundario poco importante y, por esta razón, daremos un breve resumen de las principales y más características de ellas.

2. *Comunidades owenistas.*—Grupo de Comunidades fundadas directamente por Owen o bajo la influencia de sus teorías. Fueron las primeras organizadas en el país con vistas a propagar una teoría social. Doce de estas Agrupaciones solamente han sobrevivido, aunque probablemente han exis-

tido muchas más. El período de estas experiencias se extiende de 1825 a 1830.

3. *Comunidades fourieristas.*—Estas Comunidades fueron organizadas por discípulos americanos. En sus planes de organización se esforzaron por aproximarse lo más posible al ideal de comunidad industrial, designado en el sistema Fourier con el nombre de Falanges. Y muchas de ellas se denominaron, en efecto, Falanges.

El fourierismo fué el primer sistema socialista que ha conseguido la importancia de un movimiento nacional en los Estados Unidos. El movimiento duró diez años —de 1840 a 1850— y produjo más de cuarenta ensayos sociales en las diferentes regiones del país.

4. *Comunidades icarianas.*—Las Agrupaciones icarianas fueron una serie de ensayos que tuvieron su origen en la simple iniciativa de un francés, Esteban Cabet, y aunque las encontramos diseminadas en cinco Estados diferentes, proceden de un mismo origen.

La Comunidad originaria Icaria fué fundada en 1848, y sus numerosos retoños, formados por una corriente constante de cismas y emigraciones, prolongaron su existencia durante más de medio siglo.

El movimiento icariano desarrolló alguna fuerza en la segunda mitad del siglo pasado, pero tuvo poca influencia después de este período. Aunque emprendido sobre el suelo americano, este ensayo fué conducido tan sólo por franceses y tuvo una influencia muy pequeña sobre el movimiento socialista moderno.

CAPITULO PRIMERO

COMUNIDADES SECTARIAS

I.—Los shakers

Entre las Comunidades sectarias de los Estados Unidos, la Sociedad de los Shakers es una de las más antiguas. La primera Agrupación fué establecida en Watervliet (Nueva York), en 1776. La fundadora del movimiento y primera *leader* de la Sociedad fué «Mother» Ann Lee, una inglesa iletrada que con un puñado de adeptos llegó a este país, en 1774, para escapar a las persecuciones religiosas de su patria.

Ann Lee murió en 1784 y fué remplazada por James Whitaker, Joseph Meacham y Lucy Wright, bajo cuya dirección la Sociedad se enriqueció mucho, ganó adeptos y creó cierto número de Comunidades semejantes. Lo que contribuyó a la extensión de este movimiento fué el despertar religioso, que se produjo al final del siglo XVIII y a comienzos del XIX, y especialmente el movimiento religioso paralelo, que se desarrolló en el Kentucky, en 1800, y que duró muchos años.

La Sociedad de los Shakers parece haber alcanzado su más grande desarrollo en el segundo cuarto del siglo pasado, cuando el total de sus miembros

pasaba de 5.000. En 1874, Nordhoff indica que la población total de los shakers era de 2.415; este número se redujo a 1.728, en 1890, y quedan pocos más de 500 actualmente.

Los shakers se dividen en tres clases u órdenes.

1. *Los novicios*.—Estos son los aspirantes a la Iglesia de los Shakers, oficialmente denominada la Iglesia del reino milenar (milenial church) o Sociedad de los Creyentes (United Society of Believers). Pero viven fuera de la comunidad y se ocupan de sus propios asuntos temporales.

2. *Los jóvenes (juniors)*.—Estos pasan a ser miembros después del noviciado religioso. Residen en la Sociedad y abandonan temporalmente su propiedad individual, pero pueden volver al mundo y recobrar lo que les pertenece.

3. *Los mayores, u Orden de la Iglesia (The seniors or church order)*.—Esta Orden comprende a las personas que han abandonado totalmente su propiedad y se han dedicado irrevocablemente al servicio de la Iglesia de los Shakers.

El nervio de la organización de la Sociedad es la «familia», que reúne un centenar de personas, algunas veces más, hombres y mujeres. Viven juntos en una casa común y, en general, explotan una o varias industrias, además de su explotación agrícola.

Los intereses espirituales de la familia son administrados por los de más edad (*elders*) y los asuntos temporales por los diáconos (*deacons*).

Varias familias, generalmente cuatro, constituyen una Sociedad.

El Gobierno central es un Consejo ejecutivo, llamado el Ministerio (Ministry or bishopric) y lo forman dos hermanos y dos hermanas mayores; el jefe del Ministerio se denomina *leading elder or leading character* (mayor principal o carácter

principal). El Ministerio nombra los diáconos y aquél, con éstos, los jefes de taller (*caretakers*), de las diferentes industrias.

El jefe del Ministerio provee las vacantes que se producen en el mismo y nombra a su propio sucesor. Cada funcionario de la Sociedad, espiritual o temporal, toma las órdenes de su inmediato superior, y las mujeres están representadas, en todos los Cuerpos administrativos, de la misma manera que los hombres.

La doctrina principal de su credo particular es que Dios es una dualidad, hombre y mujer; Jesús representa al elemento masculino y Ann Lee al femenino. El hombre, creado a imagen de Dios, presentaba también esta dualidad en su origen; la separación de los sexos se efectuó cuando Adán pidió un compañero y Dios, escuchando su demanda, retiró a Eva de su cuerpo. Este fué el primer pecado cometido por el hombre; por lo tanto, los shakers consideran el matrimonio como una cosa vil y se conservan estrictamente célibes.

Dividen la Historia de la Humanidad en cuatro ciclos, cada uno de los cuales tiene cielos e infiernos distintos. El primer ciclo comprende el período que abarca de Adán a Noé; el segundo es el período judío hasta el advenimiento de Jesús; el tercero se extiende hasta la aparición de Ann Lee; el cuarto o «cielos de la última ley» (*heaven of last dispensation*), está ahora en vías de formación y comprende el período de los shakers.

Afirman estar en relación con el mundo espiritual, y las revelaciones que reciben de los espíritus se traducen, generalmente, por violentas convulsiones; esta característica particular fué la que les valió su primer nombre de shaking quakers (tembladores convulsionistas) y después shakers (tembladores).

Los shakers llevan una vida sana y regular. Se acuestan hacia las nueve y se levantan a las cinco; desayunan a las seis, comen a mediodía y cenan a las seis. Su alimentación es simple y suficiente; sus platos favoritos son legumbres y frutas y algunos no comen nunca carne. Verifican sus comidas en una sala común, pero hombres y mujeres se agrupan en mesas diferentes.

Los dormitorios, comedores y almacenes muestran una limpieza minuciosa y un orden meticuloso.

Sus distracciones son poco numerosas y de naturaleza apacible. Los instrumentos musicales no les son simpáticos; la lectura queda restringida a los libros instructivos y útiles. Los cantos de himnos y los discursos son frecuentes en las salas de asamblea, pero más tarde comenzaron a practicar algunos deportes al aire libre, tales como excursiones, criquet y tenis.

El comunismo de los shakers forma parte de su sistema religioso, pero se extiende a la familia solamente. En el conjunto no hay Comunidad alguna de propiedad en la Sociedad de los Shakers; una familia puede poseer grandes riquezas, mientras que otra puede ser comparativamente pobre. Los shakers están actualmente divididos en catorce Sociedades, dispersas en los Estados del Maine, New Hampshire, Massachusetts, Connecticut, New York, Ohio, Kentucky y Florida, y sus riquezas, reunidas, se evalúan en millones de dólares; sus posesiones en tierras, solamente, se elevan a más de 100.000 acres (405.000 hectáreas).

II.—Los armonistas

A unas cuantas millas de Pittsburg (Estado de Pensilvania), se encuentra un pueblecito formado por un centenar de casas; hace algunos años pertenecía a algunos ancianos de costumbres puritanas, que ejercían una severa vigilancia en la forma de vida de sus habitantes.

El nombre de este pueblo era Economy, y los pocos autócratas que lo vigilaban eran los últimos supervivientes de una Comunidad que en otro tiempo fué próspera y floreciente. La Comunidad, oficialmente denominada Harmony Society, fué más ordinariamente conocida con el nombre de Comunidad rapista (Rappist Community) y tuvo una historia fecunda en acontecimientos que llena un período de casi un siglo entero.

Su fundador, George Rapp, fué el jefe de una secta religiosa de Wurtemberg, denominada Los Separatistas. Las creencias particulares de la secta provocaron las persecuciones del Clero y del Gobierno y, en 1804, Rapp abandonó Alemania con 600 adeptos y llegó a los Estados Unidos por Baltimore y Filadelfia.

El cuerpo principal de los emigrantes estaba formado por campesinos y artesanos, pero entre ellos se encontraban también hombres de una liberal educación, y uno de ellos, Frederick Reichert, hijo adoptivo de George Rapp, tenía un gusto artístico muy desarrollado y un verdadero talento de administrador. La primera Comunidad que establecieron fué Harmony, en el condado de Lycoming (Pensilvania), y en el espacio de algunos años construyeron numerosas viviendas, una iglesia, una escuela, varios talleres y roturaron algunos centenares de acres de terreno.

Pero, a pesar de su prosperidad aparente, pensaron que el lugar de su instalación había sido mal elegido; en 1814, vendieron sus tierras con todos los instrumentos por 100.000 dólares y se fueron a Posey County (Indiana), donde compraron una extensión de 30.000 acres de terreno (121.50 hectáreas).

Su nueva residencia fué pronto valorizada y se convirtió en un centro de actividad importante para los pueblos vecinos. Su riqueza e importancia se acrecentaron, recibieron numerosos adheridos de Alemania y, hasta 1842, su Comunidad reunió alrededor de 1.000 personas.

En este año cambiaron de residencia nuevamente. La fiebre de las marismas (malaria) infestaba la Agrupación, obligándoles a buscar comprador y cuando al fin lo encontraron en la persona de Robert Owen, adquirieron la propiedad de Economy y se instalaron allí inmediatamente.

El duque de Saxe-Weimar, que les visitó en 1826, cuenta el rápido desarrollo del nuevo pueblo, y quedó entusiasmado de la limpieza y orden que allí reinaba, de la belleza de las casas, de la organización de almacenes y talleres y del aparente bienestar de los socios.

Una vez solamente fué turbado seriamente el curso apacible de su vida. En 1831, el «conde Maximiliano de León» llegó a Economy con soberbio aparato, rodeado de numerosos adeptos y, pretendiendo estar de acuerdo con las ideas religiosas de los colonos, les expresó su deseo de unirse a ellos.

Estas sencillas gentes lo acogieron con mucha cordialidad y lo admitieron en la Sociedad sin meterse en averiguaciones. El «conde de León», cuyo verdadero nombre era Bernhard Müller y era un aventurero, comenzó por minar las creen-

cias de los armonistas y predicar los placeres del mundo; con sus maneras insinuantes y dulzonas se ganó la confianza de muchos socios y, cuando la separación se hizo inevitable y se contaron los afiliados a cada grupo, 500 socios siguieron fieles al padre Rapp, mientras 250 se declararon por el «conde». La minoría recibió la suma de 105.000 dólares por su parte de propiedad común y con «De León» a la cabeza marcharon hacia Fillipsburg, donde intentaron establecer otra Comunidad, pero su jefe escapó bien pronto hacia Alejandría con el dinero, y los escisionistas se dispersaron.

Mientras tanto, los economistas reconquistaron rápidamente su prosperidad. Cuando se declaró la guerra civil tenían alrededor de medio millón de dólares en caja, que enterraron en su jardín para más seguridad hasta que terminó la guerra.

Los armonistas no eran celibatarios al principio de la empresa, pero en 1807, durante un «intenso movimiento religioso», hombres y mujeres, de común acuerdo, decidieron romper los nudos del matrimonio y desde entonces «no se verificó matrimonio alguno en Harmony y ya no hubieron más nacimientos».

Aparte su celibato, los armonistas no fueron unos ascetas: una buena comida y un vaso de cerveza buena les regocijaba, y en el primer período de su historia, cuando los socios eran más numerosos y más jóvenes, llevaban una alegre vida.

Su comunismo, como el de los shakers, formaba parte de su sistema religioso y estaba limitado a los socios de la Comunidad. Cuando la población aumentó y sus ocupaciones fueron menos numerosas, no emplearon más trabajadores asalariados; pero como su número disminuyó y las industrias se desarrollaron, hubieron de tomar obreros del

exterior y en tal cantidad que su proporción era de diez a uno con relación a los propios armosnistas.

Al principio de este siglo, la Comunidad evolucionó hacia una Asociación limitada de capitalistas que poseía tierras, pozos de petróleo y caminos de hierro, y en ocasiones realizaba negocios de Banca. No admitieron socio nuevo alguno, no tuvieron hijos, y la Sociedad se disgregó poco a poco, a medida que sus miembros morían.

En 1904 fué completamente disuelta esta Sociedad, y la propiedad se dividió entre los escasos supervivientes.

III.—Zoar

La Comunidad de Zoar, como la de Economy, fué fundada por emigrantes separatistas llegados de Wurtemberg. Durante cierto número de años, los fundadores de la secta sostuvieron una obstinada lucha contra el Gobierno de su país; la enemistad de que eran objeto había sido provocada, en primer lugar, por sus doctrinas religiosas particulares, pero principalmente por su negativa a servir en el ejército y a enviar a sus hijos a las Escuelas públicas. Fueron arrestados y metidos en las cárceles, luego erraron de pueblo en pueblo hasta que determinaron marchar a los Estados Unidos, buscando refugio contra las persecuciones y la intolerancia de su país natal. La generosa ayuda de algunos cuáqueros ricos de Inglaterra les permitió pagarse el viaje y, en 1817, el primer destacamento de la Sociedad —alrededor de 200 socios— llegó a Filadelfia, capitaneado por Joseph Baüme-ler, jefe elegido por ellos

Inmediatamente después de su llegada compraron algunos millares de acres de terreno en la región de Tuscarawas (Ohío), roturándola en su mayor parte, y construyeron cierto número de viviendas para los miembros de la Comunidad, de los que habían muchos trabajando para los labradores vecinos mientras se terminaban los preparativos.

El pueblo edificado así se llamó Zoar.

La tierra, sobre el importe de la cual sólo se había pagado una pequeña cantidad a cuenta, se compró a nombre de Joseph Baümeler y fué distribuída entre los socios para su cultivo mediante el convenio de pagar cada uno de ellos su correspondiente parcela. Los zoaritas no tenían la intención de formar una Sociedad comunista, pero entre ellos se encontraba cierto número de personas viejas o enfermizas a quienes resultaba pesada la tarea de pagar su parte de terreno y bien pronto resultó evidente que fracasaría la empresa si no se adoptaba otra organización.

En abril de 1819, después de un juicio contradictorio de la situación, resolvieron poner en común sus productos y esfuerzos y a partir de este momento prosperaron. Montaron talleres de carpintería y ebanistería, herrerías, apacentaron ganados y ganaron algún dinero trabajando para los labriegos de la vecindad.

La construcción de un canal a través de su propiedad, en 1827, fué una verdadera fortuna para ellos, pues consiguieron un contrato para efectuar una parte de trabajo, lo que les reportó unos 21.000 dólares, asegurándoles una salida para muchos de sus productos. En un lapso de tiempo muy corto saldaron la hipoteca que pesaba sobre su propiedad y adquirieron nuevos terrenos.

Sus primeros éxitos son debidos, en gran parte,

a la sabia administración de su jefe, Joseph Bäumeler. Este era un hombre de una educación poco extensa, pero dotado de grandes cualidades naturales; durante los últimos años escribía su nombre: Bimeler. Fué el jefe temporal y espiritual de la Comunidad y tenía la dirección general de los negocios; atendía las operaciones emprendidas con el mundo exterior y, los domingos, predicaba a los zoaritas su religión en sus diferentes aspectos. Muchos de sus sermones fueron recopilados e impresos después de su muerte, formándose tres volúmenes importantes que fueron conservados cuidadosamente por sus adeptos.

Los zoaritas prohibieron el matrimonio desde el principio, pero después de diez o doce años de celibato pensaron «que no era bueno para el hombre el vivir solo», y abolieron aquella prohibición.

Se dice que el cambio de opinión, referente al matrimonio, fué debido al hecho de que Joseph Bimeler se enamoró de una linda sirvienta, que la Comunidad le asignó cuando ya tenía una edad bastante avanzada. El caso es que el jefe de Zoar, fué uno de los primeros que usaron del nuevo privilegio.

En 1832, la Sociedad cayó bajo el golpe de las leyes del Estado de Ohío y adoptó el nombre de Sociedad de los Separatistas de Zoar (The Society of Separatists of Zoar).

La administración de los asuntos de la Sociedad fué dada a tres administradores, que nombraron los inspectores de las diferentes empresas y asignaron a cada socio su trabajo, teniendo siempre en cuenta las aptitudes y las inclinaciones de cada cual. Tuvieron un Comité permanente de arbitraje, compuesto de cinco socios, al que se sometían todas las diferencias, y también celebraban asambleas anuales en cada pueblo, en la que todos los

socios de una edad determinada, hombres y mujeres, tenían el derecho a votar.

El apogeo de su desarrollo parece que se alcanzó en el momento en que el número de los socios pasó de quinientos. En 1874, según Nordhoff, eran aún unos trescientos y poseían una propiedad que pasaba de un millón de dólares.

Durante todo el tiempo que la Comunidad fué pobre y hubo que luchar rudamente por la existencia, reinó una perfecta armonía entre los socios; pero cuando adquirió una riqueza considerable «vino la tentación» y, de cuando en cuando, socios descontentos trataban de lograr la disolución de la Comunidad y el reparto de la propiedad. Así que, en 1851 y 1862, los más antiguos socios presentaron a los tribunales de Ohío demandas de reparto, que fueron rechazadas.

No por esto dejaron los descontentos de perseguir la disolución de la Comunidad; en 1895, el movimiento tomó una extremada importancia, gracias al apoyo de Leví Bimeler, descendiente del venerable fundador de Zoar y también zoarista.

Continuó la discusión durante tres años y, al cabo de este tiempo, se hizo muy enconada, durando hasta que los descontentos consiguieron ganar la causa, en la Asamblea anual de 1898. Por acuerdo general se eligieron tres zoaritas para efectuar un reparto equitativo y cada socio recibió alrededor de 1.500 chelines.

IV.—Amana

Amana fué la más importante de las Comunidades sectarias, desde el punto de vista del número. Se fundó, en la primera mitad del siglo XVIII, por una secta religiosa procedente de Alemania y de-

nominada: La Sociedad de la Verdadera Inspiración (The True Inspiration Society).

El dogma principal de su creencia era que Dios, de cuando en cuando, se revela a los hombres; que inspira a ciertas personas y las convierte así en los instrumentos directos de su voluntad.

De 1820 a 1840, un gran número de creyentes corrieron hacia los inspirados de la Sociedad, Christian Metz y Bárbara Heynemann, a un lugar llamado Armenburg, en Alemania. Encontraron colocación en las fábricas de los alrededores y su existencia material parecía asegurada; pero las frecuentes persecuciones que hubieron de sufrir de parte de las autoridades hizo imposible su permanencia en Alemania.

En este momento, Metz tuvo dos inspiraciones sucesivas: una le incitaba a llevar a la Comunidad entera fuera de Alemania; la otra le designaba a los Estados Unidos como la futura residencia de los inspirados.

Hacia el final de 1842, Metz, acompañado de cuatro de sus fieles, llegó a Nueva York y compró unos 5.000 acres de tierra —2.025 hectáreas—, cerca de Búffalo; durante los dos años siguientes se les reunieron más de seiscientos de sus «hermanos» de Alemania y, agrupándose en la tierra comprada por Metz, formaron la Comunidad de Ebenezer.

Como los zoaritas, no pensaron al principio fundar una Agrupación comunista, pero entre sus socios habían algunos que, acostumbrados al trabajo de las fábricas y talleres, no podían hacerse a la vida agrícola y, para retener a estos socios, fué necesario construir obradores y talleres, lo que no se pudo realizar más que poniendo en común el esfuerzo y el trabajo de todos.

«En este momento —cuenta uno de sus socios—

nos llegó la inspiración de juntar nuestras fuerzas y de vivir en comunidad; pronto nos apercebimos de que era imposible hacerlo de otra manera.»

El número de asociados aumentó rápidamente, y la superficie de terreno que ocupaban ya no era suficiente para las necesidades de su creciente población; en estas condiciones no es de extrañar que «la inspiración les mandara» ir hacia el Oeste.

En 1855 compraron alrededor de 18.000 acres de terreno, cerca de Davenport, en el Estado de Iowa, y allí establecieron la Sociedad de Amana (Amana Society), que existe aún floreciente, habiendo más que doblado su población inicial (1). Actualmente la comunidad comprende siete pueblos, separados y habitados por unas 1.800 personas.

Los nombres de estos pueblos son: Amana, East Amana (Amana del Este); Middle Amana (Amana del medio); Amana near the hill (Amana junto al collado); West Amana (Amana del Oeste); South Amana (Sud Amana), y Home Stead (Hogar).

Estos pueblos se extienden sobre un espacio de milla y media (dos kilómetros y medio), y cada cual posee, separadamente, escuela, hotel, almacenes y talleres. Cada pueblo administra sus propios asuntos y lleva su contabilidad particular, pero todas las cuentas se envían anualmente a la Dirección General de Amana, para su aprobación. El jefe y los mayores del pueblo se reúnen en consejo cada día, preparando el trabajo para el siguiente y distribuyen entre los socios las labores a hacer, según las estaciones. La administración central de la comunidad está confiada a trece administradores,

(1) No hay que olvidar que esto ha sido escrito a principios del siglo xx: actualmente, creemos que no existen más que los vestigios de Amana.—E. A.

elegidos anualmente por el voto de los hombres: los administradores eligen su presidente.

Cada familia vive en una casa separada, pero tienen un comedor general —habitualmente hay muchos en cada pueblo— donde hombres y mujeres comen en mesas diferentes, «para evitar la conducta ligera y las conversaciones necias u ociosas».

Para subvenir a sus pequeños gastos, cada socio tiene asignada una determinada cantidad; un adulto recibe de cuarenta a cien chelines anuales, según su situación y su trabajo; una mujer, de veinticinco a treinta, y un niño, de cinco a diez chelines.

Los almacenes municipales del pueblo contienen todas las mercancías necesarias a los amanitas, y éstos pueden procurarse cuantas desean, hasta el límite de la suma que tienen asignada; si queda un saldo a favor del comprador, se le abona en cuenta para el año siguiente.

En sus escuelas dan una misma importancia a la educación intelectual que a la manual; los niños de siete a catorce años van a la escuela todo el año, y en invierno, solamente, los de catorce a los veinte. Los amanistas visten y viven con sencillez, pero confortable y alegremente; comen cinco veces al día y de manera abundante; son poco activos en el trabajo y, durante las cosechas, emplean «auxiliares» asalariados.

No defienden ni estimulan el matrimonio y hasta se dice que una vez expulsaron a su gran y divino «inspirado», porque tenía demasiadas complacencias para la gente joven.

De todas formas, el matrimonio no está permitido más que con la autorización de los administradores y cuando el esposo ha cumplido veinticuatro

años; las bodas son unas tristes ceremonias que, algunas veces, se parecen a los funerales (1).

V.—Bethel y Aurora

El pueblo de Bethel, en el condado de Shelby (Missouri), y el de Aurora, cerca de Portland (Oregón), fueron Comunidades hermanas, ambas fundadas por el doctor Keil; Keil tuvo una vida bastante agitada. Nacido en Prusia, en 1812, fué ebanista, hasta su partida a los Estados Unidos; después de una corta permanencia en Nueva York, volvió a Pittsburg, donde ya estuvo a su llegada de Europa. Haciéndose pasar por sabio, practicaba curas magnéticas y pretendía tener un libro mágico que contenía recetas escritas con sangre humana; a los treinta años sufrió un cambio repentino: se convirtió en creyente, quemó sus libros e ingresó en la Iglesia metodista, pero la abandonó muy pronto; creó una nueva secta y juntó a su alrededor una multitud considerable de gentes sencillas, la mayor parte alemanes y pensilvaneses de origen holandés.

En 1844, se le reunió un cierto número de los separatistas de Economy, abandonados por el infiel «conde de León», como hemos visto, y éste fué el momento en que se les ocurrió la idea de fundar una Agrupación comunista a Keil y sus adeptos. Con este objeto, compraron unos 2.500

(1) *The Public Service Magazine*, de febrero de 1932, anuncia que Amana está a punto de transformarse en Asociación capitalista, no teniendo ya la fe ni el espíritu de los fundadores de la Colonia los jóvenes de la Comunidad, educados en la universidad de Iowa.

acres de tierra (más de 1.000 hectáreas), en el territorio de Shelby (Missouri); éste fué el núcleo de Bethel. Los colonos parece que tenían muy pocos recursos, pero poseían una reserva de actividad y resistencia incalculables y, al cabo de unos años, habían cultivado una gran parte de sus tierras; construyeron una fábrica de tejidos de lana, un molino de trigo, una serrería, varios almacenes, una iglesia y un depósito general; como habían aumentado sus dominios en unos 1.500 acres —lo que elevaba su propiedad a más de 1.600 hectáreas—, el Gobierno les puso una oficina de Correos. En diez años su Agrupación se convirtió en una pequeña ciudad, con una población de unos 650 habitantes.

Pero el espíritu inquieto de Keil le incitaba a nuevos ensayos. En 1855 lo encontramos a la cabeza de un grupo de ochenta antiguos habitantes de Bethel, que habían dejado la costa del Pacífico en busca de una tierra fértil y barata; al año siguiente fundó la Comunidad de Aurora (Oregón).

Los habitantes de la nueva Agrupación procedían unos del exterior y otros de Bethel, elevándose bien pronto al número de cuatrocientas personas; adquirieron más de 18.000 acres (más de 7.000 hectáreas) de tierra, en los diferentes condados del Oregón, duplicando todas las industrias de Bethel, y se dedicaron al cultivo de árboles frutales y a la manufactura, en gran escala, de sus productos.

El funcionamiento y modo de vida fueron los mismos en ambas comunidades; Keil era el presidente de las dos poblaciones y era ayudado en su administración por un Consejo. Hasta 1872, todos los bienes muebles e inmuebles de Bethel y Aurora estaban adquiridos e inscritos a nombre del doctor Keil; pero dicho año hizo el reparto de

estos bienes y entregó a cada socio adulto un título que le daba derecho a una parcela de terreno; este reparto no fué, sin embargo, más que una simple fórmula, y la administración de los pueblos siguió siendo puramente comunista, como antes.

Estaba permitido a los socios de las dos Comunidades escoger sus ocupaciones y cambiarlas a voluntad; trabajaban a su placer, sin control alguno establecido, reclutando los jefes e inspectores de entre ellos mismos, por el procedimiento de la selección natural.

La Comunidad no solamente toleraba el matrimonio, sino que lo estimulaba y mantenía la vida familiar. Cada familia tenía su casa particular y una cantidad de ganado, suficiente para sus necesidades. La harina y otros alimentos eran abastecidos por la comunidad, en la cantidad deseada, y en cuanto a las restantes mercancías, se encontraban en el depósito general y eran facilitadas a los socios cuando las pedían.

Existía una contabilidad regular para el intercambio con el exterior, pero no se tomaba nota alguna de las transacciones verificadas entre la Comunidad y sus miembros.

La vida de esta Comunidad fué extremadamente apacible y su historia no ofreció nada sobresaliente; recibieron algunas adhesiones del exterior y evitaron las deserciones haciendo de suerte que sus socios no carecieran de cosa alguna. Una vez, uno de los suyos manifestó el deseo de abandonar la Colonia: consintieron su partida, no sin haberle entregado una parte equitativa de su propiedad.

De todas las Comunidades sectarias, Bethel y Aurora fueron las que más pronto se olvidaron, como organizaciones; estaban sostenidas por la influencia personal de su fundador y se disolvieron rápidamente al desaparecer aquél. El doctor

Keil murió en 1877; Bethel desapareció en 1880, y Aurora, en 1881.

VI.—Oneida

Más adelante se encontrará un estudio sobre Oneida, más completo que el que hacía Morris Hillquit.



CAPÍTULO II

PERIODO OWENISTA

Robert Owen

Los ensayos sociales de Robert Owen y sus ideas han tenido un papel tan importante al principio de la historia del socialismo americano, que un breve resumen de su vida y teorías es necesario para la comprensión de este período.

Roberto Owen nació el 14 de mayo de 1771, en Newton, pueblo gálico; era el séptimo hijo de una familia estimada, pero pobre. Recibió una educación elemental, y a los once años entró de aprendiz en casa de un comerciante de Londres; desde entonces demostró aquellas cualidades sorprendentes que, en el último período de su vida, hicieron de él un «leader» en los dos continentes. Estaba dotado de un talento extraordinario de organizador, de una actividad infatigable y de un espíritu analítico penetrante, todo asociado a grandes y generosos sentimientos, un juicio excelente sobre la naturaleza humana, valor y, lo que nada le perjudicaba, un exterior siempre afable.

Disfrutaba de una suerte sorprendente en sus empresas. En algunos años pasó de la condición de simple empleado a la de jefe de fábrica, en Manchester: a la edad de diecinueve años, fué

empleado por un industrial llamado Drinkwater, para cuidar sus filaturas de Manchester, que tenían alrededor de 500 obreros. La manera como rompió su compromiso es bien característica del hombre de que se trata; M. Drinkwater, después de un corto ensayo, hizo un contrato con Owen mediante el cual éste trabajaría como empleado durante tres años, al cabo de los cuales ingresaría como socio de la casa. En este interregno, el fabricante de Manchester concertaba una ventajosa asociación con un negociante rico e influyente y, como el único obstáculo en el asunto era el contrato firmado con Owen, y Drinkwater estaba decidido a deshacer el compromiso a cualquier precio, llamó a Owen, le explicó la situación y le preguntó las condiciones en que se avendría a romper su contrato, ofreciéndole un empleo con los emolumentos que deseara. Owen, presintiendo el objeto de la entrevista, había llevado el contrato; prestamente lo lanzó a las llamas y, mirando tranquilamente cómo se consumía el precioso documento, hizo observar que si bien no tenía el menor deseo de ser un obstáculo a la prosperidad de su socio, por ningún precio podía quedar como empleado.

Poco después de este acontecimiento, adquirió una participación en la Compañía de filaturas de Charlton, que alcanzó una gran prosperidad gracias a sus esfuerzos.

A pesar de todas sus ocupaciones, Owen no abandonaba el estudio de las cuestiones sociales; en este período de su vida estaba ya penetrado de una teoría, que fué la idea directriz de sus actos y determinó la orientación de su vida. Según él, el hombre es el instrumento de las circunstancias exteriores y su carácter no es obra suya, sino la de las influencias ambientales.

«El hombre se hace un salvaje feroz, un caníbal, un civilizado superior o un ser ordinario, según las circunstancias en que fué situado desde su nacimiento.» Tal era su teoría.

La conclusión lógica de este razonamiento es que el único medio de elevar el carácter y los hábitos de los hombres consiste en la mejora de las condiciones de la vida.

Comenzó la aplicación práctica de esta teoría en sus relaciones con los 500 obreros de Manchester, confiados a sus órdenes; pero la ruptura de su asociación con M. Drinkwater detuvo el ensayo antes de que pudiera dar resultados positivos.

Owen se sintió atraído hacia un campo de acción más vasto y, a principios de 1880, encontró lo que le convenía en el pueblo de New Lanark, en Escocia.

En 1784, M. David Dale y Sir Richard Arkwright, célebre inventor, habían establecido una manufactura de hilados de algodón en las orillas del Clyde, en New Lanark. En 1799, este pueblo tenía alrededor de 2.500 obreros y era propiedad exclusiva de M. Dale. El pueblo tenía entonces el aspecto típico de las aglomeraciones manufactureras de aquel tiempo; unos 500 de los obreros eran niños llevados de las instituciones caritativas de Edimbourg, mantenidos y alojados en una vasta construcción establecida a este efecto. Muy frecuentemente se les enviaba a la fábrica desde la edad de seis años, y trabajaban desde las seis de la mañana a las siete de la tarde, y los que sobrevivían con tal régimen quedaban, generalmente, raquíticos y deformados física, intelectual y moralmente. El trabajo era tan penoso y tan escaso el salario, que ningún adulto, exceptuando a los de las más bajas clases, aceptaba un empleo en las filaturas; el pueblo era sucio y la población,

dada a todos los vicios: brutalidad, embriaguez, robo, corrupción. Muchos estaban cargados de deudas y eran presa de usureros, comerciantes y hoteleros.

Tal era el estado de New Lanark cuando Owen y sus asociados adquirieron las filaturas de M. Dale —pueblo comprendido—, por 60.000 libras esterlinas. En calidad de director habitante de la localidad, Owen tenía el derecho a introducir todas las reformas que juzgara necesarias, y emprendió inmediatamente la gigantesca tarea de transformar el pueblo. Una de sus primeras reformas fué expulsar a todos los comerciantes, que vendían a los obreros productos inferiores a precios excesivos, y establecer en su lugar casas donde todo se vendía al precio real.

Las fábricas y las tabernas se instalaron en las afueras del pueblo, se limpiaron las calles, y casas confortables sustituyeron a los viejos alojamientos, miserables y ruinosos.

Owen se negó a aceptar más niños procedentes de las instituciones de Edimbourg y rompió el acuerdo que, con aquéllas, tenía M. Dale; estableció una escuela modelo para los hijos de los obreros e instituyó todas las facilidades posibles para su educación. Abolió todos los sistemas de castigo, en vigor para los trabajadores; trató de corregir sus faltas con una reprimenda, y para coronar la obra, redujo voluntariamente las horas de trabajo y aumentó los salarios.

Sin embargo, a cada paso que daba tropezaba con dificultades de uno u otro género. Los directores de las diferentes fábricas de la filatura consideraban a Owen como un excéntrico peligroso y entorpecían la realización de sus proyectos cuanto les era posible; los mismos obreros se prestaban

mal a estas reformas, porque los años de vergonzosa explotación les había hecho desconfiados.

En cada mejora sospechaban una treta.

En 1806 estalló una crisis en la industria algodonera de Inglaterra, a causa del embargo establecido por los Estados Unidos sobre la exportación de las primeras materias; en el Reino Unido, todas las filaturas de algodón suspendieron sus trabajos, y millares de obreros sin empleo hubieron de sufrir los embates del hambre; pero Owen conservó todos sus trabajadores y, a pesar de un paro de cuatro meses, les pagó su salario entero, efectuando un desembolso que se elevó a unas 7.000 libras esterlinas. Este acto generoso triunfó, al fin, de la desconfianza de los obreros y, convencidos de la sinceridad de Owen, le otorgaron toda su confianza cooperando con él, de todo corazón, en las reformas suyas.

Se levantó otro obstáculo; mientras tanto que las reformas introducidas por Owen no mermaron los beneficios de la explotación, sus asociados no intervinieron para nada; pero cuando les propuso innovaciones más radicales (encargarse de los gastos de construcción y entretenimiento de una escuela y de un asilo de lactancia) se opusieron, declarando que se habían asociado a él para obtener provecho de la explotación y no por filantropía.

Con motivo de estas discordias, Owen se vió obligado por dos veces a cambiar de socios y, en 1813, se vió en peligro de ser destituido por el conjunto de accionistas interesados en New Lanark; pero Owen tenía un claro ingenio y se mostró a la altura de las circunstancias. Publicó una relación de las condiciones de trabajo en New Lanark, expuso sus miras humanitarias en relación con aquellas condiciones, relató sus dificult-

tades con sus asociados y la repartió entre los capitalistas dispuestos a su favor. En un lapso de tiempo relativamente corto, siete personas ricas—entre ellas el famoso jurista Jeremías Bentham—le enviaron su adhesión, imponiendo gruesas sumas de dinero en las empresas de New Lanark, con la condición de que todos los beneficios que pasaran del 5 % habrían de ser dedicados a mejorar los salarios de los obreros. Con los fondos así conseguidos, Owen—altamente agradecido a sus asociados—pudo ya realizar sus reformas con entera libertad.

En una generación, New Lanark había quedado desconocida. El miserable pueblo, habitado por degenerados se había convertido en una Colonia de hombres y mujeres felices que admiraban a los millares de turistas que acudían a visitarlos cada año.

La fama adquirida por la obra de Owen se extendió por todos los países civilizados, y entre sus admiradores se mencionan reyes, príncipes, hombres de Estado y eminencias de toda índole. En determinado momento, Owen fué el personaje más popular de Europa, pero él no estaba aún satisfecho con su obra; los espléndidos resultados conseguidos en New Lanark afirmaron su convicción de que el hombre es el resultado de las condiciones en cuyo medio vive, y entonces llegó a la conclusión lógica y definitiva de esta teoría: «Que un grado igual de moralidad y bienestar supone igualdad en las condiciones materiales de la vida.»

Partiendo de una sencilla teoría filantrópica, Owen iba a parar a una rigurosa teoría comunista, y este cambio de perspectivas lo llevó al deseo de ampliar su esfera de actividad. New Lanark resultaba un campo restringido en demasía, deseaba vivamente ayudar a la clase obrera, toda entera,

y dedicó el resto de su vida a la propaganda de sus ideas bajo todas las formas concebibles.

Reconoció la importancia de la legislación de las manufacturas y propuso gran número de medidas para el bienestar y la protección de los obreros de fábrica; gracias a sus esfuerzos, algunas fueron adoptadas por el Parlamento.

En 1817, Owen fué invitado por el Comité de la Asociación de los Trabajadores, instituido para el auxilio a los obreros de las manufacturas y los trabajadores necesitados, a exponer sus apreciaciones sobre la causa de la indigencia creciente y a proponer medidas preservadoras.

En un comunicado, dirigido al Comité en cuestión, expuso las siguientes ideas: «Que bajo un régimen de libre concurrencia, el aumento de la producción conduce inevitablemente al descenso de las condiciones de vida de la clase obrera, y que la introducción de las máquinas perfeccionadas en la industria deja a millares de trabajadores sin empleo, entraña una competencia desesperada y rebaja el salario de los obreros. Ninguna medida temporal puede parar esta deplorable, pero inevitable competencia, debida al desarrollo industrial moderno.»

Como solución a este problema, Owen proponía el establecimiento de Comunidades industriales sobre las bases de una cooperación mutua. Las comunidades debían comprender de 500 a 1.500 socios, que habrían de producirse todo lo que les fuera necesario; deberían alojarse en habitaciones agradables, rodeadas de jardines, siendo el trabajo realizado por los hombres, mientras que las mujeres quedaban al cuidado de la casa y de la educación de los hijos.

Este proyecto fué rechazado por el Comité como demasiado radical, pero este detalle no intimidó a

Owen, que continuó su propaganda en reuniones públicas y por agitación privada.

Como verdadero utopista que era, se dirigió al espíritu acogedor y favorable de los poderosos y los ricos; hasta sometió sus planes al zar Nicolás de Rusia y al Congreso de los Soberanos de Aix-la-Chapelle, y como es natural, no encontró entre ellos una mejor acogida que la que tuvo en el Comité.

Owen determinó entonces intentar el ensayo con sus propios recursos y acaeció con avidez una ocasión favorable. Cuando se enteró, en 1824, de que el establecimiento de los rappers de Indiana estaba a la venta, tomó su determinación rápidamente. Compró el establecimiento con cuanto contenía y bogó hacia la América para atender él mismo el ensayo que iba a intentar. Los variados destinos de las Comunidades fundadas por Owen y sus adeptos serán descritos en las páginas siguientes. Estos ensayos han llamado la atención pública de tal manera, que la propaganda de Owen en favor de las teorías comunistas ha sido olvidada con demasiada frecuencia; esta propaganda tuvo, sin embargo, una considerable influencia sobre muchos de sus contemporáneos.

Cuando realizó su primer viaje a los Estados Unidos, expuso planos notables como modelos de Comunidades y distribuyó folletos, tratando sus temas favoritos en muchas de las grandes ciudades americanas, donde encontró numerosos oyentes en la parte más inteligente de la población; en Washington pronunció muchos discursos en la Cámara de los representantes ante el presidente, todos los jueces del Tribunal Supremo de los Estados Unidos y un gran número de senadores y hombres públicos.

Después del fracaso de New Harmony, Owen

hizo tres viajes a los Estados Unidos y todos ellos fueron consagrados a la propaganda del socialismo. En 1845, organizó un pacto socialista internacional en Nueva York, pero esto no fué más que una reunión insignificante; en 1846, le encontramos en Albany, exponiendo su teoría sobre la formación del carácter humano.

Fueron fundadas muchas Comunidades owenistas en diferentes partes de Inglaterra, Escocia e Irlanda durante los últimos veinte o treinta años del pasado siglo, pero no tuvieron mejor éxito que las de América.

El fracaso de sus ensayos no desalentó a este indomable reformador; en 1832 nos lo encontramos dedicado con entusiasmo a una nueva empresa, The Equitable Bank of Labor Exchange.

«La cantidad media del trabajo humano, contenida en un producto, determina el valor del mismo —proclama Owen—; por consiguiente, si todos los productos fueran cambiados por los productos según este axioma, el capitalismo no debería tener aplicación alguna en el comercio o la industria y el trabajador obtendría la plena proporción de su trabajo.»

Para realizar esta idea, el Equitable Labor Exchange Bank fué creado en Londres siguiendo estos principios: Cada productor de una mercancía útil debía llevarla al bazar (almacén) del Banco y recibiría, en cambio, «notas» o bonos, que representarían el valor de las horas de trabajo necesarias para producir aquella mercancía; con estas «notas» se podía adquirir otros artículos contenidos en el bazar, evaluados de la misma manera.

El punto flaco de esta empresa fué que el Banco se ocupó exclusivamente de los cambios de productos y no intentó siquiera regularizar la producción; todo objeto llevado al bazar fué aceptado,

sin que se preocuparan de la seguridad de su salida y resultó que, al poco tiempo, desaparecieron todos los artículos útiles y los almacenes se vieron repletos de productos que nunca eran pedidos.

El Equitable Labor Exchange Bank suspendió sus operaciones, y el fundador se arruinó.

Owen había pasado de los sesenta años en este momento, pero aún continuó durante muchos años dedicando su actividad en favor de la clase obrera.

Con la influencia suya fué organizada la Asociación de todas las clases y naciones, *The Association of all Classes and Nations*, que, en su tiempo ejerció una presión preponderante sobre los políticos ingleses, y cuyos socios se calificaron de «socialistas», en 1839.

El presidió la primera reunión de los Sindicatos (*Trade-Unions*) ingleses.

Owen murió el 17 de noviembre de 1858, a la edad de ochenta y siete años. Pocas vidas han sido tan completas y tan útiles como la suya; sus fracasos fueron numerosos, pero sus obras grandes. Fué el primero que puso el reglamento en las escuelas, fundó los reglamentos de talleres; fué uno de los primeros entre los que lucharon en favor de las Asociaciones cooperativas y preconizó muchas de las teorías y características del movimiento socialista moderno.

Owen dejó cuatro hijos, que fueron todos ciudadanos americanos, y alcanzaron nombradía en las carreras que eligieron.

Robert Dale Owen fué durante algún tiempo el principal propagandista de las teorías de su padre. En colaboración con Frances Wright publicó, a fines del siglo pasado, un periódico titulado *Free Enquirer*, y organizó un *Hall of Science*, en Nueva York, donde se distribuían publicaciones que trataban todos los temas de reforma social.

Simpatizando con Robert Dale Owen y Frances Wright se encuentra a dos hermanos, George Henry y Frederick W. Evans, jóvenes ingleses que llegaron a Nueva York en 1820; publicaron sucesivamente *The Working's man advocate*, *The Daily Sentinel* y *Young America*. Esta última publicación alcanzó, en determinado momento, una considerable popularidad.

Young America llevaba en cabecera doce conclusiones, de las cuales la novena —«Igualdad de derechos para mujeres y hombres, en todos respectos»— y la décima —«Abolición del material y salarios de esclavitud»— son particularmente interesantes en la actualidad; se dice que estas demandas fueron esparcidas por —lo menos— seiscientos diarios en las diferentes partes de los Estados Unidos.

Por lo tanto, Robert Dale Owen se hizo entonces muy popular entre los políticos americanos; fué elegido por dos veces para el Congreso y redactó el acta de establecimiento del *Smithonian Institution*, en Washington. Como miembro de la *Indiana Constitutional Convention*, se dedicó principalmente a la conquista de los derechos de la mujer y a la introducción del sistema de libertad en las escuelas de este Estado.

Durante seis años vivió en Nápoles, siendo cónsul de los Estados Unidos, y fué en su tiempo una de las figuras más nobles y de mayor capacidad entre los políticos americanos.

Se dice que su carta al presidente Lincoln fué un poderoso factor en la proclama del presidente, relativa a la abolición de la esclavitud; al final de su vida derivó hacia el espiritismo, como su padre, y murió en 1877.

George Henry Evans continuó activo en el dominio de las reformas socialistas hasta su muerte.

en 1870, y Frederick W. Evans se reunió con los shakers, en 1831, y llegó a ser el jefe de la Comunidad del monte Lebanou, donde era familiarmente conocido con el nombre de «Padre Frederick».

New Harmony

El lugar del primer ensayo owenista sobre el suelo americano fué una tierra situada en las orillas del Wabath, en el estado de Indiana. Comprendía unos 30.000 acres (12.000 hectáreas) de tierras incultas, hasta que, en 1814, las adquirieron los rappistas y convirtieron aquel desierto en un vergel floreciente, en pocos años, gracias a la maravillosa actividad y al excelente gusto de los colonos.

En 1825, Harmony (o Harmonie, nombre dado por los rappistas a su Comunidad) era un pueblo de líneas regulares, con calles trazadas a cordel que se cruzaban en ángulos rectos, un jardín público, muchas grandes construcciones de mampostería, viviendas, molinos, fábricas; Owen lo adquirió por 150.000 chelines. Ningún ensayo comunista comenzó bajo más favorables auspicios: los owenistas encontraron las casas en el mejor estado, 3.000 acres de tierra cultivada, diecinueve granjas diseminadas en plena producción, hermosos viñedos y huertos, todo en excelentes condiciones. Los duros trabajos inherentes a la vida de los fundadores, en los primeros años de todo ensayo, habían sido emprendidos por sus predecesores y ninguna deuda pesaba sobre la propiedad.

Para esta empresa se asoció Owen con William Maclure, de Filadelfia, que era un sabio filántropo

considerablemente rico; W. Maclure era el geólogo más eminente de su tiempo, conocido como «el padre» de la geología americana, principal fundador de la Academia de Historia Natural de Filadelfia y, durante un cuarto de siglo, presidente de dicha institución. Maclure se interesaba especialmente por los problemas de educación, al mismo tiempo que se dedicaba a sus trabajos científicos; fué el primero que introdujo el sistema de Pestalozzi en los Estados Unidos y uno de los que más abogaron por la causa de la educación profesional. Maclure se encargó de la dirección de las escuelas y de todos los establecimientos de enseñanza en New Harmony, rodeado y secundado por cierto número de sabios y educadores eminentes. Entre ellos se encontraban Thomas Say, el más grande zoólogo americano de este tiempo; Charles Alexandre Lesneur, famoso ictiólogo e inspirado pintor, el doctor Gerard Troost, que fué luego profesor de Geología en la Universidad de Nashville, y entre los pedagogos sobresalía el profesor Neef, antiguo colaborador de Pestalozzi; Frances Wright tomó una parte activa en la fundación de New Harmony, así como los cuatro hijos de Roberto Owen.

No es de extrañar que el porvenir de la Comunidad pareciera brillante a Owen y anunciara, con absoluta confianza, que la verdad de sus principios y los beneficios del comunismo se manifestarían por sí mismos en un futuro próximo de la nueva Colonia y se extenderían «de una Comunidad a otra, del uno al otro continente, cubriendo finalmente la tierra entera, esparciendo la luz, el regocijo y la abundancia, la belleza y la felicidad sobre los hijos de los hombres». Y con su entusiasmo peculiar invitó a «los hombres de buena voluntad y a los trabajadores de todas las naciones» a que

acudieran a New Harmony, nombre con el que bautizó a su Colonia.

De todas las naciones corrieron en multitud los hombres decididos a intentar el ensayo; de hecho, no fueron menos de ochocientas las personas que respondieron a la llamada de Owen en el corto intervalo de las seis primeras semanas, y un centenar se les reunieron casi inmediatamente después; fué la masa más heterogénea y la más excéntrica que jamás se juntó para una empresa de vida en común. Indudablemente había entre ellos hombres y mujeres, llevados por motivos puros y nobles, que se sumaron al movimiento con el deseo sincero de contribuir con sus esfuerzos al éxito de la Comunidad, pero también los había de los que pensaban sacar partido de la generosidad de Owen, sin comprender su ideal y considerando su empresa como la chifladura de un rico excéntrico. Hubo hombres y mujeres de todas las clases, vocaciones y costumbres: obreros, artesanos, trabajadores, vagos y aventureros.

No se les pidió prueba alguna de sus aptitudes, ninguna investigación de sus intenciones se hizo; esta administración deplorable del comienzo puso a la Comunidad en un estado de debilidad y desorden que finalmente ocasionó su caída.

Durante sus dos años de existencia, New Harmony no tuvo menos de siete formas de gobierno diferentes o *constitutions*. No era la primera intención de Owen establecer la Colonia sobre una base puramente comunista: «Los hombres trajeron con ellos un sistema irracional de sociedad —declara—, sistema que no puede cambiarse sin alguna preparación.» Su primera constitución declaraba que los colonos serían puestos a prueba durante tres años, bajo el control de un Preliminary Committee (Comisión preliminar), y no serían

admitidos como socios de la Comunidad más que los que hubieran justificado su admisión por sus esfuerzos durante los tres años.

Este período de preparación, sin embargo, pareció demasiado largo a los neoharmonistas, pues en enero de 1826, adoptaron una nueva constitución, por la cual la Colonia se reorganizaba sobre bases comunistas, con una Asamblea general y un Consejo de seis miembros, que tenía el Poder ejecutivo.

La nueva constitución no llegó a funcionar, y los socios de la Comunidad, unánimemente, rogaron a Owen que asumiera las funciones de gobernador de la Colonia. Bajo esta nueva forma de gobierno la Agrupación pareció marchar por el buen camino, púsose un poco de orden en el caos general; no habían vagos, e industrias y granjas tomaron una nueva actividad.

Pero, en abril de 1826, algunos socios, cansados de este trabajo constante y regular, pidieron la división del pueblo en varias Comunidades independientes. Owen no quiso satisfacer esta demanda, pero la discusión tuvo por resultado la formación de una cuarta constitución; ésta dividía a los socios de la Comunidad en tres categorías: «miembros condicionales», «socios aspirantes» y «personas a prueba». Además había un «núcleo» de veinticinco socios seleccionados, que tenían el derecho exclusivo de admitir a los nuevos aspirantes; Owen conservó el Poder para expulsar a cualesquiera de éstos y continuó al frente del Gobierno de la Comunidad por un año, y, después por el tiempo que creyera necesario un tercio de los socios si reconocían que la Comunidad era incapaz de gobernarse a sí misma.

Pero la idea de una escisión no había sido abandonada y, al final de mayo, Owen, cediendo a la

demanda general, aceptó la división en cuatro Comunidades, cada una de las cuales tendría una administración independiente. Esta fué la quinta constitución de New Harmony, y, tres meses después, los colonos adoptaron una sexta, instituyendo un Comité de tres miembros, investido de poderes dictatoriales.

La séptima y última constitución fué adoptada por todos los partidos de New Harmony en una Asamblea general, verificada el 17 de septiembre de 1826. Por esta constitución, la administración entera se puso en manos de Owen y de otros cuatro miembros, nombrados por él anualmente.

A pesar de las diferentes y numerosas formas de gobierno, New Harmony fué teatro de luchas y divisiones intestinas. Sargent, biógrafo de Owen, dice: «La religión fué la primera causa de discordia, y el mal parecía agravado por las visitas de los pastores protestantes, cuya intervención, sin embargo, fué reprimida de una manera característica. Se admitió que fuera tolerada y hasta estimulada la libre discusión en materia religiosa, así como sobre cualquier otra enseñanza; así que, todos los pastores que llegaron a predicar públicamente fueron admitidos a hacerlo, pero con la condición de que al final del sermón cualquiera de la Asamblea tomaría la palabra para hacer una pregunta sobre el tema tratado.»

Estos predicadores eran tan poco estimados por los socios de la Comunidad, que durante muchos meses ninguno de ellos visitó New Harmony.

Pero la supresión de las visitas de los pastores circulantes no conjuró por entero el mal; las discusiones políticas y religiosas continuaron turbando la paz de los colonos y, a veces, tomaron un carácter alarmante.

Cada nueva controversia religiosa y cada cam-

bio de constitución iban acompañados de la dimisión de algunos socios, que formaron bien pronto dos grupos separados sobre el territorio de New Harmony.

Una de estas Colonias, The Macluria, que recibió su nombre de William Maclure, comprendió alrededor de 150 socios, los más conservadores y ortodoxos de New Harmony, y se ocupó principalmente de la educación de la juventud, no concediendo más que una pequeña atención a la agricultura y a la industria.

La otra Colonia se denominó Feiba Peven, cuyo nombre, por alguna razón misteriosa, parece indicar la longitud y latitud del lugar; Feiba Peven fué constituida en gran parte por granjeros ingleses, muy inteligentes, pero que a veces manifestaban demasiada afición al whisky.

Estas dos Colonias sostuvieron relaciones amistosas con New Harmony, y, como lo hemos visto, se reunieron a ella al adoptarse la séptima constitución.

Si consideramos la complejidad de los elementos que la constituían, no es sorprendente que la Comunidad tuviera una duración tan corta.

Al principio, la vida en la Colonia se prometía brillante y dichosa. «Una educación liberal era dada a los niños; los almacenes de aprovisionamiento proporcionaban a los colonos cuanto deseaban, y una importante farmacia despachaba los medicamentos gratuitamente», relata A. J. Mac Donald, primer cronista de las Comunidades; pero la historia no nos informa de si los gastos eran cubiertos con las ganancias de los colonos o, lo que parece más probable, por donativo de Owen.

Poco después del establecimiento de la Colonia Owen fué a Inglaterra, dejando la dirección de la nueva empresa a su joven hijo William; a su re-

torno, a principios de 1826, encontró aún a New Harmony en un aspecto floreciente. El 4 de julio del mismo año, cincuenteno aniversario de la declaración de la independencia de los Estados Unidos, Owen lanzó a sus adeptos una proclama, que después se hizo célebre por sus elevadas opiniones y la elocuencia de sus tonos, de la que extraemos el siguiente pasaje:

«Yo os declaro y declaro al mundo entero, que el hombre hasta esta fecha ha sido, en todas las partes del mundo, el esclavo de una trinidad de los males más monstruosos, que esparcían la aflicción sobre la entera humanidad; hago alusión a la propiedad individual o privada, al matrimonio fundado sobre la propiedad individual y a los sistemas irracionales de las religiones.»

El tono de esta llamada es vibrante de fe; Owen espera aún que su Colonia se convierta en un factor potente para la destrucción de la Trinidad del Mal.

Pero algunos meses más tarde nos lo encontramos, por la primera vez, en un estado de duda y crítica: «Dieciocho meses de ensayos —dice en *Gazette*— nos han demostrado que las cualidades requeridas en un miembro permanente de una Colonia fundada sobre la propiedad común, son: 1.º, *Sinceridad en el objeto perseguido*; 2.º, *Templanza*; 3.º, *Amor al trabajo*; 4.º, *Cuidado, orden*; 5.º, *Aseo*; 6.º, *Deseo de aprender*; 7.º, *La convicción del hecho de que el carácter del hombre no está formado por él, sino PARA él.*»

Este descubrimiento llegó demasiado tarde; la masa heteróclita recogida en New Harmony nunca formó un cuerpo homogéneo. Unos tras otros, los colonos abandonaron la Comunidad y le fué imposible a Owen detener la corriente.

Cierto número se agrupó en pequeñas comunidades, y Owen les asignó parcelas de tierra en el

límite de New Harmony; esta tierra les fué arrendada por un período de diez mil años, mediante la suma anual de cincuenta centavos por acre y a condición de que el contrato quedaba roto en cuanto la tierra aquella fuera utilizada con otro objeto que no fuera el comunista; estas Comunidades no duraron mucho.

Hasta en New Harmony se abandonó todo comunismo; los comercios particulares reemplazaron a las industrias comunales; los cafés cantantes aparecieron triunfalmente, y las mezquinas rivalidades, encarnizadas competencias, se establecieron allí, donde Owen esperaba comenzar la era de una inmensa fraternidad entre todos los hijos de los hombres.

Yellow Springs Community

Hacia el final de 1824, Owen llegó a Cincinnati y permaneció allí durante un tiempo relativamente corto, dando a conocer sus planes respecto a una nueva Comunidad. Reunió a muchos afiliados y, entre ellos, a un cierto Daniel Roe, pastor de la Iglesia sueca. Los fieles de esta Iglesia eran ricos, cultos, y muchos de ellos quedaron tan cautivados por la brillante palabra de Owen, al realzar los beneficios de la vida en común, que resolvieron intentar la prueba.

Setenta y cinco o cien familias se juntaron a este objeto y, después de cuidadoso examen, compraron unas tierras en Yellow Springs, a unas 75 millas al norte de Cincinnati.

La propiedad pertenecía a los compradores y se confió a los cuidados de todos los miembros de la Colonia; se fundaron escuelas según los métodos racionales de enseñanza, se instituyeron con-

ferencias públicas y se fomentaron la danza y la música.

«Durante las primeras semanas —cuenta uno de los miembros de la Colonia— todos se pusieron a la obra de común acuerdo. *Ser útil* era el lema adoptado. Hombres que raramente, o nunca, habían practicado el trabajo manual se dedicaron a la agricultura o se aplicaron a las artes mecánicas con un celo recomendable, aunque no resultara esto siempre beneficioso para el producto perseguido; pastores protestantes conducían carretas y criaban cerdos, en vez de llamar a los pecadores hacia la penitencia y la contrición.

»Los mercaderes cambiaron la balanza y el metro por el rastrillo y el biello y todos trabajaron con placer para la prosperidad común. En cuanto a las mujeres, hubo un renunciamiento más evidente aún; «señoras» que nunca habían entrado en la despensa hicieron su aprendizaje de cocinera entre peroles y cazuelas de la cocina de la Comunidad. Las jóvenes, que habían sido servidas toda su vida, cambiaron los papeles y, a su vez, servían a los demás la mesa.»

Los socios de la Comunidad de Yellow Springs —como los de Brook Farm— fueron, sobre todo, intelectuales; no hubo entre ellos más que algunos granjeros y agricultores de profesión. Su empresa no fué motivada por alguna consideración económica o material, sino únicamente por consideraciones de índole moral e intelectual; fué para ellos como una fiesta original. El encanto duró medio año justo; al cabo de este tiempo, estos comunistas aristocráticos se desilusionaron. Los curas pensaron que los pecadores eran más interesantes que sus cerdos; los mercaderes advirtieron que el biello daba la mitad de las ganancias que el metro o la balanza, y las «señoras» estaban cansadas

de la constante compañía de pucheros y cazuelas. Unos detrás de otros, volvieron a sus antiguas ocupaciones, y Yellow Springs ya no fué más que un bello ensueño desvanecido.

Nashoba

La más original, si no la más importante, Comunidad del período owenista, fué Nashoba, Colonia creada a fines de 1825, por Frances o Françoise Wright; su emplazamiento comprendía 800 hectáreas o 2.000 acres de terreno, situados en las dos orillas de The Wolf River, a unas trece millas de Memphis en el Tennessee.

Francisca Wright fué una de las personalidades más notables de aquel tiempo; nacida en Escocia, adquirió bien pronto un gran renombre por sus obras filantrópicas, su fuerte inteligencia y su simpatía hacia todos los movimientos avanzados de su tiempo. Emprendió numerosos viajes a los Estados Unidos, especialmente hacia el Sur, donde estudió la situación de los negros; visitó también las Comunidades rappistas, las de los shakers y otras, impregnándose fuertemente de sus teorías sociales y su forma de vida, y tomó una activa parte en las primeras agitaciones por la abolición de la esclavitud, haciendo una enérgica defensa de los derechos de la mujer.

Su objetivo principal, al fundar Nashoba, fué instruir a los esclavos negros en las cuestiones sociales y económicas, que solamente estaban reservadas para los blancos; con vistas a este ensayo, compró muchas familias negras, rogó a los plantadores que le prestaran algunos esclavos más, y con estos negros y algunos blancos de todas profesiones organizó la Colonia.

Su plan era establecer escuelas modelos, comunes a los niños de ambas razas, y hacer trabajar a los negros en la Comunidad, a condición de que emplearían la mitad de sus ganancias en su manutención, reservando la otra mitad para la compra del rescate.

La dirección de la Colonia fué puesta en manos de algunos filántropos, asociados a la fundadora. Los resultados obtenidos, al cabo de los escasos primeros meses, parecían muy satisfactorios y alentadores, gracias a la dirección enérgica y luminosa de su inspiradora; pero, justamente en el momento en que su presencia era más necesaria, Francisca Wright cayó enferma y se vió obligada a volver a Europa para recobrar la salud.

En diciembre de 1826, confió la tierra con los esclavos y su propiedad personal a varias personalidades, entre las que se encontraban el general Lafayette, William Maclure, Robert Owen, Robert Dale Owen y Camille Wright, «a cargo de ser mantenidos por ellos, sus asociados y sucesores, en una actividad constante, en beneficio de la raza negra». Bajo la dirección de estos administradores, la Colonia duró poco más de un año; la extraordinaria tarea emprendida por Francisca Wright estaba por encima de las fuerzas de los sucesores suyos y, a su vuelta, ya no pudo contener los progresos constantes de la dislocación general. En marzo de 1828, los directores de Nashoba anunciaron su intención de constituir la Colonia sobre las bases del trabajo cooperativo y proclamaron alegremente que la denominarían Preliminary Social Community; tres meses más tarde, el ensayo se había abandonado; los esclavos fueron libertados y se volvieron a Haití.

El ensayo de Nashoba no marca el final de la actividad de Francisca Wright; continuó su propa-

ganda en favor del comunismo, de los derechos de la mujer y de la abolición de la esclavitud, en las columnas de la *New Harmony Gazette* y del *Free Enquirer...* Murió en Cincinnati (Ohio), el 14 de diciembre de 1852, a los cincuenta y siete años.

Otros ensayos owenistas

Uno de estos ensayos merece ser mencionado por la variación de sus destinos y la perseverancia de sus socios. Una Colonia aparece por tres veces, en el período owenista, en diferentes parajes y con distintos nombres, pero en realidad fué la misma empresa que comenzó en Haverstraw (Nueva York) para terminar en Kendal (Ohio).

La Colonia de Haverstraw fué fundada en 1826, por Fay, diputado del Estado de Nueva York, y muchos otros neoyorkinos y filadelfienses cultos y acaudalados. Adquirieron 120 acres de terreno, a unas 30 millas de Nueva York, y su efectivo llegó, inmediatamente, a 80 socios, entre los cuales había algunas personas de diferentes oficios, así como artesanos, y las condiciones materiales de la Colonia fueron, en todo tiempo, prósperas.

Una de las características de esta Colonia fué el establecimiento de una *Iglesia de la Razón*, donde los fieles acudían los domingos para sostener pláticas éticas de filosofía y ciencias. Estas enseñanzas reemplazaban a todas las ceremonias religiosas. La colonia esta fué de una corta duración; se dice que la causa de su fracaso fué una dirección poco honrada.

Después de la disolución de la Comunidad de Haverstraw, la mayoría de sus socios se reunieron en la Colonia de Coxsackie, que fué un ensayo ver-

daderamente muy similar al de Haverstraw. El dominio de Coxsackie estaba igualmente situado en el Estado de Nueva York, en la cuenca superior del Hudson, a unas siete millas del río. Duró menos de un año, y parece que sus socios pasaron la mayor parte del tiempo discutiendo las constituciones a adoptar.

Encontramos de nuevo a muchos de sus socios en la Colonia de Kendal, situada cerca de Cantón (Ohio); fué fundada hacia el final de 1826, y sus comienzos se vieron llenos de promesas; los socios, unos 150, eran campesinos, artesanos y los inevitables «intelectuales». Tuvieron una fábrica de hilados de lana, construyeron viviendas y comenzaron la erección de un vasto palacio común de 170 pies por 33.

Estaban animados del espíritu de armonía y proclamaban triunfalmente que el éxito de su sistema social estaba demostrado, a pesar de las contradicciones de la práctica.

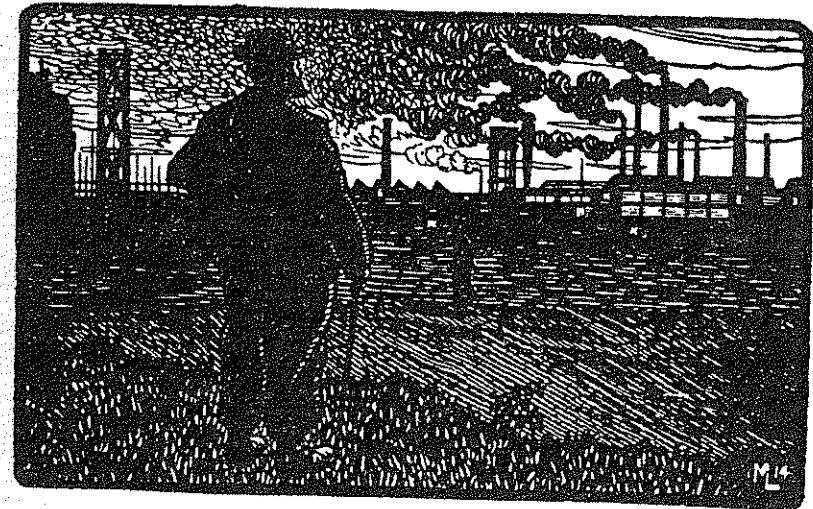
El pasaje siguiente de una carta de John Hannon, qué fué socio de la Colonia, cuenta su repentino final.

«Nuestra Colonia progresó armoniosamente y de una manera próspera mientras sus socios tuvieron salud y la esperanza de pagar su dominio; pero se presentó una fiebre maligna y siete cabezas de familia murieron, entre los que estaban varios de nuestros socios más indispensables y animosos.

»Al mismo tiempo, los ricos propietarios que nos habían vendido la tierra, reclamaron su dinero y no pudimos entregarles cantidad alguna, ni siquiera un buen título de garantía, pues no estábamos constituídos en Sociedad; así, que nos vimos obligados a partir y dispersarnos, perdiendo cuanto habíamos ya desembolsado y que representaba la suma de unos 7.000 dólares. Pero formamos un

grupo de amigos indisoluble, y el fracaso de la Comunidad jamás debilitó mi fe sobre la valía de la vida en común.»

Noyes menciona cuatro Colonias owenistas: dos en la Indiana, una en Pensilvania y la otra en el Estado de Nueva York. Pero parece que fueron insignificantes y de corta duración y, en todo caso, su historia no se conoce.



CAPÍTULO III

PERIODO FURIERISTA

Charles Fourier : su vida y su obra

Charles Fourier nació en Besançon el 7 febrero de 1772.

Desde su más tierna edad demostró una predisposición muy grande para el estudio y la observación; sus estudios preferidos eran la geografía, la astronomía, la química y la física.

Hijo de un rico comerciante, debió ser comerciante también, pero no tenía vocación alguna por el comercio; la práctica y los trucos del negocio repugnaban a sus gustos, más elevados que los de la clase a que se le destinaba, y continuó en el «noble arte de la mentira» o «el talento de la venta», aunque sin conseguir el menor éxito. La apreciación de los patronos que tuvo, en las distintas plazas que desempeñó en su juventud, fué siempre la misma: «Un joven honrado, pero que no tiene disposición alguna para el comercio.»

A los dieciocho años, Fourier recorrió extensa-

mente la Francia, Alemania, Bélgica y Holanda, por cuenta de sus patronos, y aprovechó sus largos viajes para estudiar el Gobierno de los países que atravesaba, la arquitectura de sus principales ciudades y, sobre todo, las industrias, las condiciones sociales, la manera de vivir y el carácter de sus habitantes.

En 1781 murió su padre, dejándole una fortuna de unos 200.000 francos, de los que recibió las dos quintas partes, pero hasta la muerte de Fourier no supieron sus amigos que había perdido esta herencia cuando la sublevación de Lyon, en 1793.

En 1812, Fourier recibió un legado de su madre, que le procuraba una renta de 900 francos anuales: redondeó esta suma con las ganancias ocasionales que se procuraba trabajando a la comisión algunas empresas de pavimentado, y entonces renunció al mercantilismo, dedicándose por completo al estudio de los problemas sociales.

Su primera obra conocida fué un ensayo publicado en 1803, en *Le Bulletin de Lyon*, con el título «Triunvirat continental et paix perpetuelle dans 30 ans». En este ensayo, Fourier desarrollaba la idea de que era necesario establecer un imperio universal en Europa para fundar la paz durable; pero la preponderancia que concedía a Rusia llamó la atención de Napoleón, que invitó a los editores del *Bulletin* a abstenerse de insertar, en lo sucesivo, semejantes artículos.

En 1808 fué cuando publicó su primera obra importante; se titulaba *La théorie des 4 mouvements et des destinées générales*. Siguiéron: en 1822, su *Traité de l'Association Domestique et Agricole* (reimpreso en 1841 con el título de *Théorie de l'Unité universelle*); 1829, *Le nouveau monde industriel et sociétaire*; en 1831, *Pièges et charlatanisme des deux sectes de Saint-Simon et d'Owen*:

en 1835-36, *La fausse industrie morcelée* (El trabajo artificial y su antídoto: el trabajo natural atractivo). De todas estas obras, la primera contiene una indicación general de su sistema social y las otras están consagradas al desarrollo de los diversos puntos emitidos en aquélla.

El sistema de Fourier es la tesis más ingeniosa y más notable que ha construido un escritor utopista, pero es imposible darse cuenta del movimiento que promovió en el antiguo y en el nuevo mundo, sin que fueran conocidas sus directrices características.

Fourier es el apóstol de la armonía social; al contrario de la mayoría de los utopistas, su crítica del estado de cosas actual no consiste en la demostración del desigual reparto de las riquezas ni en el sufrimiento de los pobres, no; su crítica se dirige contra el desorden y el derroche de la producción moderna y las condiciones repugnantes en que se realiza el trabajo. No se dirige al sentimiento de los hombres, sino a sus intereses materiales. Su grito de combate no es *justicia*, sino ORDEN. La prosperidad general y la felicidad de la Humanidad no son más que incidentes en la armonía universal de su sistema y no su objeto principal.

«Dios creó al universo siguiendo un plan uniforme y armonioso —declara Fourier—; por consecuencia, hay una armoniosa relación entre las cosas creadas: Entre la materia orgánica y la inorgánica; entre el hombre y Dios; entre el hombre y la tierra; entre la tierra y el universo, en fin. Habiendo creado al hombre con instintos y pasiones, su creador ha querido que éstos fueran ejercidos plena y libremente y no suprimidos. Todas las pasiones humanas son legítimas y útiles, y una sociedad ideal sería la que ofreciera a sus miembros la facilidad de aprovecharlas.»

Analizando las pasiones humanas, Fourier encontró doce, con las que formó la siguiente tabla:

5	pasiones sensitivas	vista olfato oído gusto tacto	tendencias: armonías materiales	} Unidad universal
4				
3	pasiones directivas	cabalismo voltigeo compuesto	series concierto de las ma- sas	

Las cinco pasiones del primer grupo, si son ejercidas convenientemente, tienden a la elegancia, al refinamiento, a la cultura de todas las bellas artes; de ahí, a la salud física y a la alegría. Las cuatro pasiones del segundo grupo tienden a establecer las relaciones sociales armoniosas y bien equilibradas entre los hombres; por este motivo se las designa con el nombre de *pasiones sociales*.

Las tres pasiones del tercer grupo son la invención personal de Fourier y exigen algunas explicaciones.

La décima, o espíritu de emulación —a la que Fourier denominaba *cabalista*—, es el espíritu de partido, de intriga o de rivalidad. Ejercido de una manera legítima, como en los grupos que rivalizan en la excelencia de los productos que presentan, es la fuente de un intenso desarrollo industrial y de gran número de invenciones.

La oncenava, o *pasión alternativa* —llamada *voltigeo* en el lenguaje técnico del furierismo (1)—, es el deseo de cambio y de variedad en los objetos perseguidos. Aplicada a la industria, podría des-

(1) Esta es la pasión engranante.

truir la monotonía actual de los métodos de trabajo, haciéndolo más agradable, *más atractivo*.

La duodécima, o *pasión compuesta*, es el espíritu de entusiasmo, engendrado por la asociación de dos pasiones pertenecientes a grupos diferentes. Un ejemplo: Oír la música en compañía de amigos estimados, lo que satisface a la par dos tendencias: el sentido del oído y la pasión de la amistad. Aplicada a la industria, esta pasión significa la asociación de personas simpatizantes en la realización del trabajo atractivo.

El libre ejercicio de estas pasiones conduce a la formación de *grupos* o de *series*. Un grupo es un conjunto de personas —tres, siete, doce o más— libre y espontáneamente unidas con un objetivo determinado de trabajo o placer. En estricta teoría, se entiende por grupo un conjunto de personas reunidas por la identidad de gustos para el ejercicio de cualesquier rama del trabajo, de las ciencias o las artes.

Un grupo completo debe contar, a lo menos, siete personas, de manera que se forme en tres subdivisiones: tres personas al centro y dos en cada ala. Las dos alas de cada grupo representan las tendencias extremas de gustos y ambiciones, mientras que el centro mantiene el equilibrio y, por lo tanto, debe ser más fuerte. Cinco grupos, al menos, forman una serie: la serie está formada por grupos, de la misma manera que los grupos están formados por individuos. Por ejemplo, la serie dedicada a la ganadería está dividida en tantos grupos como clases de animales tiene a su cuidado, y éstos, a su vez, son divididos en agrupaciones de bestias diferentes, por variedad de tamaños, repartidas en el centro y a cada una de las alas.

Hay que observar que las series y los grupos no

se forman arbitrariamente, al capricho de un intendente o inspector; los mismos miembros son los que se eligen y no para constituir organizaciones fijas, pues cada miembro puede pasarse de un grupo a otro, de una serie a otra, siguiendo sus inclinaciones.

A estas ventajas naturales, Fourier añade algunas atracciones artificiales: elegancia y belleza de todos los objetos exteriores relativos al trabajo —distinciones honoríficas (rangos, títulos, condecoraciones)—, estimulando con músicas, uniformes, emblemas (1).

Un número bastante grande de personas —de 1.800 a 2.000— es necesario para permitir a cada miembro utilizar sus inclinaciones variadas, por medio de los grupos y de las series.

Esta asociación, denominada *la Falange*, es la unidad social del sistema fourierista. Es la piedra angular de su teoría, y la forma de vida en la Falange está descrita, con el más grande lujo de detalles, en sus obras. El dominio de la Falange —el *Falansterio*— ocupa una gran extensión de superficie —unas 2.000 hectáreas— y su edificio principal es el *Palacio social*, consistente en una doble línea de construcciones continuadas de unos 2.200 pies de longitud y de tres pisos de altura. Como los grupos y las series, se compone de un centro y dos alas; el centro está reservado para las ocupaciones apacibles: contiene el comedor, salón de consejos, biblioteca, etc. En una de las alas están emplazados todos los talleres dedicados a trabajos ruidosos y en la otra el hotel, con las habitaciones y los salones para los extraños. Los almacenes, graneros y establos están situados en la extremi-

(1) Como es sabido, el Gobierno de los Soviets se sirve de este género de estimulantes en gran medida.—(E. A.)

dad opuesta del Falansterio, y el espacio comprendido entre las dos alas forma una gran plaza para las fiestas y paseos. En el interior, todo a lo largo de la construcción entera, hay una espaciosa galería, que puede ser considerada como la calle del Falansterio; es una elegante avenida cubierta, de la que parten una multitud de escalinatas, conducentes a las distintas partes del edificio.

«Los habitantes de este palacio —escribe Fourier con entusiasmo— pueden ir a los talleres, a los establos, a los almacenes, a los salones de baile en el período más riguroso del invierno, sin inquietarse por si llueve o hace viento, o el frío es más o menos intenso.»

Tras del palacio se extienden los jardines y los campos del Falansterio, cultivados con esmero, según la naturaleza del terreno y en el sentido de la mayor belleza.

En el Falansterio no viven parásitos, tales como criados, soldados, agentes financieros, perezosos, etcétera. Las mujeres están libres de sus trabajos caseros, monótonos y embrutecedores, y hacen un trabajo útil en aquellas ocupaciones para las que estén excepcionalmente bien dotadas.

Todos los socios trabajan y todo trabajo se realiza en un plan cooperativo, de donde resultan enormes economías y una gran riqueza para los falansterianos.

Supongamos que un Falansterio se compone de 400 familias. Viviendo separadamente, cada familia debe tener su cocina aparte; esto emplearía la mayor parte del tiempo a las 400 amas de casa y la cocina sería poco variada, en la mayor parte de los casos. En el Falansterio todos los alimentos se preparan en una vasta cocina, con tres o cuatro fogones para la cocción de las comidas de las diferentes mesas, con precios diferentes. Diez hábiles

cocineros hacen todo el trabajo y los alimentos son infinitamente mejor condimentados; el mismo principio se aplica a los restantes trabajos caseros, así como también a la distribución de los productos agrícolas o industriales. En vez de haber un centenar de lecheros, perdiendo un centenar de días, en la ciudad, uno o dos hombres distribuyen la leche, provistos de apropiados vehículos; una gran extensión de terrenos será cultivada, hábil y científicamente, por escaso personal, en lugar de emplear centenares de brazos; un vasto granero —un silo—, construido en las mejores condiciones de sequedad y ventilación, reemplazará a un centenar de graneros reducidos y mal acondicionados, y así sucesivamente.

La educación de los niños es objeto de los más grandes cuidados en la Falange. Todos los niños reciben una educación igual, en los párvulos y escuelas comunales. Fiel a la teoría de la utilización de todas las pasiones humanas, la Falange considera que el deber principal de los educadores es descubrir todas las inclinaciones y tendencias de los niños, desarrollarlas y emplearlas útilmente.

La clasificación de la infancia, según sus caracteres y sus gustos, comienza desde la cuna; los bebés son divididos en tres clases: los tranquilos o buenas naturalezas; los inquietos o ruidosos, y los turbulentos o intratables. Para cada una de estas categorías hay salas especiales. Los parvulados son salas grandes y bellas, atendidas por las mujeres que demuestran una vocación especial; las madres pueden encargarse de sus niños, si así lo desean.

Los niños son divididos en siete órdenes, según la edad, y la educación —con sus objetivos de todo orden— es determinada por las inclinaciones manifestadas en esta edad particular.

A los tres años se inicia al niño en los trabajos fáciles y atractivos, ayudar en la cocina, por ejemplo, y así son utilizadas por la Falange las energías que se pierden habitualmente en juegos y malicias, mientras que el niño adquiere desde el principio la afición al trabajo.

A medida que el niño avanza en edad y adquiere un desarrollo físico e intelectual más grande, la extensión de su actividad se aumenta; a este respecto, merece citarse la organización de las *Pequeñas Hordas*.

Las Pequeñas Hordas se componen de niños de diez a doce años, que se encargan de realizar los trabajos más desagradables y más sucios, tales como la limpieza de alcantarillas y desagües, retirar las basuras, etc.

La razón por la cual Fourier asigna este trabajo a los niños de esta edad es porque observó que en este período demuestra la infancia un marcado gusto por la suciedad y —como las otras— esta tendencia es orientada hacia un objetivo útil y empleada en un trabajo, que es el más conveniente para las Pequeñas Hordas... Estas organizaciones de pequeños tienen su lugar correspondiente en el conjunto de los servicios de la Unidad del Trabajo, van en primera fila en las paradas y reciben el saludo de las altas personalidades.

La Falange no es una organización comunista: El 78 de sus miembros son campesinos o artesanos; el resto, capitalistas, sabios, artistas. La propiedad de la Falange está representada por existencias de mercancías, pero no es necesario que cada miembro las retenga en propiedad, ni que formen parte de la Colonia los vendedores.

La Falange abre una cuenta a cada uno de sus socios y le abona los servicios que rinde, según las tasas fijadas por el Consejo de administración, que

varían según el valor y la naturaleza de los servicios prestados.

A fin de año se hace el inventario y los beneficios se reparten como sigue :

5/12 al trabajo ;

4/12 al capital ;

3/12 al talento (habilidad, inteligencia).

El reparto de estos beneficios no puede crear recelo alguno, porque la Falange ignora las clases ; el mismo socio puede tener una o varias participaciones en ella, puede trabajar en uno o varios grupos, desarrollar una aptitud especial en una o varias ramas del trabajo y, así, tener parte en las tres categorías de beneficio. Por otra parte, el capitalista puede contentarse con los beneficios reportados por su préstamo o añadirles la ganancia del trabajo que emprende, mientras que el pobre trabaja y gana más o menos, según su preferencia por la diversión o el trabajo.

La Falange contiene habitaciones suntuosas y modestas ; proporciona comidas copiosas, así como también alimentos más sencillos. No impone restricción alguna vestimental o recreativa ; cada miembro lleva el género de vida que le conviene, según sus preferencias o sus medios.

Tal es, a grandes rasgos, la estructura del furierismo. Fourier espera que, gradualmente, su sistema reemplazará al presente orden de cosas ; establecida la primera Falange, otras le seguirán con rapidez y acabarán por llenar el mundo entero. Como buen matemático que es, Fourier calcula que el planeta contendrá, exactamente, dos millones de Falanges.

Llegado ahí ya —igual que todos los utopistas que le han precedido y le siguieron—, Fourier se entusiasma con las bellezas y posibilidades de sus

propias teorías y corona su obra con una superestructura fantástica.

«El sistema de las Falanges —asegura— reunirá a la Humanidad entera en amistad fraternal, gracias a una civilización uniforme, a un semejante modo de vida y a un lenguaje universal. Constantinopla será la capital del globo y la residencia del *Omniarca*, el jefe ejecutivo del mundo ; éste será auxiliado en la administración del globo por 3 Augustos, 12 Césares, 48 Emperadores, 144 Califas, 576 Sultanes, etc...», aunque no aparecen las funciones útiles que podría desempeñar esta multitud de dignatarios.

Pero la parte más fantástica de la obra furierista es su cosmogonía. «Cada planeta —declara— tiene su período de juventud, madurez, decadencia, y muere, igual que un ser humano. La vida media de un planeta es de 80.000 años.

»El período de la infancia dura 5.000 años, el del desarrollo ascendente y descendente 35.000 años y la senilidad otros 5.000. La especie humana atraviesa 32 períodos ; estamos en el quinto de ellos : el de la civilización, y el octavo —el de la armonía— traerá la felicidad universal. Será la época del advenimiento de la *Corona boreal* y el aspecto físico del mundo quedará revolucionado : el clima será uniforme en toda la superficie del planeta ; las bestias feroces desaparecerán y serán reemplazadas por nuevos animales, utilizados por los hombres. El océano tendrá un sabor de limonada y el mundo entero estará transformado en un enorme paraíso.»

Como antes indicamos, Fourier no era comunista. «Ninguna comunidad de propiedad puede existir en la Falange», declara expresamente, e insiste muchas veces sobre el principio de que «la dife-

rencia en la riqueza y diversiones son necesarias para instaurar la universal armonía».

Fourier habla de Owen —que fué contemporáneo suyo— con cierto desdén, declarándole incapaz de comprender los principios de la asociación.

El sistema de Fourier es una transacción, una tesis de armonía entre el capital y el trabajo. Considerándola infaliblemente absoluta, Fourier comparaba su descubrimiento de las atracciones sociales al de Newton, respecto a las atracciones de los cuerpos físicos, y se aferraba a todos los detalles de su sistema con la tenacidad, la fe y el entusiasmo de un «profeta», recordando la acertada expresión de Bebel, en su estudio sobre la vida y las teorías de Fourier.

Según Fourier, si el descubrimiento de las atracciones sociales no se realizó más pronto, es porque todas las ciencias anteriores, así como las civilizaciones precedentes, se desarrollaban sobre principios erróneos.

La fe de Fourier en la definitiva realización de su idea no se conmovió jamás; sometió los planos del modelo de la Falange a una veintena de soberanos y banqueros y nunca se descorazonó por su ironía o escepticismo. En una de sus últimas obras aun hace un llamamiento para obtener los recursos necesarios para el establecimiento de un ensayo de Falange, y durante los diez años anteriores a su muerte iba todos los días a su casa, a cierta hora de la tarde, con la regularidad de un reloj, esperando la llegada de un filántropo millonario que respondiera a su llamada.

Fourier no vivió lo suficiente para apreciar el corto período de popularidad que tuvieron sus teorías. Murió en París, el 10 de octubre de 1837, rodeado de un reducido círculo de entusiastas discípulos. Su tumba lleva esta inscripción: «Aquí

reposan los restos de Carlos Fourier. Las series distribuyen armonías. Las atracciones están en relación con los destinos.»

El furierismo en los Estados Unidos

El furierismo fué introducido en los Estados Unidos por Alberto Brisbane, nacido en Batavia (Estado de Nueva York). Era hijo único de un terrateniente de buena posición y recibió una completa educación, empleando los primeros años de su juventud en recorrer los principales países de Europa y Asia; estudió la filosofía en París, con Víctor Cousin, y en Berlín, con Hegel. En estas dos capitales sostuvo continuas relaciones con numerosos hombres y mujeres pertenecientes a las esferas políticas y literarias.

Lo más escogido de la intelectualidad de Berlín se reunía entonces en los salones de la brillante señora de Warnhagen von Ense; este círculo parece haber tenido una gran influencia en la formación de su carácter y las ideas suyas.

Brisbane se sintió pronto atraído por las teorías humanitarias de los utopistas del socialismo de aquel tiempo, porque era un espíritu abierto a las ideas grandes y profundas; primero se afilió a la escuela de Saint-Simón y consagró mucho de su tiempo y sus recursos a la propaganda de sus principios, pero las teorías del gran utopista francés, que juzgaba extravagantes en muchos de sus aspectos, no le satisfizo por mucho tiempo y se separó de ella, aprovechando la escisión *Enfantin-Bazard*.

Poco tiempo después cayó en sus manos un ejemplar del *Tratado de la Asociación doméstica y agrícola*, y el efecto que le produjo esta obra fué

mágico: el joven Brisbane la leyó, la releyó, la estudió y ello no hizo más que acrecentar la admiración despertada por Fourier y por la obra.

«Desde este momento —cuenta Brisbane— encontré una idea en la que nunca había soñado antes: la idea de hacer noble y atractivo el trabajo humano, el trabajo manual, considerado hasta entonces como un castigo divino que fué infligido al hombre. Introducir lo agradable en la esfera de lo vulgar —el trabajo degradante, triste patrimonio de las masas— que parecía aplastar al hombre con su prosaísmo moral y embrutecedor; elevar el trabajo manual y revestirlo de dignidad, era, en verdad, una potente revolución.»

En 1832, Brisbane fué a París, donde permaneció dos años estudiando las tesis enmarañadas del sistema de Fourier, en parte, bajo la dirección personal del maestro y tomando una activa participación en el movimiento furierista que estaba, justamente en este momento, en el principio de su desarrollo. A su retorno a los Estados Unidos, Brisbane propagó tranquilamente sus ideas sociales hasta 1840 en que publicó su *Destino social del hombre*; este trabajo es una exposición concisa del sistema de Fourier. Aproximadamente la mitad de esta obra consiste en extractos de las obras del maestro, mientras que la otra media está consagrada a los comentarios e ilustraciones, que indican la manera de aplicar este sistema a las condiciones de vida americana.

El estilo de la obra es sencillo, la exposición, clara, y el éxito que alcanzó fué inmenso y espontáneo. Fué leído en todas las esferas de la sociedad por las personas interesadas en los problemas sociales, y desde la publicación de este libro data la creación del movimiento furierista en América.

Brisbane convirtió al furierismo al hombre que

vino a ser, más tarde, el apóstol más elocuente y de más influencia para la causa —Horacio Greeley—, de cuya conversión, Brisbane da el siguiente interesante relato:

«Rogué con insistencia a Benjamin Park que leyera el manuscrito de *El destino social del hombre*, porque sabía que era un periodista práctico, experimentado y de vastos horizontes; hablábamos un día de los temas de la obra y de la probable repercusión que tendría en el público, cuando de pronto Park exclamó: «Hay un Horacio Greeley, de cabeza bastante alborotada y suficientemente loco para tomar en serio semejantes tonterías. —¿Quién es Greeley?— pregunté. —Un joven ya conocido que edita el *New Yorker*.» Tomé mi libro bajo el brazo y marché enseguida a casa de Greeley; al entrar en la habitación donde él estaba, pregunté: —¿Es usted el señor Greeley? —Sí. —Traigo un libro que le agradecería que leyera. —No puedo ocuparme de eso ahora; estoy demasiado ocupado. —Desearía sin embargo, que lo hiciera —insistí—; si le parece, se lo dejaré. —Bien; me voy a Boston esta noche y me lo llevaré; puede que tenga tiempo de leerlo—. Greeley se llevó el libro, lo leyó, y a su vuelta se había hecho un ferviente entusiasta de la asociación del trabajo.»

La importancia de este nuevo elemento se manifestó bien pronto en el país.

Dos años después de este episodio, cuando *The Tribune*, fundada por Greeley, se hizo un diario popular e influyente que tiraba 20.000 ejemplares —lo que era una cosa enorme en aquella época—, su editor abrió las columnas del periódico a las ideas de Brisbane. Una mañana de 1842, a la cabeza de una de las columnas de la primera página, apareció una sección nueva, titulada: *De la Aso-*

ciación o principios de una verdadera organización de la sociedad. Una nota advertía a los lectores que dicha sección había sido adquirida «por los defensores dedicados a la causa de la Asociación, para permitirles exponer sus principios al público, siendo su redactor absolutamente independiente de la redacción de *La Tribuna*».

Esta combinación fué provechosa para las dos partes; mientras Brisbane adquiría así una gran posibilidad de exponer diariamente sus teorías, *La Tribuna* ganaba nuevos lectores entre las personas interesadas en los problemas sociales. Brisbane continuó esta sección hasta su vuelta a Europa, en el verano de 1844, y aprovechó bien la ocasión que se le había ofrecido; artículos teóricos sobre el furierismo, instrucciones prácticas sobre la mejor manera de organizar las Asociaciones; calurosas proclamas a los lectores; controversias y resúmenes de reuniones, llenaron el espacio cedido a Brisbane.

«Al principio —cuenta Parton— estos artículos parecían haber llamado poco la atención y tuvieron una oposición mínima; se miraron, según puedo recordar, como trabajos que podían dejarse a un lado, y presumo que, la mayor parte de los lectores asiduos de *La Tribuna*, los saltaban con la más perfecta regularidad y la naturalidad más grande. Sin embargo, de vez en cuando se fueron insertando en el periódico artículos que aludían al redactor de la columna independiente, se conseguía ir llamando la atención. y, poco a poco, el furierismo se convirtió en uno de los temas de discusión de la época; gradualmente, ciertos periódicos descubrieron que el furierismo era poco cristiano y lo atacaron despiadadamente..., lo que no impidió que los artículos de Brisbane, al fin, captaran la atención del pueblo.»

Los servicios prestados por Greeley no se limitaron a la cesión de unas columnas en su periódico. Siempre que la ocasión se presentaba, y en el lugar que fuera, hablaba sobre el tema de la Asociación; tomaba una parte activa en las asambleas furieristas y en las tentativas hechas para realizar sus teorías por la formación de las Falanges.

La famosa discusión sobre el furierismo entre Horacio Greeley y Enrique J. Raimond, tiene aún verdadero interés. Se publicó en las columnas de *La Tribuna* y del *New York Courier and Enquirer*; el debate se llevó con mucho ingenio y habilidad por una y otra parte, y al terminar se editó íntegramente en forma de folleto.

Paralelamente a Brisbane y Greeley, Parke Godwin tuvo mucha influencia en el movimiento; era editor asociado de *The Evening Post* y yerno del redactor en jefe, el poeta William Cullen Bryant. Su folleto *Democracia constructiva y pacífica* que apareció en 1843, se convirtió en una de las armas más efectivas del arsenal literario del furierismo; este folleto contiene poco menos de 50 páginas, pero superaba a todo lo que se había escrito hasta entonces en defensa del furierismo, por el empuje de su estilo, el valor de los argumentos y la profundidad de conceptos. Parke Godwin fué uno de los primeros socialistas americanos que previó dónde iría a parar la producción capitalista...; escribió y publicó una *Vida de Fourier* y una obrita titulada *Aperçu populaire des doctrines de Ch. Fourier*.

No cedieron en importancia a estas obras doctrinales los periódicos diarios; en octubre de 1843, Brisbane fundó *The Phalanx*, publicación mensual, que editaba con la cooperación de Osborne Macdaniel y cesó de aparecer a mediados de 1845, cuando la Colonia de Brook Farm se afilió al furie-

rismo. *The Harbinger (El Precursor)* la reemplazó entonces, como publicación hebdomadaria; al principio se publicó en Brook Farm y fué transferida a Nueva York cuando se disolvió la Colonia.

Numerosos escritores —y de primer orden— se interesaron por Brook Farm; entre ellos hay que citar al fundador mismo de la Colonia —George Ripley—, hombre dotado de excepcionales cualidades, de inteligencia y corazón, que completaba con una profunda sabiduría. Era pastor protestante y, al cabo de catorce años, llegó a convencerse de que la predicación era incompatible con sus ideas sociales y morales; así pues, dimitió, y habiéndose convertido al furierismo, se dedicó enteramente a su causa. Durante los cuatro años de su existencia, *El Precursor* insertó nada menos que 315 artículos suyos.

Otro afiliado serio del furierismo fué Charles A. Dana, que era entonces un joven sobrio y aplicado en todos los asuntos que emprendía; su extensa instrucción y su comportamiento metódico le valieron el apodo de «Profesor» entre sus camaradas, y publicó unos 248 artículos en *El Precursor*.

Pero el escritor más fecundo fué John S. Dwight, que figura a la cabeza de la lista, con 324 artículos. Este Dwight —así como Ripley— había estudiado el pastorado, pero abandonó el sacerdocio de buen grado; era poeta, gran aficionado a la música y hombre sensible a la llamada de todos los sufrimientos humanos.

Una pléyade de escritores defendieron entonces el furierismo, desde el pastor unitario William Henry Channing a Margaret Fuller; *La Phalange* y *El Precursor* fueron los órganos oficiales del furierismo, pero no eran sus únicos periódicos. Brisbane había publicado una revista hebdomadaria con la ayuda de Greeley, antes de que apareciera

La Tribuna y, durante cierto tiempo, había conseguido asumir la redacción, en jefe, de un pequeño diario en Nueva York —*La Crónica*— y de una revista mensual —*El Demócrata*—, y estas dos publicaciones se hicieron fervientes defensoras del furierismo; por otra parte, los furieristas del Estado de Wisconsin publicaron *El Espigador*; los de Michigan, *El Porvenir*, y William Henry Channing lanzó *El Presente*.

Un factor importante para la diseminación de las doctrinas furieristas en los Estados Unidos eran las conferencias que daban, con gran frecuencia, los vanguardistas del movimiento. Brisbane, Greeley, Channing, Goldwin, Dana y una multitud de oradores de menor renombre, que estaban siempre en la brecha, prestos a exaltar los méritos y las bellezas de la Asociación, sin importarles sitio de reunión ni número de oyentes...

La época era excepcionalmente propicia para la difusión de sus doctrinas; el país estaba entonces sacudido por una de esas crisis periódicas que, cuando se producen, parecen amenazar los cimientos mismos del sistema económico e industrial de los americanos.

La producción había disminuído mucho, multitudes de trabajadores estaban en paro forzoso; la miseria en la población, especialmente en las ciudades industriales del nordeste, era espantosa y la mendicidad se desarrollaba con una rapidez aterradora.

Las organizaciones benéficas y las Comisiones oficiales se esforzaban por remediar el mal, pero era en vano; la miseria crecía y escapaba a su control. El país entero estaba trastornado y era impotente ante las maniobras malélicas de las potencias económicas.

La complaciente filosofía social de millares y

millares de hombres y mujeres —de los que piensan— estaba puesta a ruda prueba, y su atención se sentía atraída, a pesar de todo, por la virulencia de los nuevos problemas sociales que se presentaban ante ellos.

Comenzó igualmente a tomar serias proporciones la agitación en favor de la abolición de la esclavitud y, como generalmente ocurre en todo movimiento liberador, propasó sus objetivos y se salió de sus límites. La crítica de «la esclavitud hereditaria» conducía lógicamente a la crítica de toda otra forma de gobierno social. «Abolición de la esclavitud hereditaria y de la esclavitud asalariada», era el lema de los extremistas del movimiento antiesclavista y, este fué el tema de los elocuentes discursos de Wendel Philips y muchos otros agitadores de aquel tiempo.

En este momento fué cuando hizo su aparición en los Estados Unidos el furierismo; prometía aportar el orden y la armonía en el trabajo y una mutua independencia en las relaciones entre los hombres; estas promesas eran brillantes y seductoras, sobre todo siendo hechas por los más elocuentes oradores, por lo que no hay que extrañar la rapidez con que se extendió el movimiento por el país aquel.

Se formaron numerosas Sociedades furieristas en los Estados de Massachusetts, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Ohio, Illinois, Indiana, Wisconsin y Michigan; en todos estos Estados se verificaban reuniones de cuando en cuando y, el 4 de abril de 1844, se reunió una Asamblea territorial en el Clinton Hall, de Nueva York, que fué la Junta más entusiasta e importante que se ha conocido en el mundo. George Ripley fué elegido presidente, y entre los vicepresidentes se encontra-

ban Horace Greeley, Albert Brisbane, Park Godwin y Charles A. Dana.

De todas partes afluían cartas de simpatía, de adhesión y aliento. Se votaron numerosos acuerdos, cuya mayor parte se referían a la organización de Asociaciones. Se decretó que las Asociaciones que funcionaran sobre el patrón de las Falanges furieristas eran la panacea de todos los males sociales; pero los adheridos estaban ya prevenidos contra los ensayos emprendidos, en una escala demasiado reducida o con preparación insuficiente.

Se decidió la formación de una Asamblea nacional permanente de las Asociaciones, con *La Falange* como órgano oficial, y se nombró una Comisión ejecutiva compuesta de 18 miembros. Albert Brisbane fué delegado para tratar con los furieristas de Europa sobre la mejor manera de constituir una cooperación internacional...

Las Falanges furieristas

Fourier había previsto, desde el principio, el peligro de los ensayos precipitados; había declarado que la Falange no podía demostrar sus beneficios y conseguir buen éxito más que a condición de contar de 1.500 a 2.000 asociados y poseer un capital aproximado a un millón de francos oro. Al final de su vida desaprobó enérgicamente todos los ensayos intentados en una escala más reducida.

Brisbane modificó la concepción del maestro, reduciendo a cuatrocientos el número de personas necesarias para el funcionamiento de una Falange. «La manera más cómoda de comenzar una Asociación —decía— es reunir cuatrocientas personas, aportando cada una mil dólares a emplear

en acciones, lo que constituiría un capital de 400.000 dólares. Los accionistas recibirían un cuarto de la producción total o de los beneficios de la Asociación, a menos que prefirieran recibir un interés del 8 %; en estas condiciones, mil dólares reportarían ochenta anualmente. Este desembolso de mil dólares implicaría, para la Sociedad, la obligación de garantizar manutención y alojamiento de una persona, lo que resulta normal. Las construcciones exigirán 150.000 dólares; dividamos esta suma por 400 —número pedido de accionistas— y obtendremos 37 1/2 dólares de alquiler anual por persona. Algunas de estas viviendas se compondrían de varias habitaciones y su alquiler sería fijado en 100 dólares, de suerte que la mitad de las piezas podrían alquilarse a \$ 20 por año; quedarían, pues, a una persona que deseara vivir lo más económicamente posible, \$ 60, después de haber pagado su alquiler. Como la Asociación produciría todos los frutos, granos, legumbres, ganado, etc., necesarios, y economizaría mucho en combustible, personal y en muchas cosas más, se podría asegurar la pensión más suficiente por \$ 60 anuales. Supongamos una persona que presta \$ 1.000; los intereses que cobraría le asegurarían alojamiento y mesa confortables, con tal de que viviera económicamente, y tendría a más de esto todo lo que pudiera proporcionarse con su trabajo y viviría, además, en un edificio elegante, rodeado de bellos campos y lindos jardines.»

El mismo Brisbane y los restantes propagandistas del furierismo se mostraron siempre partidarios decididos de la concepción de una Sociedad grande y rica. De cuando en cuando ponían en guardia a los impacientes del movimiento contra los ensayos precipitados, intentados con capitales insuficientes y demasiado escaso número de socios.

Pero se prestó poca atención a sus advertencias. Los propagandistas capacitados y perseverantes del asociacionismo furierista habían desencadenado una ola de entusiasmo popular, que creció y escapó del control de los animadores del movimiento. El furierismo había echado raíces en las masas populares, y éstas estaban impacientes por realizar —inmediatamente— las brillantes promesas del nuevo evangelio social.

Nacieron, pues, Falanges espontáneamente, por decirlo así. Se emprendieron en grupos, que unos constaban de un gran número y otros de una restringida cantidad de asociados; unos poseían capitales, otros no tenían dinero, y estos grupos cubrieron con un verdadero vivero de Asociaciones los Estados en los que el furierismo se había asentado.

La historia de estos experimentos es una monótona acumulación de fracasos. Los defectos inherentes al plan de organización social, tal como Fourier lo había concebido, aparecieron claramente en el momento en que se ensayó una realización práctica del furierismo. La supuesta fuerza del plan —compromiso entre los intereses del capital y del trabajo, entre la cooperación y la explotación— se demostró como una fuente eminentemente débil; este resultado privó a las Falanges, o por lo menos a las que intentaron organizarse según las ideas de Fourier, de la unidad de intereses y esfuerzos absolutamente indispensables para el éxito de un ensayo social de esta naturaleza —unidad que había constituido el único sostén de las Colonias «que habían resultado», después de las pruebas y las luchas del comienzo—.

Hablando imparcialmente, hay que reconocer que fueron raras las Colonias donde se siguieron las líneas trazadas por Fourier o Brisbane. La ma-

yor parte de los fracasos de las Falanges deben ser atribuidos a factores que nada tienen que ver con los defectos inherentes del furierismo. En numerosos casos, los hombres que emprendieron estos ensayos carecían, si creemos el testimonio de Greeley, «de capacidades, confianza pública, de energía y de recursos, al mismo tiempo» —sobre todo de recursos—.

En vez de un capital de 400.000 dólares, la centésima parte de esta suma constituía, frecuentemente, todo el haber que podía reunir una Sociedad para el comienzo. Con esta cantidad era manifiestamente difícil adquirir el dominio, soberbio y fértil, en las cercanías de una ciudad grande, que habían recomendado los que lanzaron la idea de las Falanges.

Los experimentadores, en general, hubieron de contentarse con una pequeña parcela de tierra árida, situada en un desierto y gravada con pesada hipoteca. El alejamiento de la ciudad y la insuficiencia de los recursos, obligaban a los colonos a consagrarse a trabajos exclusivamente agrícolas, aunque la mayor parte de ellos no conocieran nada de agricultura. Una o varias miserables cabañas reemplazaron al lujoso «palacio» social, y «el trabajo atractivo» se transformaba en una lucha patética y penosa, de manos torpes e inhábiles, contra un suelo estéril y rebelde. El esfuerzo, en general, duraba hasta que dejaba de pagarse el primer plazo de la hipoteca, y como el prestamista nunca quedaba satisfecho con los 4/12 de los beneficios destinados al capital por Fourier, el dominio quedaba casi siempre liquidado.

Las únicas Falanges que alcanzaron cierta importancia y en determinado momento parecían conseguir el éxito fueron la Falange Norteamericana de Nueva Jersey, Brook Farm y Ceresco, o

Falange de Wisconsin. La primera duró doce años enteros; la duración de las otras fué de cinco y seis años; la vida media de otras Falanges fué alrededor de unos quince meses. Más adelante damos un breve relato de su historia.

Las Falanges proporcionaron una idea mucho más exacta del furierismo que las otras Colonias de los sistemas sociales que proclamaban. Mientras las otras escuelas tenían como objeto una organización abarcando todo el país y no consideraban sus Colonias más que como modelos, en miniatura, del Estado futuro, las Falanges furieristas representaban el Estado llegado ya a su pleno desarrollo; constituían para sus fundadores no solamente un medio de propaganda, sino la realización de su enseñanza. La característica del furierismo es introducir, en cada una de sus formaciones, un estado de felicidad y de equilibrio social; cada Falange es, en sí, una parte del estado social, realizada y completa dentro de sus límites, completamente independiente del medio circundante. Las Falanges eran naturalmente la piedra de toque del furierismo y el movimiento no sobrevivió a su fracaso.

En vano los apóstoles americanos del furierismo protestaron y demostraron que las doctrinas de Fourier no podían, en manera alguna, ser tenidas como responsables de los desastres en los numerosos ensayos, emprendidos con precipitación y funcionando con desprecio de las teorías furieristas. Sus protestas fueron vanas. En el espíritu popular, *furierismo* se convirtió en sinónimo de *Falanges*, y el fracaso de estas últimas fué una prueba de la impracticabilidad de la doctrina. Además, había cesado la crisis industrial que ayudó al movimiento en su origen y, al mismo tiempo que

aquella, el ardor de reformas radicales de la sociedad...

Los ulteriores destinos de los vanguardistas y defensores más caracterizados del furierismo fueron de muy variada naturaleza. Horace Greeley siguió una vida pública muy agitada; emprendió en su *Tribune* una campaña encarnizada contra la esclavitud; fué elegido diputado en 1848, y propuesto para la presidencia de los Estados Unidos en 1872, fué derrotado y murió el mismo año. Albert Brisbane murió en 1890; el desfavor en que cayó el furierismo pareció despojarle de su vigor y entusiasmo; viajó por Europa y consagró el resto de su vida a los estudios y al arte. Georges Ripley se consagró a la literatura y fué uno de los editores de *The American Encyclopedia*; murió en 1880. Dana, después de haber sido lo que se podría traducir por subsecretario del Ministerio de la Guerra, durante la guerra civil, terminó en el periodismo reaccionario y conservador; murió en 1897. John S. Dwight se consagró a la crítica musical y murió a los ochenta años, en 1893, anciano estimado, entusiasta y caballeroso. Parke Godwin fué el último superviviente de esta brillante pléyade; murió en 1904, a los ochenta y ocho años.

The Nort American Phalanx La Falange Norteamericana

De todos los ensayos furieristas de los Estados Unidos, la Falange Norteamericana fué probablemente la que más se acercó al ideal de la Falange. Fué fundada por cierto número de habitantes de Nueva York y de Albany, serios y cultos, con el objeto «de ensayar la teoría de Reforma social de Fourier, según la exponía Albert Brisbane».

Antes de emprender el ensayo, se solicitó el consejo de Greeley, Brisbane, Godwin, Channing y Ripley. Brisbane figuró en el Comité formado para buscar emplazamiento para la Asociación propuesta. El lugar escogido finalmente se encontraba cerca de Red Bank, en el condado de Monmouth, Estado de Nueva Jersey. En septiembre de 1843, algunas familias tomaron posesión del dominio y se pusieron, inmediatamente, a construir una casa vivienda provisional; en el transcurso del siguiente año, el número de los colonos efectivos pasaba de 90.

En un lapso de tiempo muy corto, la habitación provisional fué reemplazada por una casa de tres pisos, con una fachada de 150 pies —alrededor de 45 metros— y un ala de la misma longitud; fué edificado un molino, sobre el curso de agua que atravesaba la propiedad, y se establecieron otras industrias menores rápidamente.

El objeto principal de la Asociación era la agricultura. Los colonos plantaron dos inmensos huertos, cubriendo alrededor de 70 acres —una treintena de hectáreas— que contenían toda clase de frutas selectas, y sus campos y granjas fueron mejor cultivados y producían mejores cosechas que los de sus vecinos. El primitivo capital de la Asociación era de 8.000 dólares; al cabo del primer año, la propiedad fué valuada en 28.000, y en 1852 ascendía su valor a 80.000 dólares.

Tan pronto como la industria y la agricultura estuvieron desarrolladas suficientemente, la producción comenzó a verificarse según el sistema de los «grupos» y las «series», y en la distribución de beneficios, se amoldaron a la ley furierista de «proporción equitativa».

El salario más alto estaba asignado a los trabajos indispensables, pero repugnantes o penosos;

los que realizaban una labor igualmente útil, pero menos repulsiva, recibían un poco menos; en fin, la retribución más reducida estaba reservada a los que habían elegido una ocupación agradable.

Así, los socios ocupados en la confección de los ladrillos recibían diez centavos por hora (1); los que trabajaban en la agricultura, ocho centavos; los criados y médicos estaban pagados a una tasa de 6 1/4 centavos. A estos salarios venían a añadirse primas especiales, concedidas a la habilidad o al talento desplegados en una cualesquier rama de la industria o en la administración de los asuntos de la Asociación. De esta manera, el arquitecto que trazó los planos para el trabajo diario de los albañiles e inspeccionaba sus trabajos recibió una indemnización suplementaria de cinco centavos diarios. El salario de los socios, basado en este sistema complicado, variaba de 6 a 10 centavos por hora y esta última cifra estaba calculada como máxima.

Los socios eran absolutamente libres para escoger la ocupación que les agradaba más y trabajar el más o menos tiempo que quisieran. Todos los días se les abonaba en cuenta el importe de su trabajo, especificando la tarifa, y se pagaba por mensualidades; la parte media del «trabajo», en los beneficios, se elevaba a unos 13 dólares anuales, cuando el «capital» recibía, aproximadamente, un 5 % de intereses. Si los jornales de los asociados eran poco elevados, el costo de la vida no lo era más; el alquiler de una habitación, muy confortable y asaz grande, situada en el cuerpo principal del edificio, no pasaba de 12 dólares anuales.

Las comidas, en los últimos años, se servían «a la carta»; se contaba: por un café con leche, me-

(1) No hay que olvidar la fecha: alrededor de 1850.—E. A.

dio centavo la taza; manteca, al mismo precio la ración; carne, a dos centavos por ración; empanadas, a dos centavos la pieza, y los otros platos, en proporción idéntica. Cada asociado pagaba 36 1/2 centavos por la utilización del refectorio y su cuota de alumbrado; los encargados del servicio anotaban el importe de cada comida en una libreta que llevaba todo socio a este objeto, y se totalizaba, para el saldo, a fin de mes.

La mayoría de los miembros de la Asociación era gente culta y refinada; la vida en la Falange era extraordinariamente agradable, a juzgar por las manifestaciones entusiastas de los furieristas que, frecuentemente, la visitaban. La Falange contaba con una pequeña biblioteca, un salón de lectura; poseía numerosos instrumentos musicales, y las canciones, los bailes y los juegos empezaban tan pronto como terminaba el trabajo en los campos y talleres.

«Frecuentemente he oído a los forasteros hablar del espíritu de alegría y comprensión que habían podido apreciar en sus visitas —escribía Ripley—, y encontré siempre el mismo espíritu, muy definido, en la Asociación Norteamericana.» Neidhart, hablando de la impresión que le causaron los asociados, observa que: «una atmósfera de simpatía seria y serena les rodea, les une, indicando por su parte la resolución de alcanzar el éxito, en el gran ensayo que han emprendido. Las mujeres me parecieron una gozosa bandada de caras iluminadas por la dicha, sonrientes y desbordantes de salud y buen humor. Creo que nunca he visto en otras partes unos ojos tan profundos y animados».

La educación de la infancia fué una de las principales tareas a que se consagró la Asociación; se ocupaba tanto de su desarrollo intelectual como de su evolución física. La Falange Norte-

americana duró más de doce años; fué organizada en la época en que el furierismo comenzó a propagarse y presencié su apogeo y decadencia. Fué testigo del desastre de todas las otras Falanges y, finalmente, quedó sola, monumento solitario del movimiento que infundió tantas esperanzas y declinó con tanta rapidez.

En esta situación, aislada, no podía durar mucho tiempo; las ventajas materiales de la Comunidad eran muy reducidas. En los primeros años de existencia fué ampliamente mantenida por la influencia sostenida y el entusiasmo nacidos del movimiento grande y vivo que le habían dado el ser; cuando desapareció el entusiasmo se llevó consigo el alma de la Asociación. Según toda apariencia, la Falange continuaba su existencia habitual, pero debajo de esta superficie en calma los fermentos de la disolución estaban ya en actividad. De hecho, las dificultades nacieron de la administración; se demostró públicamente el descontento, con motivo de los cortos salarios y las pobres perspectivas de la Asociación, y la dislocación no fué ya más que cuestión de tiempo.

La disolución de la Sociedad fué precipitada por un accidente; en septiembre de 1854, el molino—cuya construcción había costado doce mil dólares— fué destruído por el fuego.

Greeley ofreció prestar una suma suficiente para reconstruirlo, y la Asociación se reunió para deliberar sobre la oferta y sobre el emplazamiento del nuevo molino; en el transcurso de la discusión, alguien sugirió que más valdría la disolución de la Sociedad que no la construcción del molino proyectado.

Esta proposición era del todo inesperada y sin relación alguna con el tema discutido, pero pareció expresar el sentimiento secretamente acariciado

por la mayoría de los miembros, y puesta a votación dicha propuesta, la Sociedad, ante la general sorpresa, decidió su disolución, y así terminó bruscamente la existencia de la Falange Norteamericana.

El dominio fué vendido en pública subasta y los accionistas recibieron un 66 % del dinero que prestaron.

Brook Farm

Brook Farm constituye la página más brillante y seductora entre todos los ensayos furieristas de la América, cuya historia es asaz monótona y prosaica. Esta granja atrajo a las inteligencias más nobles y los más escogidos espíritus del furierismo, dotando de poesía y encanto al entero movimiento; pero Brook Farm no comenzó como un experimento furierista.

El origen de Brook Farm debe ser buscado en un movimiento filosófico y humanitario que existía en Nueva Inglaterra hace un siglo, y del que Boston era el centro intelectual. Los nombres de los que participaron en este ensayo pertenecen a la historia de los Estados Unidos: George y Sofía Ripley, William Ellery y W. H. Channing, Margaret Fuller, Ralph Waldo Emerson, Henry D. Thoreau, Nathaniel Hawthorne y decenas de otros.

Eran idealistas entusiastas, ardientes defensores de todas las reformas sociales, políticas y religiosas que se debatían en aquellos tiempos. Se reunían a intervalos irregulares en la casa de uno u otro, y discutían todos los temas posibles e imposibles, relacionados con la filosofía, la política o la religión; aunque no había ninguna organización formalizada entre ellos, su Asociación fué bien

pronto conocida, en el mundo que les rodeaba, con el nombre de Transcendental Club.

Al principio, este nombre fué empleado como un término de ironía y de irrisión, pero —como tantas veces ha ocurrido ya en la historia— fué adoptado y llevado con orgullo por aquellos a quienes se trató de ridiculizar. La manera en que los críticos realistas del movimiento comprendían el vocablo *transcendentalistas*, fué probablemente expresado con la mayor perfección en la definición elegante y espiritual de Miss Taylor, que decía de ellos que «arrullan en el infinito, se ciernen en lo inimitable y no van a ningún sitio». La definición que los criticados daban a esta palabra ha sido proporcionada por Ripley de la siguiente forma: «Se nos llama *transcendentalistas* porque creemos en un orden de verdades diferentes de las que perciben los sentidos. Nuestra idea motriz es la supremacía del espíritu sobre la materia.»

El Transcendental Club duró muchos años; el resultado de su actividad fué la publicación de una revista trimestral elevada que se titulaba *The Dial* (*La Esfera* —de reloj—). Esta revista, que aparecía a intervalos irregulares, contenía notables artículos, debidos a las plumas de los escritores que pertenecían al movimiento.

En 1840, Ripley se decidió, finalmente, a hacer una aplicación práctica de los principios y teorías preconizados por los transcendentalistas. Presentó su dimisión de pastor protestante y alentado por algunos de los socios más entusiastas del Club, resolvió fundar una Colonia; en la primavera de 1841 se fijó su emplazamiento al Oeste de Roxbury, a nueve millas —14 1/2 kilómetros— de Boston. El sitio escogido era al principio una lechería, perteneciente a un tal Ellis; comprendía unos 200 acres —80 hectáreas— de tierra buena,

situadas en un paraje extraordinariamente pintoresco. Los primeros colonos fueron una veintena y, entre ellos, se encontraban el mismo Ripley, su esposa, su hermana, Dwight, Hawthorne y William Allen; pocos de los restantes socios del Transcendental Club siguieron a Ripley.

El título oficial que se dió a la pequeña Colonia fué Instituto de Brook Farm para la Agricultura y la Educación, y el objetivo del Instituto se formuló en los estatutos de la Asociación de la siguiente forma:

«Para favorecer más eficazmente los grandes designios de la cultura humana; para establecer las relaciones exteriores de la vida sobre una base de sabiduría y pureza; para aplicar los principios de justicia y amor a nuestra organización social, según las leyes de la divina providencia; *para sustituir con un sistema de cooperación fraternal un sistema de competencia egoísta*; para asegurar a nuestros hijos y a los que sean confiados a nuestros cuidados los beneficios de la educación moral, intelectual y física más elevados que nos permitan los recursos que poseemos, en el estado presente de los conocimientos humanos; para instituir un trabajo atractivo, eficaz y productivo; para reemplazar la inquietud mundana, en general, con la satisfacción competente de nuestras necesidades perentorias; para disminuir el deseo de una acumulación excesiva, subordinando la adquisición de la propiedad individual a fines leales y desinteresados; para garantizar a cada cual los medios del desarrollo físico y los progresos intelectuales, consiguiendo así, para nuestro sistema de vida, ventajas de libertad, sinceridad, sencillez, refinamiento y dignidad moral.»

Acordaron que la propiedad de la Comunidad estaría representada por participaciones en pro-

ductos, y que todos los miembros de la Colonia serían empleados, de acuerdo con sus aptitudes y sus gustos; existía una tasa de compensación uniforme para todos los trabajos y una jornada de trabajo máxima de diez horas.

Mantenimiento gratuito de los niños menores de diez años y de los ancianos que pasaran los setenta, así como de aquellos que no pudieran trabajar por enfermedad; eran igualmente gratuitos la educación, los servicios médicos y la utilización de la biblioteca y de los baños.

La administración de la Colonia se confió a cuatro Comisiones, tituladas respectivamente: Dirección general, de Agricultura, de la Educación y de Finanzas.

Hay que observar que los brookfarmers mostraron desde el principio, conscientemente o inconscientemente, una marcada tendencia hacia el furrismo y que su reorganización posterior en Falange fué más bien el resultado de un desarrollo fácil y lógico que una repentina conversión, como ciertos historiadores de la *farm* (granja) la han representado.

La característica principal de la joven Comunidad fué su escuela; estaba dividida en cuatro secciones: escuela de párvulos, para menores de seis años; primaria, para los de seis a diez; preparatoria, para los alumnos destinados a seguir estudios superiores, y un curso de seis años, para los discípulos destinados a la Universidad.

Los programas de ciencias y artes, seguidos, eran muy extensos. La enseñanza misma se daba de una manera hábil y afectuosa por numerosos profesores competentes; se concedía una atención igual al desarrollo intelectual que al físico y muchos hombres, que representaron más tarde un importante papel en la vida literaria y política de

los Estados Unidos, debieron la mejor parte de su educación a la escuela de Brook Farm. Entre los que tuvieron una brillante carrera, citaremos a los hermanos Curtiss, James Burrill —que alcanzó notoriedad científica en Inglaterra, donde fijó su residencia—, George William —novelista muy conocido que, durante algún tiempo, fué editor del *Harper's Weekly*—, Francis Channing Barlow —general durante la guerra civil, que desempeñó más tarde cargos muy importantes en el Estado de Nueva York—, el doctor John Codman —que escribió un libro de recuerdos de Brook Farm, encantadora obra si las hubo.

Durante los tres primeros años, el número de socios se elevó a unos 70. El éxito financiero de la Granja era moderado; la existencia de los socios, llena de fatigas y desprovista de comodidades; pero los brookfarmers cubrían su penuria con el velo atractivo de la poesía e introducían la animación y el gozo en sus ocupaciones cotidianas.

Después de la labor de la jornada, la gente joven tenía la costumbre de acudir a la cocina y al lavadero y ofrecían galantemente sus servicios a las mujeres para tender la ropa o fregar la vajilla; terminado esto, se improvisaba un baile u otro culto esparcimiento, en que tomaba parte toda la juventud, mientras que los colonos de edad seguían sus distracciones con interés y simpatía.

La música, excursiones, discusiones científicas y literarias consumían las horas de asueto; en suma, que los brookfarmers formaban una Agrupación homogénea y dichosa.

La vida de los colonos se hizo aún más atractiva con las visitas de los amigos; entre los que acudían con más frecuencia y recibían una calurosa acogida hay que mencionar a Margaret Fuller, los dos Channing, Theodor Parker, Elizabeth Pea-

body y, más tarde, Horace Greeley, Albert Brisbane, Parke Godwin y demás conspicuos del movimiento furierista.

A principios de 1844, poco tiempo después de la asamblea de Clinton, Brook Farm se declaró formalmente Colonia furierista y tomó el nombre de Falange de Brook Farm. Este cambio de nombre no aportó modificación alguna en la organización y forma de vida de la Agrupación; pero añadió una característica: Brook Farm se convirtió en el centro y manantial de la propaganda furierista. A comienzos de 1844, fué editado el *Harbinger* en la Granja, y la presencia de este semanario, de primer orden, ofrecía un nuevo campo para la actividad de los talentos literarios de los granjeros de Brook; Ripley se encargó de la dirección del periódico; Dana, de la crítica de libros recibidos; la crítica de arte iba a cargo de Dwight; Orvis se dedicó principalmente a cuanto concernía con la Asociación, y otros socios publicaban, de cuando en cuando, algún artículo o poesía. Todos se interesaban vivamente por el periódico, discutían los méritos y faltas de todos los trabajos y saludaban la aparición de cada número como un acontecimiento. Además de la publicación del *Harbinger*, los brookfarmers apoyaban de diversas maneras la causa furierista y frecuentemente enviaron a sus más elocuentes oradores al exterior para demostrar los beneficios de la Asociación.

Los ciclos de conferencias emprendidos por Dana, Allen y Orvis fueron los más notables entre los esfuerzos realizados por la Granja en este sentido; finalmente, la Asociación fué reconocida oficialmente por un acta especial de la legislación del Estado de Massachusetts, y se decidió construir un vasto edificio central.

Brook Farm estaba entonces en la fase más prós-

pera. Era célebre en todo el país, los visitantes se contaban por millares, anualmente, y estaba inundada de demandas de admisión. Su situación financiera mejoraba lenta, pero gradualmente. Todo era actividad y esperanza, fermentando en vida y animación; pero el interés principal de los socios se concentraba en el edificio principal, el Falansterio o Palacio, en cuya construcción trabajaban infatigablemente hacía dos años y estaba casi terminado a la sazón. Se esperaba que el inmenso edificio permitiría a la Asociación acoger a muchos candidatos capacitados que no habían podido admitir por escasez de espacio; igualmente se esperaba que los recursos y la capacidad de trabajo de la Agrupación se acrecentarían considerablemente con la llegada de los nuevos socios.

En el transcurso de una hermosa noche de primavera, en 1846, mientras que entusiasmados con tan brillantes conjeturas los granjeros se entregaban, como de costumbre, a bailes y diversiones, resonó de repente un siniestro grito: «¡El Falansterio está ardiendo!»

Por desgracia era bien cierto. A causa de cualquier negligencia de los que se dedicaban a los últimos toques de la construcción, el enorme edificio de madera se había prendido fuego. Con el corazón destrozado, los brookfarmers miraban aterrorizados e impotentes cómo devoraban las llamas implacables el objetivo de sus trabajos y de sus esperanzas todas, reduciéndolo rápidamente a cenizas. Si este desastre se hubiera producido algunos años antes, cuando el movimiento furierista aun era vigoroso, Brook Farm hubiera podido reponerse; pero en 1846, el movimiento estaba ya en plena decadencia, el entusiasmo de sus partidarios se había enfriado considerablemente y la destrucción del Falansterio anunció el fin de la

corta existencia de la Granja, de idéntica manera como la destrucción de su molino condujo a su final a la Falange Norteamericana. La Asociación se debatió aún, entre la primavera y el verano que siguieron, pero al otoño se dislocó gradualmente.

El *Harbinger* fué transferido a Nueva York y se vendieron los bienes de la Asociación. En 1910, el sitio donde se elevaba Brook Farm estaba ocupado por un asilo de huérfanos, regentado por una iglesia luterana.

La Falange de Wisconsin (o Ceresco)

De todas las experiencias furieristas, la Falange de Wisconsin fué la mejor llevada, desde el punto de vista de los negocios; la mayor parte de sus éxitos materiales fueron debidos a la capacidad administrativa de Warren Chase, que fué el alma de la empresa desde el principio hasta el fin.

La Asociación fué organizada en mayo de 1844, en el condado de Fond du Lac; aquel país estaba entonces deshabitado, kilómetros cuadrados de terreno estaban incultos y la tierra, extremadamente barata, se pagaba a 1 1/4 dólares el acre —cuarenta áreas—. Los colonos compraron al contado la tierra que adquirirían, y fué una de las características de esta Agrupación no contraer nunca deudas sobre sus propiedades.

Los fundadores de la Colonia, una veintena, llegaron con sus atalajes, ganados, tiendas e instrumentos agrícolas; rápidamente construyeron una vasta vivienda y una serrería; al cabo de algunos meses acudieron a reunírseles sus familias y su número se elevó a 180.

Redactaron una constitución y reglamentos interiores, y el Gobierno les reconoció legalmente con

el título de Wisconsin Phalanx. Fundaron una ciudad, Ceresco, cuya creación fué igualmente registrada por el Estado; había en la ciudad varios furieristas que no formaban parte de la Asociación y fueron nombrados para todos los empleos municipales. Las leyes del Estado de Wisconsin les obligaba a tener, entre otros funcionarios, tres jueces de paz; pero como nadie cometía delitos y no se presentaba litigio alguno entre ellos, este cargo se convirtió en un título puramente honorífico. Para llenar este requisito, sin embargo, nombraba a los tres socios de más edad de la Asociación; enviaron un representante a cada una de las dos Convenciones que se verificaron en el Wisconsin, durante el tiempo de su existencia, e igualmente delegaron a tres socios para representar a la Agrupación en el Senado; uno de ellos trató hasta de ser elegido gobernador del Estado, enarbolando el programa del «suelo libre», pero consiguió pocos votos fuera de Ceresco. Pudieron conseguir una oficina de correos y durante mucho tiempo, hasta que fué elegido Taylor para la presidencia de los Estados Unidos, uno de los socios de la Falange desempeñó el cargo de jefe de la Estafeta.

Comenzaron con uno de los capitales más restringidos, que aumentó gradualmente hasta 33 mil dólares; eran muy trabajadores, tenían más de 700 acres para cultivar y llegaron a recolectar en una temporada 125.000 litros de trigo.

Nunca aplicaron completamente el sistema de grupos y series, pero se esforzaron en fijar las remuneraciones del trabajo, del capital y del talento lo más aproximadamente posible a las concepciones furieristas. El salario medio era de 6 a 7 centavos por hora; el costo medio de la pensión, 60 ó 65 centavos semanales. Se mostraban muy exigentes en cuanto concernía a la admisión de nue-

vos socios y no aceptaban a nadie que pudiera significar una carga para su Agrupación, bien a causa de insuficientes medios o por salud deficiente.

Tuvieron una escuela propia, independiente del Estado, pero descuidaban la intelectualidad y las distracciones, careciendo de biblioteca y sala de lectura; no celebraban reuniones amistosas ni eran aficionados a diversiones. Total, que si la Falange del Wisconsin superó a los otros ensayos desde el punto de vista de la prosperidad material, fué inferior con relación a la cultura y el refinamiento.

Reinaba una continua discordia en la Asociación a causa de la cuestión de la vivienda, aislada o comunal; los partidarios de una y otra modalidad de alojamiento eran aproximadamente en número igual y las elecciones municipales se basaban en este asunto.

Los partidarios de la vivienda común ganaban siempre por una ligera mayoría; se conservó, pues, una residencia y refectorio comunes, pero la minoría no quería someterse y continuó viviendo separadamente.

Esta situación, acompañada de otros motivos—entre los que sobresalían la falta de armonía y entusiasmo—condujeron a la Asociación a su término; la disolución general y el reparto de beneficios se verificó en 1850. Los prestamistas retiraron el 108 % de sus capitales, único ejemplo de una Falange disuelta sin pérdida para sus fundadores o accionistas.

El grupo de Pensilvania

La parte norte del Estado de Pensilvania constituía, a mediados del siglo anterior, un lugar de los menos propicios para los colonos. Era una región desértica, rocosa, desprovista de centros industria-

les o comerciales; el suelo era árido, frío, pedregoso, pero la baratura de la tierra atrajo, irresistiblemente, a nuestros experimentadores sociales. Entre 1843 y 1845 no hubieron menos de siete colonias establecidas allí; citaremos las más notables.

La Sylvania Association fué la primera agrupación furierista de los Estados Unidos, fundada en 1843 por cierto número de habitantes de Nueva York y Albany. Tuvo por presidente a Thomas W. Whitley y como tesorero a Horace Greeley. El dominio fué escogido por un Comité compuesto por un pintor paisajista, un médico homeópata y un tonelero; contaba 2.300 acres—unas 930 hectáreas—de terreno, situado en el territorio de Lackawaxe, condado de Pike. Consistía en un molino en mal estado, que fué rápidamente reparado, y tres casas de madera, de dos pisos, que en un momento dado hubieron de alojar a los 136 socios de que se componía la Colonia. Más tarde, los colonos edificaron una vasta vivienda comunal, de cuarenta pies de longitud en sus cuatro fachadas, y de tres pisos. Adquirieron este dominio por 9.000 dólares, a liquidar en nueve plazos anuales de mil dólares; desembolsaron el primer millar de dólares a la entrada en posesión de la propiedad, pero no pudieron hacer frente al segundo vencimiento y el propietario recobró sus terrenos, con las mejoras que aportaron los colonos, dejándolos libres de su compromiso. La Asociación había durado dieciocho meses.

La Peace Unión Settlement estaba situada en el condado de Warren y poseía 10.000 acres—más de 4.000 hectáreas—de tierra. Esta Colonia fué fundada por un individuo llamado Andreas Bernardus Smolnikar, profesor austríaco de estudios y críticas bíblicas, que consideraba como su misión especial establecer la paz universal sobre la tierra. Los

colonos eran, casi exclusivamente, alemanes y abandonaron el ensayo después de una lucha breve, pero encarnizada, contra un suelo ingrato.

La Social Reform Unity fué fundada por un grupo de furieristas de Brooklyn. El dominio, de 2.000 acres —800 hectáreas— de superficie, se encontraba igualmente en el condado de Pike. La tierra les fué vendida a razón de 1'25 dólares por acre, pero el total se les dejó por 100 dólares, o sea a cinco centavos el acre —cuarenta áreas—. Redactaron y publicaron una constitución muy estudiada, de la que sin embargo no hicieron caso alguno. La esterilidad del suelo y su extremada pobreza les llevaron a la disolución de la Sociedad, después de pocos meses.

La Leraysville Phalanx nació de una curiosa manera. No lejos de un pueblo, cuyo nombre era Leraysville, en el condado de Bradford, se encontraban siete granjas, contiguas unas a otras. Los propietarios eran todos suecos y, entre ellos, el más influyente era su pastor eclesiástico, el doctor Lemuel C. Belding.

Cuando la marea del furierismo alcanzó a este pequeño grupo, el doctor Belding y sus amigos resolvieron fundir sus siete granjas en un dominio único. Después de una ceremonia impresionante, abatieron las barreras de la separación y cada propietario entregó su granja a la Falange, a cambio de acciones que representaban su valor. A los siete batidores originales se juntaron nuevos socios, entre los que había médicos, eclesiásticos, abogados y cierto número de artesanos. Los principios de la Colonia justificaron muchas esperanzas, pero bien pronto se levantaron divergencias de aspiraciones entre los primitivos y los nuevos asociados de tal índole, que la Sociedad quedó disuelta, después de una duración de ocho meses.

El grupo neoyorkino

La parte oeste del Estado de Nueva York fué, por algún tiempo, un activo volcán de furierismo. No había aldea ni caserío en el condado de Genesee —donde Brisbane nació— y en los vecinos condados de Monroe y Ontario, que no tuviera una o dos Agrupaciones furieristas. Brisbane consagró mucho de su tiempo a la propaganda de los principios de la Asociación, en la región aquella; algunas reuniones bien organizadas tuvieron lugar en Batavia y Rochester, formándose Falanges en una gran escala.

Noyes describe siete de los ensayos que surgieron de este movimiento, cuya historia es casi idéntica; todos fueron emprendidos con gran entusiasmo y poca preparación, tuvieron una corta existencia y causaron importantes pérdidas financieras a sus fundadores.

Las Falanges más potentes del Estado de Nueva York fueron: The Clarkson Phalanx, Sodus Bay Phalanx, The Bloom Field Association y The Ontario Union.

Estas cuatro Comunidades tuvieron un mismo origen, siendo decidido su establecimiento en una asamblea general, verificada en Rochester, y agosto de 1843. Estaban situadas a la orilla del lago Ontario y a escasa distancia unas de otras; juntaron en total un millar de socios, y el capital impuesto, en las cuatro empresas, totalizaba 100.000 dólares. Su existencia media fué de poco menos de un año.

Este grupo de Falanges presentó la particularidad de que se federaron, y su Federación tomó el nombre de Unión Industrial Americana. Su administración fué asumida por un Consejo, constituí-

do por representantes de las Falanges adheridas a la Federación; el Consejo se reunió una sola vez, en mayo de 1844, adoptó acuerdos encaminados al desarrollo uniforme de los asuntos de la Federación y organizó un sistema de intercambio de productos entre las Falanges; pero estos acuerdos no llegaron a entrar en vigor.

El fracaso de los ensayos del Estado de Nueva York causó un profundo perjuicio al furierismo, en la misma región que había llegado a ser su fortaleza más importante por algún tiempo.

El grupo de Ohio

Noyes relata la historia de cinco falanges en el Estado de Ohio. La más importante parece haber sido la Falange de Trumbull, en el condado del mismo nombre; fué fundada a principios de 1844, y duró hasta el final de 1847.

El dominio de la Asociación comprendía unos 1.500 acres, más de seiscientas hectáreas, de tierra, en parte compradas por los fundadores y entregadas otras por los granjeros vecinos, a cambio de los productos de la Asociación; el terreno era pantanoso, engendrando el paludismo y muchas otras enfermedades; las viviendas consistían en insignificantes albergues, donde se amontonaban las personas, y el costo medio de la vida, semanalmente por persona, estaba calculado en cuarenta centavos; ya puede presumirse lo que sería la existencia de los colonos.

A pesar de estas circunstancias deplorables, 250 individuos —hombres, mujeres y niños—, de los que muchos habían abandonado cómodos hogares, lucharon durante más de tres años y medio con una energía y una abnegación personal, que

fué la admiración de sus contemporáneos. Pero la lucha terminó por ser sin esperanzas, hasta para los más entusiastas de los asociados y, con verdadero dolor, abandonaron la empresa, en la que habían puesto tantas esperanzas y realizado tan penosos sacrificios.

La Ohio Phalanx fué anunciada a son de trompetas, por decirlo así, y, en ciertos momentos, los asociados llegaron a concebir muchas esperanzas en esta empresa. Entre sus fundadores se encontraban E. P. Grant, Van Amringe y otras lumbres del furierismo; fueron suscritos 100.000 dólares para auxiliarla, en ocasión de una entusiasta asamblea, en el transcurso de la cual fué decidida la creación de esta Colonia.

La Asociación que nos ocupa fué fundada en marzo de 1844, sobre un terreno de unos 2.000 acres, en las cercanías de Wheeling, en el condado de Belmont; parece que sufrió una superabundancia de ideas teóricas y de una proporcional falta de experiencia práctica. Durante el corto período de su existencia se desarrollaron allí numerosas discusiones, hubieron muchas escisiones —más o menos graves— y sufrió una reorganización radical; fué disuelta, definitivamente, en junio de 1845.

The Clermont Phalanx y The Integral Phalanx se crearon en Cincinnati, establecidas a poca distancia de dicha ciudad; ambas vivieron a costas del capital de sus fundadores y fracasaron. La Integral Phalanx publicó una revista titulada *La reja y la podadera*, consagrada a las enseñanzas de Fourier, en general, y a los asuntos de la Falange, en particular; debía aparecer dos veces por semana, pero parece que no publicó más que dos números.

La Columbian Phalanx es el nombre de otra empresa furierista del Estado de Ohio, pero no se

conocen detalles de la existencia de esta Asociación, salvo que estaba situada en el condado de Franklin, y fué fundada en 1845.

Otros ensayos furieristas

De las otras Falanges, cuyo recuerdo nos ha sido transmitido, cuatro estaban situadas en el Michigan y muchas se encontraban en Iowa e Illinois. La Falange de Alphadelphia, en el Estado de Michigan, fué la más importante; duró más de un año y publicó una revista titulada *The Tocsin*, siendo el alma de esta organización cierto doctor Schetterly, discípulo de Brisbane.

En suma, Noyes recogió los datos sobre unas cuarenta y una Falanges, de las cuales encontró descripciones o mención en los papeles de Mac Donald (1) o en las colecciones de *The Phalanx* y *The Harbinger*. Sin duda existieron muchas otras, de las que no ha quedado recuerdo alguno. Para apreciar la plena importancia del movimiento furierista en los Estados Unidos, es conveniente recordar que en Francia —cuna del furierismo— no ha habido más que dos ensayos intentados, de los cuales sólo uno en vida de Fourier.

(1) Mac Donald fué el primer historiador de las Comunidades o Colonias americanas. Visitó personalmente la mayor parte de las que existían en sus tiempos y anotó el resultado de sus investigaciones e informes. Sus manuscritos no se publicaron y, después de su muerte, cayeron en manos de Noyes. Su *Histoire du Socialisme Américain* está basada —en su mayor parte— sobre las notas de Mac Donald.—(E. A.)

CAPITULO IV

LAS COMUNIDADES ICARIANAS

Origen de Icaria

El relato de los experimentos icarianos hay que clasificarlo entre las páginas más interesantes de la historia de las Comunidades americanas.

La historia de los pacientes sufrimientos, del sacrificio heroico, de las violentas discordias de estas Comunidades, llena casi media centuria. Estos anales son patéticos, llenos de interés y han sido el tema de gran número de folletos, monografías y artículos en diarios y revistas.

Etienne Cabet, fundador y padre espiritual de las Comunidades icarianas, nació en Dijon, en 1788; recibió una educación excelente, estudió Medicina y Derecho y alcanzó una reputación considerable dedicado a su profesión de abogado, en su ciudad natal. Aun joven llegó a París, donde se afilió a las Sociedades revolucionarias secretas que, en aquella época, abundaban en la capital de Francia.

Tomó parte activa en la Revolución de 1830, como miembro del Comité insurrecto, y al tiem-

po de la subida al Poder de Luis Felipe fué nombrado procurador general de Córcega. Esta fué una hábil táctica por parte del Gobierno, que así apartaba al peligroso demócrata de la atmósfera revolucionaria de París, a pretexto de una recompensa por sus servicios durante la Revolución. Pero los consejeros del «Rey ciudadano» no contaban con la solidez de los sentimientos de Cabet.

Desde el momento en que el nuevo procurador general asumió los deberes de su cargo, tomó una actitud agresiva en las filas de la oposición. Como era sospechoso, fué llamado precipitadamente a Francia y, en 1834, sus conciudadanos de Dijon lo eligieron diputado; su hostilidad inquebrantable, con respecto a la administración, y su actitud revolucionaria en la Cámara atrajeron sobre él, de nuevo, los rayos del Gobierno. Acusado del crimen de lesa majestad se le dió a escoger entre dos años de prisión o cinco de destierro.

Cabet escogió esta última alternativa y partió a Inglaterra. Allí este activo político encontró tiempo para el estudio y la meditación, que le llevaron a edificar un sistema de comunismo muy parecido al de R. Owen.

Vuelto a Francia, en 1839, Cabet dió a conocer sus concepciones en un libro titulado *Voyage en Icarie*, y la publicación de esta obra marcó el momento decisivo de su carrera. El *Viaje a Icaria* es una novela. He aquí un breve resumen de ella: Lord Carlsdall, joven caballero inglés, tiene noticia de la existencia de un país lejano y aislado, llamado Icaria. La forma de vida, costumbres y gobierno, originales por completo, excitan la curiosidad del noble lord y decide visitar aquel país. El *Viaje a Icaria* es una relación diaria, en la que el viajero cuenta sus impresiones y descubrimientos más notables en el extraño país.

La primera parte del libro contiene un caluroso resumen de las ventajas del sistema cooperativo industrial, practicado entre los icarianos, de sus variadas ocupaciones, cómoda forma de vida, su admirable sistema educativo, alta moralidad, libertad política, igualdad de sexos y bienestar general. La segunda parte está dedicada a la historia de Icaria; parece que la organización social de este país ha sido aproximadamente la misma que la de otros pueblos del mundo, hasta 1782, en cuyo año Icar, el gran héroe nacional, después de una revolución victoriosa, establece un orden de cosas comunista.

Esta historia proporciona a Cabet la ocasión de hacer una crítica acerba de la estructura social de su época y da un resumen de sus orientaciones favoritas, con respecto a la introducción del nuevo régimen.

Las características más importantes del nuevo régimen son: el impuesto progresivo sobre la renta, abolición de la herencia, reglamentación de los salarios por el Estado, talleres nacionales, Colonias agrarias y, sobre todo, un sistema de educación amplio y completo. La última parte del libro está consagrada a la historia del desarrollo de la idea comunista, y contiene un resumen de las ideas emitidas sobre este tema por la mayoría de los que se han ocupado de él, desde Platón hasta los famosos utopistas de la primera parte del siglo XIX. Materialmente, el plan de esta obra difiere poco de *L'Utopie*, de Thomas More, y de la *Basiliade*, de Morelly —publicadas con anterioridad al libro de Cabet— o de las novelas utópicas de Bellamy, Howells y Hertzka, publicados más tarde. El éxito que alcanzó el *Viaje a Icaria* fué realmente extraordinario. En el período comprendido entre las Revoluciones de 1830 y la de 1848, las masas, en Fran-

cia, estaban en un estado constante de vago descontento, buscando la ocasión de manifestarse prácticamente y, la novela de Cabet, con su estilo popular, su vigorosa crítica del orden social existente y las luminosas descripciones de una nueva y dichosa fraternidad humana que encerraba, fué acogida como un nuevo evangelio; ediciones tras ediciones se sucedieron, hasta que no hubo ni un obrero que no la hubiera leído.

Alentado por el espléndido éxito del *Viaje a Icaria*, Cabet se dedicó por completo a la propaganda de sus ideas comunistas y, a este objeto, publicó el *Populaire* y *L'Almanach Icarien*, de 1840 a 1847. Gracias a estos periódicos, a su *Viaje* y otros trabajos, adquirió Cabet, entre los obreros franceses, una inmensa popularidad, y, en 1847, se dice que no había reunido menos de 400.000 adheridos a sus ideas.

Cuando Cabet escribió su *Viaje a Icaria* tenía sencillamente la intención de explicar sus apreciaciones sobre los problemas sociales, aplicables a cualquier país civilizado, pero sin la esperanza de hacer un experimento social inmediato; pero como la agitación proicariana crecía cada vez más y era motivo de calurosas controversias con los adversarios de Cabet, los más entusiastas de sus partidarios creyeron necesario fundar una Colonia icariana, con el objeto de probar la verdad de sus teorías con una demostración práctica. Cabet publicó entonces, en mayo, una proclama a los trabajadores franceses, titulada *Allons en Icarie!*

Dicha proclama está redactada con el entusiasta estilo característico en Cabet.

Recapitulando las dificultades y persecuciones a que estaban sujetos en Francia los icarianos y declarando que una revolución, hasta en el caso que triunfara, no procuraría ventaja alguna a los obre-

ros, desarrolla Cabet un magnífico panorama del porvenir que esperaba al establecimiento icariano. Cabet creía que, al menos, de diez a veinte por mil obreros responderían inmediatamente a su llamada y que, en poco tiempo, un millón de trabajadores calificados, agrícolas e industriales, le seguirían; con semejante ejército, proyectaba la construcción de inmensas ciudades y pueblos sobre el plan comunista, con vastos talleres, escuelas, teatros, etc. Con los ojos de su imaginación percibía un verdadero paraíso terrenal, habitado por una población feliz de iguales; la proclama terminaba con una elocuente descripción del clima magnífico y del suelo fértil de América.

Esta proclama hizo un efecto mágico en los icarianos. Cabet recibió millares de cartas de discípulos entusiastas, ofreciendo toda clase de objetos para la futura Comunidad; verdaderamente había de todo en estos donativos: útiles, adminículos de cocina, muebles, ropas, cuadros, armas, semillas, bibliotecas, joyas y dinero, sin contar las invenciones de toda índole —inestimables, según opinión de sus autores—, cuya eficacia había de verificarse en la nueva Colonia. Algunas semanas después de la publicación de la proclama, Cabet anunciaba en *Le Populaire*, que esperaba reunir más de un millón de cooperadores.

Se había hecho necesario escoger un emplazamiento definido para establecer la nueva Colonia. En septiembre de 1847, Cabet marchó a Londres, para pedir consejo a Roberto Owen, y éste le recomendó el Estado de Texas; este Estado acababa justamente de quedar admitido en la Unión Americana y deseaba ansiosamente poblar su inmenso territorio, casi deshabitado en aquel tiempo. Grandes extensiones de terreno se había concedido a Compañías privadas por el nuevo Estado, a con-

dición de que proporcionaran colonos; el representante de una de estas Compañías —la Compañía Peters— se encontraba en Londres en enero de 1848; informado Cabet de este detalle hizo el viaje y, el 3 de enero, hizo un contrato, mediante el cual la Compañía Peters le transfería un millón de acres, a condición de que la Colonia se posesionaría de la concesión antes del primero de julio del año 1848.

Cabet anunció inmediatamente, en *Le Populaire*, que, después de un cuidadoso examen de todos los terrenos disponibles, había sido elegida una vasta extensión de tierra, magnífica y fértil, situada en Texas.

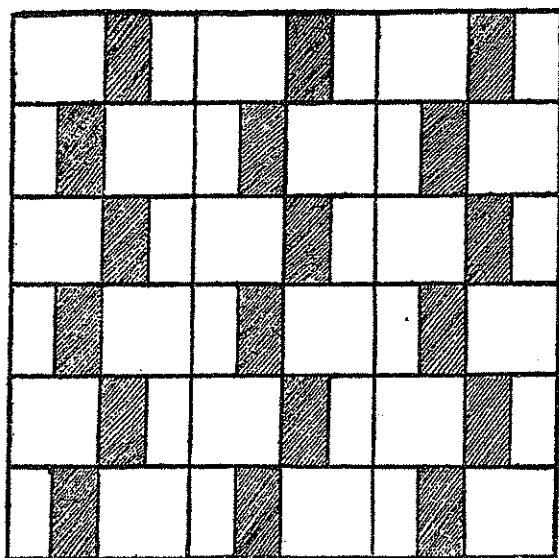
La primera avanzada, constituida por sesenta y nueve personas, partió de El Havre en febrero de 1848. Este acontecimiento fué precedido de una ceremonia de las más impresionantes, que se desarrolló en el embarcadero; los batidores icarianos firmaron un contrato social, comprometiéndose a practicar los principios comunistas, y Cabet pronunció una conmovedora alocución sobre el objeto y porvenir del movimiento. A su vuelta a París escribió en *Le Populaire* que el espectáculo ofrecido por aquellos hombres, vanguardia del movimiento, le hacía creer en la regeneración de la raza humana... Según sus opiniones, el 3 de febrero de 1848 debía constituir una fecha histórica, porque en tal día se realizó uno de los más grandes hechos de la especie humana —la vanguardia, embarcándose en el «Roma», se daba a la vela para Icaria—. Deseaba que los vientos y las olas fueran propicios a estos soldados de la Humanidad y, en cuanto a los restantes icarianos, debían prepararse para reunirse con sus amigos y hermanos, sin pérdida de tiempo.

La vanguardia de los icarianos llegó a Nueva

Orleáns el 27 de marzo de 1848, e inmediatamente quedaron defraudadas sus esperanzas.

Parece que Cabet no se mostró a la altura de los métodos comerciales de los agentes de terrenos americanos y que tomó demasiado al pie de la letra las manifestaciones del avisado representante de la Compañía Peters. Les habían hecho creer a los icarianos que los terrenos de la Compañía eran regados por el río Rojo —Red River— y accesibles por vía fluvial; pero, al consultar el mapa, se llegó a la conclusión de que Icaria estaba separada de este gran curso de agua por un desierto de 400 kilómetros de anchura, sin camino alguno trazado.

Otra decepción, no menos grave: las condiciones de la distribución de los terrenos. El Estado de Texas había dividido las porciones de su territorio, que estaban aún vacantes, en lotes de 640 acres cuadrados cada uno —o sea una milla cuadrada o 1.610 kilómetros— y había concedido a la Compañía Peters las porciones, alternadas con otras en una determinada extensión de tierra. Esta Compañía, a su vez, dividió sus lotes en medias porciones de 320 acres y cedió a los icarianos los medios lotes, alternados. Para dar al lector una idea precisa de este reparto, reproducimos en la página siguiente el diagrama publicado por el doctor Albert Shaw, en su periódico *Icaria*.



En este gráfico, los cuadrados blancos representan los terrenos que se reservaba el Estado de Texas; los paralelogramos blancos son las tierras que restaban en poder de la Compañía y las porciones rayadas los lotes adquiridos por Cabet.

No es necesario insistir en lo absurdo que resultaba la tentativa de hacer funcionar una Colonia comunista, con una administración central y un sistema cooperativo de industria y agricultura, con lotes de terreno separados así y aislados unos de otros.

Y esto no era aún todo. *Le Populaire* había afirmado a los icarianos que habían sido adquiridos, por Cabet, un millón de acres. Examinando detenidamente el contrato de la Compañía Peters, se veía que determinaba explícitamente que 3.125 personas o familias recibirían, cada una, un lote de

320 acres de terreno, pero a condición de que lo ocuparan realmente, es decir, que hubieran edificado por lo menos una choza antes del primero de julio de 1848, y como era humanamente imposible, para la reducida vanguardia, construir más de treinta chozas en el límite de tiempo fijado, no se podía contar con más de 10.000 acres, o sea la centésima parte del millón de acres prometido...

Sin embargo, este contratiempo no apagó el impulso de nuestros valerosos icarianos; llegados a Shreveport, se procuraron algunas yuntas de bueyes y una carreta y se pusieron en camino para Icaria. La pluma se resiste a describir las dificultades que tuvo que salvar la desgraciada caravana; su única carreta se rompió, las provisiones se perdieron, se presentaron las enfermedades, y llegaron agotados, maltrechos, medio muertos.

Pero con la energía y el afán que siempre han caracterizado a los batidores, la reducida banda puso manos a la obra sin pérdida de tiempo; una pequeña choza y algunos rudimentarios almacenes fueron bien pronto edificados; pusieron a sembrar; llegó julio y, con él, la malaria. Agotados, rendidos, los icarianos fueron una fácil presa a los ataques de la fiebre; cuatro de ellos sucumbieron en la epidemia aquella, y el único médico con que contaba la Colonia se volvió loco; ni uno siquiera escapó a la enfermedad.

Tal era la situación de los colonos en septiembre, cuando una parte de la segunda vanguardia —diez personas, en total— se reunió con ellos; esta segunda expedición se componía de diecinueve hombres, en vez de las 1.500 personas anunciadas, y parte de ellos no pudieron llegar a Icaria, por haber caído enfermos en el camino. En esas circunstancias, los colonos resolvieron abandonar el Texas; para facilitar la vuelta, se dividieron en

grupos de dos a cuatro hombres, y cada uno recibió unos seis dólares, que era todo el dinero que restaba. Después de grandes sufrimientos se encontraron de nuevo en Nueva Orleans, donde se les reunieron varios destacamentos llegados de Francia, entre cuyos componentes se encontraba el mismo Cabet.

En este momento, el movimiento había perdido mucha de su fuerza; la Revolución de 1848 destruyó a Luis Felipe e instauró la República, se proclamaba «el derecho al trabajo» y se crearon los «talleres nacionales» en Francia; los obreros tenían grandes esperanzas fundadas en la regeneración social de su país, y la perspectiva de establecer un gran estado comunista en territorio ultramarino había perdido sus encantos.

El millón de icarianos imaginado por Cabet, a finales de 1847, se redujo a menos de 500, que rodeaban a su jefe en Nueva Orleans en diciembre de 1848 y enero de 1849, y todos sus haberes, en aquel momento se reducían a 17.000 dólares.

No se podía pensar en ir a Texas con tan escasos fondos, y aun menos después de la desoladora prueba sufrida por la vanguardia, por cuyos motivos, los icarianos se resignaron a permanecer en Nueva Orleans hasta que se encontrara un nuevo emplazamiento.

En el intervalo estallaron discordias, que motivaron la retirada de unos doscientos individuos, y el resto —280 aproximadamente— se decidió por Nauvoo, en el Estado de Illinois, donde llegaron a mediados de marzo de 1849, no sin haber perdido en el camino veinte hombres, que perecieron víctimas del cólera.

Nauvoo

La ciudad de Nauvoo, en el condado de Hancock, Estado de Illinois, había sido construída por los mormones, bajo la dirección de Joseph Smith, y en los tiempos en que Chicago sólo contaba 8.000 habitantes, en 1845, Nauvoo tenía 20.000, y era la ciudad más próspera y floreciente de todo el Estado de Illinois.

En esta época, las persecuciones contra los mormones alcanzaron su máxima intensidad, y habiendo sido asesinado Joseph Smith, su sucesor, Brigham Young, organizó una emigración general de sus discípulos hacia el Estado de Utah.

En 1849, Nauvoo, con sus vastas parcelas de terreno cultivadas y sus numerosos edificios, quedó prácticamente abandonada a excepción de un solo agente solitario, un mormón, que se quedó encargado de disponer de las propiedades de la mejor manera posible y se ocupaba activamente en encontrar compradores o arrendatarios.

La ocasión que así se presentaba les pareció casi providencial a los icarianos, y no tardaron en aprovecharla; arrendaron unos ochocientos acres de tierra, compraron un molino, una destilería, muchas viviendas y, por primera vez, pareció sonreírles la fortuna.

Los seis o siete años que siguieron marcaron una era de general prosperidad en la historia de los icarianos; poseían una sala de 150 pies cuadrados, sobre poco más o menos, que utilizaban como rectorio, punto de reunión, etc. Tenían, además, una escuela, talleres, un edificio que contenía cuarenta habitaciones y cierto número de casas más pequeñas.

Tenían ya alrededor de 1.000 acres de terreno

en plena producción; el molino, la destilería y una serrería, en plena actividad, así como los talleres de sastrería, zapatería, ebanistería, etc., y habían invertido más de 75.000 dólares en diversas propiedades. No descuidaban el aspecto intelectual ni la parte ética de su existencia; enseñaban a sus hijos una multitud de cosas y los tenían cuidadosamente instruidos en los principios de la filosofía icariana. Editaban periódicos, folletos y libros, en inglés, francés y alemán, para la propaganda de sus ideas; sostenían una biblioteca de más de 5.000 volúmenes y se entregaban con frecuencia a los placeres del teatro, de la música y el baile. Numerosos socios nuevos, provenientes tanto de Francia como de los Estados Unidos, se les habían reunido y la población se había casi duplicado; el porvenir de Icaria parecía brillante...

Pero debajo de la serena superficie ya se agitaba la discordia. En febrero de 1850, los icarianos habían adoptado una constitución, confiando la administración de sus asuntos a un Consejo, compuesto de seis directores; de éstos, el primero era el presidente de la Colonia y los otros cinco los jefes de las Secciones que pasamos a enumerar:

- 1.—Finanza y administración.
- 2.—Alojamiento y vestido.
- 3.—Educación, salud y distracciones.
- 4.—Industria y agricultura.
- 5.—Imprenta.

La actuación de los directores estaba, sin embargo, sometida a la aprobación de la asamblea general, que se componía de todos los socios masculinos, mayores de veinte años.

De acuerdo con esta constitución, Cabet era reelegido presidente todos los años y durante cierto tiempo ejerció sus funciones de una manera muy discreta; pero, a medida que transcurrían los años

y envejecía, el fundador de Icaria se iba haciendo reservado y arbitrario. Sus decisiones daban frecuentemente lugar a desagradables conflictos, y en estas discusiones, que terminaron por hacerse gradualmente más envenenadas, los miembros del Consejo se agrupaban en derredor de Cabet, mientras la oposición dominaba la Asamblea general.

Las hostilidades entre los dos bandos, tan pronto públicas como ocultas, continuaron más o menos vigorosas hasta el 3 de agosto de 1856, en cuya fecha se consumó el rompimiento final; la ocasión se presentó a la renovación bianual de los directivos. Los tres nuevos directores elegidos eran hostiles a Cabet, y éste, con sus partidarios, se negaron a reconocerlos en sus cargos.

Aquello fué el caos. Las facciones en guerra se atacaron encarnizadamente: manifiestos, proclamas, llamamientos, libelos se sucedían y se publicaban diariamente; se consumaban a diario los actos de violencia y la policía local hubo de intervenir e instaló, por la fuerza, a los tres directores, recientemente elegidos, en sus departamentos respectivos. Pero ni Cabet ni los suyos estaban dispuestos a someterse; abandonaron sus trabajos, alquilaron alojamiento separado e hicieron cuanto les fué posible para lograr la disolución de la Colonia. Hasta llegaron a elevar una petición a las autoridades del Estado de Illinois, para que revocara los títulos que reconocían la personalidad de Icaria.

En octubre de 1856, Cabet fué borrado de la lista de socios de la Colonia y, a principios de noviembre, seguido de su fiel minoría —compuesta de unos 180 individuos— abandonó Nauvoo y remontaba el Mississipi, llegando a Saint-Louis.

Una semana más tarde, Etienne Cabet dejaba de existir. El padre de Icaria y el fundador de uno de

los más fuertes movimientos populares conocidos en Francia en el siglo XIX, falleció de un ataque de apoplejía, el 8 de noviembre de 1856. Murió lejos de su patria, a la que tanto amaba, y desterrado de la Colonia en que había concentrado todo su pensamiento y sus actividades en los últimos años de su vida.

Cheltenham

El grupo de las 180 personas que había seguido a Cabet a San Luis se encontraba en una situación lamentable. Privados de su jefe, sin recursos —por decirlo así— y cara al invierno, no podían pensar en establecer una nueva Colonia.

Los hombres, que casi todos tenían oficio, encontraron trabajo y se quedaron en San Luis hasta que, en mayo de 1858, 150 de ellos se trasladaron a Cheltenham para formar una Colonia y reanudar la vida comunista.

Cheltenham era una propiedad consistente en una superficie de veintiocho acres, situada aproximadamente a seis millas al oeste de San Luis; sobre aquel suelo se elevaba una vasta construcción de piedra y seis casitas de madera; desgraciadamente, estas ventajas estaban más que anuladas por los inconvenientes, pues no solamente aquella localidad estaba combatida por la fiebre, sino que el precio de compra era excesivo, 25.000 dólares, y como los colonos no habían podido entregar mucho dinero al cerrar el contrato, los intereses y vencimientos resultaban pesados.

Nuestros icarianos no se desalentaron por esto; con un celo impregnado de entusiasmo edificaron valerosamente la estructura social e industrial de la nueva Colonia. Crearon numerosos talleres, que colocaban su producción entre una clientela resi-

dente en San Luis, una imprenta, escuelas, la indispensable orquesta y el teatro, y celebraron conferencias y debates públicos.

El nombre de Cabet les había conferido un gran prestigio de la parte de los icarianos franceses; el Comité de París les reconoció como los únicos icarianos auténticos y recibían de Francia, con la ayuda financiera, un fuerte aliento moral. Una suscripción abierta en París en favor suyo produjo una suma limpia de 10.000 dólares.

Su prosperidad material parecía asegurada en 1859, cuando reapareció el antiguo y fatal tema de discusión de todas las Colonias icarianas: la forma de administración. Los colonos de Cheltenham se vieron, de nuevo, divididos en dos bandos; la mayoría, compuesta principalmente por los socios de más edad quería un administrador único, provisto de poderes dictatoriales; los más jóvenes pedían una forma democrática de Gobierno. El conflicto terminó con una completa victoria de los elementos conservadores, y la minoría —compuesta de cuarenta y dos individuos— se retiró en masa; la pérdida de tantos hombres útiles y en plena juventud significó para la nueva Colonia un golpe del que jamás se pudo reponer.

Las industrias que se desarrollaban en Cheltenham quedaron paralizadas, la vida social se hizo lánguida y fría allí, y hubieron deserciones en masa; en 1884 no quedaban en Cheltenham más que quince adultos, de ambos sexos, y algunos niños.

Fué un día triste aquel en que el último presidente de la Colonia, el heroico y abnegado A. Sauva, convocó una asamblea general de estos «últimos mohicanos» y, entre los sollozos de la postrera asamblea popular, declaró legalmente disuelta la Colonia de Cheltenham.

Iowa

La partida de Cabet y sus partidarios había perjudicado a los colonos de Nauvoo tanto como la de los disidentes de Cheltenham a los de esta última Colonia.

Todo el sistema industrial de Nauvoo quedó desconcertado; el valor de sus propiedades mermaba, mientras sus deudas se multiplicaban rápidamente; para escapar a una segura descomposición, se decidieron una vez más a trasladar su residencia. A decir verdad, Nauvoo no había sido jamás considerada, por los icarianos, más que como un establecimiento provisional. La localidad era demasiado reducida y situada excesivamente próxima a uno de los centros de la civilización para poder realizar grandes planes sociales; tenían en proyecto una Sociedad comunista independiente, con una organización muy compleja y funcionando en gran escala, y para esto necesitaban un inmenso terreno alejado de los centros poblados.

Con este objeto, en 1859, adquirieron más de 3.000 acres —1.200 hectáreas, poco más— de tierra, situada en la parte sudoeste del Iowa, y allí se trasladaron; no habían podido hacer una elección peor.

El Estado de Iowa era entonces un vasto desierto, y el terreno escogido estaba situado en la más apartada región del territorio; se encontraba a una distancia de sesenta millas del Missouri; en 1860 aun no había sido construido el ferrocarril que atraviesa aquel país. Todo el contorno, durante millas y millas, no era más que una pradera virgen sin sendas ni caminos, sin traza alguna de aldea o atisbo de habitación humana; el excesivo costo del transporte hacía casi imposible la venta de los pro-

ductos agrícolas; además, la tierra estaba rudamente hipotecada —el interés exigido era del 10 %— y como los icarianos no podían pagar, la deuda aumentaba de una manera formidable.

Numerosos icarianos —a pesar de su bravura y la costumbre adquirida en las fatigas— no pudieron soportar las dificultades del comienzo; las deserciones se desarrollaban en masa, de tal manera que, en 1863, el número de colonos quedaba reducido a treinta y cinco, entre hombres, mujeres y niños, y el total de sus deudas pasaba de 15.000 dólares.

La Colonia parecía marchar a su destrucción, cuando estalló la guerra civil y este acontecimiento les procuró un alivio temporal; les permitió colocar el excedente de sus productos en buenas condiciones y recaudar el dinero suficiente para llegar a un arreglo con sus acreedores, que terminaron por aceptar 5.500 dólares en especies y 2.000 acres de terreno, para cancelar la hipoteca.

Los años que siguieron fueron consumidos en los monótonos esfuerzos perseverantes, realizados para mejorar las condiciones materiales de la Colonia; sus habitantes se alojaban en miserables chozas, carecían a menudo de los artículos alimenticios y de vestido más necesarios y vivían en un estado de estupor, sin perder la visión de una Icaria hermosa y grande, idea que infundía un vigor nuevo a sus debilitados cuerpos y llenaba de entusiasmo sus abatidos espíritus.

Gradualmente mejoraron su suerte; a la veintena de pequeñas chozas de madera añadieron un refectorio y una sala de Juntas; compraron más terrenos, edificaron un molino, una serrería, emprendieron la ganadería en gran escala, y, en la medida que iban prosperando, se acrecentaba el núme-

ro de socios; en 1868, los colonos se habían casi duplicado.

La inauguración del ferrocarril de Chicago, Burlington y Quincy dió un nuevo impulso a sus industrias y una era de prosperidad relativa comenzó para los colonos.

Las chozas primitivas se abandonaron por otros alojamientos más cómodos; fué edificado un nuevo edificio central —de sesenta pies de longitud y una altura de dos pisos— y mejoró notablemente la existencia en la Colonia.

Con la aparición de las comodidades materiales, la atención de la Comunidad volvió de nuevo hacia la estética y las distracciones, y, como había ocurrido en Nauvoo y Cheltenham en los períodos de prosperidad, las representaciones teatrales, los conciertos, las conferencias y, principalísimamente, los debates públicos en la sala de Juntas, constituyeron una costumbre establecida en la vida de los colonos.

También, como en las mencionadas Colonias, estos debates públicos motivaron la formación de bandos antagónicos en el interior de la Comunidad; las dificultades experimentadas al principio en las soledades del Iowa, habían transformado a los veteranos de la Colonia en gentes de un acendrado conservadurismo. Su relativa prosperidad había sido conquistada en un medio hostil, gracias a una constante y encarnizada lucha; era el resultado de privaciones y sacrificios inauditos y los ideales que les habían animado en el principio fueron quedando, poco a poco, relegados a un término secundario. Los soñadores y entusiastas utopistas de los primeros días se transformaban en granjeros ordinarios, no conservando más que como una pura fórmula las tradiciones de vanguardia de otros tiempos.

La actitud mental de los socios más jóvenes de la Colonia estaba en pugna, en todo y por todo, con la de los veteranos; los que habían nacido en la Colonia no recordaban, más que como un vago sueño de la infancia, las miserias sufridas por sus padres. Otros socios, recientemente llegados, aportaban con ellos nuevas ideas y una nueva atmósfera a la Colonia.

El movimiento socialista se había ampliado enormemente, después que apareció el *Viaje a Icaria*; las utopías de la primera mitad del siglo XIX habían cedido el paso al socialismo moderno de Carlos Marx, y la Internacional había creado un sólido eslabón de solidaridad entre los socialistas de todos los grandes países de Europa. La *Commune* había venido a demostrar que la lucha de clases, en Europa, no era una quimera, y en América se desarrollaba rápidamente el movimiento obrero. Muchos de los socios del «partido joven» habían sido miembros de la Internacional, y otros habían luchado, en 1871, en las barricadas de París.

Principalmente por iniciativa de estos últimos se formó el joven partido «progresista», que presentó la oposición al «partido conservador» de los viejos icarianos; las discusiones entre los dos partidos tuvieron al principio un carácter amistoso, pero se transformaron gradualmente en animosidad, cada vez más agresiva.

Los jóvenes pedían determinado número de reformas en los métodos industriales y agrícolas; el sufragio para las mujeres, la propaganda llevada al exterior, la admisión en masa de nuevos asociados y otras medidas radicales; los «viejos» miraban con desconfianza toda innovación y cambio en su sistema de vida.

En septiembre de 1877, la discordia se había

envenenado hasta el punto que el «partido joven», que estaba en minoría, reclamó un reparto definitivo y su demanda fué denegada por la mayoría; con este motivo, los reformistas, aferrados a su proposición, declararon una guerra a muerte a sus contrarios.

La lucha se convirtió en personal y encarnizada; los dos bandos, hay que reconocerlo, no se mostraron muy escrupulosos en la elección de los medios empleados en reducir al adversario. El partido de los jóvenes llegó tan lejos, que se dirigió a la jurisdicción civil para obtener la disolución de la Comunidad. A fin de apoyarse en bases legales, los minoritarios acusaron a la Comunidad icariana, registrada como Asociación agrícola con fondos comunes, de haberse excedido en sus poderes y violado las disposiciones de los títulos que le fueron concedidos para sus prácticas comunistas.

En agosto de 1878 fué anulada la carta de autorización por el Tribunal del condado, y se nombraron tres síndicos para atender los asuntos suspendidos.

Los icarianos no se preocuparon nunca de los efectos de esta escisión, aunque los dos partidos hicieron vigorosos esfuerzos para poner a flote la Comunidad.

Llegados a un arreglo los síndicos y los mayoritarios, el «partido joven» quedó en posesión de la antigua aldea y fué registrado con el título de Colonia icariana, pero no pudo prosperar; en 1884, los jóvenes icarianos se trasladaron a Bluxome Ranch, cerca de Cloverdale, en California, un establecimiento de horticultura adquirido algún tiempo antes por algunos de sus amigos. El nuevo establecimiento recibió el nombre de Icaria Speranza,

pero la Colonia no dió buen resultado y finalmente fué disuelta por un decreto judicial (1).

Mientras tanto, el partido viejo se había reorganizado con el nombre de Nueva Icaria, con Marchand, uno de los veteranos, como presidente; habían recibido, como su parte correspondiente, el lado oriental de la propiedad, 1.500 dólares en especies y ocho cabañas de madera, que transportaron de la vieja Colonia a la nueva. Construyeron una nueva sala de Juntas y reanudaron sus trabajos agrícolas.

No admitiendo socios nuevos, las defunciones y las gentes que se marchaban debilitaron la Colonia más y más, y lucharon hasta que, en 1895, se votó la disolución (2).

Así terminó el gran movimiento icariano que, medio siglo antes, hizo su aparición a banderas de 1888.—(E. A.)

desplegadas, y prometía regenerar el sistema económico y social del mundo entero, demostrando pasivamente los beneficios de la vida fraternal, en común.

Observaciones y conclusiones

La historia de los ensayos comunistas en los Estados Unidos llena un período tan largo de tiempo y proporciona tal abundancia de materiales, propios para el análisis y el estudio, que no podría terminarse este relato sin añadir algunas observaciones generales.

Lo que resalta más es la variada gradación de

(1) Los socios se repartieron las tierras que habían alcanzado un valor muy elevado y se establecieron cada cual por su lado.—(E. A.)

(2) La disolución definitiva fué votada el 22 de octubre

los resultados obtenidos por los distintos grupos. Las Colonias religiosas, esto es incontestable, son las que mejor éxito han conseguido, tanto desde el punto de vista de la duración como del de la prosperidad material. La mayor parte de las Asociaciones catalogadas como sectarias han durado más de medio siglo, y, en 1903, algunas existían aún, pudiendo proclamar una existencia más que centenaria; algunas otras, tales como los shakers. Oneida y Amana, habían amasado fortunas, y las restantes habían prosperado, consiguiendo una vida fácil y cómoda, desde su más primitivo período de instalación.

La existencia de las Comunidades no religiosas fué, en general, corta y llena de dificultades; la duración media de las Comunidades owenistas no pasó de dos años; la de las Falanges furieristas fué aproximadamente la misma, con tres notables excepciones: la Falange Norteamericana, Brook Farm y la Falange de Wisconsin; las Colonias icarianas pasaron el tiempo desorganizándose y luchando por la reorganización; además, estas Comunidades nunca alcanzaron un apreciable nivel de prosperidad material y, salvo en algunas excepciones, fueron presa de la miseria.

La chocante disparidad de los destinos de empresas, aparentemente análogas, no podía dejar de promover los más variados comentarios de parte de los que han estudiado los centros de vida en comunidad. Nordhoff y otros trataron de explicar el fenómeno basándose en que las Asociaciones religiosas tenían a su frente «dirigentes» enérgicos, y llegaron a la conclusión de que ninguna Comunidad podría prosperar sin contar con la dirección de una individualidad potente y avisada, que supiera conseguir y conservar la confianza de los asociados. Por otra parte, Noyes y Greeley man-

tuvieron que la religión era el sostén de las Colonias que habían conseguido el éxito, y que su fuerza era indispensable para el buen resultado de los experimentos de esta índole.

Un examen más detenido demuestra que estas teorías son asaz superficiales y que no van de acuerdo con los hechos. Después de los tiempos de Anna Lee, los shakers no tuvieron ningún dirigente de excepcionales condiciones y, a pesar de esto, su prosperidad no disminuyó durante casi un siglo. Y esto, mientras en New Harmony se registraba un lamentable fracaso, a despecho de la dirección de un hombre tan inteligente y práctico como Owen. Las Falanges furieristas, igualmente, duraron muy poco tiempo, a pesar del espíritu religioso que las animaba en la mayoría de los casos, cuando los icarianos, laicos en absoluto, se mantuvieron durante dos generaciones aproximadamente.

La razón efectiva del relativo éxito de las Comunidades religiosas es, sin embargo, evidente: estas Colonias se componían, en general, de agricultores alemanes, diestros cultivadores y con necesidades limitadas; las Comunidades laicas formaban una masa heterogénea de idealistas, de todas las profesiones posibles, acostumbrados a una vida amplia y que carecían de todo conocimiento agrícola: ¿qué cosa más natural, por lo tanto, que los primeros alcanzaran mejor éxito que los otros en la explotación de sus propiedades o granjas?

En fin, las Comunidades religiosas fueron creadas con un objetivo místico y no para propagar el comunismo; éste no era más que un incidente en su existencia y, siempre que sus intereses materiales lo exigieron, lo sacrificaron sin remordimientos de conciencia. Los shakers, armonistas, amanistas, perfeccionistas y otras Comunidades reli-

giosas, empleaban gente asalariada en sus campos y talleres y, al final de su existencia, estas organizaciones no eran ya Colonias, prácticamente hablando, pues se habían transformado en Asociaciones agrícolas e industriales. Así que su éxito material no era debido a su comunismo, en una gran medida, sino al abandono del comunismo, y, en numerosos casos, estas Colonias terminaron por convertirse en provechosas empresas comerciales. Las Comunidades «no religiosas» permanecieron hasta el fin fieles al comunismo, vivieron poco tiempo y fracasaron... (1).

Las Comunidades del período owenista vivieron un tiempo demasiado reducido para modificar el carácter y las costumbres de los socios de una manera apreciable; lo mismo ocurre con los ensayos furieristas, puede que con excepción de las Falanges Norteamericana, Wisconsin y Brook Farm: Pero, las Comunidades icarianas y sobre todo las sectarias —shakers, etc.—, han durado varias ge-

(1) Morris Hillquit, socialista y adherido algún tiempo al partido comunista, opina que los Centros de vida en común americanos han fracasado totalmente, no a causa de circunstancias particulares, como creía Mac Donald y otros autores de su especie, sino que los fundadores de las Colonias imaginaron que podían crear pequeños mundos aparte, aislarse del medio ambiente y sustraerse a su influencia deletérea. Pero, siempre opinión de Morris Hillquit, el tiempo de las robinsonadas, individuales o socialistas, ha pasado; el desarrollo industrial de estos últimos siglos ha hecho a los individuos y a las naciones dependientes entre sí, y la fuerza del individuo es relativa únicamente a su participación y a su integración en el gran mecanismo mundial. Separarse, solo o en grupo, es volver a la barbarie. Como es sabido, no estamos de acuerdo con esta tesis, que significa el sacrificio de la individualidad o de la sociedad al Moloch del socialismo universal. Morris Hillquit nos parece mejor inspirado cuando estudia la influencia de la vida en común sobre el carácter humano, aunque en este aspecto también lo aceptamos con ciertas reservas.—(E. A.)

neraciones, a pesar de las luchas intestinas y las dificultades materiales que turbaron muchas veces la existencia y la carrera de los icarianos, así como a las Comunidades sectarias —que no siempre han estado exentas de choques morales—, estos dos grupos no dejaron de producir un tipo de hombres y mujeres dotados de características bastante diferentes del resto de la humanidad.

Contestando a la afirmación, tantas veces repetida, de que la competencia es el único factor que estimula el espíritu inventivo y la habilidad, es interesante recalcar que, en general, las Comunidades han poseído estas características en un elevado nivel. Nordhoff, observador muy imparcial, advierte en este asunto: «Todo aquel que visite una Sociedad comunista, fundada ya algún tiempo, no puede dejar de sorprenderse del sumo ingenio, habilidad, inventiva y del talento demostrado por gentes de las cuales, en el exterior, no se hubiera podido esperar que poseyeran semejantes cualidades.» «Nada me sorprendió más —decía entonces— que la cantidad y variedad de la destreza mecánica y práctica que encontré en todas las Comunidades, cualquiera que fuera el carácter o la inteligencia de sus miembros.»

Este es el testimonio unánime de todos los observadores: que, por regla general, los comunistas se mostraban muy industriosos aunque la obligación era ignorada en las Comunidades. «El placer del trabajo en cooperación es uno de los rasgos notables de la vida comunista, considerada en su mejor fase», hace observar Ely. Resumiendo sus observaciones personales, Hinds llega a la conclusión de que la propiedad individual no es esencial para la industria ni para el desarrollo vigoroso de empresas complicadas. Nordhoff corrobora su testimonio de la siguiente manera: «¿Qué hacen

ustedes de sus perezosos?»), he preguntado en muchísimas Comunidades, porque en ellas no se encuentran holgazanes, y he llegado a la conclusión de que los hombres no son naturalmente perezosos, pues hasta los «shakers de invierno», los miserables harapientos que, a la llegada del invierno, se refugian en las casas de los shakers, o en cualesquier Comunidad, manifestando el deseo de hacerse socios, estos desgraciados que vienen al principio del invierno, como me contaba un antiguo shaker, «con la maleta y el estómago vacío y se van con ambos llenos en cuanto comienzan a salir las rosas». Pues bien; estos pobres diablos no pueden resistir la atmósfera de actividad y realizan su parte de trabajo sin murmuración alguna, hasta que el sol de primavera les empuja de nuevo a recorrer caminos.

Pero si desconocen la pereza y se dedican al trabajo concienzudamente, los miembros de las Sociedades comunistas no demostraban signo alguno de aquella precipitación y aquel anhelo enervantes que destruyen el placer del trabajo en la moderna civilización; toman la existencia con calma.

«Manos numerosas hacen la tarea ligera», decían los shakers y añadían que, para subvenir a su existencia, no era nada necesario hacer del trabajo un tormento.

Los comunistas de Oneida trabajaban un reducido número de horas cada día y consagraban mucho de su tiempo al reposo y al recreo. Los comunistas de Amana admitían que un trabajador asalariado hacía más labor en un día que uno de ellos en dos.

Los comunistas, en general, dedicaban mucha atención a las reglas racionales de la higiene, eran modelos de aseo y, casi sin excepción, sobrios en sus costumbres; sin embargo, los comunistas ale-

manes no desdeñaban la cerveza ni el vino, sobre todo en los tiempos de la recolección.

Contrariamente a la opinión general, la vida en las Sociedades comunistas estaba lejos de ser monótona. Los comunistas se esforzaban por introducir en sus costumbres y ocupaciones toda la variedad posible. Los armonistas, los perfeccionistas, los icarianos, los shakers, cambiaron de residencia muchas veces. Hablando de Oneida, Nordhoff dice: «Parecen sentir un horror casi fanático hacia las reglas; así es que cambian frecuentemente de oficio, modifican cuidadosamente el orden de sus recreos y reuniones nocturnas y hasta han llegado a alterar las horas de las comidas.» En las Falanges furieristas, la diversidad de ocupaciones era uno de los principios fundamentales, y lo mismo ocurría en casi todas las otras Comunidades.»

«Los comunistas son honrados —escribe Nordhoff—, les gusta el trabajo concienzudamente realizado y aprecian su reputación de honradez y lealtad; sus vecinos les tienen en gran estima por estos conceptos.»

Eran famosos por su hospitalidad, cordialidad y por la rapidez con que acudían a auxiliar a todo el que los necesitaba.

Su aparente tranquilidad ocultaba una jovialidad y una animación apreciables; las enfermedades eran raras allí y nunca se dió entre ellos ni un solo caso de locura o de suicidio. No es pues sorprendente que su longevidad no haya podido ser superada por los otros americanos (1).

(1) Morris Hillquit indica que en Amana, entre los armonistas y los zoaritas, numerosas personas alcanzaron setenta, ochenta años y hasta una edad más avanzada. Entre los shakers no es caso extraordinario pasar de los noventa años, y en

La influencia de la vida en común parece haber ejercido tan benéfico efecto sobre la inteligencia y la moral como en la vida física de los comunistas. Amana, que constaba de siete aldeas, con un total de habitantes superior a 2.000, en determinada época, jamás tuvo en su seno a un abogado, y Amana, Bethel, Aurora, Wisconsin Falanx, Brook Farm y muchas otras Comunidades, declaraban con orgullo que nunca habían conocido un proceso ni habían visto a uno de sus asociados perseguir judicialmente a otro.

La contabilidad se llevaba de la manera más sencilla, y aunque no se exigía fianza alguna de los administradores, no se cita ni un caso de dilapidación de fondos o una gestión malintencionada.

Para terminar, hay que advertir que los comunistas dedicaban invariablemente una gran atención a la educación de sus hijos como a su propia cultura intelectual; por regla general, sus escuelas eran superiores a las de las ciudades y aldeas de los alrededores; la mayor parte de las Colonias poseían bibliotecas y salas de lectura, y sus asociados eran más educados y de un refinamiento superior al de los individuos del exterior de una misma posición social.

En resumen, la forma de vida comunista se ha demostrado más propicia al desarrollo físico, moral e intelectual del individuo que el régimen individualista.

Estas observaciones encierran radicalmente la tesis societaria de Morris Hillquit, por la cual explicaba el infructuoso resultado de los Centros de

Oneida llegaron muchos a la indicada edad. Rapp vivió hasta los noventa; Baumeler y Noyes cumplieron los setenta y cinco, y a los ochenta y siete años —en 1903— el icariano Marchant militaba aún activamente.

vida en común. Es innegable que estos reducidos mundos se han demostrado superiores, éticamente hablando, al gran mundo que les rodeaba, y esta constatación deja zanjada la cuestión en este aspecto. Por otra parte, a los efectos de la causa que Morris Hillquit presenta como integralmente comunista, ello resulta completamente inexacto, ya que se trata mucho más de cooperativismo que no de comunismo. Las Falanges furieristas jamás han sido comunistas y, además, los Centros individualistas han tenido también su duración.—E. A.

Segunda Parte

Josiah Warren y Modern Times.—Oneida.—Anaheim y Vineland.—«Una utopía irlandesa»: Ralahine.—El Centro libre de Vaux.

CAPITULO PRIMERO

Josiah Warren y Modern Times

Entre los socios de New Harmony se encontraba un bostoniano, descendiente de una antigua familia puritana, Josiah Warren —1798 - 1874—, que bajo la influencia de las conferencias de Roberto Owen, en Cincinnati, liquidó una pequeña fábrica de lámparas que explotaba en esta ciudad y se unió a Owen. El ensayo comunista de éste decepcionó profundamente a Warren, que se inclinó hacia la extrema opuesta y adoptó la concepción de la *soberanía del individuo y del comercio equi-*

tativo. De nuevo en Cincinnati, abrió una pequeña tienda, que denominó Time Store, y en la que, para adquirir las mercancías en venta los compradores habían de aportar el producto de un determinado tiempo de trabajo —representado por «bonos de trabajo» de una hora o fracción de ella— equivalente al que se había empleado en la confección de aquellas mercancías. Los géneros se ofrecían a precio de costo, más un recargo que representaba los gastos de explotación, fijado en un 4 %. Estas mercancías eran cambiadas por otras, si precisaba, siempre basándose en el mismo principio.

Cada consumidor fijaba el precio en que evaluaba su hora de trabajo y el de las mujeres venía a ser, aproximadamente, igual que el de los hombres; el tiempo empleado en servir a un consumidor era deducido del bono que presentaba, y uno de los ornamentos más curiosos del almacén aquel era el reloj, situado frente al cliente. En 1833 publicó en Cincinnati el primer periódico anarquista que ha existido en el mundo: *The Peaceful Revolutionist* —*El revolucionario pacífico*— una revista semanal de cuatro páginas, que él mismo redactaba, componía, estereotipaba e imprimía; esta publicación vivió un año. En 1835 trató de fundar una Colonia en Tuscarawas, en el Estado de Ohio, pero el paludismo le obligó a renunciar a su empresa al cabo de dos años. Durante este tiempo, New Harmony se había convertido en una ciudad próspera, y después de un nuevo ensayo infructuoso en Mount Vernon, en Indiana, Warren acudió a New Harmony, donde dió conferencias y abrió un nuevo almacén: The New Harmony Time Store. Mac Donald, que lo visitó en 1842, vió en su poder numerosas *labor notes* —bonos horarios de trabajo— representativos de toda clase de gé-

neros y cantidades de trabajo, emitidos por los obreros y artesanos de New Harmony y sus alrededores.

Después de la disolución de la Clermont Phalanx, Asociación furierista, y de la Cincinnati Brotherhood —Hermandad de Cincinnati— a la cual aquélla debía el ser, Warren acudió al lugar del desastre y descubrió cuatro familias dispuestas a ensayar el comercio equitativo; con ellas fundó una aldea denominada Utopía, donde todo se desarrollaba sobre la base individual, a creer en las manifestaciones de *The Peaceful Revolutionist* que había reaparecido, como es lógico. Nada de Asambleas que discutieran una constitución; nada de reuniones, delegaciones de poderes, reglamentos, funcionarios, clérigos ni profetas. Solo se verificaban veladas que tenían por objeto conversar amistosamente, disfrutar de la música, el baile o cualesquier distracción para pasar el tiempo agradablemente; todo lo concerniente a las diferencias de opinión, de gustos y oportunidades, a la cuestión económica, a la igualdad, a los que estaban bien o mal, lo que era bueno o malo, razonable o insensato, quedaba a la suprema decisión del individuo, siempre que le fuera posible tomar a su cargo el costo de sus decisiones. Un sistema diametralmente opuesto al owenista.

En 1846 o principios de 1847, apareció *Equitable Commerce*, la obra maestra de Warren, de la que se han hecho numerosas ediciones; en 1852, *Practical Details in Equitable Commerce*; las dos obras se publicaron en Boston, en 1863, reunidas en un tomo con el título *True Civilization* —*La verdadera civilización*—. En 1851, Stephen Pearl Andrews —1812-1886— publicó su famosa *Science of Society*, que produjo una impresión aun mayor que las obras de Warren. En ella se encuentra enunciado,

no solamente el principio de la soberanía del individuo, sino que también el del costo como límite del precio; el esfuerzo que ha costado un objeto es lo que vale.

Stephen Pearl Andrews trató de crear una Asociación de «individuos soberanos» en Nueva York, y entre sus amigos se encontraba cierto Dr. Thomas L. Nichols, que publicó en 1853 una obra titulada *Esoteric Antropology —Antropología isotérica—* y editó su famoso catálogo de nombres impresos, para el uso de todos los buscadores de afinidades de los Estados Unidos, que es considerado como el principio de la realización práctica del amor libre o *soberanía individual en la materia de las relaciones sexuales*, idea dominante entonces en los espiritualistas de ideas avanzadas. A juzgar por un número de *The New York Tribune*, por entonces existía en Nueva York una Liga del Amor Libre, a causa de la cual se emprendió un empeñado debate entre Henry James, Horace Greeley y Stephen Pearl Andrews. Todo el mundo sabe que Benjamín R. Tucker siempre ha mirado a Josiah Warren como a su iniciador.

En 1851, este último se había establecido en Long Island, actualmente un barrio de Nueva York, y había creado una Colonia individualista célebre denominada *Modern Times* —Los tiempos modernos—.

¿Qué es lo que era *Modern Times*, que frecuentaban Stephen Pearl Andrews y Thomas Nichols y donde residía Henry Edger —uno de los diez apóstoles de *propaganda fide* nombrados por Auguste Comte —y que Noyes denomina la «madre del amor libre»?

En su *History of American Socialism*, John H. Noyes cita, con el título «Una ojeada en *Modern Times*» un artículo de un periódico, que data

probablemente de 1853, y está insertado en la colección de Mac Donald. Este artículo está redactado como diálogo entre un «residente y un reportero».

«No somos furieristas, no creemos en la asociación: la asociación tiene que rendir cuentas de un gran número de males que aquejan a la humanidad actualmente. Nosotros no somos comunistas, no somos mormones, no somos mansos; si alguien roba lo que me pertenece o me ataca tendré buen cuidado de arreglarme las cuentas con él. Nosotros somos protestantes, somos liberales; creemos en la soberanía del individuo y protestamos contra todas las leyes que se inmiscuyen en los derechos individuales —por eso nos llamamos protestantes—. Creemos en la perfecta libertad de voluntad y acción —por eso somos liberales—. Nosotros no tenemos ningún pacto establecido entre nosotros, salvo el pacto de la felicidad individual; afirmamos que todo hombre y mujer poseen un derecho absoluto e inalienable de hacer y realizar, en conjunto e individualmente, exactamente lo que le convenga, ahora y siempre.

»Pero esta libertad de acción no puede ser ejercida más que a *expensas absolutas* de los individuos que la practican: ellos no tienen derecho poner a contribución a la Comunidad por la consecuencia de sus gestos.

»—¿Vuelven ustedes casi a los primitivos principios de gobierno y reconocen la necesidad de algún poder regulador, además del de la voluntad individual?

»—¡No mucho! ¡No mucho! En el estado depravado en que se encuentra actualmente la sociedad, para un pequeño número entre nosotros, nos vemos obligados por las circunstancias a gestos que no están precisamente de acuerdo con nuestros principios o con el objeto de nuestra organización.

Somos una Colonia que comienza, no podemos producir todo lo que consumimos y son numerosos entre nosotros los que se ven forzados a ir al exterior a ganar lo que se llama dinero, para podernos procurar los productos ultramarinos, coloniales, etcétera; la mayor parte de nosotros somos artesanos y obreros de la parte este de los Estados Unidos. El consumo de la Colonia no es suficiente para emplear toda nuestra mano de obra; cuando seamos más numerosos, nuestros hojalateros, zapateros, sombrereros y otros productores no solamente tendrán bastante trabajo, sino que trabajarán también para la gente del exterior, y esto nos proporcionará dinero; crearemos una bolsa de cambios, de manera que si mi vecino el cerrajero necesita mi ayuda y yo, a mi vez, deseo sus servicios habrá una escala establecida para fijar las condiciones del intercambio.

»—Pero esto atenta a los principios de la soberanía individual.

»—No veo por qué. Nadie estará *forzado* a cambiar su trabajo por el de otro; si las condiciones no complacen a ambas partes, hacen lo que mejor les parece. El camino atraviesa un campo de trigo de tres acres —buen trigo, buena cosecha—, me pertenece; usted verá un hombre a la obra, segándolo y envasándolo. Su trabajo de cultivador no tiene tanto valor como el mío de albañil; cambiamos, y ello resulta en beneficio mutuo. El trigo es tan buena unidad como el dinero.

»—¿Tienen ustedes escuelas?

»—¿Escuelas? No tenemos más que una especie de escuela primaria para los niños pequeños, mantenida con las cotizaciones individuales; cada padre paga su participación.

»—¿Y las mujeres?

»—¿Las señoras? Las dejamos obrar a su capri-

cho y, en general, les va muy bien. Sí, la idea de la soberanía individual les *gusta*. La Colonia les proporciona una nube de diversiones; tenemos veladas, conciertos, bailes y otros recreos. No son nada coquetas y visten como mejor les parece, *con tal de que puedan conseguirlo*.

»—¿Y ellas llevan algunas veces *los pantalones*, supongo?

»—Ciertamente, si les gusta pueden *llevar los pantalones*.

»—¿Mantienen ustedes el matrimonio?

»—¡Oh, el matrimonio! Pues bien, no se discute *esta cuestión* entre nosotros para nada. Nosotros, al menos muchos de los nuestros, no creemos en las uniones de por vida, si los que las contraen no pueden vivir dichosos; suponemos que cada uno, o cada una, aquí conoce sus intereses mejor que todos los demás y no nos inmiscuimos en tales cosas; entre nosotros no hay costumbre de escuchar tras de las puertas ni meterse en camisa de once varas. Somos buenas gentes, laboriosos, y sólo nos ocupamos en lo que nos concierne. Aquí el individuo es dueño de sus actos, independiente, y toda ley que tienda a restringir la libertad que el hombre o la mujer deben gozar, se considera como un error y no merece ser tomada en consideración.»

En 1904, M. Daniel Conway hizo editar en la casa Oughton, Mifflin y Compañía, de Chicago, tres volúmenes de *Memorias*, donde se encuentra descrita una visita de este escritor a *Modern Times*, en los alrededores de 1860. A pesar de algunas inexactitudes en detalles —como en lo concerniente a *Tuscarawas* (1)—, este relato confirma el prece-

(1) Igualmente, en el momento de la visita de M. Daniel Conway, Josiah Warren tenía sesenta y dos años y no cincuenta.

dente. En 1860, *Modern Times* brillaba en todo su esplendor.

«...Entre las numerosas cartas que recibía de gentes y lugares de todas clases —relata M. Conway— una misiva fechada en *Modern Times*, Estado de Nueva York, llamó mi atención. Parecía proceder de un país imaginario; me dirigí a uno de mis amigos de Nueva York y le pregunté si tenía noticias de aquel paraje: «Cierto —me respondió— es una aldea situada en Long Island, basada en el principio de que cada cual se ocupe de sus propios asuntos.» *Modern Times* me pareció más fantástico aún y cierta noche que conversaba con unos obreros sobre las relaciones entre el capital y el trabajo, un desconocido de aspecto simpático se levantó y, aproximándose, me dijo: «Si alguna vez visita usted *Modern Times*, se convencerá de que todas las dificultades del trabajo provienen de la existencia del dinero»; diciendo esto desapareció.

»Habían llegado mis vacaciones y marché a Nueva York; en Brooklyn me enteré de que en un par de horas, el ferrocarril que baja a Long Island me llevaría a Thompson's Station, de la que distaba cinco o seis millas *Modern Times*. Llegué a la estación de Thompson a la caída de la tarde, y no encontré otro medio de continuar el viaje que recorrer el trayecto a pie. Mi maleta era ligera, pero el camino, solitario, se entrecruzaba con muchos otros; el bosque se iba haciendo cada vez más espeso y, por fin, la noche cerró por completo. Sin embargo, llegué a un claro inundado por la luna y encontré a una mujer, que me dijo que la aldea se encontraba ya muy próxima. Le pregunté si allí había algún hotel. «Que yo sepa, no», respondió, emprendiendo vivamente su camino, y su actitud me hizo pensar que, en ciertos momentos, no sería

desdeñable que se ocuparan un poco de los asuntos de los otros. Eran las nueve, pero la calle en que penetré estaba silenciosa; yo llevaba la carta que recibí, en algún tiempo, de *Modern Times* y, después de preguntar, conseguí descubrir al fundador de la aldea, Josiah Warren, que me dió la bienvenida. Como no había hotel en la localidad y el dinero no tenía allí circulación, me condujeron a una habitación, donde me otorgaron generosamente el cubierto y el lecho, que me hacía tanta falta. La mujer era muy bella y la alusión que ella hizo a una aldea utópica de Zschokke me hizo estremecer. «Aquí no encontrará usted un Goldenthal —me dijo—, somos pobres, pero si nuestras ideas le interesan puede que nos encuentre dignos de una visita.» Yo he idealizado a esta amable mujer, así como a la aldea, en mi novela *Pine and Palm —Pino y palmera—*, pero su verdadera historia era más emocionante que la de María Shelton, y cuando repaso mis recuerdos, la aldea me parece mucho más romántica que la Bonheur, de la misma novela.

»Josiah Warren tenía a la sazón unos cincuenta años; era de baja estatura, grueso, de aspecto severo, pero con ojos algo inquietos. El cráneo era amplio, la frente, elevada; la parte inferior de la cara no indicaba tanta firmeza, pero representaba los signos de ese dulce entusiasmo, que más tarde reconocí característico en los militantes ingleses de la antigua generación; Warren pertenecía a este tipo. Creo que había formado parte de la Comunidad de Roberto Owen, en Lanark; sin embargo, su sociología entera estaba marcada con el sello de la originalidad. Convencido de que la desproporción existente entre el salario, por una parte, y el tiempo y trabajo empleados en la producción, por la otra, es la causa del agotamiento,

del pauperismo, del lujo y de la ociosidad, resolvió inaugurar un sistema de «comercio equitativo», en el que el precio de cada producto estará determinado por lo que haya costado. Tomemos, por ejemplo, un zapato: si se suma el costo del cuero, clavos, hilo, etc., con el tiempo empleado en construirlo y terminarlo, el resultado obtenido representa el valor relativo del zapato, valor en otros artículos que el zapatero pueda necesitar. Dominado por esta idea, consagró su capital a abrir un almacén en Cincinnati, donde vendía toda clase de objetos, a un poco más del precio de la venta corriente; los comerciantes de la ciudad le arruinaron, haciendo correr el rumor de que vendía productos averiados, y esto le hizo llegar a la conclusión de que su plan no podía dar buen resultado más que en una sociedad en que los otros comerciantes lo adoptaran por sistema, y, algunos años después, fundó una pequeña Comunidad en Tuscarawas, Ohio, que no pudo subsistir, sin duda, por falta de madurez en las ideas de Warren. Veinte años más tarde, en efecto, cuando fundó Modern Times, se introdujeron otros elementos nuevos que salvaban muchas dificultades de origen.

»La base comercial en Modern Times era que el costo determina el precio y el tiempo fija el valor; esta determinación variaba en el trigo. Otro principio es que el trabajo más desagradable recibía la remuneración más elevada.

»La base social se expresaba en dos palabras: «soberanía individual»; el principio de la no intervención era llevado a tal punto que hubiera henchido de gozo a Stuart Mill y a Herbert Spencer. Se alentaba decididamente la autonomía del individuo; la uniformidad estaba hundida en el descrédito; nada era allí más aplaudido que la varie-

dad, y ninguna falta era menos censurada que la excentricidad.

»El matrimonio era una cuestión absolutamente individual; se podían casar ceremoniosamente o no, vivir bajo el mismo techo o en alojamientos separados, dar a conocer sus relaciones o conservarlas en secreto. La separación podía realizarse sin la más ligera fórmula. De esta ausencia de reglamentación, en materia de unión sexual, habían surgido ciertas costumbres: era una descortesía preguntar quién era el padre de un recién nacido y hasta tratar de averiguar quién era el marido de ésta o la mujer de aquél. Los casados que deseaban publicar su estado llevaban en el dedo una cinta roja, y la desaparición de esta cinta indicaba que había terminado el compromiso.

»Modern Times se componía de unas cincuenta casitas, limpias y alegres. Con las ropas, mitad blancas y mitad verdes, que llevaban los habitantes al reunirse en su pequeña Sala de Juntas, los hombres me decepcionaron un poco por la ausencia de individualidad en su vestimenta, pero las señoras desplegaron una gran variedad de graciosos trajes. La Asamblea permaneció silenciosa durante unos instantes; después todos entonaron *There's a good time coming* —Viene una buena época—. Leí unos pasajes de la *Biblia*, seguidos de uno de los cantos de Emerson, que habla del gran día esperado en el que *La Fuerza se unirá al Derecho y a la Verdad*.

»En cuanto terminé mi alocución, que trataba del espíritu del siglo, se anunció una reunión de conversación para la tarde.

»La discusión versó sobre la educación, la ley, la política, el problema sexual, el comercio y el matrimonio. Estas cuestiones fueron examinadas con mucha inteligencia y, testimonio rendido a la indi-

vidualidad, ni una palabra inoportuna ni una disputa sonó allí. Si todas las tendencias expresadas eran «heréticas», cada persona tenía una opinión propia, tan francamente expuesta, que hacía entrever un horizonte de raros conocimientos.

»Josiah Warren me enseñó la imprenta y algunas construcciones notables del lugar; me mostró uno de los pequeños impresos, empleados como moneda entre ellos. En una extremidad presenta un óvalo, representando al comercio acompañado de un tonel, una caja y una nave anclada; en la otra está grabado un atlas cargado con la esfera terrestre, al lado, un reloj y, entre dos figulinas, las palabras: «Time is wealth» («El tiempo es riqueza»). En el centro, una Justicia —con la espada y la balanza ordinarias— y, a su lado, un genio, cuyo nombre desconozco, portador de una lanza y una corona. Un escudo, llevando la inscripción «trabajo por trabajo», separa las dos figuras; debajo de todo esto algunas inscripciones: «No transferible.» «Límite de emisión: doscientas horas.» «El trabajo más desagradable tiene derecho a la más alta retribución.» «Debido a... cinco horas de trabajos profesionales u ochenta libras de trigo», seguido de una firma escrita, y la palabra impresa: «médico».

»Por la noche, tarde, algunas personas se reunieron bajo el pórtico de la casa donde me habían hospedado. Una conversación general se entremezclaba con cánticos; a la luz de la luna cambiaban confidencias, que en revueltos fragmentos, solamente llegaban a mis oídos y me traían el eco de las tempestades que arruinan las existencias; eran recuerdos de los hogares desolados de donde provenían estos thelemitas, cuya divisa era: «Haz lo que quieras.»

»Algunos años más tarde, cuando la Guerra de Sucesión arruinaba el país, pensaba en su retiro

considerándolo no tanto como una nueva Thelema, sino más bien como uno de aquellos jardines de los alrededores de Florencia, en los que Boccacio describe a cortesanos y grandes damas aturdiéndose, recitando cuentos encantadores, mientras la peste azotaba la ciudad. Pero Modern Times no había previsto la guerra; aquellas bravas gentes habían sufrido bastante en las batallas de la vida y deseaban la paz; pero, ¿dónde encontrarla? Jamás he vuelto a Modern Times; pero he oído decir que en el momento que estalló la guerra, la mayor parte de los que conocía, había abandonado Montauk-Point en una pequeña nave y marcharon a plantar sus tiendas en alguna tranquila orilla de Sudamérica...»

CAPITULO II

Oneida

Oneida es el nombre de un lugar del Estado de Nueva York, donde ha vivido y prosperado, de 1849 a 1879, un Centro muy curioso, que era, al principio, comunista, pero más tarde apeló a la mano de obra remunerada. Entonces, cuando los otros ensayistas de las Comunidades de los Estados Unidos provenían, en su mayor parte, del extranjero, los componentes de la Colonia de Oneida eran casi todos americanos. Eran, en efecto, granjeros de los Estados del Este —de Nueva Inglaterra— y artesanos; entre ellos se encontraban numerosas personas que ejercían profesiones liberales, sabios, juristas, eclesiásticos, pedagogos, etcétera; el grado medio de cultura y educación estaba muy por encima del nivel general de aquellos tiempos.

En 1849, Oneida contaba 87 miembros; en 1851, 205; en 1875, 298; en 1879, 306.

La Comunidad o Colonia de Oneida fué creada por John Humphrey Noyes, el primer historiador de las Comunidades o Colonias socialistas o comunistas de los Estados Unidos.

Noyes nació en Brattleboro (Vermont), en 1811; cursó sus estudios en el colegio de Dartmouth y terminó la carrera de Derecho; pero bien pronto se

sintió atraído por la teología, siguió estudiándola en Andover y Yale, y, mientras proseguía sus estudios teológicos, desarrolló doctrinas religiosas, la última de las cuales se denominó El «perfeccionismo».

Puede que haya de mirarse el «perfeccionismo» como un retoño postrero de la herejía albingense; el caso es que Noyes vió retirada su licencia oficial de pastor de la iglesia, considerado como hereje. En 1834 volvió a Putney (Vernón), residencia de sus padres, y, poco a poco, reunió cierto número de adeptos. Los primeros fueron su madre, dos hermanas y un hermano suyos; después vinieron su esposa, su cuñada, los maridos de sus hermanas y muchos otros. Todas las cosas se pusieron en un fondo común, a la disposición de todos, y el pequeño Centro llegó a publicar un periódico. En 1874, Noyes había reunido cuarenta adheridos. Desde el principio, el movimiento fué puramente religioso, pero la evolución de sus ideas, unida a la influencia de la lectura del precursor y otras publicaciones furieristas, le condujeron gradualmente al comunismo; aunque defendiéndose de ser mirado como furierista, Noyes siempre ha reconocido que debía mucho a los realizadores americanos del furierismo.

La reducida Colonia de Putney estaba administrada por un presidente, un secretario y tres directivos; para que un acuerdo pudiera ser llevado a la práctica, era necesario que fuera adoptado por tres miembros de los cinco, y si esto no era posible, se sometía la cuestión a la asamblea general. No se aceptaban nuevos adheridos sin el consentimiento unánime de esta Asamblea, y esta costumbre, igualmente en vigor en Oneida, explica la progresión insignificante —por decirlo así— (ocho por año), de los socios de la Colonia. Si bien podía

retirarse cualquiera de los socios, avisando su decisión a los administradores, un colono sólo podía ser expulsado del Centro por mayoría de votos, en Asamblea general. Todo lo que un socio poseía, en el momento de firmar las bases de la Colonia, y cuanta propiedad se le atribuyera en el transcurso de su permanencia en la Comunidad, pertenecía al Centro, bajo el control de los administradores. Inmediatamente se creó una escuela, donde, además de los conocimientos generales, se enseñaba el griego, latín y hebreo; la Colonia llegó a poseer 500 acres —más de 200 hectáreas— de tierras labo- rables, siete viviendas, un almacén, un taller de imprenta y aun otros edificios.

Las características más notables de los perfeccionistas eran sus doctrinas religiosas, sus ideas sobre el matrimonio, su literatura y la institución de la «crítica mutua». Creían que el segundo advenimiento de Cristo había tenido lugar cuando la destrucción de Jerusalén y que, en aquel momento, tuvo lugar una primera resurrección general y un juicio en el mundo espiritual; que el reino final de Dios comenzó entonces en los cielos y que la manifestación de su reinado en el mundo visible está próxima; que se constituye una iglesia sobre la tierra, para reunirse con el próximo reino de los cielos; que el elemento necesario para la unión de estas dos iglesias es la inspiración o la comunicación con Dios, que conduce a la perfección, a la remisión completa de todos los pecados; de donde proviene su nombre de perfeccionistas. No hay que decir que estas ideas nada tienen de originales y que se las encuentra, en una u otra forma, en determinadas sectas antiguas o actuales. La siguiente definición del perfeccionismo le fué dada a Nordhoff —otro de los historiadores de las Colonias o Comunidades americanas— por uno

de los creyentes: «Así como la doctrina del anti-alcoholismo es la abstinencia total de las bebidas alcohólicas, como la doctrina antiesclavista es la abolición inmediata de la servidumbre, igualmente la doctrina del «perfeccionamiento» es el cese radical e inmediato del pecado.»

Los colonos de Putney creían en las curas milagrosas por la imposición de manos; mientras se contentaron con curarse mutuamente no se les buscó ruidos, pero ocurrió que ejercieron sus talentos en una aldeana del país, agotada por toda clase de enfermedades, casi ciega, y que esperaban en todo momento que torciera el cuello. Pero, no solamente curó la desgraciada impedida, sino que el mismo esposo, de incrédulo se convirtió en creyente y la opinión pública, ya excitada por la práctica del «matrimonio complejo», se inflamó contra Noyes y sus discípulos, que hubieron de abandonar Putney.

Se establecieron en Oneida.

Durante los primeros años, tuvieron que luchar con grandes dificultades —inexperiencia, incendio del almacén, naufragio de un barco suyo en el Hudson, déficit causado por la publicación de un periódico— y no obtuvieron más que un éxito mediocre; Noyes y sus compañeros, que en su mayor parte tenían fortuna, habían comprometido más de 107.000 dólares en la empresa.

El primer inventario, hecho el primero de enero de 1857, no dió más que un haber de 67.000 dólares, o sea una pérdida neta de 40.000.

Sin embargo, habían adquirido experiencia y organizaron sus trabajos sobre bases prácticas y efectivas; fabricaban cepos de acero y maletas, preparaban conservas de frutas y se dedicaban a la fabricación de sedas. Elaboraban cuidadosamente y de una forma irreprochable todo lo que

emprendían y sus productos adquirieron bien pronto un gran renombre en el comercio. El inventario del año 1857 demostró la realización de un pequeño beneficio, pero los años siguientes el importe del total pasaba de los 180.000 dólares.

En 1870, poseían aproximadamente 900 acres —unas 360 hectáreas— de tierras, de las que más de los dos tercios estaban en la misma Oneida y sus alrededores; el resto se encontraba en Wallingford, en el Estado del Connecticut. 202 socios de la colonia residían en Oneida, 35 en Willow Place —en el término de Oneida— y 40 en Wallingford; habitaban bajo un techo común y comían en una misma mesa.

Poseían 93 cabezas de ganado vacuno y 25 caballos.

Su producción en 1868 había sido la siguiente: 278.000 cepos de acero; 458 botes de conserva; 4.664 libras de seda manufacturada; 227.000 libras de hierro fundido en sus talleres; 305.000 pies cúbicos de madera trabajada en su serrería; 31.143 galones —el galón son cuatro litros 54 centilitros— de leche; 300 toneladas de heno; 800 *boisseaux* —el *boisseaux* cooresponde a 12 1/2 litros— de patatas, 740 *boisseaux* de fresas, 1.450 de manzanas y 9.631 libras de uva.

Para obtener esta producción, cuidar y atender el ganado y los caballos, habían tenido que trabajar:

80 hombres válidos	7	horas diarias
84 mujeres válidas	6'40	»
6 hombres de edad y achacosos	3'40	»
4 muchachos achacosos	3'40	»
9 mujeres de edad y achacosas	1'20	»
2 muchachas	1'20	»

Hay que añadir que tuvieron que recurrir a la mano de obra suplementaria, que se elevaba ya en 1868 a 34.000 dólares, y a todo esto demostrando una marcada repugnancia por el trabajo asalariado. Tomando jornaleros del exterior, pretendían no tener otra intención que ayudar a personas simpáticas, pero incapaces de practicar su comunismo, y todos están de acuerdo en afirmar que los trataban de una manera fraternal.

Los negocios estaban administrados por 21 Comités permanentes y tenían 48 encargados para las diferentes clases de trabajo, prueba de que el furierismo les había influenciado más de lo que ellos querían admitir, y a pesar de la complejidad evidente de este sistema, se afirma que su gobierno funcionaba a maravilla.

La tabla que damos con anterioridad demuestra que no querían extenuarse en el trabajo; no se mostraban exigentes con las horas de levantarse y en las de ponerse a trabajar, etc.; desconocían el toque de campana y tuvieron pocos «emboscados» y perezosos profesionales.

La biblioteca de Oneida contenía 6.000 volúmenes y se recibían en ella toda clase de revistas. Aunque los perfeccionistas no creyeran que el comunismo fuera posible sin una base religiosa, no eran sectarios. Su religión era más práctica que teórica; así, que Huxley, Tyndall, Darwin y Spencer estaban ampliamente representados en la susodicha biblioteca.

Los recreos se tenían en alta estima en Oneida; en un momento dado, tuvieron fincas de recreo sobre el lago de Oneida y en Long Island Sound. Concedían suma importancia a la higiene, se alimentaban sencillamente y se mostraban sobrios en todas las cosas; su longevidad era proverbial; gran número de ellos murieron más que octogenarios y

22 fallecieron entre los ochenta y cinco y los noventa y seis años, enorme porcentaje con relación a la población de la Colonia. Las enfermedades venéreas eran desconocidas entre ellos, lo que se atribuye a que no tenían relaciones sexuales con personas que no pertenecieran a su Centro; no fumaban ni bebían; sólo comían carne dos veces por semana; no se cuidaban de las modas, y las mujeres de Oneida llevaron siempre los cabellos cortos.

La prosperidad de Oneida llamó la atención pública; los días de fiesta no era raro que pasaran la jornada con ellos 1.000 ó 1.500 visitantes. Todos se preguntaban cómo podía subsistir este pequeño mundo aparte, en el que no se veía a nadie perseguir judicialmente a otro, donde nada tenía que hacer la policía y donde no había pobres; los perfeccionistas hacían por sí mismos toda la propaganda que podían. Publicaron cierto número de libros y periódicos, de los cuales fué el más popular *Oneida Circular*, que era una revista semanal bien editada y bien impresa, publicada en estas singulares condiciones:

La revista se enviaba a todos, pagaran o no; su precio era de dos dólares; los lectores se dividían en tres clases: Primera, los que no podían pagar dos dólares; segunda, los que sólo podían dar esta cantidad, y tercera, los que podían pagar aun más dinero. Los primeros la tenían gratuitamente; los segundos, se la pagaban, y los últimos, habían de dar, además, el dinero necesario para cubrir el déficit causado por los primeros; esta es la ley del comunismo.

Los perfeccionistas siempre han atribuído a tres causas, o mejor dicho, a tres prácticas, sus éxitos; prácticas que han hecho célebre a Oneida y le han dado un sitio especial en la historia de los

Centros de vida en común; la primera es el matrimonio complejo; la segunda, la crítica mutua, y la tercera, las reuniones cotidianas que se verificaban todas las noches.

Ante todo, *el matrimonio complejo*. El comunismo de los cristianos primitivos se extendía lo mismo a los seres que a las cosas, según ellos: no veían ninguna diferencia intrínseca entre la propiedad de los objetos y la de las personas; el exclusivismo, con respecto a las mujeres y los niños, no era más concebible que el exclusivismo en el dinero o los bienes muebles. El apóstol San Pablo (I. Cor. 7: 29-31) ha puesto sobre un mismo pie la posesión de las mujeres y la de las mercancías, posesión que debía ser abolida a breve plazo por el advenimiento del «reino de los cielos»; la abolición del exclusivismo, en las relaciones amorosas, está implicada en el nuevo mandamiento de Cristo que prescribe amarse los unos a los otros, lo que no significa por *parejas*, sino en *masa*. Las dos palabras subrayadas se encuentran así en la página 626 del libro de John Humphrey Noyes. *History of American Socialisms*, que tengo a la vista al redactar este estudio. «La historia secreta del corazón humano demuestra que es capaz de amar a gran número de personas y numerosas veces, y que cuanto más ama, más puede amar.» Partiendo de este principio, y quedando entendido que su sistema no servía más que para las personas santificadas, o seleccionadas, los perfeccionistas establecían una diferencia entre la facultad de amar y la reproducción; hacían observar que Dios, antes de considerar a Eva como reproductora, habíala creado para hacer compañía a Adán, con un objeto social. «Dios creó a la mujer, porque vió que no era bueno para el hombre estar solo.» (Gén. II: 18.) En el Edén, la facultad de amar representó el pri-

mer papel y no la reproducción. El pudor sexual es la consecuencia de la caída, ficticia e irracional. Adán y Eva, en el estado de inocencia, ignoraban el pudor, como lo ignoran los niños y «los otros animales». Los celos son la consecuencia del exclusivismo en el amor y engendra querellas y divisiones. Toda asociación de vida en común que mantenga el principio de la unión exclusiva, lleva en sí los gérmenes de su disolución, tanto más cuanto que la vida en común desarrolla poderosamente la facultad de amar. Los perfeccionistas de Onida hubieran querido que, en su Comunidad, cada hombre hubiera sido el marido de todas las mujeres y cada mujer la esposa de todos los hombres, siendo la progenitura «racional» criada por el Centro; esto es lo que les hacía comparar su concepción del amor libre, basada en un comunismo amoroso duradero —un matrimonio en sociedad— y el «amor libre» como lo entendían, según ellos, los socialistas de entonces, consistente en galanteos temporales y desentendiéndose de la progenitura. Los perfeccionistas reprochaban, entre otras cosas, al «acto propagador» el agotar al hombre y ponerlo enfermo, si se repite con demasiada frecuencia; para la mujer, el embarazo y lo que éste exige de las reservas vitales, mina su constitución; los dolores del parto son una verdadera agonía y la fatigan de un modo extraordinario, lo mismo que la lactancia y los cuidados de la primer infancia. Hasta que esté en estado de no necesitar la constante atención de los suyos, el niño resulta una pesada carga para sus padres, aun en las mejores circunstancias; el trabajo del hombre se acrecienta grandemente por la necesidad de subvenir a las necesidades de la familia y, por lo tanto, al ordenar el Creador al hombre que creciera y se multiplicara, le lanzaba una terrible

maldición. Vueltos al estado de inocencia primitiva, los perfeccionistas se liberaban de aquella maldición, y San Pablo ha incluido al matrimonio entre las ordenanzas abolidas de la antigua Alianza; partiendo, pues, de que la facultad de amar representa el principal papel y la propagación de la especie el segundo, el hombre, llamado a la perfección, ejercerá una severa vigilancia sobre sus aptitudes procreadoras. En este aspecto los perfeccionistas se aproximaban a Malthus.

Oneida había erigido el coito reservado prolongado (1) en principio. La iniciación sexual se hacía poco después de la pubertad en los muchachos y un poco más tarde en las jóvenes, por una persona de más edad. En ocasión del coito, el hombre introducía el pene en la vagina y lo dejaba allí durante más de una hora, sin emisión, y siendo la mujer la que llegaba al espasmo. De ordinario no llegaba a eyacular el hombre, ni siquiera después de la retirada, sin que sintiera la necesidad de ello. Todo el mundo encontraba esta práctica excelente: los hombres descuidados o torpes eran evitados por las mujeres y, por otra parte, el sentimiento de afección de los hombres por todas las mujeres constituía una fuerza social. La masturbación era desconocida y nadie tenía relaciones sexuales fuera de la Comunidad.

En su *Arte del amor*, Havelock Ellis repite la afirmación de Noyes referente a que una comparación escrupulosa de las estadísticas de la Comunidad ha demostrado que la tasa de las enfermedades nerviosas era considerablemente menor de la media y que no se habían presentado más que dos casos de desorden nervioso debidos al uso del coito reservado.

(1) Lo cual se llamaba en la Colonia *continencia masculina*.

Esto ha sido confirmado por Van de Warker, que examinó a 42 mujeres de la Comunidad sin encontrar enfermedades de los órganos de la reproducción, ni enfermedad alguna que pudiera ser atribuida a las costumbres sexuales de la Colonia (1).

En la práctica, todo componente masculino de la Colonia podía tener relaciones sexuales con cualquiera de los individuos femeninos, a condición de tener a un tercero por intermediario; preferían las relaciones de los socios jóvenes, de uno u otro sexo, con los de más edad, quedando entendido que nadie venía obligado a aceptar las atenciones de aquel que no le gustara, lo que se evitaba con la intervención precitada, y, en cuanto a la procreación, estaba sometida al control de la Comunidad, que velaba por que el número de niños no sobrepasara las posibilidades financieras y educativas. En una población de 280 personas, el número de las que aun no contaban veintiún años no pasaba de 64, y los socios elegidos para la procreación seleccionada, entre los que mejor se habían asimilado su teoría social, eran 24 hombres y 20 mujeres; toda reconstitución de la pareja estaba rigurosamente proscrita.

En consecuencia con estas ideas, los niños estaban considerados como hijos del Centro y educados juntos en una casa destinada a este efecto; tenían toda clase de facilidades para juegos y recreos y, según el testimonio general, gozaban de una perfecta salud; celadoras, pertenecientes a la Colonia, consagraban sus cuidados a educarlos, y cada una de ellas pasaba medio día dedicada a

(1) C. Reed: *Text-book of Gynecology*, 1901, p. q. citado por Havelock Ellis, *L'Art de l'amour*, p. 109 (Ed. del Mercurio de Francia).

esta tarea. Se destetaba a los niños a los nueve meses y, a partir de esta edad, desde las ocho de la mañana se les llevaba al parvulado, de donde los recogían sus madres a las cinco de la tarde; no se trataba, pues, de separar a la madre de su prole, sino de procurarle una relativa libertad y ayuda, que le permitiera tomar parte en la producción general.

La crítica mutua fué instituída por Noyes, según se dice, y se convirtió en la institución más importante de la Comunidad, desde el principio de su existencia; esta práctica reemplazó a todas las sanciones; era una verdadera cura moral, y presenta una acentuada analogía con el tratamiento psicoanalítico freudiano.

La crítica se aplicaba en algunos casos sin que la solicitara el sujeto, pero lo más a menudo, a su propio requerimiento. Unas veces, el socio quería ser criticado por la Colonia entera, y otras, por un Comité elegido entre los que lo conocían mejor y le eran más simpáticos; cada cual presentaba sus apreciaciones, de la manera más extensa posible, y el efecto saludable de la crítica mutua se podía apreciar como se efectuaba por sí mismo, haciendo sentir la fealdad de la falta cometida. Obsérvese su analogía con la confesión pública y compárese con la autocrítica bolchevista, pues una y otra pueden ser catalogadas en el tratamiento psicoanalítico.

Nordhoff, que tuvo la suerte de asistir a una de estas sesiones de crítica, da la siguiente relación:

«Un domingo por la tarde, un joven, llamado Carlos, se ofreció voluntariamente a una crítica; una Comisión de quince miembros, entre los que estaba el mismo Noyés, se reunió en una sala y comenzó la sesión. Noyés se informó de lo que Carlos tenía que reprocharse, y éste le expuso que

recientemente había estado conturbado por la duda, que su fe vacilaba y que luchaba contra el demonio interior, que le visitaba con frecuencia.

»Entonces cada cual, a su turno, tomó la palabra. Uno de los socios hizo observar que Carlos había sido perjudicado por su buena suerte, que algunas veces se mostraba vanidoso; otro añadió que no miraba con respeto alguno la propiedad común, que le había oído recientemente hablar de un biftek demasiado duro y que tomaba la costumbre de hablar en caló. Las mujeres tomaron parte en la crítica; una, dijo que Carlos era altanero y demasiado galante; se criticó su comportamiento en la mesa y se le acusó de mostrar demasiada simpatía por determinadas personas, llamándolas por su nombre propio en público. Según la sesión iba avanzando las faltas se acumulaban más y más: se le acusaba de irreligioso y aficionado a la mentira, y se expresaba el deseo general de que se diera cuenta de sus errores y de que se corrigiera de ellos. Durante esta requisitoria, que duró más de hora y media, Carlos permaneció mudo, pero a medida que se amontonaban las acusaciones, palidecía y gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

»La crítica de sus camaradas habían, evidentemente, producido una grande impresión sobre él.»

Estas francas —si no indiscretas— explicaciones no parecen haber provocado malos sentimientos entre los miembros de la Comunidad. Las reuniones de crítica mutua hacían las veces de tribunal, consejo, regulación y estimulante para rectificar la línea de conducta individual y colectiva. La historia de Oneida no refiere ninguna discordia y la más perfecta armonía reinó allí en todo tiempo; solamente un socio fué expulsado durante los treinta años que duró la Colonia.

Las reuniones cotidianas de la noche no duraban más que una hora, pero se verificaban con toda regularidad; se discutían los negocios, administración, noticias del día y, en suma, todo lo que era de un interés general.

* * *

¿Cómo puede explicarse la caída de una Colonia tan próspera que su activo en 1881 —dos años después de su disolución como Colonia comunista— podía ser evaluado en 600.000 dólares?

En principio fué motivada por una violenta campaña emprendida por la opinión pública, atizada por el clero y los órganos puritanos, contra el «matrimonio complejo»; los puritanos pretendían que, a despecho de todas las manifestaciones en contra, Oneida era el asilo del vicio y la concentración del orgullo; los periodistas se mezclaron en el asunto.

Por otra parte, los niños nacidos en la Colonia, ya adultos, no tenían la fe ni el entusiasmo de sus padres, los veteranos de la Colonia, y, como los mormones, los perfeccionistas hubieron de ceder, abandonando el matrimonio complejo el 26 de agosto de 1879; hasta el 31 de diciembre de tal año se verificaron veinte matrimonios y quedaron apenas media docena de solteros.

Esto fué la señal de la disolución de Oneida en el aspecto de sociedad comunista. El mismo Noyes, acompañado de algunos fervientes adeptos, partió para el Canadá, donde murió en 1866, y el resto de la Comunidad se organizó en Sociedad con un capital limitado, con el título de Oneida Community Limited, en 1880.

Se le reconoció a cada socio de la Comunidad, sin distinción de sexo ni edad, ni servicios presta-

dos, cuatro acciones que importaban tantas veces 100 dólares como años había pasado el asociado en la Colonia; se reembolsó en acciones la mitad del capital aportado por los colonos a su ingreso en aquel Centro, y garantizaron a los niños, que se encontraban a cargo de la Colonia, de 80 a 100 dólares por año —según lo permitieran los beneficios— y ocho meses de escuela hasta la edad de dieciséis años. La empresa se hizo muy próspera, y el 80 % de sus intereses quedaron en manos de los descendientes de los fundadores y de los auxiliares empleados por la Colonia durante largos años.

Según carta firmada por el secretario J. M. Noyes, perteneciente probablemente a la familia del fundador de Oneida, el 31 de enero de 1924, se elevaba a cerca de ocho millones de dólares el activo de la Sociedad que había sucedido a la Comunidad de Oneida; en 1913, el dividendo de las acciones había ascendido al 56 1/4 %, y en 1924 fué su importe del 12 1/2 %. Como es natural, se han conservado las industrias, y durante mucho tiempo, una biblioteca común, una sala de lectura, un lavadero y los paseos fueron los únicos recuerdos del antiguo régimen comunista. Según Mr. Ch. Gide, en 1917, los restos de Oneida habían sido trasladados a Sherrill, unos 400 kilómetros al Este; la mencionada carta de J. M. Noyes no indica dirección alguna.



CAPITULO II

Anaheim y Vineland

En su obra *The Communistic Societies of the United States* (1875), Charles Nordhoff expone que frecuentemente dos Colonias, Vineland, en Nueva Jersey, y Anaheim, en California, son clasificadas entre las Sociedades comunistas. No hay nada de esto, dice, y solamente una de ellas, Anaheim, tuvo un aspecto cooperativo en sus comienzos.

Como estos dos grupos fueron fundados en particulares circunstancias y ambos demostraron lo que se puede conseguir en un tiempo relativamente corto por individuos sin medios extraordinarios, obrando más o menos en concierto con fines determinados, resulta interesante un breve relato de estas dos Colonias.

Anaheim, la más antigua de estas dos empresas, está situada en el condado de Los Angeles, al Sur de California, a unas treinta millas de Los Angeles y a diez o doce del océano, en una planicie fértil y bien regada.

En 1857, varios alemanes residentes en San Francisco, propusieron a algunos de sus compatriotas la compra en común de un terreno, situado en el Sur del Estado, que podía ser dividido en pequeñas propiedades, bien cercadas, plantadas de viña y de árboles; después de una deliberación, cin-

cuenta personas firmaron un contrato que tenía por objeto la compra de 1.165 acres de tierra —466 hectáreas— a razón de dos dólares por acre, y adquiriendo al propio tiempo los derechos de regadío, pues en esta región los estíos son muy calurosos y exigen el riego artificial.

El promotor de esta empresa, Hansen, de Los Angeles, hombre de leyes, alemán e ingeniero civil, fué encargado por sus coasociados de elegir y comprar el terreno, quedando nombrado administrador de toda la Empresa, hasta el momento en que perdió su fisonomía cooperativa.

Los cooperadores de Anaheim eran, principalmente, obreros, y entre ellos no había ni un solo campesino, siendo todos alemanes; en aquel grupo había varios carpinteros, un armero, un grabador, tres relojeros, cuatro herreros, un cervecero, un maestro de escuela, un zapatero, un ebanista, un fondista, un encuadernador, cuatro o cinco músicos, un poeta —como es natural—, varios comerciantes y algunos carreteros. Era una asamblea muy heterogénea y no poseían más que un carácter común: la pobreza, con la excepción de un par de ellos, a lo sumo; algunos no tenían más que algunos dólares, la mayor parte no tenían dinero ni crédito suficiente para comprar diez hectáreas de terreno y ninguno de ellos estaba en las condiciones requeridas para vivir «decentemente».

El objeto de la Sociedad era comprar la tierra, dividirla y cultivarla, como ya hemos dicho, gracias a una contribución mensual de los socios, que continuaban en sus trabajos habituales en San Francisco. Se acordó que los 1.165 acres serían divididos en lotes de 20 acres cada uno, e igualmente que se dedicarían 50 lotes al establecimiento de una aldea, que debía ocupar el centro

del terreno; otras catorce partes se destinaron para las escuelas y otros edificios públicos.

Con el dinero de la primera cotización se compró el terreno; hecho esto, delegaron en el señor Hansen para que se realizaran las mejoras proyectadas, y se supone que para llegar a esto trabajarían un poco más y vivirían con mayor frugalidad en San Francisco.

Se confiaron los trabajos preparativos a españoles y pieles rojas, que construyeron un canal de siete millas de longitud para tomar las aguas al río Santa Ana, y 450 millas de canalizaciones auxiliares, más 25 de acequias, para llevar el agua a cada uno de los lotes. Hecho esto, plantaron en cada porción ocho acres de viña y árboles frutales; siguiendo el contorno de la explotación, en una longitud de cinco millas en el exterior y 35 en el interior, plantaron cercas de sauces. En esta región los sauces crecen con gran rapidez y forman vallas muy espesas, al propio tiempo que proporcionan suficiente leña para la calefacción de las granjas. Todo esto se realizó gradualmente a fin de que los gastos no excedieran la contribución mensual de los asociados, que no querían contraer deudas.

Cuando estuvieron hechas las plantaciones, el administrador hizo podar y cultivar las viñas y los árboles, atendiendo a los detalles todos de la explotación, y solamente cuando las viñas estuvieron en condiciones de proporcionar una renta inmediata, los propietarios tomaron posesión de sus terrenos.

Al cabo de tres años, todo el trabajo estaba ejecutado y pagado; las viñas estaban en plena producción y se procedió a la división de la tierra aquella. En este momento, cada accionista había cotizado 1.200 dólares; algunos de ellos no pu-

dieron abonar a su debido tiempo su parte, pero fueron ayudados por sus coasociados, que se encontraban en mejores condiciones económicas.

Admitiendo que la mayor parte de los socios no tenían, al principio, ningún dinero ahorrado, se ve que durante tres años economizaron poco menos de ocho dólares por semana, suma que parece considerable, pero que era cosa fácil para un obrero calificado de California en aquellos tiempos.

Era inevitable que algunos lotes tuvieran un valor más grande que otros, de donde aparecían diferencias en el valor de las participaciones. Para hacer el reparto equitativo, todos los lotes fueron inspeccionados, apreciados y evaluados en un determinado valor, que oscilaba entre 600 y 1.400 dólares, según la situación, calidad de cosechas, etc... Se hizo una lista y fueron distribuidos por una especie de sorteo, a condición de que si el lote adjudicado estaba evaluado en más de 1.200 dólares, el beneficiario entregaría la diferencia en la caja común, y si valía menos de esta suma, recibiría de los fondos generales una cantidad que, adicionada al valor del lote, igualara a 1.200 dólares. Por ejemplo: A, a quien correspondió una parte evaluada en 1.400 dólares, desembolsó 200; y B, que obtuvo un lote de 600 dólares, recibió otros 600.

En este momento, la propiedad estaba en tal estado de progreso, que los asociados podían encontrar fácilmente quien les prestara dinero. Además, cuando se terminó el reparto, hubo una liquidación general de los bienes de la Asociación: caballos, herramientas, etc.; terminadas y saldadas las cuentas, se encontraron con fondos suficientes para que cada uno de los accionistas recibiera un centenar de dólares como dividendo final.

En cuanto se verificó esta liquidación, desapareció el aspecto cooperativista de la Empresa. Los socios, cada cual a su tiempo, se establecieron en sus tierras; compraron materiales al por mayor y comenzaron a construir sus casas.

Estas cincuenta familias formaron un pueblecito, suficientemente importante para atraer forasteros. Los lotes de la aldea adquirieron enseguida importancia y algunos fueron vendidos a comerciantes. Pronto se estableció una escuela; obreros de todos los oficios fueron a instalarse en Anaheim, y los colonos tuvieron, casi inmediatamente, muchas comodidades que hubieran tardado muchos años en adquirir si hubieran continuado aislados.

Sin embargo, aun eran pobres, pero algunos consiguieron construirse las sencillas habitaciones necesarias en aquel clima, sin contraer deudas, pues no les concedían préstamos más que a razón del 2 ó 3 % de interés mensual; además ninguno de los colonos era campesino y hubieron de aprender a cultivar la tierra, podar y cuidar las viñas, a hacer el vino y a prepararse una huerta. Desde el principio tuvieron que producir y vender, lo suficiente para atender a sus necesidades y pagar los crecidos intereses de sus deudas; pero eran dichosos porque tenían lo suficiente para alimentarse, una buena escuela para sus hijos y la inmensa satisfacción de ser obreros independientes. «Tenemos conciertos y bailes en la actualidad, y, aunque seamos pobres, miro estos tiempos como los más felices de toda nuestra vida», confesaba a Nordhoff uno de los asociados.

Gradualmente se libraron de sus deudas y ninguno dejó de conseguirlo.

En 1872, cada lote, que primitivamente había costado a un promedio de 1.080 dólares, estaba

evaluado en cinco o diez mil dólares y entre los ex asociados no había pobres.

«Un grupo de obreros serios, con un objeto definido —concluye Nordhoff— puede imitar fácilmente esta empresa. Los fundadores de Anaheim no eran hombres escogidos. He oído decir que no estaban exentos de recelos y sospechas con respecto a sus vecinos y a su administrador, al que le hicieron la vida difícil muy a menudo... Con frecuencia pusieron en peligro la marcha de la empresa.

»Había entre ellos gentes descontentadizas, crítonos y necios, como en toda Agrupación de una cincuentena de individuos, y oí decir que el señor Hansen, su honrado e inteligente administrador, declaraba que mejor preferiría morir a dirigir una empresa del mismo género.

»Tuvieron la extremada suerte de encontrar un hombre honrado, paciente y apto en la administración, y un hombre semejante es la piedra angular de una empresa de esta índole.

»Para asegurar el éxito, es necesario hallar un hombre suficientemente honrado e inteligente, en el que los asociados puedan tener confianza y que demuestre paciencia, perseverancia y la preocupación de la economía.

»... Los habitantes de Anaheim pertenecían a la clase obrera, se elevaron a un plano superior de vida y consiguieron hacerse los dueños de sus propios destinos.»

«Vineland no fué una empresa Cooperativa —expone Ch. Nordhoff—, sino una especulación terrícola hecha por un hombre avisado y filantrópico, que creía poder establecer una Agrupación provechosa y ventajosa para los otros, al mismo tiempo que lo era para él mismo.

»Hasta el año 1861 la parte Sur de Nueva Jersey

comprendía una región bastante extensa, conocida con el nombre de The Barrens (Los Eriales), con agrupaciones dispersas de una población inculta y descuidada. El suelo ligero se suponía poco apto para la agricultura y muchos kilómetros de aquel terreno estaban cubiertos de un bosque de malezas, pinos y pequeñas encinas, empleado especialmente como combustible en algunas fábricas de vidrio de Melville y Glassborough.

»Estas tierras estaban divididas en inmensas propiedades, que reportaban una renta mínima. Cuando el ferrocarril West Jersey que enlaza Cape May con Filadelfia, estuvo terminado, atravesaba The Barrens, y algunos propietarios, cansados de poseer unos terrenos que no les reportaban beneficio alguno, sólo esperaban la oportunidad para desembrazarse de ellos.

»Charles K. Landis se había forjado la idea de fundar una Colonia siguiendo ciertos proyectos que se le habían ocurrido y llegó a madurar. La región aquella atrajo su atención y, después de examinar el suelo y el carácter general del país, compró 16.000 acres (más de 5.000 hectáreas) de un solo propietario. A esto añadió poco después 14.000 acres más, lo que formaban un total de 30.000 acres de tierra (12.000 hectáreas). En 1874 adquirió aún otros 23.000 acres (más de 9.000 hectáreas).

»Este país era una inmensa planicie, salpicada de numerosos bosquecillos y cortada por una o dos corrientes de agua; en todas partes se encuentra agua potable a una profundidad de 15 a 30 pies. Landis tomó posesión de sus dominios en agosto de 1861. En primer lugar destinó, en el centro del terreno, un emplazamiento para establecer la ciudad de Vineland; dividió el resto de las tierras en parcelas de 10, 20 y 30 acres; abrió carre-

teras para hacer accesibles todas las parcelas y después se puso a buscar colonos.

»Ofrecía en venta los lotes de 10 a 40 ó 60 acres, a razón de 25 dólares el acre, dando un crédito razonable, pero exigía al comprador la ejecución de determinados trabajos durante el año que seguía a la adquisición, o sea, la construcción de una sencilla casa, la roturación de algunos acres de terreno, la plantación de árboles a lo largo de la carretera y la transformación en prado de una faja de terreno al margen de la mencionada carretera. Estaba también estipulado, que si el propietario descuidaba el ornato de la carretera, la ciudad se encargaría de hacerlo por cuenta de aquél.

»El señor Landis consiguió que se votara una ley prohibiendo el pastoreo de ganado en los límites de la municipalidad en que estaban situados sus dominios, de manera que los colonos no se vieran obligados a construir cercas, lo que constituyó una gran economía para los que llegaban, la mayor parte de las veces, sin mucho dinero. Vineland contaba en 1874 con una población que oscilaba entre los 11.000 y 12.000 habitantes; había alrededor de 180 millas de carreteras, y es probable que la disposición que prohibía las cercas economizara a los habitantes por lo menos un millón y medio de dólares.

»Desde el principio impidió, con el mayor cuidado, el establecimiento de tabernas en sus tierras; los habitantes decidían anualmente si la venta al por menor de licores estaba o no permitida, y su voto mantuvo constantemente la prohibición, lo que constituía una ventaja inmensa para la población.

»Trató también, en cuanto fué posible, de establecer fábricas en la ciudad, con tan lisonjeros resultados, que se creó bien pronto un mercado local para una parte de los productos manufacturados.

Fundó y apoyó las bibliotecas, la horticultura y otras empresas; ayudó a la construcción de los Centros de cultura y concedió una particular atención a la obtención de facilidades comerciales, a fin de que los colonos pudieran cambiar sus productos ventajosamente.

»Con todo esto pensaba asegurar el bienestar de los colonos de su dominio, sabiendo que de su prosperidad dependía la suya propia.

»Sin embargo, una cosa que habitualmente no se menciona en las relaciones publicadas sobre Vineland me parece tener una extraordinaria importancia. El señor Landis estableció el precio de sus tierras incultas en 25 dólares por acre. Vendió a este precio al primer colono y no lo aumentó durante varios años.

»Cada cual pudo, pues, durante dos o tres años, comprar tierras sin cultivo en Vineland a razón de 25 dólares el acre y el propietario no especulaba con las mejoras aportadas por los colonos, les dejaba todas las ventajas de su trabajo y resultó que la gente compraba, roturaba y sembraba parcelas en Vineland con el objeto de revenderlas, seguros como estaban de poder adquirir enseguida nuevos terrenos al primitivo precio de 25 dólares por acre.

»Para mi concepto, este aspecto de la empresa de Vineland, más que ninguna otra característica, hace que esta especulación, que hubiera podido ser puramente interesada, fuera una empresa de un orden más elevado, en la que los colonos, en una gran parte, tenían un interés común con el propietario del suelo. Este podría haber hecho todo lo demás —apertura de carreteras, garantía del libre pastoreo, prohibición del establecimiento de tabernas, obras de educación y otras realizaciones—, pero si hubiera subido el precio de sus tierras incultas, a medida que crecía el número de colonos,

sólo se hubiera tratado de una simple especulación y habría que preguntarse si su proyecto hubiera alcanzado algo más que un éxito moderado y de corta duración. Pero la idea de vender sus terrenos siempre al mismo precio, no solamente procuró a los que llegaban a última hora una ventaja que les atraía con una fuerza creciente, sino que aseguraba a los colonos más pobres una ocupación lucrativa, o sea la mejora de los lotes para venderlos a los recién llegados. Este resultado demostró la habilidad del plan de Landis. Una propiedad en producción, labrada y sembrada, siempre alcanzó un precio elevado en Vineland y fué casi siempre de fácil venta, pero no se observó nunca un deseo ardiente de especulación.

»Al cabo de doce años, el fundador de Vineland tuvo el placer de contar con alrededor de 11.000 habitantes en su dominio, donde, en 1861, no había ni uno solo. La mayor parte de ellos habían mejorado sus condiciones de existencia al establecerse allí. Muchos llegaron sin capital suficiente y no hay duda de que sufrieron mucho al principio de su instalación, pero perseveraron dos o tres años, consiguiendo con sus esfuerzos mejorar poco a poco su situación; ellos tuvieron lo que muchos campesinos americanos no tenían por entonces: la posibilidad de enviar a sus hijos a excelentes escuelas, un fácil acceso en un medio inteligente y leyes que reglamentaban la venta del alcohol.

»Vineland estaba en gran parte poblada por americanos de Nueva Inglaterra, gentes del Este, más inquietas y movilizadas que los alemanes de Anaheim (1): éstos se contentaban más fácilmente que aquéllos con un sencillo confort.»

En una Memoria presentada por Landis al Par-

(1) No existe explicación a la llamada del original.

lamento de Nueva Jersey, en 1874, Charles K. Landis hacía observar que, gracias a la prohibición de bebidas alcohólicas en su dominio, los gastos de policía se elevaban, en una población de 10.500 almas, a 25 dólares en total y los de asistencia pública a un montante total de 350 dólares (5 centavos de asistencia y medio centavo de gastos de policía, por cabeza), cuando en una ciudad vecina, en Perth Amboy, en el mismo Estado de Nueva Jersey, los gastos de policía y de asistencia ascendían a 2 dólares por cabeza (1). Charles Nordhoff tenía mucha razón cuando escribía que Vineland no ofrece ningún carácter comunista.

(1) Charles Nordhoff: *The Comunistic Societies of the United States*. En un mapa reciente de los Estados Unidos figura siempre la localidad de Vineland.

CAPITULO IV

Ralahine «utopía irlandesa»

La casualidad ha traído a nuestras manos una pequeña revista, *Le Passé et l'Avenir —El Pasado y el Porvenir—*, publicada de enero a marzo de 1850 en casa de Ledoyen et Giret, editores de París. Esta revista, redactada por los discípulos del célebre filántropo y socialista inglés Roberto Owen, contiene la historia de una Colonia establecida en Irlanda, en el condado de Clare, en 1830, y cuya fundación pertenece directamente al período oventista; en ella se aplicaron los principios comunistas en determinados puntos, y ciertos detalles se fijaron en los principios de la cooperación. Esta Colonia merece ser conocida y estudiada, pues fué una de las escasas Comunidades que establecieron un valor convencional, que sólo estaba en curso en el interior del establecimiento. En este aspecto, Ralahine estuvo lejos de ser comunista y no es momento oportuno para discutir aquí la noción y la idea del valor; pero se debe recalcar esta particularidad. Ralahine, para asegurar a sus miembros un reparto equitativo de productos, proporcionado al esfuerzo realizado, para evitar el despilfarro, el parasitismo y el que las luchas intestinas nacieran de las comparaciones relativas al reparto, puso en

práctica una forma de evaluación del trabajo y un valor representativo.

Estos detalles, en sí mismos, merecen ser conocidos y hacen muy útil el estudio de la Colonia de Ralahine, y por este motivo publicamos su historia; sin embargo, he tenido que suprimir algunos trozos largos del texto de la revista *Le Passé et l'Avenir*, y aunque dicho texto, firmado por Goupy, contiene algunas puerilidades, para juzgarlo, hay que tener en cuenta las circunstancias del tiempo.

Existe otra relación de la vida de Ralahine. En su interesantísimo libro *Labour in Irish History—El trabajo en la Historia irlandesa—* (Dublín, 1910), James Conolly, el célebre dirigente irlandés, que fué ejecutado en ocasión del último movimiento insurreccional de Dublín, consagra todo un capítulo a la Colonia de Ralahine, con este título: «An Irish utopía» («Una utopía irlandesa»). El texto de Conolly contiene ciertas determinaciones que faltan en el relato de Goupy, y hemos completado las dos exposiciones, sacando de cada una lo que es esencial y característico.

HISTORIA DE LA COLONIA RALAHINE

(Versión Goupy)

«El señor John Scott Vandeleur, propietario de Ralahine, en el condado de Clare (Irlanda), tenía dos heredades: la una, de unos 700 acres, arrendada; la otra se componía de unos 618 acres, llamada Ralahine, estaba situada a doce millas de Limerick y a seis de Ennis, y se la cultivaba él mismo, con jornaleros tomados en los alrededores y un capataz. Las malas costumbres de estos trabajadores, entre otras, la de embriagarse; la difi-

cultad de reunirlos en los tiempos de la cosecha y la poca seguridad de los propietarios, en medio de una población tan turbulenta como miserable, le habían hecho aborrecer el campo, así como a su familia, y decidió abandonar el país si no encontraba medio de acabar con la miseria, cuando la casualidad le llevó a Dublín, donde oyó un discurso de Owen. Le pidió permiso para ir a verle, tuvo largas conferencias con él y leyó atentamente sus escritos, convenciéndose bien pronto de este gran principio: «Que el hombre no se hace a sí mismo; que su carácter se forma sin que él mismo se aperciba; que es el resultante de su organización natural, de las circunstancias que encuentra, y de la acción y reacción de cada una de estas dos causas sobre la otra; que el gran secreto para reformar al género humano consiste en apartar de las poblaciones todas las circunstancias que las rinden pobres, ignorantes y viciosas, y que este arreglo es la misión de los gobernantes y los ricos.» Quedó convencido de que obrando sobre estos principios con los labriegos, fueran de Irlanda, de Escocia o de Inglaterra, los propietarios sacarían una renta mayor de sus tierras, al mismo tiempo que daban a sus colonos una vida diez veces más ventajosa y un bienestar que en la actualidad desconocían, y resolvió, en consecuencia, hacer de todos los obreros que tenía en Ralahine una especie de gran familia que viviera toda entera en su casa, con un capital y almacenes comunes, y con leyes que les aseguraran, a todos, beneficios iguales; leyes que se reservaba el cuidado de hacer cumplir. Había comenzado a establecer una filatura y una fábrica de tejidos, aprovechando un curso de agua, y se ocupaba en añadir algunas casitas con otras dependencias, cuando una cir-

cunstancia le determinó a comenzar sus operaciones más pronto de lo que se imaginaba.

La costumbre de los propietarios de esta provincia era, entonces, arrendar por reducidos trozos la tierra a los labriegos, el primer año con abonos, para cultivar patatas, y el siguiente sin abonos, para la siembra de trigo; el precio de arrendamiento para este segundo año era enorme: 8, 10 y 11 libras esterlinas por acre, y ocurría frecuentemente que, como el precio del grano no llegaba a cubrir la renta, el pobre arrendador abandonaba el campo, perdiendo su trabajo y la simiente; así pues, una parte de los propietarios comenzaron a cultivarse sus tierras, resultando que multitudes de indigentes se encontraban sin trabajo y carentes de subsistencias, formándose sociedades secretas llamadas Terry Alts, que esparcían el terror y la devastación en el condado de Clare y en los adyacentes. Salían de noche armados de palas y biellos, se lanzaban sobre los campos de los que les descontentaban y los revolvían de tal suerte que no era ya posible cultivarlos aquel año; trastornaban las viviendas al asaltarlas para quitar las armas, y cometían innumerables actos de violencia. El capataz del señor Vandeleur, hombre de duro corazón, fué muerto de un tiro, un día que el dueño estaba ausente, en la misma heredad, y se sospechaba que el hecho lo cometieron unos trabajadores de la casa. Todos eran indigentes, borrachos, perezosos, viciosos, de la más crasa ignorancia, y no podía hacer su experimento más que con hombres entre los que probablemente se encontraban los asesinos.

A finales de 1830 fué a Londres a buscar un hombre que le pudiera ayudar a organizar su pequeña Comunidad, y encontró a M. Craig, de Manchester, joven activo y hábil, al corriente del sistema

y asaz vivamente deseoso de verlo aplicado para sacrificar sus costumbres e intereses por el placer de servir la causa. El señor Vandeleur y él se pusieron enseguida a redactar los reglamentos y a preparar el establecimiento; así es que fueron, al principio, los únicos a quienes eran familiares los principios de Owen y, como va a verse, no es necesario para el buen éxito de una Comunidad que todos sus miembros estén al corriente de los fines que persigue, desde el comienzo.

La Asociación agrícola e industrial de Ralahine tuvo por objeto: Primero, la adquisición de un capital común; segundo, el seguro de sus socios, unos por los otros, contra la indigencia, enfermedades, dolencias y vejez; tercero, el goce de un mayor bienestar del que se tiene en el régimen actual de los trabajadores; cuarto, perfeccionamiento moral y mental de sus adultos, y quinto, la educación de los niños. El principio era el de Owen. Las combinaciones para la producción y la distribución de las riquezas, así como para la instrucción y buen gobierno, eran obra de los señores Vandeleur y Craig.

Ralahine contenía, como antes hemos dicho, 618 acres de terreno, de los que unos 267 estaban destinados a pastos, 285 eran tierras laborables, 63 1/2, marjales, y 2 1/2 acres, huertos. El suelo era, generalmente, bueno, aunque algo pedregoso. Había allí un viejo castillo y seis casitas. Se construyeron alojamientos para familias. Por una parte las construcciones campesinas, granjas, establos, vaquerías y almacenes; se hizo un comedor general, una sala de Juntas, una escuela y dormitorios, unos para los niños y otros para los solteros, agrupados por sexos. Había también una serrería y una trilladora movidas por fuerza hidráulica, y los talleres de filaturas y tejidos, desprovis-

tos de maquinaria. El señor Vandeleur asignó todo esto a la Sociedad mediante 700 libras esterlinas anuales, libres de diezmos y contribuciones; por interés, un 6 %. Por utillaje agrícola, evaluado en 4.500 libras esterlinas; el ganado, justipreciado en 1.000, y adelantos de alimentos y vestidos hasta la cosecha, evaluados en 833, la Sociedad tenía que pagar 200 libras esterlinas más anualmente. Vivir y trabajar comunalmente la heredad, mantener los útiles, máquinas, muebles y ganados en el mismo estado y número que los recibía; en fin, pagar las rentas, siempre en productos, excepto la primera anualidad, en la que se fijarían, según los precios del mercado de Limerick, las cantidades de grano, bueyes, cerdos, manteca, etc., a entregar al señor Vandeleur, para completar 900 libras; estos fueron los compromisos contraídos por la Asociación. Hechos estos pagos, sin que mejora alguna en el dominio pudiera jamás dar derecho al señor Vandeleur a pedir más, el excedente de los productos pertenecía, a partes iguales, a los socios de la Comunidad mayores de diecisiete años, hombres o mujeres, casados o solteros, y tan pronto como pudieran adquirir el menaje, con el producto de sus ahorros, el arrendamiento quedaba reducido a 700 libras esterlinas; la primera anualidad, 1831, fué pagada enteramente en metálico.

El producto total de Ralahine, en 1832, ascendió a 1.700 libras esterlinas y los adelantos facilitados a la Sociedad, para alimentos, vestidos y simientes, montaron a 550 libras.

El dinero que hubo que facilitárseles para gastos extraordinarios de construcción, madera, vidrio, tejas y otros materiales indispensables para edificar nuevas casitas, consumió el excedente durante tres años, pero los colonos aumentaron sus co-

modidades y se preparaban para un seguro porvenir.»

ORGANIZACIÓN. ARRENDAMIENTO

(Versión Goupy)

«Para alcanzar el objetivo de la presente Sociedad, los que suscriben, acuerdan tomar en conjunto, en arrendamiento, las tierras, construcciones, maquinaria, útiles, animales, etc., de Ralahine, pertenecientes al señor don John Scott Vandeleur y se comprometen, tanto conjunta como separadamente, a observar y hacer cumplir las condiciones siguientes:

1. Todo el ajuar pertenece al señor Vandeleur, hasta que la Sociedad haya conseguido reunir los fondos para pagarlo; solamente cuando lo haya efectuado pasará a propiedad de la Asociación.

2. Durante el primer año, el señor Vandeleur podrá despedir a todo individuo, hombre o mujer, que se conduzca mal.

3. Todo individuo que desee dejar de pertenecer a la Sociedad puede así efectuarlo, con tal que avise a la Sociedad con una semana de anticipación.

4. Si ocurriera que la Asociación no fuera lo suficiente numerosa para atender bien y cumplidamente las diversas ramas de la agricultura y de la industria, podrá aumentar el número de asociados; todo nuevo socio deberá ser propuesto por uno efectivo, apoyado por otro y aceptado por el señor Vandeleur; después de lo cual el candidato será admitido provisionalmente, a prueba, durante una semana; pasada ésta, una votación decidirá, por mayoría, si debe ser admitido definitivamente.

5. El señor Vandeleur será el presidente de un Comité de administración, elegido entre los asociados; este Comité nombrará sustituto en caso de ausencia.

6. El señor Vandeleur tendrá derecho al nombramiento de un secretario, un cajero y un encargado de almacén; los dos últimos formarán parte del Comité, y sus honorarios serán abonados: la mitad por el señor Vandeleur y el resto por la Asociación; además tendrán, como miembros de la Asociación, una parte igual a la de todos en los beneficios netos.

7. Los que desearan visitar el establecimiento tendrán que pedir permiso al presidente o secretario, quienes designarán a un socio para que les acompañe.»

GOBIERNO

(Versión Conolly)

«La Sociedad será gobernada y el trabajo organizado, por un Comité de nueve socios, elegidos para seis meses, por sufragio de todos los asociados, hombres y mujeres. La lista de electos tendrá que incluir a cuatro de los miembros del Comité anterior. El secretario redactará la Memoria para la Asamblea general de la Sociedad, que se verificará todas las semanas. El tesorero dará cuenta de la situación financiera. El Sugestion book —Libro de iniciativas— también será leído en estas reuniones.»

TRABAJO Y PRODUCCIÓN

(Versión Goupy)

«8. Todos se comprometen, cualesquiera que fueren sus talentos intelectuales, musculares, agrícolas, industriales o científicos, a emplearlos en beneficio de la Comunidad, sea ejerciéndolos personalmente o enseñando sus procedimientos a sus asociados, y, principalmente, los jóvenes.

9. Nadie estará dispensado de trabajar en los campos, sobre todo en la época de recolección, si no es con el consentimiento de todos los socios.

10. Los jóvenes de ambos sexos se comprometen a aprender todos, desde los nueve a los diecisiete años, algún oficio además de la agricultura y jardinería.

11. El Comité se reunirá todas las noches para determinar lo que se hará al día siguiente.

12. Se trabajará, en verano, de seis a seis, y desde la salida a la puesta del sol, en invierno, dejando dos horas de intervalo para el almuerzo y la comida.

13. Cada uno de los trabajadores recibirá 18 peniques diarios y cada mujer 6, siendo pagados los jornales en artículos de almacén; lo que éste no pueda proporcionar será lo único que se pagará en metálico y podrá ser adquirido en el exterior.

14. Ningún socio vendrá obligado a realizar lo que no le convenga o lo que no esté en condiciones de hacer; pero todo asociado que se entere de que otro no cumple con su obligación deberá participar al Comité, cuyo deber será citar ante sí al socio inútil y expulsarlo si fuera necesario.

15. Todo lo que en el orden actual realizan los

criados será verificado por los jóvenes de los dos sexos, menores de diecisiete años, a su turno o elección.»

REPARTO

(Versión Conolly)

«La Colonia no empleará el dinero corriente en el país, en lugar del cual se adopta como sistema de pago el Labour Note —Billete de trabajo—. Todos los trabajadores cobraban en tarjetas, según el número de horas de trabajo realizado, y cambiaban estas tarjetas en el establecimiento de aprovisionamientos por lo que les era necesario. Estos vales estaban impresos en cartón fuerte, de las dimensiones de una tarjeta de visita, y representaban el valor de una jornada entera de trabajo, de un cuarto de jornada, un octavo, o dieciseisavo de jornada. También había tarjetas especiales, impresas en rojo, que representaban el trabajo de día y medio y de dos días. En la *Historia de Ralahine* (Manchester), el señor Craig, dice: «El trabajo era registrado cada día en una hoja de trabajo, que se exponía a los socios a la siguiente semana. Los asociados trabajan o no, según su propia voluntad. Si no trabajaban no se les inscribía y, por consecuencia, no cobraban. Prácticamente, esta manera de proceder fué de una gran utilidad, pues no hubo ningún holgazán en Ralahine.»

Más adelante comenta:

«Las ventajas de la tarjeta fueron reconocidas por los asociados, a quienes proporcionaron serias economías, ahorrándoles preocupaciones sobre el empleo de salarios y precios de comestibles.

»Cada cual podía obtener cuantas legumbres pudiera desear. Los gastos necesarios para la alimentación y mantenimiento de los niños salían del fondo común.

»Lo importante es restablecer una regla de justicia si buscamos una ley de derecho, y esto puede ser plenamente realizado únicamente fuera de una Comunidad de propiedad, donde el trabajo de cada cual sea evaluado de la misma manera y en idéntica medida; no fué posible alcanzar estas condiciones de igualdad en Ralahine, pero hicimos tales combinaciones que tuvimos una parte estimable de seguridad y de justicia. El precio de las provisiones era fijo y uniforme. Por un chelín a la semana, un trabajador tenía tantas legumbres y frutas como deseaba para su consumo; la leche valía diez céntimos el litro; la carne, de vaca o carnero, costaba 40 céntimos, y la de cerdo, a 20 céntimos la libra. Los socios casados ocupaban alojamientos separados, mediante un alquiler de 60 céntimos semanales y 20 por combustible.»

ECONOMÍA DOMÉSTICA

(Versión Goupy)

«16. El alojamiento, alimentación, vestido, limpieza y educación de los niños serán pagados de los fondos generales del establecimiento, desde su destete hasta la edad de diecisiete años, en la que se podrán hacer socios.

17. Los padres que quieran educar ellos mismos, en sus casas, a sus hijos, pagarán sus alimentos, vestidos y lavado de ropas.

18. Las salas y cocinas generales serán dotadas de calefacción gratuita.

19. Toda persona alojada aparte, que cocine en su casa, se pagará su combustible.

20. Un Subcomité de economía doméstica se encargará especialmente de procurarse y poner en práctica los mejores procedimientos culinarios y los menos dispendiosos.

21. El lavado de las ropas será verificado en común, y los gastos de jabón, fuego y mano de obra, serán cubiertos por todos los adultos.

22. Todos los socios dejarán medio penique por chelín, de sus jornales, para formar un fondo de reserva en favor de los enfermos e inválidos.

23. Todos los desperfectos causados por un miembro de la Asociación en las viviendas, muebles o aprovisionamientos, correrán de su cargo, para lo que se les retendrá una parte de sus jornales, a menos que les absuelva de ello el Comité.»

EDUCACIÓN

(Versión Goupy)

«Las palabras: formación del carácter, explican mejor que la palabra educación lo que se practicaba en Ralahine. La preparación y circunstancias no tendían solamente a disipar la ignorancia: todo allí estaba calculado para iluminar las inteligencias, mejorar las disposiciones, regularizar las conductas, y hacer la felicidad de todos los socios de la Comunidad.

24. Nos comprometemos mutuamente a que los hijos de nuestros asociados fallecidos sean protegidos, educados y amados, como si sus padres vivieran aún, y sean admitidos a todos los privilegios del socio, cuando lleguen a los diecisiete años.

25. Todo socio tendrá una completa libertad de conciencia, de opinión y de culto religioso.

26. Las diferencias de ideas no alterarán en nada los sentimientos y maneras cariñosas, tolerantes y caritativas, a que nos comprometemos unos respecto de otros.

27. Nunca daremos otros nombres a los asociados que aquellos con que figuren en los registros y libros del establecimiento.

28. No será practicado ningún juego por los socios de la Colonia.

29. Nadie tendrá animales de su exclusiva propiedad.

30. No entrarán en el establecimiento licores fermentados ni tabaco, y cualquier socio que introdujera uno de estos artículos —o supiera que otro socio los tuviera y no lo declare— será tratado de conformidad con el artículo 35 de este Reglamento.

31. Si por desgracia se produjera alguna disputa entre dos socios, o varios de ellos, será juzgada inmediatamente por árbitros que ambas partes designen, o por la mayoría de los miembros de la Asociación.»

Algunas consideraciones sobre Ralahine

Parece que los organizadores han puesto toda su atención en la escuela, que aseguran que fué una escuela modelo, teniendo en cuenta el ambiente y la época en que se abrió; asimismo encontramos esta preocupación constante de la educación del niño en las más pobres Comunidades, como Icaria.

La cordialidad parece que reinó en Ralahine, y no se cita más que dos expulsiones en tres años, siendo tan sólo temporales. Las naturalezas pa-

cientes de los trabajadores arrebatados a la espantosa miseria que reinaba entonces en Irlanda, no tenía las susceptibilidades exageradas y el defecto de discutir con exceso, que a menudo despertaron la discordia en las Comunidades compuestas de hombres más instruídos y refinados.

Por lo demás, Ralahine supo utilizar todas las aptitudes de sus asociados. Cada uno de ellos, al ponerse al servicio de la Sociedad, se comprometía a comunicar y enseñar sus conocimientos técnicos a sus colegas; además un libro: el *Suggestion Book*, verdadero registro de proposiciones, era constantemente abierto en la sala de Juntas y todos podían formular sus observaciones e ideas, iniciativas, proyectar mejoras, etc.

El Comité del trabajo, que se reunía todas las noches para organizar la labor del día siguiente, examinaba minuciosamente las proposiciones y, rechazadas o con su aprobación, se presentaban y discutían en la Asamblea general de cada semana.

Los resultados alcanzados por los labriegos irlandeses merecen ser tomados en consideración, si se tiene en cuenta la enorme retribución, en especies, que debían entregar anualmente al señor Vandeleur, cuyos intereses materiales no se perjudicaron con su conversión al socialismo, ni mucho menos. Como hemos visto anteriormente, esta renta ascendía a 900 libras esterlinas anualmente: 700 por arriendo de tierras y fuerzas naturales, más 200 de intereses por el capital impuesto.

A pesar de esta difícil carga, los habitantes de Ralahine disfrutaron de unas condiciones materiales infinitamente superiores a las de los campesinos irlandeses de la época.

Pero este tributo les impedía el poder reunir fondos, de sus excedentes de producción, pues una vez asegurada la vida de los colonos, según los

principios expuestos por Conolly y Goupy, y entregada la renta al propietario, no les quedaba ya nada.

Volveremos a encontrar esta causa de fracaso, y el mismo obstáculo al perfeccionamiento de la obra, en casi todas las Colonias, comunistas o de otra índole. O bien hay que emprender estas organizaciones con capitales importantes —y, ¿cómo procurárselo legalmente en régimen capitalista, no siendo con la explotación o el robo comercial?—, o hay que aceptar préstamos, intereses, alquiler, renta, arrendamiento..., ¡ser explotados! Todos los ensayos tropezaron con este dilema insoluble, porque presupone únicamente el empleo de los medios legales. Este es el momento de exclamar, con el socialista belga Destrée, «que la legalidad es un callejón sin salida». Por esta razón, los revolucionarios se desentienden de los ensayos de comunismo experimental, ya que resultan impotentes para precipitar la transformación social; no los consideran como ensayos, lugares de refugio y selección, formas pasajeras de lucha, y les niegan toda utilidad; precisamente olvidan que estas tentativas, realizadas a pesar del ambiente, y contra él, podían ser los embriones de organismos futuros, envueltos por las leyes a las que debían someterse, para vivir, pero susceptibles de tomar una extensión importante si los acontecimientos que modificaran el aspecto general de la vida social concurrían a liberarlas de toda preocupación concerniente al tributo debido al prestamista o al propietario de los fondos.

Volviendo a Ralahine, es evidente que aquellos campesinos ignorantes y brutales habían llegado a cierto desarrollo mental, pues ellos utilizaron la primera segadora mecánica utilizada en Irlanda. En esta ocasión, el Comité de dirección publicó un Manifiesto dirigido a los trabajadores del campo

del condado de Clare, del que merece ser citado el siguiente pasaje, que marca la diferencia entre el uso de una invención en provecho de uno sólo y su utilización en beneficio de una Comunidad:

«La máquina que poseemos es una de las primeras conseguidas por la clase obrera para facilitar su tarea y, al mismo tiempo, acrecentar su bienestar. Toda clase de mecánica empleada para hacer el trabajo más ligero debe conducir a la disminución de los salarios y privar a algunos hombres del trabajo necesario, excepto en una Sociedad Cooperativa como la nuestra.»

Esto fué publicado el 23 de agosto de 1833.

La vida de Ralahine fué corta. Duró tres años, pero todos los historiadores de esta Comunidad están de acuerdo en reconocer que el golpe que abatió esta obra vino del exterior, cuando en la mayor parte de las Comunidades hay que buscar las causas de su caída en sus propios organismos.

En el momento en que la prosperidad de Ralahine se desarrollaba mejor, Vandeleur se aficionó al juego; perdió, no pudo pagar, tuvo que huir y sus acreedores hicieron vender sus propiedades. La caída de la Asociación fué el resultado de las leyes inicuas sobre las tierras, promulgadas en Inglaterra, que rehusaron reconocer los derechos de la Comunidad a tener un contrato, o a tratar como los demás arrendadores. Los acreedores, aprovechando esta legislación draconiana, trataron a los socios de la Colonia como asalariados ordinarios y, legalmente, pudieron negarles toda reivindicación sobre la tierra que habían fecundado con sus esfuerzos y mejorada con su perseverante impulso. Los acreedores se apoderaron de las construcciones y las tierras, y aniquilaron la Asociación. Así terminó Ralahine, «utopía irlandesa».

CAPITULO V

El Centro libre de Vaux

Si alguna vez despertó entusiasmo en los medios anarquistas franceses un ensayo de Colonia anarquista, fué, sin duda, la de Vaux, cerca de Chateau-Thierry (Marne), en la que tomó una parte activa el autor de este libro formando parte de su Comité de iniciativa y publicando en cada número de la revista que editaba entonces, *La era nueva*, cartas y memorias, que tenían al corriente, día por día, por decirlo así, al mundo anarquista de lo que allí pasaba.

Muchos meses después de que la idea hubiera sido lanzada, un campesino, llamado Boutin, de Vaux, puso a la disposición de los ensayistas su casa, así como algunas parcelas de terreno de una superficie de dos o tres hectáreas, y no se contentó con poner a la disposición de la Colonia cuanto poseía, pues ofreció la ayuda de sus brazos, la de los de su nuera y su sobrino. El primero de marzo de 1903, dos camaradas se instalaron en Vaux; cuatro o cinco meses más tarde eran diecisiete los camaradas reunidos, llegados de diferentes procedencias. Entre ellos se encontraban G. Butaud, que se convirtió, más tarde, en un ferviente apóstol del vegetarianismo, y S. Zaïkowska, su compañera, que ya hacían propaganda en favor de este régimen

alimenticio. Esta Colonia comenzó por tener un gran éxito de curiosidad; algunos literatos acudieron a verla: Elíseo Reclus la visitó; Luciano Descaves y Mauricio Donnay la tomaron como tema de una pieza teatral, *La clairière (El claro)*. Se había formado una sociedad para la creación y el desarrollo de un centro libre en Francia, y, más tarde, el mismo Centro libre publicó boletines regulares. Una proclama, insertada en los periódicos anarquistas, había expuesto sumariamente el objeto perseguido:

«Camaradas: Hemos resuelto intentar un ensayo de comunismo libre. A pesar de la potencia de los capitalistas; a pesar de la opresión gubernamental, junto a la sociedad burguesa, basada en la fuerza soberana del dinero, queremos constituir un Centro libre, en el cual los camaradas que hayan pedido formar en él llevarán la vida que les plazca vivir. En una palabra, queremos constituir «una Colonia libertaria», queremos, con la práctica de nuestras ideas en lo que tienen de realizable en una sociedad autoritaria, demostrar con el ejemplo que es en el comunismo libre donde es necesario buscar la felicidad individual.

»Hacemos un llamamiento a todos los corazones generosos, sedientos de ideal, a todos los pensadores, para que nos ayuden a conducir a buen término un ensayo de comunismo y de armonía.»

Para entrar en la Colonia era necesario formar parte de la Sociedad de desarrollo, haber cotizado en uno o varios desembolsos la suma de treinta francos, aceptar el sorteo que debía decidir los socios a admitir entre los candidatos de tal o cual profesión. Este sorteo es un procedimiento nuevo, que no había sido empleado hasta entonces para el reclutamiento de los socios de una Colonia.

«¿Por qué ese sorteo? —decía el Manifiesto que

anunciaba la creación de la Colonia—. Porque cierra la puerta a la protección y favoritismo, en cualquier forma que se presenten; impide la posibilidad de ser víctima de una pandilla; reconoce a los camaradas alejados o menos conocidos los mismos derechos que a los de París o a los reputados militantes; procede, sin riesgo de molestar a quien fuere, a la eliminación forzosa de los candidatos, puesto que no hay sitio para todos. Si hubiera plaza para todos no habría por qué rehusar a los camaradas... Añadamos, en fin, que el sorteo no presenta inconvenientes a nuestros ojos, porque si intentamos el ensayo es porque creemos maduros para la libertad a los que declaran sinceramente que la libertad es el bien supremo... Todo socio de la *Sociedad de práctica* que haya firmado la demanda adjunta vive totalmente libre en el suelo de la Sociedad y no tiene que rendir cuenta a nadie de su vida, desde el punto de vista político, económico, social o filosófico.»

Cada candidato llenaba primero una demanda de admisión, concebida en los siguientes términos: «Miembro de la Sociedad financiera, partidario del principio de libertad absoluta, me reconozco suficientemente desarrollado para, en una sociedad libre, no mostrarme jamás violento con ninguno de mis coasociados, reconociendo que no hay necesidad de fuerza alguna para imponer el trabajo a los individuos que, libres, ejecutarán de por sí, por una multitud de razones que no es necesario enumerar aquí, y pido formar parte de la Sociedad de comunismo libre.

»Reconozco que por mi propia iniciativa intento esta experiencia. Me presentaré en la Colonia pagándome mis gastos. En el caso en que quisiera abandonarla, ésta me repatriará a mi lugar de origen por su cuenta: esto a fin de que no venga

obligado a vivir en un Centro contra mi voluntad, corriendo el riesgo así de aportar una molestia perjudicial al experimento. Queda entendido que, al entrar en la Sociedad, declaro que quisiera ver cómo se desarrolla más y más, de tal manera que llegue a producir sobre su suelo la mayor cantidad posible de víveres y objetos necesarios, a fin de evitar las transacciones, esperando ayudar a demostrar con este ensayo a los hombres que en el comunismo libertario es donde es necesario volver a encontrar la felicidad universal.» Seguían la firma, dirección y profesión del aspirante.

Los colonos no manejaban dinero alguno: «Recibían la suma de dos francos por semana para sus pequeños menesteres, viajes y relaciones con el exterior. Todo lo que es necesario para las materialidades de la vida les es proporcionado por la Sociedad. Las compras, las ventas, en una palabra, toda manipulación de dinero es efectuada por el tesorero, según las indicaciones de los colonos. El tesorero es, pues, el único colono que maneja los fondos, pero todas sus mejoras y ventas serán realizadas por lo menos ante dos colonos que, con sus firmas, comprobarán y demostrarán que las facturas son conformes. El tesorero ejerce sus funciones una semana y el sucesor queda determinado, por turno riguroso, a partir del miembro más antiguo de la sociedad...»

En cuanto a la cuestión de la mujer, el Manifiesto la resolvía de la manera siguiente: «En la Colonia no se intentará aplicar, en el amor sobre todo, ningún sistema; no se tratará de aplicar la monogamia más que la poligamia, la poliandria o la comunidad absoluta; se tratará de realizar, tan completamente como sea posible, la armonía y cada cual determinará su vida en consecuencia.

»Cada cual sobreentiende a la mujer con los mis-

mos títulos que el hombre, pues será hecha completa abstracción de los sexos: no se reconocerá más que individuos libres. Por consiguiente, los camaradas, hayan pasado o no ante la ley para unirse a sus compañeras, no podrán jamás hacer valer un derecho propietario cualquiera con respecto a la mujer, ni ésta usará ninguno con relación al hombre.

»No se desprende, pues, que los camaradas llegados solos a la Colonia encontrarán necesariamente (!) compañeras en las mujeres que la habiten. En eso aun reinará el régimen absoluto de la libertad, y las parejas unidas antes de su estancia en el territorio del experimento podrán, naturalmente, continuar la misma existencia que antes. En una palabra, toda mujer será libre para disponer de su persona sin que nadie, sea quien fuere, pueda nunca atentar contra su libertad. Estas explicaciones se hacen necesarias, tanto para prevenir las decepciones posibles como para desvirtuar las interpretaciones fantásticas de nuestros adversarios.»

Pero no tardaron en acumularse las nubes sobre el Centro libre de Vaux. Defección de Boutin, que reclamó su casa. (Los colonos encontraron entonces un rico industrial que les proporcionó una casa más confortable que la que habían dejado.) G. Butaud y S. Zaïkowska, acusados de sectarismo y autoritarismo, hubieron de dejar la Colonia, luego fueron llamados de nuevo. Finalmente, un colono se llevó y vendió una parte de las cosechas, material, ganado, y dió el golpe de gracia a la Colonia.

Estábamos demasiado interesados en este ensayo para no publicar algunas cartas que permitirán, a los partidarios de los ensayos de Centros de vida libre en común, seguir sobre el terreno la vida de una Colonia que disponía de escasos

recursos y compuesta de colonos que representan bastante bien la mentalidad media de los camaradas que dirigen su atención hacia el anarquismo.

LA COLONIA DE VAUX, DÍA POR DÍA

«Estimado camarada: Este mes es el del frío, que ha hecho su aparición, poco deseada, desde hace ya quince días. Frío afortunadamente seco, que permite a los cultivadores ir a los campos y acarrear leña a nuestras casas, en previsión de las tormentas de nieve, momento en que resulta ello imposible.

»El prado del Muy está ya enteramente cultivado y los camaradas trabajan ahora los innumerables trozos de tierra que tenemos en el país, en los cuatro puntos del horizonte.

»El amigo Leorat, durante este tiempo, derriba árboles para nuestra calefacción; hay para una parte del invierno. Hemos observado que la madera comprada en pie resultaba mucho menos cara que la aserrada y nos pusimos en acecho para aprovechar la primera ocasión; primero hemos adquirido, por doce francos, una hilera de acacias, de unos cuatrocientos metros de larga por dos o tres de ancha, y la hemos derribado inmediatamente. Luego adquirimos una corta de árboles de treinta y cinco «perchas» (la percha equivale a la mitad de un área); el rendimiento puede evaluarse, *grosso modo*, en un metro cúbico por percha, lo que hará por lo menos treinta metros cúbicos de leña; como pagamos cincuenta francos de alquiler, esto pone el estéreo a 1'60 pesetas precio bruto. Hemos aquí lejos de los precios del comercio y hasta de los del país, donde se estima el metro cúbico de madera cortada,

llamada leña de cuerda, de ocho a doce francos y las ramas a cuatro o cinco francos el metro cúbico; es verdad que tenemos el trabajo de corta, además, pero esto no cuenta para nosotros, porque el camarada que se dedica a ello halla su salario en la diferencia existente entre el precio bruto y el precio de comercio. He ahí un punto bueno; bien pronto, también, tendremos otro recurso, la leche, pues nuestra vaca va a criar muy próximamente. Las gallinas, en número de diez (10) pondrán dentro de poco tiempo, ayudadas por los tres magníficos gallos que les hacen compañía. Los conejos aumentan también, ahora son ya quince (15) y se multiplicarán; contamos tener una cuarentena, lo menos, en el mes de marzo. Los cerdos aumentan normalmente de volumen; hubiéramos querido matar uno para Navidad, como hacen los campesinos, pero... ello será dentro de seis meses.

»El gran acontecimiento del mes es la partida de Roos, el cual, de repente, descubre que no puede continuar por más tiempo sin compañera. Esto lo decidió bruscamente una noche, sin que nada pudiera hacer adivinar esta determinación. Todos hemos quedado sorprendidos y apesadumbrados ante esta noticia; Roos, el primer colono, al que se imaginaba que debía permanecer el último en la brecha, Roos nos abandonaba antes de arribar al puerto. Le conocíamos y era inútil que nos lo asegure, porque nosotros sabemos que no era el invierno ni tampoco la situación económica lo que motivaba su partida.

»He aquí cómo se presenta una de las cuestiones más graves de todas: la de la mujer.

»¿Cómo es que ella no viene a Vaux? ¿Le gustaría?

»Entre las mujeres que han pasado ya por aquí

puede decirse que, en general, ninguna de ellas lo hizo espontáneamente. Sus compañeros habían venido y ellas los siguieron —lo mismo allí que a cualquier otra parte—; pero en cuanto se refiere a voluntades actuantes podían, en su mayor parte, quedar reducidas a cero. Es lamentable comprobar el retraso de la mujer en el grado de la evolución; de siete mujeres que pasaron por Vaux, solamente tres tenían alguna idea; las otras eran absolutamente ordinarias y estaban bajo la entera dependencia de su compañero, comprendiendo apenas aquellas palabras extrañas, anarquía, comunismo, etc., sin permitirse pensamiento alguno y viviendo ordinariamente como si estuvieran allí de un modo transitorio. Y esto se comprende, porque un compañero se une a una mujer, pero no siempre consigue hacerle comprender y apreciar sus ideas. La mujer, por su educación primero, es considerada como inferior al hombre; no teniendo oficio alguno lo más a menudo, que le permita vivir independiente, se convierte económicamente en su vasalla. ¿Cuántas mujeres pueden contarse como unidades? Es cierto que, teóricamente, en Vaux, son iguales que los camaradas, consumiendo *a prorrata* según sus necesidades, exactamente como ellos; ellas conservan forzosamente su manera de ser y de pensar porque calculan probable el marchar de la Colonia, con lo cual quedarán de nuevo bajo la dependencia material de sus compañeros. ¿Qué hacer? Si fuera posible que las compañeras tuvieran una libertad real, sería necesario que ejercieran un oficio y un trabajo en Vaux, sabiendo que son independientes económicamente; pero esto no lo comprenden ellas siempre. En cuanto a las mujeres que ejercen un oficio productivo, no querrían sin duda compartir la vida comunis-

ta; la mujer es coqueta y... aquí no hay bulevares luminosos y animados donde puedan acudir a que las miren. No hay espacio aquí para citar las mil y una reflexiones de los camaradas sobre este tema; *L'Ere nouvelle* entera no sería suficiente.

»1 de enero 1904.—Roos acaba de abandonar Vaux para tomar el camino de la estación. Hasta el último momento creímos que no dejaría su jardín, sus conejos y todo lo que él ha visto edificar; ahora esto es un hecho, *Alca jacta est!* el primer colono ha pasado el Rubicón.

»Le hemos propuesto que se quede en París algunos meses y que vuelva en la primavera, sobre todo si encuentra una compañera que consienta en acompañarlo.

»Ahora que comienza el año nuevo podemos lanzar una ojeada sobre el pasado y mi impresión es ésta —probablemente a causa de Roos—: Hemos vuelto a acompañar a los desertores a la estación; actualmente quedan siete colonos y catorce se han marchado; esto da la proporción de uno a tres. ¿Qué reserva a la Colonia el año que empieza?

»Otra cosa: Los sastres no han tenido mucho trabajo. Para matar el tiempo nos hemos puesto a hacer camisas, las cuales se han vendido casi todas. Es probable que hagamos otras. También hacemos zapatillas, con la ayuda del zapatero. Puede decirse verdaderamente que nos dedicamos a una multitud de oficios diferentes...

»Esta semana hemos hecho el inventario de los objetos, muebles e inmuebles, que pertenecen a la Colonia y nos encontramos como total de estimación con un poco más, me figuro, de 8.500 francos, sin contar el valor trabajo representado por la puesta en cultivo de diez hectáreas —que estaban a fines de mayo completamente incul-

tas— ya sembradas parcialmente. Esto aparecerá en una circular detallada y demostrará de todas formas, a pesar de oración fúnebre anticipada de *El Libertario*, que existimos aún...

»Durante un mes hemos tenido la visita de una valiente camarada. La mayoría de los camaradas de aquí estaban encantados con su presencia, y su opinión era que la Colonia sería más próspera si ella hubiera estado y hubiera entre sus asociados media docena de mujeres de su temple...

»El día de Navidad vinieron a Vaux, Hamburger y uno de sus amigos, el camarada Sylvain Pitt, profesor libre; Hamburger, que ya había venido hace ocho meses, encontró que nuestras casas tenían un poco mejor aspecto, a causa de las pequeñas reparaciones que se han podido llevar a cabo, en el lucido de las fachadas, en diferentes sitios. Le hicimos visitar los locales de cabo a rabo y la vista de las conejeras sugirió al vegetariano Hamburger la exclamación: «¡Pobres animales!» Hicieron la visita obligatoria a Muy y partieron. No habían estado más que algunas horas. Roos les acompañó a la estación y, en el camino, Hamburger le propuso ir a Blarikum, ofreciéndole sufragar la mitad del viaje. El teme que allá abajo los iniciadores de la Colonia vendan los útiles de cultivo o la tierra, lo que impediría una probabilidad de reconstruir el cultivo, y si al menos hubiera un cultivador para hacerlas productivas se evitaría este peligro. Roos nos dijo que no, pero se informó sobre las posibilidades de encontrar compañera.

»Es probable que Sylvain Pitt haga un artículo sobre la Colonia en *La cooperación de las ideas*, donde colabora. Su compañera, la señora Clotilde Castellier, que ha fundado una especie de taller cooperativo para obreras costureras, ha venido

igualmente a pasar algunos días a Vaux, acompañada de su hijito, de unos dos años y medio; ella debía dejarlo en la Colonia, pero, después de meditarlo bien, ha vuelto a llevarse a su muchacho para volverlo a enviar tan pronto hayan pasado los grandes fríos. Vamos, un colono en ciernes más.—*Un colono.*»

EL DÍA SIGUIENTE DE LA PARTIDA. IMPRESIONES Y REFLEXIONES

«Al dejar la Colonia rememoraba en mi interior las diferentes fases de mi existencia en Vaux. Entonces rehacía, remontándolo, el camino recorrido un año antes por primera vez. La mañana era hermosa; nosotros seguíamos lentamente al viejo Bijou, que arrastraba penosamente el modesto mobiliario. Adam, el ruso, guiaba la carreta, y José, Pascal y yo comentábamos los diversos acontecimientos que se habían desarrollado en la Colonia. Un momento cesó la conversación; habíamos llegado a lo alto de la cuesta y aproveché la ocasión para contemplar una vez más el paisaje, ahora familiar. Me sabía de memoria todas las casas, casi todos los campos; el labriego que apercibía allá abajo en su viña también era un conocido. ¡Cuántos sueños se formaron en mi mente que tuvieron por centro este rincón de tierra, esta perdida aldea! Y revivían en la imaginación los doce meses pasados en la Colonia: mi llegada a Vaux, lleno de esperanzas, considerando el éxito de la Colonia como una cuestión de tiempo solamente; la idea de que ella no pudiera ser un triunfo no se me ocurría más que como una eventualidad improbable, si no imposible, y me ponía a trabajar con entusiasmo. Después era la llegada de los hermanos Pichon,

que no se encontraron allí a su gusto y que, para remediar lo que ellos creían malo en el funcionamiento de la Colonia, propusieron lo que se llamó después «su sistema»; su partida. Las dificultades con el padre Boutin, que condujeron igualmente a su partida. Las diferencias que surgieron con Couchot, procedentes de su incapacidad profesional, los rozamientos —algunas veces injustos— que produjeron; su marcha, ocurrida después que hubo perdido, volviendo de París, la suma destinada a nuestro sostenimiento de la semana (50 francos).

»Antes de la de ellos había tenido lugar la partida de Pascuet, pues éste se encontraba desterrado en Vaux y aseguraba que no se le dejaba ser tan libre como esperaba.

»La partida de Galais, acaecida después de pasar algunas tonterías: en principio, él no se encontraba a gusto en Vaux.

»La de Friedmann, Cassani y sus compañeras, que vinieron a ser alrededor de la misma época, y, en fin, la marcha de Roos.

»Nos habíamos juntado dieciocho, confiábamos ser cincuenta a principios del año siguiente; ahora nos encontrábamos reducidos a ocho. Brutal respuesta de la fatalidad a esperanzas demasiado optimistas.

»En un orden de ideas diferente recordaba la casucha del principio, en la que nos amontonamos dieciséis o dieciocho, desprovistos de los instrumentos y utensilios más elementales, y todos tan contentos casi sin terrenos, lo que no impedía que florecieran las proposiciones: creación de nuevos oficios, imprenta, escuela libertaria... ¡qué sé yo cuántas cosas! Y luego, poco a poco, adquiriríamos los instrumentos de cultivo: arado, rastrillo, trilladora; más tarde se juntaron los dos bueyes al viejo Bijou; nos encontrábamos con una casa

más, casa de campo que comprendía caballeriza, establo, porqueriza, bien arreglada para el cultivo, con graneros que podían contener una respetable cantidad de haces de heno y otras provisiones de invierno. Después vinieron los cerdos, que no debíamos consumir nunca sin reemplazarlos, de manera que estuviera siempre ocupada la porqueriza; las gallinas, de las que formaron el primer núcleo una madre y diez pollitos; los conejos, que ya eran unos cuarenta cuando yo me marché y cuyo número no puede menos de aumentar. En fin, el arriendo de un magnífico trozo de diez hectáreas, de un solo arrendador, sin perjuicio de un gran número de objetos de menor importancia.

»Y el porvenir, agradable

»¿Cómo, pues, podía ocurrir que encontrándonos materialmente más ricos en inmuebles, terrenos y útiles de trabajo que al principio, nos sintiéramos menos felices, puesto que desertábamos de Vaux? Primero, porque al principio el entusiasmo nos empujaba a todos y nos hacía pasar por muchas cosas. Un camarada nuevo que venía a aumentar el número de colonos era considerado como un hermano y, de esta manera, todos marchábamos de acuerdo. Sin embargo, viviendo juntos, acompañados en todo instante, es necesario, a mi juicio, que los individuos agrupados simpaticen mutuamente, que se entiendan, pues una de las grandes causas de la crisis que sufrió la Colonia —y toda Colonia aislada que se forme se encontrará en el mismo caso— es que la agrupación por afinidades es casi imposible. He aquí camaradas que tienen, es cierto, un ideal semejante e intentan ponerlo en práctica; no importa que no estén cortados por el mismo patrón, siempre no simpatizan y, sin embargo, están forzados, en vista de la exigüidad del sitio, a vivir juntos cuanto menos.

»¡Cuántos camaradas han abandonado a Vaux, que se hubieran agrupado gustosamente con tal o cual otro y hubieran continuado así la práctica del comunismo! Por otra parte, la clave del sistema (?) que preconizamos, ¿no es la agrupación libre y por afinidades? Lo cierto es que, personalmente, si yo hubiera podido unirme a aquellas personas de mi gusto, y este era el caso de todos, salvo uno o dos, aun estaría en la Colonia...—G. Pollet.» (Carta publicada en *L'Ere nouvelle*, mayo-junio 1904.)

NUEVA TÁCTICA.—UNA VISITA ALENTADORA.—ALGUNAS CIFRAS

«Después de las peripecias de toda índole, resultado del ensayo emprendido, el Centro libre de Vaux continúa en marcha adelante, hacia un estado de estabilidad mejor.

»Los errores del principio podrán servir de ejemplo a los camaradas que deseen organizar su vida en el sentido de la justicia social, tal como la resume la teoría comunista libertaria.

»La condición esencial para el éxito es procurar a los miembros de la Colonia, por medio de su trabajo, las cosas necesarias para la existencia; así se evitarán las discordias, que la mayor parte de las veces provienen de la falta de bienestar; la moral se reforzará y los rozamientos entre los individuos que viven juntos se harán más raros.

»Pasada la primera fase idealista de su existencia, la Colonia debía inevitablemente apelar al exterior para su desarrollo económico.

»Al principio, en efecto, no podía emprenderse ninguna clase de comercio con la gente de fuera; los productos tenían que encontrar su salida entre los camaradas interesados en el ensayo; esta mane-

ra de obrar ha conducido a errores, ya que al cabo de poco tiempo los consumidores se han encontrado aprovisionados suficientemente, y se produjo el paro forzoso. Esta situación, pues, ha llevado a los obreros industriales de la Colonia a buscar otras salidas para sus productos; así es que los zapateros proyectan imprimir prospectos y repartirlos en las localidades vecinas, anunciando que en día fijo pasarán a recoger los encargos de composturas de calzado. El camarada albañil, que debe acudir a la Colonia a finales de mes, ayudará en los trabajos de la recolección; en los intervalos, reparará las casas, que ya lo necesitan mucho, y, más tarde, tratará de trabajar para el exterior. Las cantidades que se recojan de esta forma servirán para mantener la Colonia.

»En lo que me concierne personalmente, estoy bien seguro de ver desarrollarse la Colonia de esta manera: dejando de ser tributaria de los amigos de París, teniendo las manos libres podrá organizarse a su comodidad. Mientras tanto, con nuestras visitas, con nuestras cartas pidiendo información, opino que nos interesamos cuanto nos es posible en el ensayo. Esto no hará más que apretar los lazos que nos unen.

»Es un verdadero placer pasar un día en este Centro comunista. Nada de rostros que no osan mirarnos; en todas las miradas se aprecia el gozo de vivir libre y sin amo. Nada de obligación en el trabajo; cada uno acude donde las necesidades del momento lo reclaman. ¡Qué diferencia de aquel aire resignado del asalariado que realiza su trabajo a la fuerza! En la Colonia se vive sencillamente sin patrono, sin tener que rendir cuentas más que a la propia conciencia.

»Añadid a esto el espectáculo siempre pintoresco de la Naturaleza, las colinas verdosas que se

elevan por doquier, la hermosa carretera marginada de frondosos árboles, que conduce a Château-Thierry. ¿Hay cuadro más espléndido? Y la jornada se pasa, en medio de aquellas florestas, ¡ay!, ¡demasiado pronto!—G. Poignand.»

(*L'Ere nouvelle*, número de mayo-junio 1904.)

UNA VISITA DE CATORCE DE JULIO

«Pues, señor, el pasado Catorce de Julio, no haciendo caso de los regocijos e iluminaciones prodigados con motivo de la toma de la Bastilla (¡quedan tantas aún!), resolví ir a pasar algunos días en Vaux.

»Partimos, pues, muy de madrugada, un amigo y yo, en bicicleta, y llegamos justamente a tiempo de no morir en el camino, porque, después de las once, los rayos del sol caen a plomo sobre la cabeza y, reflejándose en la carretera, no se pierde una chispa y el calor se hace insoportable.

»En las casas de Vaux, nada de cambios notables. He ahí ante nosotros la fachada recientemente revocada, el peral frente a la «ventana de los sastres», que da tanta fruta; a la izquierda, el conejar; a la derecha, la bodega (¡ay, vacía!), el cobertizo. Entramos en la casa; he ahí a la derecha, al entrar, la cocina y el antiguo comedor a la izquierda, la escalera que conduce a las habitaciones y talleres, que están arriba; allá aún el sótano, donde se corta la leña, etc.; total, tres casitas rústicas que se comunican entre sí y que no forman, por decirlo así, más que una sola casa muy grande, que cuenta con un gran número de habitaciones, pero mal dispuestas, de manera que mucho espacio resulta inutilizable; por otra parte, son edificios viejos que tienen lo menos tres siglos. So-

lamente dos colonos residen en Vaux, el zapatero Pascal, un gordo alegre sobre quien la bilis ejerce una influencia bien escasa, y uno de sus compatriotas: Bambini. Cada uno ocupa una habitación en cada extremo del edificio; los dichosos mortales, al despertarse, disfrutaban el soberbio panorama de un collado lleno de verdura y, más cerca, su jardín en pleno cultivo, repleto de toda clase de legumbres y de frutas. También en Vaux es donde se encuentra la pequeña biblioteca, de la que se encarga Pascal, que facilita los libros a la gente joven del país. Después de haber recorrido la casa en todos sentidos sin encontrar otros camaradas, aunque todas las puertas estén abiertas *de par en par* (*sic*), nos dirigimos hacia Bascon; en el camino, una anciana campesina, antigua conocida, nos informa de que José Trehin ha abandonado Vaux y está ahora a dos kilómetros de allí, en casa de un labrador.

»Llegados a Bascon, que dista de Vaux unos ochocientos metros, estrechamos, por fin, las manos de los camaradas. He aquí a Pascal, Leorat, Adam, a quienes ya conocemos; junto a ellos un recién llegado de fisonomía muy simpática, barba roja y subido de color: es Bourgeois; él lo ha traído todo de allá abajo, de Marsella. Por otra parte acumula sus funciones con las de agricultor, cuando el trabajo aprieta como ahora; también es el tesorero contador de la Colonia. En la cocina se encuentra la compañera de Leorat; igualmente nos encontramos a dos camaradas y una compañera, que han venido también a Vaux para pasar algunos días.

»No hallamos ningún cambio notable en Bascon tampoco, salvo que algunas hierbas, últimos indicios de que la casa estuvo inhabitada durante largo tiempo, están ahora arrancadas y que el jar-

dincillo de enfrente está arreglado con mayor simetría. Bascon es lo más joven de la Colonia; en la casa vivienda habitan Leorat y su compañera, Abraham, Adam, Bourgeais, a quien sirve de taller una de las salas de la planta baja, siendo las otras la cocina y el comedor, Alberto, colono de cinco años, y, en fin, un húngaro, Eugenio. Este último es un naturista, combinado con teósofo, de alta estatura y barba negra. Descalzo, vestido de la manera más sumaria posible, se alimenta casi exclusivamente con fruta, de la que encuentra abundante provisión en los alrededores. Posee una cultura poco ordinaria, y no sin cierto placer se le oye filosofar, remontándose a insospechadas alturas.

»En los graneros se encuentra la cosecha de heno del Muy y la paja. Junto a la casa vivienda y separada de ella por la anchura de la calleja está la pequeña granja, propiamente dicha; allí es donde están los dos bueyes, actualmente casi en plena fuerza; la vaca, que produce diariamente ocho o diez litros de leche y que ha sido cubierta hace algunos meses, esperándose pronto una cría; el viejo caballo Bijou y algunos instrumentos de cultivo. En la porqueriza se ve un cerdo de buen tamaño, habiendo sido sacrificado su compañero recientemente para las necesidades del consumo. Cerca de allí se encuentra el gallinero, suficientemente lleno.

»Detrás de las casas, un cobertizo que abriga una carreta y un carruaje ligero. Enfrente, independientemente de la faja de terreno, junto a la casa, a unos doscientos metros, está la huerta de Bascon, aprovisionamiento general de la cocina. Más allá de esta huerta corre el Rul —que pasa igualmente muy cerca de las casas de Vaux—, donde, al amparo de los árboles y arbustos que lo marginan, van a tomar el baño algunos de los colonos.

Todo ello envuelto en el aire alegre que le presta la Naturaleza en su apogeo anual, rivalizando flora y fauna para embellecer el paisaje.

»Detrás de Bascon, a la izquierda, a unos ochocientos metros —la misma distancia aproximadamente que hay de Bascon a Vaux— se encuentra el campo más grande de la Colonia, hermoso trozo de terreno de diez hectáreas, de un solo propietario, llamado por los campesinos «el Muy»; en su mayor parte está en pleno cultivo, y la cosecha próxima será un gran socorro para nuestros comunistas. Además del Muy, poseen pedazos de terreno en los cuatro puntos cardinales.

»Las relaciones con los campesinos son buenas. Pascal y Bourgeais, cuyos caracteres son predisuestos para ello, conversan gustosamente con ellos y hacen así cuanto pueden para atraerse la clientela. Esto parece que marcha bastante bien.

»En suma, me ha parecido que el estado general era bueno en Vaux. ¿Habrán conseguido, al fin, reunirse una pléyade de afines? En ese caso, tanto mejor, porque eso, para mi concepto, es lo más difícil; la cuestión material, hasta en un Centro tan exiguo, queda relegada a un segundo lugar, después de las afinidades, que son tan importantes...

»Volvimos a París alegres y regocijados con nuestra visita; esta epístola es la prueba: es más optimista que la última, pero no quito una coma de lo que decía en aquella.—G. Pollet.»

(*L'Ere nouvelle*, número de julio-agosto 1904.)

EN VAUX.—LA SITUACIÓN ACTUAL.—COSAS Y GENTES

«El tiempo apremia; no esperéis, pues, caros lectores, un largo relato de las impresiones de mi

reciente viaje a Vaux, donde, por desgracia, no había podido ir desde el 14 de julio de 1903, y permitidme insistir en las tristes impresiones que no pueden menos de sentir los que fundaron la Colonia y la contemplaron desde el principio de su funcionamiento. Ahora aparece casi desierta —sobre todo en Vaux; en Bascon son más numerosos sus moradores, gentes y bestias, y la casa es menos grande. ¿Dónde están los primeros rostros? Todos partieron, menos este bravo Leorat y el pequeño Alberto Meo. En cambio, los recuerdos —¡cuán diversos!— de ese pasado muy próximo se presentan y algunos muy dulces —¿no es así, antiguos?— os hacen avergonzar del presente.

»No insistiré más, he dicho; no me detendré tampoco en la marcha sucesiva de los camaradas Adam, José, Pascal, Félix, Bambini, no queriéndome exponer a emitir juicios temerarios; seamos, por un momento, si os parece, el viajero que encuentra hoy por la primera vez en su camino el Centro libre de Vaux. ¿Qué es lo que encuentra? Tres familias y un celibatario, es decir, cuatro hombres, tres mujeres, dos niños de una de ellas y un tercero con fiado, como pensionista, a la Colonia; este pequeño grupo de individuos, alterados en diferentes grados por una misma sed de libertad y de amor propio, se esfuerza en aplacarla «viviendo» el comunismo. Dos de esos hombres son excelentes y valerosos agricultores: Leorat y Lemblet; un tercero, menos experimentado, pero lleno de buena voluntad, Taine, completa lo que él estima faltar a su producción con una pensión modesta; en fin, el cuarto de estos hombres, Bourgeois, es carretero, se ha formado una clientela en los alrededores y es hasta muy solicitado; él es el que proporciona así una parte del dinero líquido que la Colonia tiene que utilizar aún en sus relaciones

con el exterior, al no poder producir todo lo que ella necesita; por lo tanto, siempre que es posible, Bourgeois, se hace pagar en especies: así es como lo he visto en Chateau-Thierry, acarreado géneros y trabajando de carpintero para el abastecedor de abonos de la Colonia.

»Los cuatro colonos son esencialmente trabajadores que se han dedicado ante todo a la tarea de asegurar la existencia material del Centro libre, sacrificando alegremente el bienestar presente a esta loable ambición. No hay que decir que los futuros colonos tendrán que seguir sus huellas para que la armonía reine entre todos y, a mi manera de ver, no podrá ocurrir otra cosa en tanto que el Centro libre no pueda vivir de sus propios recursos: en ello va la dignidad de los colonos; en cambio, desde el momento en que se llegara a la comodidad —que debe finalmente reinar en todo Centro comunista, porque la explotación de los unos por los otros es impracticable— cuando reine la comodidad en el Centro libre será inadmisibles que aquellos cuyo placer consista en cavar sin tregua, emborracharse de cultivo intenso —allá ellos—, obligaran a sus camaradas a hacer lo mismo; cumplida su jornada normal de trabajo, para no convertirse en un parásito y no dejar que se atrofién sus músculos, cada individuo debe poder cuidar su cultura intelectual, a fin de completarse; esta última no puede quedar en segundo término para aquel que sienta su necesidad más que momentáneamente, mientras que la misma vida del individuo esté sin garantía. Si esta manera de ver, que resulta de la observación y de un examen serio de la situación de Vaux, pudiera ser compartida, ACTUALMENTE, aquellos cuyas necesidades intelectuales y la sed de bienestar no soportan ningún sacrificio no aspirarían a subir a Vaux, porque —pue-

do predecírselo— no harán más que un triste papel y, finalmente, se eliminarán por sí mismos, lo que nunca ocurre sin tiranteces, para mayor perjuicio de la Colonia; en cambio, lo repito. MAS TARDE, los que quisieran imponer un trabajo manual desproporcionado a las necesidades no serían razonables ni escuchados.

»Pero no he hablado hasta aquí más que de los hombres. ¿Y las mujeres? Las tres son interesantes.

»Melina, la compañera de Taine, antes de ir a Vaux frecuentó los grupos y teníamos el placer de verla con regularidad en nuestras reuniones del sábado; ella ha comprendido en sus líneas generales el objeto y los medios del comunismo, y de todo corazón es como ella se dedica a laborar por el éxito del Centro libre, convertido en el centro de su vida.

»Emma, compañera de Leorat, menos versada en las cuestiones sociológicas, pero deseosa de aprender, se lamenta de que los hombres no la inicien más en los misterios que leen en los periódicos y que pretenden aclarar practicándolos; es muy meritorio por su parte, no sabiendo aún más que imperfectamente adónde va, aumentar siempre el celo que aporta a sus trabajos, dedicados al éxito de la empresa.

»Pero la más típica es María, la compañera de Lemblet. No os referiré ciertos rasgos suyos ahora, de los que ella misma se reirá mucho cuando pase algún tiempo —si tiene el valor de perseverar—, cuando haya comprendido que lejos de despojar al individuo, el comunismo le hace poseedor de todas las cosas con el mismo título que a todos sus hermanos, mientras que en la *gran sociedad*, la pobre María era de aquellos a quienes los derechos a la propiedad conducen invariablemente al capital *miseria*.

»María no es, pues, aún, comunista; de momento es, en toda la extensión de la palabra, la leona que vela por sus cachorrillos y cuya imaginación trabaja únicamente por asegurarles la mejor subsistencia; para los otros... si queda algo, y los otros son ella misma. No creáis que quiero hablar mal de María, todo lo contrario; tengo la seguridad de que cuando la vuelva a ver habrá progresado; sus compañeras no le dicen en tono de reproche: «Tú no eres comunista.» No; ellas la llevan dulcemente al comunismo por un medio bien sencillo, que no exige mucha ciencia, pero que, practicado con perseverancia, debe triunfar; ellas la atacan por su lado sensible y le demuestran que esta concepción nueva de la existencia debe hacer la felicidad de sus hijos; desde ahora ellos son amados por todos, todos piensan en ellos; Melina les hace vestidos, Emma les enseña a ser aseados y si su madre les faltara ellas la reemplazarían. ¿No es ésta la mejor de las propagandas?

»Después de las gentes, pasemos a las bestias.

»Bijou, el viejo caballo cuya inutilidad pensaba sacrificarse la pasada primavera, ha rejuvenecido; él me ha llevado a la estación de Chateau-Thierry al trote, sin desfallecer un instante y no he perdido el tren; el cerdo espera su muerte próxima y los bueyes están bien; he visto gallinas y conejos y, en los graneros, forraje para el invierno; bien pronto se recolectarán las patatas y remolacha.

»En resumen, la situación de Vaux permite esperar tiempos mejores, a condición de que los colonos sepan soportar las dificultades actuales, es decir, una vida muy modesta, ya que sus tierras no producen aún normalmente por haber sido adquiridas en un gran estado de pobreza y necesita-

rán una importante cantidad de abonos para que produzcan con arreglo al esfuerzo de los cultivadores.

»Hasta aquel momento el Centro libre no podrá vivir de sus propios recursos; hasta entonces es justo ayudarle, bien sea con la compra de abonos o materiales para reparar o construir las casas y abastecerlas un poco mejor de las cosas esenciales, como telas, etc.; actualmente los más urgente sería completar la suma para el arriendo de las 10 hectáreas, es decir, 70 u 80 francos; esto debe procurárselo enseguida.

»Les hemos proporcionado bastantes francos más, y pasado el invierno asistiremos, por fin, a un desarrollo lento, pero seguro, del Centro libre, que devolverá las esperanzas a los más abatidos.

Marie Kugel.»

(*L'Ere nouvelle*, número de septiembre-octubre de 1904.)

UNA MISIVA POSTRERA

«Vaux, junto a Chateau-Thierry, 25 febrero.

»En la sección de correspondencia del último número de *L'Ere nouvelle*, unas líneas dirigidas a uno de nuestros amigos, decían: «No queda mucha gente en Vaux en la actualidad.»

»No estaría de más, creo, que dé algunas explicaciones sobre este tema.

»En el momento en que aparecieron dichas líneas éramos en la Colonia, y somos actualmente, cuatro hombres, dos mujeres y un niño.

»En la época correspondiente del año pasado —enero 1905—, la Colonia se componía de cuatro hombres, tres mujeres y dos niños; como se ve, el número de colonos era sensiblemente el mismo.

»En cambio, este verano hemos sido relativamente numerosos. Cuando tú viniste a visitarnos, a finales de junio, éramos en la Colonia ocho hombres, seis mujeres y seis niños; sin duda este recuerdo es el que te hace encontrar tan reducido nuestro número actual.

»¿Pero es que por el hecho de que seamos menos numerosos hay que sacar la consecuencia de que la empresa tiende a desaparecer? Para llegar a esa conclusión, sería necesario que los camaradas que vinieron al Centro libre hubieran partido después de haber comprobado la imposibilidad de la lucha y la inutilidad de sus esfuerzos.

»Porque, si se averiguan las razones que habían determinado a los camaradas a venir en tan gran número al Centro libre este verano, creo ver, en algunos por lo menos, una manía inmoderada, aunque bien comprensible por la campaña.

»En esta época del año, las casas de campo, con sus matorrales floridos, los bosques llenos de vida, en los que reina una relativa frescura y luego, también, la perspectiva de trabajar libremente, ofrecen, con el trabajo forzado, la atmósfera bochornosa y los tugurios de las grandes ciudades, un contraste que redundaba absolutamente en su favor. Pero... viene el invierno y nuestros ciudadanos encuentran que el viento sopla más fuerte en el llano que en las casas de seis pisos, que hay más barro en los campos que en el asfalto de las ciudades, luego que si el trabajo no es recreativo bajo las órdenes de un «esbirro», no se hace tampoco por sí mismo en la «sociedad futura».

»Comprobaciones que un poco menos de precipitación les hubiera hecho entrever antes de su desplazamiento. El resultado es que su partida casi inmediata a la llegada (algunos han permanecido un mes en la Colonia), causa en nuestro

Centro restringido una perturbación perjudicial. Además, su única preocupación después de la partida es hacer creer que si se marcharon es porque la Colonia no es comunista, o bien que no es libertaria o hasta que es una propaganda inútil, etcétera, etc...

»Pero, me apresuro a decir, que todos aquellos que vinieron a estar entre nosotros no eran lo que diríamos «aves de paso»; algunos eran camaradas sinceros que venían a Vaux a crear y desarrollar una industria. Ahí también les esperaba el desengaño.

»Trataron en vano de desenvolverse. Aparte de la carretería, la zapatería, y puede que dos o tres industrias más, relacionadas directamente con la agricultura, es imposible —a menos de mediar circunstancias excepcionales— encontrar salida para el trabajo en Vaux.

»Como, por otra parte, según la opinión de los camaradas agricultores, tres personas pueden ser suficientes para hacer producir las tierras (11 hectáreas), aquellos industriales tuvieron que marcharse por falta de trabajo y es probable que si yo mismo no me hubiera visto favorecido por la casualidad hubiera tenido que tomar la misma resolución.

»Estos ejemplos nos han demostrado que no era posible desarrollar la Colonia más que por el lado de la agricultura y hemos decidido no admitir entre nosotros más que a los camaradas agricultores, en lo sucesivo, o a los camaradas cuya industria sea tal que el momento de trabajo corresponda precisamente al que no haya nada que hacer en la agricultura y su época de parada con el momento de los trabajos agrícolas.

»Como ya he dicho anteriormente, somos lo suficientemente numerosos para trabajar las tierras

que actualmente tenemos a nuestra disposición. Así es que no podríamos admitir entre nosotros a nuevos camaradas, más que en el caso de que uno de nosotros se marchara o si aumentáramos nuestro dominio agrícola con nuevas compras o nuevos arriendos.

»Creo que de las explicaciones que anteceden se desprende claramente que nuestro pequeño número no indica una marcha hacia la desaparición, pero que apoyándonos en las observaciones hechas no volveremos a caer en las mismas faltas y que podremos desarrollar la Colonia lentamente, pero con seguridad, hacia su base natural: la agricultura.

A. Blondeaux.»

(Carta extraída de *L'Ere nouvelle*, febrero-marzo de 1906.)

Tercera Parte

Cosme, Fairhope, The Ruskin Community, Equality, Topobolampo, Home, Whiteway, Llano Colony

CAPITULO PRIMERO

Cosme, una Colonia que triunfó

Cosme es el nombre dado por un reducido grupo de camaradas —ochenta y dos en total, comprendiendo mujeres y niños— a un vasto terreno, 600 hectáreas mitad bosque y mitad pastos, situado en el Paraguay (1), en la confluencia de los ríos Pirapo y Capivary, sobre el cual se establecieron y prosperaron durante más de diez años. El suelo era fértil, la madera, abundante, los prados, ex-

(1) Exactamente 26 1/4 grados de latitud Sur y 56 1/2 longitud Oeste. La aldea más próxima estaba a 20 kilómetros; la más cercana estación de ferrocarril se encontraba a ocho leguas, y la capital de Paraguay, Asunción, a 230 kilómetros.

celentes (1). Los árboles frutales crecían en profusión: plataneros, naranjos, limoneros, se elevaban por todas partes. El clima (2) es muy favorable, aparte ciertos días muy calurosos, consecuencia inevitable de la situación del país. 600 hectáreas de tierra laborable a discreción, casi ningún contacto con lugares habitados... ¿no era todo lo que se necesitaba para conseguir el éxito?

La contestación a esta pregunta nos la proporciona un relato que tenemos a la vista, bastante completo para rendirnos cuenta del éxito de esta empresa y de la vida que llevaban en Cosme un puñado de australianos que, permaneciendo fieles al comunismo, no se desalentaron por un primer fracaso (la *New Australia*) y abandonaron la gran isla oceánica para trasladarse a la América del Sur.

PRETENSIONES MODESTAS E IDEAL ELEVADO

Los habitantes de Cosme no eran pretenciosos.

«Jamás hemos pensado —decían— que nuestra empresa le convenga a cualquiera que se titule comunista y reformador.

«No nos creemos gentes perfectas y nunca hemos ocultado que encontramos dificultades en el ensayo que perseguimos; al contrario, tuvimos gran cuidado de exponer estas dificultades a todo el que deseaba unirse a nosotros.

(1) Temperatura media, 72 grados F. (22'22 centígrados); lluvia, 70 m/m de altura anual. Sequías desconocidas.

(2) Los pequeños felinos de la familia del gato hacían la vida difícil a los volátiles, pero no se hacían molestos para las personas; había algunas variedades de serpientes, pero jamás fué allí mordido nadie. Únicamente quedaban los insectos, que eran muy molestos, pero desaparecieron a medida que se prolongaba el ensayo.

«Todos los que vengan aquí han de estar dotados de perseverancia, energía, valor y, sobre todo, tener una fe inquebrantable en la justicia de la empresa comenzada.»

Extraigo de un artículo, insertado en la hojita que publicaban trimestralmente, el párrafo siguiente:

«Nosotros, las gentes de Cosme, no pretendemos tener el monopolio de la infalibilidad. Como tantos otros, podemos también estar equivocados; pero, sea que estamos en un error o que, por el contrario, estamos en lo cierto, el sistema de la competencia tal como existe actualmente en nuestra civilización moderna, nos parece falso e injusto, cruel y bárbaro. Más aún; nos ha parecido que los seres humanos, amistosamente unidos y animados con un ideal muy sencillo, podían muy bien vivir y trabajar juntos, ayudándose mutuamente, en lugar de combatirse perpetuamente. He ahí, simplemente, en lo que nos diferenciamos de la masa de los otros hombres. Y estas ideas han sido las que nos empujaron a plantar nuestras tiendas en este lejano bosque de Sudamérica y a ensayar una existencia tan fraternal como lo permitan nuestras debilidades humanas.»

ADMINISTRACIÓN. UN PROGRAMA EN ALGUNAS LÍNEAS

Contrariamente a las ideas profesadas por la mayoría de los teóricos del comunismo integral, Cosme tenía una organización bastante completa, que consistía en un Consejo de administración, con su presidente, tres miembros y un administrador, elegidos en Asamblea por un año, y que se reunía todas las semanas para discutir los asuntos de la empresa. Tenían derecho al voto todos los

miembros efectivos (1) mayores de veintiún años, con excepción de las mujeres casadas, que perdían este derecho al contraer matrimonio.

En la Junta general, que se verificaba anualmente, se discutía la Memoria del Comité relativa al año precedente y se trazaba la línea de conducta para el ejercicio siguiente. Todas las semanas, además, se leía un resumen manuscrito sobre la situación hebdomadaria.

En el relato que nos ocupa, los colonos extractan en pocas líneas la situación de su ensayo.

«Cosme es una empresa de base cooperativa, puesto que todos cooperan a la producción. Es comunista, porque reparte entre todos el producto del trabajo general. Es demócrata, ya que su administración proviene del voto de sus socios. Es conservadora, si se quiere, porque en ella se tiende al matrimonio y a la vida en familia. Y es abstemia, porque todas las bebidas fermentadas son aquí desconocidas.»

A CADA CUAL SEGÚN SUS NECESIDADES EN LA PRÁCTICA

La leche, legumbres, carne y huevos, eran distribuidos, a cada cual, literalmente «según sus necesidades». Cuando la leche y los huevos escaseaban, se les reservaba para los niños, mujeres y ancianos; en cuanto a las frutas, eran tan abundantes, que todos tenían cuantas podían apetecer.

De mayo a diciembre, había naranjas por doquier; junto a la aldea, un bosquecillo de 1.500 na-

(1) Los habitantes de Cosme se dividían, en efecto, en socios «efectivos» y «residentes».

ranjos (1) y limoneros, ofrecía sus dorados frutos al «consumo» de los colonos de Cosme. Respecto a los otros frutos, en caso de mala cosecha se repartían igualmente entre todos.

En lo que concierne al resto de productos necesarios para la alimentación —especias, por ejemplo—, de utilidad general —jabón, etc.—, de necesidad —vestidos, mobiliario, utillaje— o hasta de recreo —tabaco, etc.—, cada habitante de Cosme tenía un crédito abierto en cada una de las dos cuentas que tenían todos, o sea, semanalmente, un dólar a la cuenta de subsistencias y uno y medio a la de necesidades. Según una regla de contabilidad, especial de Cosme, la «cuenta de subsistencias» no tenía relación para la siguiente semana o la otra, que la concesión individual se hubiera consumido totalmente o no, mientras que en la «cuenta de necesidades», el abono individual, verificado en metálico y en mercancías podía ir anotado de semana en semana y acumularse. Era considerada como adulta toda persona mayor de quince años. Los menores de cinco años tenían derecho a una cuarta parte de la suma mencionada; los de cinco a diez tenían asignada la mitad, y los de diez a quince, las tres cuartas partes

EL TRABAJO INDUSTRIAL

Aunque la agricultura era el recurso principal de la Colonia, se elaboraba también azúcar, que se vendía en el exterior. A 300 metros del grupo principal de casas, en mitad de una verde plantación de caña de azúcar, se elevaba un edificio

(1) En el Paraguay, la naranja es lo que el dáttil en la Arabia.

construido de madera, muy sólido, de 60 pies de longitud, 40 de fondo y 24 de altura, que era el centro de la actividad industrial de la Comunidad. Este edificio encerraba los diversos talleres donde trabajaban los ebanistas, carpinteros, torneros, serradores y hasta zapateros, cuyos diferentes mecanismos eran accionados por una máquina de vapor de 14 caballos de fuerza. Allí también se manipulaba la caña de azúcar y el tabaco; sin embargo, el azúcar era refinado en una pequeña construcción adyacente, junto a una fundición de reducidas dimensiones. El azúcar terminado se depositaba en el piso superior, donde se encontraba también la prensa del tabaco, en una pieza diferente. En estos talleres, prácticamente se llegó a fabricar y confeccionar todo cuanto se necesitaba, tanto para los socios de Cosme como para la misma empresa, desde el punto de vista de su mantenimiento, construcción y elaboración de instrumentos de trabajo: azúcar en panes y terrones, pan de maíz, muebles, útiles de hierro o madera, utensilios de cocina, carretas, zapatos, etc.

Los bosques de los alrededores proporcionaban madera de buena calidad, y los leñadores y serradores de Cosme utilizaron más de treinta especies diferentes; la transportaban a la estación más próxima, donde encontraba fácil salida, pues la República Argentina consumía toda la madera que se exportaba del Paraguay y aun podía importar el doble.

Las distancias y el mal estado de las carreteras presentaban obstáculos al desarrollo de esta industria en Cosme.

El ganado vacuno y los caballos eran de mezquina calidad, como en todo el Paraguay, que tiene una raza de rumiantes defectuosa. Los transportes se efectuaban con bueyes jóvenes.

LA VIDA EN LA COLONIA. AGRADABLE Y ÚTIL

Todo lo que se encontraba sobre el suelo de la Colonia, salvo los objetos personales —vestidos y muebles— pertenecía a todos. Terreno, casas, cosechas, reservas agrícolas, maquinaria, instrumentos de trabajo, etc., eran, pues, «bienes generales».

Duración ordinaria del trabajo: cuarenta y cinco horas semanales, un poco más de seis horas diarias; descanso, de sábado a mediodía hasta el lunes por la mañana.

Cada familia tenía su propia casa (1) y las ocupaciones de las mujeres casadas eran independientes de todo control. Como es lógico, fuera de sus trabajos caseros, las mujeres casadas podían emprender cualquier trabajo para la Colonia, pero sólo a título voluntario. Los solteros tenían igualmente sus respectivas moradas, pero comían en el refectorio general. Los niños estaban por entero al cuidado de sus padres (2).

No había religión oficial reconocida en Cosme; respeto absoluto a la libertad de conciencia. «Entre nosotros no caben los sectarios y los espíritus estrechos, creyentes o no», decían.

En cuanto a su alimentación, frutas y legumbres abundantes; el maíz reemplazaba al trigo en la confección del pan; el tocino, a la manteca, y con-

(1) Las casas eran de un solo piso, con techo de paja, naturalmente, pero respondían a las necesidades de los colonos.

(2) Los camaradas de Cosme habían fijado como edad para el matrimonio; para los hombres, los veintiún años, y los dieciocho, para la mujer. Los primos en primer grado no contraían lazos conyugales entre sí.

sumían mate (1) a guisa de té. El consumo de la carne era muy reducido.

Ningún habitante de Cosme pagaba alquiler ni impuesto alguno. La leña era abundante; la instrucción, gratuita; la biblioteca estaba abierta a todos sin gasto alguno, y también eran gratuitos los medicamentos, el franqueo de la correspondencia y el alumbrado.

La vida de los colonos de Cosme nada tenía de penosa. Lo sorprendente en esta pequeña sociedad en embrión era la diversidad de los recreos que disfrutaban los socios. No solamente bailaban en una gran sala, sino que disfrutaban de frecuentes conciertos; cazaban, pescaban, practicaban el deporte del remo y el inocente juego del cricket. Hasta llegaron a dar representaciones teatrales, y actores de buena voluntad se atrevieron a interpretar a Shakespeare sobre un rústico escenario; estas funciones de aficionados fueron muy celebradas por su público especial. No por esto descuidaban la sala de lectura, cuya biblioteca contenía unos 2.000 volúmenes.

* * *

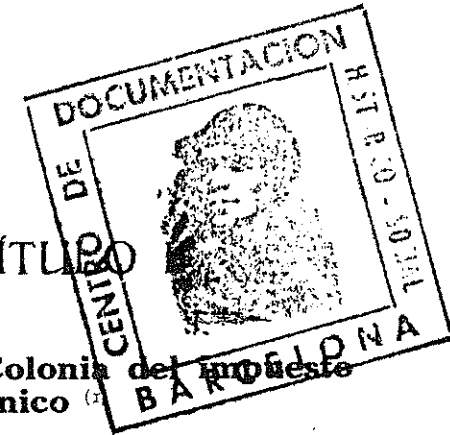
Por cuanto antecede no hay que creer, sin embargo, que Cosme no vivió horas difíciles; muchos «residentes» se desalentaban en aquel ambiente de aislamiento y no prolongaban su estancia. Algún tiempo antes del final de la Colonia, según acuerdo de la mayoría de los socios, se hubieron de separar de un individualista —que hacía seis años perte-

(1) *Yerba mate*, hierba cuya infusión produce una bebida que aseguran ser más higiénica que el té y menos excitante. Se ha ensayado introducirla en Europa; por el color, da la impresión del té.

neía a la Asociación—, pues parece que se había hecho peligroso para la empresa. Se le reprochaba el ejercer una mala influencia sobre los socios recién admitidos en el establecimiento, criticando a tontas y locas al Comité y a los administradores; su partida trajo la calma, un momento turbada. En esta ocasión, el secretario de la Colonia hacía observar, en una carta, que uno de los más grandes escollos de semejantes ensayos es que «atraen a todos los descontentos, todos los residuos de los partidos avanzados, que llegan y se van casi tan rápidamente como vinieron». Según él, Cosme podía ser considerada como una Colonia «que había triunfado».

CAPÍTULO

Fairhope. La Colonia del género único ⁽¹⁾ BARCELONA



«QUEREMOS HACER UNA REALIDAD DE LAS BUENAS TEORIAS.» *A menudo se oye decir:* En efecto, es una teoría que parece buena, pero temo que sea imposible en la práctica. *Esta es una observación absurda en sí misma, pues una teoría verdaderamente buena debe ser realizable, pero la mejor prueba de su vitalidad es ensayarla.* De ahí nuestra divisa. De ahí también esta última: «Y NOSOTROS LO HEMOS CONSEGUIDO.»

Con esta escueta declaración de principios comienza un folleto, fechado en 1904, impreso en Fairhope también y redactado con objeto de dar una idea general de esta Agrupación de género especial. El 12 de noviembre de 1904, dos familias —nueve personas en total— abandonaron Des Moines, Estado de Iowa, juntándose primero en San Luis con otras dos familias llegadas de Minnesota, y luego con otra, en Mobile, procedente de la costa del Pacífico, y sin grandes dificultades llegaron, el 15 del mismo mes, a Battles (Alabama), donde aun

(1) Queda entendido que, citamos Fairhope simplemente a título de ejemplo de lo que puede conseguir la iniciativa individual, fuera de toda ingerencia de los Poderes públicos. Este ensayo es también interesante, porque permite ver la aplicación de las famosas teorías de Henry George.

se les reunieron dos nuevas familias; la primera venía de Pensilvania, y la otra, de Ohio, esta última en carreta de bueyes. Durante algunas semanas, la pequeña Agrupación buscó a lo largo de la bahía de Mobile (Golfo de Méjico) un sitio favorable para establecer una Colonia y este retardo tuvo por resultado atemorizar a más de la mitad de los componentes de la reducida tropa y alejarlos.

Los que restaron, perseveraron y eligieron un lugar ya empleado, alrededor de 1840, para la construcción de una ciudad, proyecto que no llegó a realizarse a consecuencia de una rápida baja en los precios de las tierras. En aquel punto, muy fértil, situado en la ribera de la bahía, la pequeña banda de batidores vació su bolsa, que contenía 771 dólares, para adquirir 66 hectáreas de terreno.

En 1914, Fairhope (Buena Esperanza) era la ciudad más floreciente de la orilla derecha de la bahía de Mobile; la población oscilaba entre 300 y 400 habitantes. Había 84 casas de vivienda, tres almacenes de provisiones generales (uno de ellos cooperativo), una mercería, una tienda de ultramarinos, un hotel excelente, dos droguerías, un dentista, una carnicería, una panadería, un molino de arroz, una serrería, una imprenta, un sastre, un zapatero, un peluquero, etc.; hasta un templo, de bonita construcción, se elevaba en un terreno adyacente.

La Asociación Industrial de Fairhope, título oficial de la Agrupación, poseía 640 hectáreas de terreno, libres de todo cargo, cantidad que aumentaba continuamente; también tenía un embarcadero de 1.800 pies en la bahía, provisto en cada extremo de todo lo necesario para el almacenaje de mercancías, así como de establecimientos balnearios. Existía una distribución de agua, modesta

aún, pero que permitía conducir el precioso líquido en tuberías a todas las calles y, en fin, un gran edificio, donde estaba la sala de Juntas y la escuela.

Los fundadores de Fairhope mantuvieron sus promesas y llegaron a convertir en realidad tangible «las buenas teorías».

Fairhope no es una Colonia comunista. Es una Asociación de hombres y mujeres (1) que poseen una determinada superficie de terreno y arrienda a cada uno de sus socios que haya abonado una cuota de entrada de 100 dólares, según contrato, por noventa y nueve años, parcelas de este terreno. De estas tierras, los socios hacen lo que mejor les parece (2) y erigen las construcciones que les conviene; ejercen el comercio que les place y viven a su comodidad. El arrendamiento sirve para proporcionar a la Comunidad todas las utilidades públicas: agua, calefacción, fuerza motriz, escuelas, bibliotecas, salas de juntas, piscinas, parques, etcétera (3).

(1) *Artículo 2.º de los Estatutos constitucionales*: «Esta Asociación tiene por objeto: 1.º, el establecimiento y funcionamiento de una Comunidad o Colonia modelo, libre de todas las formas de monopolio privado; 2.º, garantizar a sus socios la igualdad de oportunidades, recompensa absoluta a los esfuerzos individuales y los beneficios de la cooperación en todo lo que sea de interés general.»

(2) *Artículo 17 de los Estatutos constitucionales*: «La Asociación no suprimirá ni restringirá nunca los derechos de sus socios, en lo que concierne a la libertad absoluta de producir, cambiar, asociar y de tener o no creencias. El único límite al ejercicio de su voluntad individual será el igual derecho de los otros.»

(3) Muchos de estos trabajos han sobrepasado los recursos de la Asociación, que se ha procurado los fondos por el sistema conocido con el nombre de *Guernsey Market House Plan*, es decir, que en lugar de emitir obligaciones —lo que está prohibido por sus estatutos— la Asociación toma, a prés-

En el interior de la Colonia circulan, sin endoso alguno, bonos no a pagar, sino *a recibir*, valederos para las deudas de toda naturaleza de los miembros de la Sociedad (vencimientos de alquileres, fletes, derechos de muelle, gastos de almacenaje). Dichos bonos se intercambian entre los habitantes de la Comunidad, al mismo tiempo, lo que evita la circulación del dinero.

Los negocios de la Asociación son dirigidos por un presidente, un secretario, un Consejo ejecutivo (1), compuesto de cinco miembros, incluido el tesorero y tres fidecomisarios, todos elegidos por los socios de la Asociación.

Una petición formulada por un 10 % de los socios es suficiente para que cualesquiera de los actos de los administradores, o la demanda emitida por los mencionados socios, sea sometida al examen de la Junta general. La continuación o el cese de un administrador es igualmente sometido a la deliberación de la Sociedad, siempre que la petición haya reunido a un 20 % de los socios.

Por desgracia, carecemos del espacio suficiente para analizar como sería conveniente esta «municipalidad» modelo, que no garantiza a sus administrados el pan diario, no reglamenta la producción ni el consumo, pero les preserva de las in-

tamo, la suma necesaria de aquellos de sus socios que están más interesados en los trabajos a ejecutar. El reembolso se opera, o por la utilización gratuita del servicio público, durante el tiempo necesario, o por el pago del dinero prestado, procedente de las primeras percepciones (derechos de almacenaje), etcétera. Desde el momento en que el reembolso total queda verificado, el servicio es gratuito para todos, sin que éstos puedan ser nunca concedidos a un contratista cualquiera. El arriendo sirve también para el pago de la contribución territorial.

(1) El Consejo ejecutivo se compone de los subintendentes, a los que incumbe atender los departamentos siguientes: tierras y caminos, servicios públicos, industrias y salud pública.

fluencias de partidismo, fraudes y corrupciones, les permite gozar de todas las mejoras públicas y les libra de todo impuesto.

El suelo es muy sensible a las materias fertilizantes, la extensa duración del buen tiempo permite conseguir muchas cosechas y los productos se venden fácilmente en los mercados de la América del Norte. Coles, guisantes, rábanos, lechugas, pepinos, arroz, avena, algodón, caña de azúcar y forrajes de toda clase se recolectan sin fatiga.

The Fairhope Courier —*El Correo de Fairhope*—, órgano bimensual, tiene, a las personas que se interesan por la Colonia, al corriente de los acontecimientos que allí se desarrollan.

El artículo 9.º de los Estatutos constitucionales, que pasamos a traducir, dará una idea de las condiciones en que se arrienda el terreno a los socios de la Comunidad.

«Art. 9.º *De la tierra.*

»Sección 1.ª No habrá ninguna propiedad individual del suelo en la extensión de la jurisdicción de la Sociedad. La Asociación retendrá, a título de fidecomisario (administrador), los derechos de propiedad de todos los terrenos de la Comunidad.

»2.ª Las tierras serán repartidas equitativamente y dadas en arrendamiento a los miembros de la Comunidad por un alquiler justipreciado cada año que igualará las diversas ventajas provenientes de la situación y las calidades naturales de los diferentes terrenos; este alquiler, ingresado en la Caja de la Asociación, transformará en provecho común a todos los socios toda la plusvalía alcanzada por aquellos terrenos, que no provenga de los esfuerzos de sus arrendatarios y de los gastos realizados por ellos.

»3.ª Una vez firmado el contrato de arrendamiento, el arrendatario tendrá pleno y absoluto

derecho al uso y control de los terrenos adquiridos, así como la propiedad y disponibilidad de todas las mejoras introducidas en el mencionado terreno y a los productos del mismo; esto, durante tanto tiempo como el arrendatario pague anualmente la renta fijada, como se ha dicho con anterioridad. El arrendador podrá terminar el contrato seis meses después de haberlo advertido, por escrito, a la Asociación, teniendo todos sus alquileres saldados.

»4.^a Podrán cederse los arrendamientos, pero únicamente a los miembros de la Asociación. Las cesiones de arrendamiento serán inscritas en los registros del secretario, y por este solo hecho el adquirente se convierte en arrendador de la Asociación.

»5.^a La Sociedad tendrá derecho de prioridad sobre todas las tierras, arrendadas por sus socios, para el pago de los atrasos de alquiler.

»6.^a Si uno de los arrendatarios tratara de pedir, o pidiera, a otro una cantidad mayor, por la utilización de un terreno determinado —aparte las mejoras—, que el arrendamiento que paga a la Asociación, el Consejo ejecutivo —desde el momento en que haya adquirido la prueba del hecho— aumentará el arrendamiento del terreno aquél a la cantidad en cuestión.

»7.^a No se hará cosa alguna que pueda disminuir el derecho de propietario de la Asociación. En todos los contratos firmados, la Asociación se reserva el derecho de volver a tomar posesión del suelo arrendado, para utilidad pública, pagando todos los perjuicios sufridos por el arrendatario, que serán justipreciados por tres árbitros: uno, elegido por el Consejo de administración; el otro, por el arrendatario, y el tercero, por los árbitros nombrados.»

CAPITULO III

La Ruskin Community

La creación de la Colonia Ruskin, en 1894, es debida a J. A. Wayland, muy conocido como editor del periódico socialista americano *Appeal to reason* —*La llamada a la razón*— Editaba entonces *The Coming Nation* —*La nación viniente*— y se entendió con sus lectores para que, si la tirada llegaba a los 100.000 ejemplares, se destinaran 23.000 dólares a la adquisición de terrenos con vistas a establecer una Colonia demostrativa de las teorías del diario. Para hacerse socio de la Colonia había que desembolsar 500 dólares. El recurso principal de la Colonia, situada en el Estado de Tennessee, era la impresión de *The Coming Nation*, lo que permitía un material excelente, por el que hasta se comprometió un editor de varios periódicos a confiar su impresión a los talleres de la Colonia. No obstante, estallaron disensiones y, a finales de 1894, se retiró Wayland, cediendo su periódico a la Colonia. Esta fué prosperando, hasta que en 1899, el 26 de julio, se puso en venta todo lo que poseía; habían 1.700 acres de tierra, numerosos edificios, 200 acres de terreno a punto de recoger la cosecha, 184 cabezas de ganado, aves, mercancías, maquinaria y útiles. Causa de esta disolución: el egoísmo de alguno de sus miembros.

que no consideraba la Colonia más que como un «buen negocio»; falta de un alma, de un constructor de enérgico carácter, en el que pudieran poner todos su entera confianza. Y, sin embargo, a pesar de la venta forzada, el activo superó al pasivo y el exceso fué repartido entre todos los socios.

No creyéndose vencidos, 250 socios de Ruskin partieron para Duke, en el Estado de Georgia, y trataron de reconstruir una nueva Colonia. Desembolsaron 3.500 dólares para el transporte, que se verificó en un tren especial compuesto de once coches, donde se amontonaron muebles, útiles, material de imprenta, una prensa y otras cosas. Otros 35 socios se les juntaron bien pronto y la New Ruskin Commonwealth se encontró en posesión de 800 acres de terreno, madera en abundancia, más de 50 casas, una estafeta de Correos, un almacén, una estación de ferrocarriles y un ramal particular. *The Coming Nation* apareció de nuevo y se le juntaron diferentes industrias: escobas, hojalatería, cafés de cereales y fabricación de tirantes; se explotó la ganadería, se cultivó un huerto. Las distracciones no quedaron descuidadas: había un Club femenino, se daban representaciones teatrales, se organizó una charanga, había conciertos; el intelecto tampoco, puesto que se había fundado un Círculo de educación.

Desgraciadamente, algunos socios quisieron sacar todo el dinero que impusieron, como en el precedente ensayo y, cansados, unos colonos volvieron a The Fairhope Single Tax Colony, otros retornaron al Estado de Tennessee y, en 1901, la Colonia Ruskin había pasado a la historia. En cuanto a Wayland, había quedado convencido de que la vida en un Centro libre no es posible cuando carece de una base religiosa o idealista, sin cuyo requisito es imposible el espíritu de sacrificio que,

según su opinión, condiciona el éxito de las Colonias.

Equality

Equality es el nombre abreviado de una Colonia, cuyo título oficial era The Brotherhood Cooperative Community of Equality —La Comunidad Cooperativa fraternal de Igualdad—, que había sido creada por los socialistas y los funcionarios de organizaciones socialistas. El proyecto de su formación fué acogido favorablemente en un Congreso socialista celebrado en los Estados Unidos en 1908; para apoyarla se estableció una Sociedad compuesta de 3.000 afiliados, que cotizaban 50 centavos (medio dólar) al mes.

Constituida por 260 ó 300 socios en 1898, la Colonia tenía 120 en 1900. No obstante, la propiedad estaba equitativamente repartida entre todos los socios y cada uno de ellos, a partir de los dieciocho años, tenía una parte igual en los beneficios. En 1900, la Colonia poseía 620 acres de tierra, de los cuales 35 estaban cultivados; en 1901, su activo ascendía a 75.000 dólares, contra un pasivo de 1.000 dólares.

Y, sin embargo, Equality constituyó un fracaso; los socios disputaban entre sí; un incendio ocasionó 8.000 dólares de pérdidas; la Junta general, que regía los asuntos de la Colonia, no dió más que resultados desastrosos, como ha ocurrido frecuentemente en la historia de las Colonias. Se combatía a puñetazos en las reuniones y siempre se ha pretendido que el incendio a que nos hemos referido fué obra de los descontentos. Alejandro Horr, que entró en la Colonia en 1904, era contrario al comunismo y quería sustituirlo con la libre

competencia entre los diferentes grupos industriales. Como cada uno de los socios de la Colonia era libre para juntarse al grupo que deseara, está claro que lo haría con el que consiguiera más ganancias, de donde, tendiendo a la igualdad, ningún grupo querría quedarse atrás. Este proyecto fué aceptado por unos y rechazado por otros, que se remitieron a los tribunales y, finalmente, en 1906, moría Equality.

Equality adoleció de la falta de un director enérgico, en ausencia del cual la mayoría de los socios dió curso libre a su egoísmo estrecho y de corto alcance. Hay que decir también que la vida en Equality resultaba a una tercera parte del precio de lo que costaba en los pueblos circundantes y que acudieron allí muchos que no tenían intención alguna de amoldarse a los principios de la Colonia o de adaptarse a ella, sino que llegaron con el exclusivo objeto de conseguir un beneficio personal.

Topobolampo

Topobolampo —Las aguas ocultas— era el nombre de un magnífico territorio de una fertilidad extremada, de maravilloso clima, situado en la costa occidental de Méjico. Alberto K. Owen —que no tenía ningún lazo de parentesco con Roberto Owen— pasó catorce años estudiando el plan para establecer una Colonia gigante. Consiguio del Gobierno mejicano una concesión de terrenos de 300.000 acres (125.000 hectáreas), más una concesión especial de diez millones de acres para el establecimiento de un camino de hierro.

A K. Owen tenía la idea de crear una Colonia modelo y gigantesca, donde todo aquel que se

encontrara sobre el suelo que ella explotaba perteneciera a la Comunidad. Para financiar aquella gigantesca empresa se creó un Crédito Hipotecario, cuyo objeto era edificar una ciudad llamada Pacific City, que debía ser construída según los detalles más modernos en punto a urbanización. Debía tener una superficie igual a la de Nueva York, estando consagrada una tercera parte a jardines públicos. La central de este Crédito Hipotecario estaba en Nueva York, con una sucursal principal en Chicago. Se ofrecieron al público 100.000 acciones de 10 dólares y todos los meses se publicaba una revista de propaganda. El proyecto inicial consistía en comenzar la Colonia cuando se hubieran reunido 150.000 dólares y comenzar enviando una vanguardia, compuesta de un centenar de personas cuidadosamente seleccionadas. Apenas se habían recogido 50.000 dólares cuando, a pesar de todos los esfuerzos de la casa social para oponerse a ello, centenares de personas, sin preparación alguna, acompañadas de sus familias, desembarcaban en Topobolampo, siendo los dos tercios de los llegados mujeres y niños. Nada estaba dispuesto para recibirlos; hasta faltaba allí el agua potable.

En 1891, la Colonia contaba con 330 personas; algún tiempo después se había duplicado esta cifra. Aquel mismo año se lanzó un manifiesto invitando a acudir a Topobolampo a todos los adultos a quienes sobrarian 25 dólares una vez cubiertos sus gastos de viaje. También se aconsejaba se tomaran acciones del camino de hierro del Oeste mejicano, cuya construcción formaba parte del proyecto.

Pero los capitalistas intrigaron acerca del presidente Díaz para poner en evidencia a A. K. Owen. Las enfermedades habían hecho su aparición; en

la Colonia reinaba el desaliento. No obstante, los colonos habían abierto un canal de riego, de una docena de kilómetros, 100 pies de ancho y 15 de profundidad, con derivaciones laterales. Había escuelas, un jardín para niños, casas de piedra y un gran edificio de adobes servía de centro de reunión y de almacén general. Se desmontaba el suelo y aparecían huertos a lo largo del canal. Almejas, huevos de pato y tortugas, constituían utilidades comestibles de primer orden. Finalmente, el Gobierno mejicano introdujo modificaciones en las condiciones de la concesión, que hicieron imposible la continuación del ensayo, en 1900.

Hay quien pretende que Alberto K. Owen —que era un hombre honrado— se habrá dicho: «Todos mis esfuerzos no han conducido más que a causar tormentos a aquellos a quienes he tratado de hacer tantos servicios como he podido.» Diferentes cartas que tenemos a la vista no demuestran que la vida en Topobolampo haya sido tan desolada y triste como se ha pretendido. Muchos de los que habían formado parte de la Colonia aquella no pedían mejor cosa que renovar el ensayo en cualquier otro sitio.

Una Colonia individualista : Home

En su número del 14 de mayo de 1904, *La Protesta Humana*, de San Francisco, publicaba la siguiente carta:

«Aunque sé que carezco de las cualidades de escritor, accederé al deseo que me ha sido expresado, esforzándome en proporcionar algunos informes sobre la situación moral y material de esta Colonia americana, donde vivo hace algún tiempo.

»Las primeras tres o cuatro familias anarquistas

que vinieron a establecerse en la tranquila soledad de la foresta construyeron sus cabañas con la intención de crear una Colonia anarquista, basada en el individualismo en lo que concierne a la solución del problema económico, pero fundada en la solidaridad más extensa desde el punto de vista moral, sobre todo en la idea de un apoyo recíproco en los detalles de la lucha por la existencia. La Colonia aumentó y prosperó; actualmente cuenta con unas cincuenta familias, más o menos numerosas, sin contar un buen número de jóvenes de ambos sexos. El amor libre florece aquí natural y francamente; ni jueces ni curas intervienen para arreglar las cuestiones afectivas y sexuales de los seres que se aman; ninguna ley de divorcio es necesaria para finalizar la unión, cuando el amor y la simpatía llegan a desaparecer; entregándose las mujeres a quien les place, no tienen los pudores ni los escrúpulos de las «gentes decentes» convencionales, y los hijos, en caso de separación, pertenecen a las madres, pero estas mujeres son conscientes y no procrean más hijos que los que les permite su situación económica.

»Las escuelas para los niños no faltan: hay escuelas de dibujo y de baile, se cultiva el canto y la música, hay órganos y pianos, violines, mandolinas y guitarras. Casi todas las familias poseen una barca pequeña para navegar y las rústicas cabañas primitivas se han transformado en bonitas casas, rodeadas de verdes prados y jardines. Home se ha convertido así en la aldea más linda y más extensa de la bahía de Henderson y todos los días nuevos anarquistas, pertenecientes a todas las escuelas: socialistas libertarios, espiritualistas, etcétera, acuden para establecerse, atraídos unos por los otros. El objetivo perseguido es sustraerse lo más posible al despotismo del Estado y de las

leyes. Como es natural, las leyes y el Estado nos devuelven con usura nuestro desprecio hacia ellos y nuestra abstención de votar; así es que el Gobierno no provee a la localidad de carreteras y, arbitrariamente, han quitado a Home el derecho al servicio de Correos, obligándonos a ir a retirar la correspondencia a una media hora de aquí, a Lake-Bay, minúscula localidad donde habitan solamente dos o tres familias.

»De todas formas, en Home, sin policía, sin reglamento, sin iglesias, la paz reina sobremanera entre sus habitantes y la única lucha que se manifiesta es la lucha por la existencia. Naturalmente que no pretendo afirmar que Home sea un país lleno de ángeles; se puede escuchar de cuando en cuando algún murmullo, causado por el interés individual, pero domina una armonía fraternal, y cuando se encuentran los camaradas se saludan con la sonrisa en los labios.

»El clima es excelente y saludable. Nadie está malo y no reinan aquí enfermedades. Yo mismo, que padecía un enfriamiento crónico, estoy ahora completamente curado y tengo un apetito feroz. No hay necesidad de médicos ni de medicinas. El sistema de alimentación adoptado es el vegetariano; no se consumen bebidas alcohólicas y sólo se bebe agua, muy cristalina por cierto. El aire, extraordinariamente puro, no está impregnado de gas carbónico, como en las grandes ciudades. Aquí, en inmensos parques naturales, el gas carbónico es absorbido por los árboles gigantes que dan en cambio sombra y oxígeno en verano y el calor en invierno, con la leña que abunda y nada cuesta. Hay abetos espléndidos, de sesenta metros de altura.—*Frank Lazzari.*»

Conviene añadir a estas líneas: 1.º, que la Colonia de Home no estaba establecida sobre una base

comunista, sino bien individualista; así es que cada cual tenía que vivir por su propia cuenta y a sus expensas, adquiriendo el terreno necesario, construyendo su propia casa, procurándose los útiles que pudiera necesitar y, sobre todo, teniendo el dinero suficiente para esperar la próxima cosecha: 2.º, que se podía tener en Home terreno a razón de dos dólares el acre (nada más que 2 acres —80 áreas— por persona), pero este terreno era inculto y era indispensable un largo trabajo para ponerlo en condiciones de rendir; 3.º, que la Colonia de Home era esencialmente agrícola y no explotaba industria alguna.

Home, donde se publicaba *The Agitator*, fué a menudo objeto de persecuciones debidas a ciertos artículos de este periódico, juzgado inmorales por los gobernantes norteamericanos. La Guerra mundial puso fin a la Colonia.

CAPITULO IV

Whiteway

Con el título de «Whiteway, la ciudad del refugio», una autora suiza, T. Combe, ha expresado de la siguiente manera las impresiones que experimentó al visitar esta Colonia, que es actualmente individualista por completo.

«Imaginemos un hombre descorazonado por el comercialismo de nuestra época, agotado por el maquinismo y por la manía de la velocidad que nos aloca; asqueado de las ciudades, preocupado por el problema social. La vida moderna, con sus necesidades de lujo, le obliga a ganar mucho dinero o lo machaca en el engranaje de la competencia. Hay que aplastar a los competidores o ser aplastado por ellos; para ponerse al sol es necesario relegar a la sombra a su vecino; hay que marchar en compacto batallón, en apretada fila, no dejarse pasar a ningún precio y caminar sobre los cuerpos.

»Se llega; entonces hay que mantener la posición, observar las fluctuaciones de los cambios, reparar sin descanso el dique roído por la marea ascendente y descendente del trabajo.

»Supongamos, pues, un hombre que reflexiona; se apercibe de lo absurdo de esta manera de vivir y se dice: «Pero todo esto es falso; ese objetivo no merece la pena de sofocarse por lograrlo. Esta

multitud de accesorios que se llama el lujo no aporta nada a la dicha. La progresión de velocidad de todos los vehículos no aumenta la intensidad de vivir, y cuando he recorrido sesenta kilómetros en automóvil he visto menos cosas y he tenido menos sensaciones que paseando una hora por un sendero. Esta existencia es imbécil; la vida racional debe ocultarse en algún sitio.» Y este infeliz, asediado por la civilización, va a buscar la Ciudad del Refugio.

»Puede ocurrir también que un obrero esté harto de obedecer a las órdenes del pito, o que las ligeras prevaricaciones del oficio repugnen a su conciencia, o que la jornada de doce, once o diez horas le resulte demasiado prolongada. Puede tener la idea de que el trabajo en piezas sueltas, sin relación visible con un resultado, es embrutecedor. Ansía un poco más de esparcimiento y alguna variedad, y no encuentra nada mejor que repetirle que este deseo es subversivo y malo, pero no cesa de seguir sintiéndolo. Y él no sabe hacia cuál de los puntos cardinales dirigirse para encontrar la Ciudad del Refugio.

»Son las mujeres, que saben que la moda es un espantoso tirano o, más bien, un vampiro perpetuamente encarnizado en sorberles la sustancia cerebral, su dinero, su tranquilidad de espíritu; saben que sin cambiar cada seis meses la forma de sus mangas o la curva del sombrero, podrían cultivar las bellas líneas y ofrecer un aspecto agradable como es el deber suyo; que la moda es a menudo lo contrario de la estética; que la muñeca rota por el medio y remendada sin cuidado, de manera que presenta ese aspecto «que no acomoda», es una silueta ridícula; están cansadas de las extravagantes formas que periódicamente les imponen, saben que en un año tendrán que realizar pro-

digios de ingenio para adaptar sus vestidos a un patrón nuevo; deploran el tener que emplear tantas horas para satisfacer al monstruo devorante. Si habitan en la ciudad, les altera los nervios ver los escaparates, pues la hebilla de la última creación les hace aborrecer la que compraron ocho días antes.

»Y luego está el engorro de los cumplidos, del día de visitas, en que el salón parece el de un barco incesantemente inundado y libre de una multitud cambiante de pasajeros, que beben una taza de te, murmuran cuatro banalidades y se van a repetir la suerte en otro sitio. El convencionalismo vacío, en que se vive como en atmósfera enrarecida, ¡cuántas mujeres agosta en su asfixiante ambiente!

»Y vuelvo al cuento de hadas que lleva por título: «La Ciudad del Refugio.»

»Quiero decir Whiteway, la que fué en otro tiempo Colonia comunista, que me parece actualmente un campo de experiencias muy interesantes, desde el punto de vista de la vida simplificada.

* * *

»La víspera de mi partida llegó un nuevo colono; procedía de una gran ciudad, era pálido, de facciones prematuramente envejecidas, y confesaba haber cedido con exceso a la intemperancia; se jugaba el todo por el todo, consumiendo su mezcquino haber en la compra de una tienda de tela impermeabilizada, con sus cuerdas y mástiles, que plantó en medio de un prado. Los otros colonos le ayudaban, indicándole el terreno disponible, en el cual iba a formar su jardín; una mujer le sirvió un plato de potaje, nabos, pan, berros, y no se ha visto nunca un hombre más contento. Estaba lleno de proyectos, recomenzaba su existencia y la vida, en vez de aplastarlo, le amparaba

»«Felicidad que no se toca es sueño», dijo el poeta. En Whiteway la dicha está al alcance de todos, porque está hecha de sencillez, moderación y de fraternidad.

»Otro colono, joven esposo y feliz padre de un bebé colonial, silba alegremente en su jardín, que prospera; ha plantado frutales y observa cómo crecen, con amor. «¡Cómo se ama a las cosas que medran! —me decía—. Esta mañana, trabajando con la pala, pensaba que el verdadero objetivo de la vida es mejorar un rincón del mundo, aunque sólo sea un palmo, y laborar por ver cómo florecen las plantas y la paz.» Este joven ha dejado una vida de lujo, no la añora y se pone enfermo cuando las obligaciones de familia le obligan a volver a ella por algún tiempo.

»Los colonos de Whiteway no estiman que el deber del hombre sea extenuarse; reduciendo sus necesidades disminuye también el volumen de esfuerzo indispensable; aprovechan sus horas de asueto, bien para jugar con sus hijos o para leer y meditar. Uno de ellos, después de haber cultivado su jardín, ofrece sus servicios a un labriego para la siega o la recolección de patatas; vuelve a su casa a las cinco, toma su colación de pan y legumbres y luego trabaja en una obra de filosofía, que será próximamente publicada. En la Ciudad del Refugio este hombre, un checo de Moravia que rodó de pueblo en pueblo al impulso de una pasión inquieta, ha encontrado el puerto que ni la sociedad intelectual, ni la moral del comercio le ofrecían.

* * *

»Camaradas, quisiera describiros a Nelli. Es tan simpática que no se ofenderá por ello, y, en el fondo de su admirable ser, sabe bien que su retrato, si está acertado, no puede menos que ser lindo.

»Lleva una cinta fresa que sujeta sobre la nuca sus cabellos negros; un vestido fresa, con tirantes, y descotado como un corpiño de aldeana, se ciñe sobre una blanca camisola de cortas mangas; falda muy corta con volantes; tiene lindos pies, que coretean desnudos por la hierba ó que calza con sandalias, para andar por los caminos. Tiene también un vestido de color salmón bordado en blanco, que no está cortado como un hábito, sino que se ajusta al contorno de su talle y las caderas, sin cinturón ni corsé. Ella se hace la ropa, como es lógico, y cose otras muchas cosas...

»Nelli es la imagen misma del gozo del vivir; posee un cutis claro, ojos brillantes, radiante la sonrisa; no tiene sombrilla y dudo mucho que tenga guantes. Su charla es como canto de calandria; expone las doctrinas teosóficas, al par que barre el cuarto con gesto vigoroso, y cuando escriba una novela os aseguro que el libro tendrá algo sorprendente.

»Tiene una enredadera como un dosel sobre la puerta, flores silvestres en la cornisa de la chimenea, fotografías y modestas porcelanas en los estantes... y Francisco construyó la casita.

»¡Oh! ¡Cómo se ama la casita en la que cada clavo fué fijado por la mano amada!

»Nelli es extraordinariamente altruísta; cuando, tras de una lucha contra el medio ambiente, excesivamente rudo para ella, fué necesario admitir nuevamente el dinero por los servicios prestados con amor, tuvo un pesar extremado. El mundo que la rodea no está aún en condiciones para entregar sin cálculo, como ella hace, y si cuida un enfermo, el molinero no le enviará, en compensación, un saco de harina. Francisco aceptó, pues, un salario, como trabajador del campo, y Nelli hace marchar la casa con cuatro chelines por semana y los productos del

huertecito. Ella también ha encontrado la Ciudad del Refugio, donde su sexo no se sacrifica al convencionalismo estúpido; todo tiene un sentido en su vida; sólo hace visitas de amistad y ha escapado a ese vampiro que es la moda; está bien equipada, en la verdadera acepción de la palabra, es decir, tiene lo necesario para el frío y el calor, según la época; adoptó, una vez para siempre, la clase de vestidos que mejor le acomoda y descargó su existencia del vacuo formulismo que vimos.»

En *La Melée* del 15 de septiembre, núm. 12, que había reemplazado a *Par dela la Melée*, interrumpida por la detención del compilador de esta obra y que dirigía Pierre Chardon, ha sido publicada una carta procedente de dos miembros de la Colonia de Whiteway, que resumimos aquí; ella da una nota diferente a la entusiasta descripción de T. Combe.

La Colonia de Purleigh tuvo por origen la Brotherhood Church (la Iglesia de la Fraternidad), de tendencia tolstoiana. Sus miembros resolvieron poner en práctica sus ideas sociales y volver a la tierra. En otoño de 1896, dos o tres jóvenes se presentaron en calidad de vanguardia en unos terrenos adquiridos a este objeto, situados en el condado de Essex, a sesenta o sesenta y cinco kilómetros al NE. de Londres, y un kilómetro y medio de la pequeña aldea de Purleigh. En 1897, otros colonos —entre los cuales había algunos desterrados rusos, amigos de Tolstoi, se reunieron a ellos. La constitución que fué redactada para la naciente Colonia sobre una base libertaria no fué nunca puesta en práctica, ya que el sentimiento de fraternidad era lo suficiente para mantener la armonía. Al año siguiente, un nuevo arribante aportó una suma bastante considerable, que permitió la adquisición de un nuevo terreno, caballos e instrumentos agríco-

las, lo que hizo que las condiciones de vida de la Colonia, restringidas al principio, mejoraran al aumentar los recursos materiales.

Los colonos practicaban una existencia frugal —todos eran vegetarianos— y la armonía y la igualdad reinaban entre ellos. John C. Kenworthy, su pastor, cita en una carta, entre otros ejemplos que demuestran la abolición de las ideas de clase, a un geómetra que se ocupaba en todos los trabajos domésticos; a un ex profesor del Royal College of Science, que hacía de secretario y ejecutó muchas labores manuales, etc. Como actividad de propaganda, uno u otro de los colonos iban al exterior a predicar la fraternidad universal y editaban un órgano mensual, *The New Order*, así como escritos de Tolstoi.

Entre los últimos llegados se encontraron dos jóvenes, que no se mostraron capaces ni animosos. Este hecho provocó una escisión en la Colonia, pues unos reclamaban la exclusión de los nuevos colonos y los otros se oponían. En estas circunstancias, un periodista de Glócester ofreció sus haberes a los no exclusivistas, a fin de que pudieran adquirir otras tierras.

Los que se quedaron en Purleigh, para poner fin a las disensiones que se desarrollaban entre ellos, tuvieron que repartirse las tierras y, poco después, uno tras otro, los colonos abandonaron Purleigh, siendo reemplazados por otra secta, perteneciente también a la Brotherhood Church. Esta Comunidad, de tendencia espiritista, parecía una caricatura de la primera, significándose por sus extravagancias, y fué obligada a abandonar el lugar por un antiguo miembro de la primera comunidad.

En 1898, los no exclusivistas —en número de unos doce— provistos de los fondos que B. —el periodista de Glócester— había puesto a su dis-

posición, se establecieron en los alrededores de los Montes Costswolds. Para entrar en posesión de los terrenos adquiridos hicieron formular un acta a nombre de tres de ellos, pero la quemaron en seguida, porque ninguno quería ser propietario. Habiéndose casado B., pidió el reembolso de la mitad de la suma aportada por él y no tomó ya parte en la vida ni en los trabajos de los otros colonos. A principios del verano aumentó el núcleo inicial con simpatizantes y curiosos de toda clase de oficios. Un escándalo se produjo, que causó perjuicio a la Colonia: un matrimonio joven se separó y la mujer se juntó a otro socio de aquel Centro, produciendo incidentes desagradables el retorno inopinado del antiguo marido, que despertaron la malevolencia, haciéndose correr el rumor de que Whiteway —nombre de la Colonia— corría a la vergüenza y al desastre. El invierno fué penoso; B. había vendido las vacas; un labriego se había llevado un haz de heno; otro había robado media tonelada de patatas a los colonos (1).

El programa consistía en producir y consumir colectivamente y admitir entre ellos a cualquiera que se presentara. Este principio tuvo por resultado que la Colonia se encontró repleta de parásitos, de manera que la producción gravitaba sobre unos pocos solamente.

En 1901, los que estaban más interesados en la suerte de la Colonia, decidieron repartir la tierra y atribuir a cada uno la porción que estuviera en condiciones de cultivar, pero la noción de propiedad legal del suelo se había desvanecido y el que aban-

(1) ¿Citaremos aún a aquel pastor que, en todos los momentos de la jornada, imploraba al Señor que le dijera lo que tenía que hacer, y a quien el Señor respondía sin cesar: «Descansa, hijo mío, descansa»?

donaba la Colonia dejaba a otro ocupante su parcela. En esta nueva organización, el interés individual triunfó sobre el interés colectivo.

En 1918, la Colonia contaba diecisiete hombres, doce mujeres y quince niños, y consistía en diecisiete chalets de madera, además de la casa de piedra primitiva. Las tierras estaban cultivadas en su mayor parte, y las cosechas eran abundantes. Algunos colonos se dedicaban a la cría de vacas y gallinas; otro, el antiguo geómetra, fabricaba pan con nuevos procedimientos; había también un mensajero, con su caballo y su carruaje se albergaba a los forasteros. Había allí ateos, filósofos, tolstoianos, teósofos; la más amplia tolerancia era practicada por todos, y la vida, salvo algunas restricciones, era dichosa.

La Colonia de Whiteway existe siempre, pero afirmándose en un sentido cada vez más individualista, se ha convertido más en un lugar de reunión de personas cuyo ideal es vivir con entera libertad de pensamiento y acción, sin preocuparse ya de intentar una experiencia económica de muchos.

Unos informes, proporcionados por Gassy Marin, en 1926, sobre la Colonia Whiteway, aportan un complemento a la carta precedente.

En su conjunto puede apreciarse que la existencia en Whiteway está mejor organizada y es más favorable de lo que deja entrever la carta de 1917.

Bueno es poner de relieve ciertos detalles particulares concernientes a este Centro de vida en común.

Recordemos, ante todo, que una parte de los fondos aportados por los colonos para crear Purleigh fué dedicada a contribuir al viaje de los doukhobors a América.

Cuando ocurrió la separación y se fundó Whiteway, los colonos practicaban el comunismo y ha-

bían renunciado al empleo del dinero, y cuando se presentaron los recaudadores de contribuciones no pudieron pagarles nada; éstos se llevaron el piano; al año siguiente, una parte de las cosechas y metieron en la cárcel a algunos colonos.

Las opiniones están divididas y las tendencias son diversas en Whiteway, pero todos son antimilitaristas, salvo uno o dos de ellos. Ninguno ha hecho el servicio militar, y las autoridades, ante su resistencia, han tenido que ceder.

Los colonos están unidos por un verdadero afecto entre ellos.

En Whiteway hay distracciones: se dan representaciones teatrales, se toca la música, se organizan juegos y se recibe a los visitantes, curiosos, que desean conocer la Colonia.

El amor libre está casi unánimemente practicado y las parejas se separan cuando cesa el acuerdo entre los individuos.

En fin, hay una escuela modelo; el trabajo intelectual se alterna con el manual y se esfuerzan por hacer del trabajo un juego para el niño. En suma, los colonos de Whiteway han llegado a conseguir una realización anarquista bien cumplida; su vida es libre, dichosa, y verdaderamente al margen de las compresiones sociales.

CAPITULO V

Llano Colony, Colonia cooperativa

En la parte occidental del Estado de Luisiana, a una distancia de cien millas del Mississipí, aproximadamente, y a una misma distancia del golfo de Méjico, existe una Colonia cooperativa que lleva el nombre de Llano Colony, fundada por un socialista muy conocido, Job Harriman, hoy muerto, abogado que se hizo célebre por su defensa de los Mac Namara, acusados de haber volado con dinamita el Hotel de «Los Angeles Times».

A pesar de haber pasado muchísimas vicisitudes, esta Colonia se mantiene aún; ha sufrido numerosos embates, incluyendo los de antiguos colonos, que perseguían su disolución, pero todo lo ha podido resistir.

El objeto principal de la Colonia es demostrar al mundo que una determinada cantidad de seres humanos pueden vivir juntos, como una gran familia, y patentizar a los hombres que la cooperación es el método más eficaz para resolver los problemas industriales y los de la vida social.

Pasemos a examinar la «Declaración de principios», que constituye la base misma de la Colonia.

«Los derechos de la Comunidad serán superiores a los del individuo.

»La libertad de acción no es permitida más que en aquello que no restrinja la de los otros.

»Las cosas utilizadas como productos serán poseídas colectivamente.

»Toda ley es restrictiva de libertad y no es equitativa más que cuando tiende al beneficio del medio en general.

»Los valores creados por la Comunidad serán invertidos —colocados— solamente en la Comunidad

»El individuo no tiene equitativamente derecho a más terreno que la superficie suficiente para satisfacer un razonable deseo de paz y tranquilidad. Las tierras explotadas con objeto de obtener beneficios no lo serán como propiedad privada.

»El talento y la inteligencia son facultades a emplear con absoluta equidad en servicio de los otros. El desarrollo de estas facultades, por medio de la educación, es el don que debe el medio al individuo. El ejercicio de capacidades más grandes no da derecho a nadie a la falsa recompensa de posesiones más vastas; sólo da derecho al gozo que proporciona un servicio mayor prestado a los demás.

»Sólo identificando sus intereses y sus placeres con los de los demás puede el hombre encontrar la verdadera felicidad.

»El deber del individuo para con el medio en que se desarrolla es acrecentar sus capacidades al maximum, aprovechando todas las facilidades educativas y consagrar las antedichas capacidades, sin reserva alguna, al servicio de todos.

»El deber de la colectividad para con el individuo es hacer lo que sea de justicia, eliminar el ansia de ganancia y el egoísmo; educar a todos y a cada

uno y ayudar a cualquiera en la desgracia o la vejez.»

Sin embargo, en Llano no se entra gratuitamente: el cabeza de familia ha de pagar a su entrada 1.000 dólares y, además, 200 dólares por todo adulto perteneciente a la familia —compañera o hijo mayor de veintiún años—; por todo hijo entre los doce y los veintiuno, 150 dólares, y 100 dólares, cada menor de doce años. Para ser socio integral de la Colonia de Llano son necesarios 2.000 dólares; como se ve, estas cuotas son relativamente elevadas.

Algunos de los socios desembolsan no solamente estas sumas en total, sino que colocan todo cuanto poseen en la Colonia, y esto permite aceptar a los que no tienen las sumas exigidas a la entrada.

Pero se ocupan también de la educación en Llano... Hay un colegio cooperativo que ofrece la particularidad de que todo nuevo estudiante encuentra trabajo continuo en la Colonia, lo que le permite cubrir todos los gastos que pueden ocasionar sus estudios. La enseñanza continúa, durante todo el año, y en seis cursos el estudiante ha terminado el ciclo ordinario de los estudios secundarios. Las clases están organizadas de tal manera que el estudiante puede trabajar cuatro horas diarias y aprender uno de los numerosos oficios establecidos en la Colonia. Tenemos a la vista el programa de los cursos, que es el siguiente: *Historia y educación.*— *Sociología, economía política, movimiento de los jóvenes.*— *Inglés y matemáticas.*— *Ciencias sociales.*— *Lenguas modernas.*— *Psicología aplicada.*— *Agricultura.*— *Latín y teatro clásico.*— *Piano.*— *Arte del comercio.*— *Violín.*— *Dicción y locución.*— *Estenografía y mecanografía.*— *Orquestación y sinfonía.*— *Curso primario.*— *Escuela maternal (jardín de niños).*— *Teatro práctico.*— *Dibu-*

jo y arquitectura.—Educación física. Existe una biblioteca bien surtida y se dan conferencias especiales.

El colegio cooperativo de Llano se proclama *coeducativo, liberal y antisectario*; define la educación como «el arte de aprender a vivir juntos». Los reglamentos del colegio no tienen, sin embargo, nada de anarquista y si los reproducimos es a título de documento:

»1.—Todos los estudiantes de los cursos superiores y secundarios vienen obligados a ponerse a estudiar a las siete, sea en la casa o en sus habitaciones. Todo permiso de salida a esta hora sólo será concedido a petición de los padres, si los estudiantes viven con su familia. A las diez y media todas las luces deben estar apagadas.

»2.—El uso del tabaco, en cualquier forma, no está permitido a los menores de dieciocho años, estudien los cursos superiores o secundarios. En todos los casos, el uso del tabaco está prohibido en los locales escolares o sus alrededores.

»3.—Los estudiantes no podrán organizar o participar en fiesta alguna sin autorización del director de estudios o sin ser acompañados por una persona mayor, debidamente autorizada. Los estudiantes no tomarán parte en los bailes que se celebren fuera de la Colonia.

»4.—Está estrictamente prohibida toda conducta o lenguaje grosero e indecente. Todos los estudiantes vienen obligados a mostrarse corteses y respetuosos con respecto a sus profesores, jefes de talleres y camaradas.

»5.—Los estudiantes que no se conduzcan satisfactoriamente en los talleres donde estén ocupados, vendrán obligados a trabajar todo el siguiente día, bajo la dirección del mismo jefe de taller.

»6.—Las faltas a las clases implican una baja

en la puntuación y repercuten, como es natural, en el total de notas. El máximo de faltas permitidas es del 10 % del número de días de clase en un curso dado.

»7.—Todos los padres y socios de la Colonia cooperativa de Llano, por el pacto que han suscrito, vienen obligados a cooperar con los reglamentos que fuera necesario establecer, y se espera que contribuirán de todo corazón a la observación integral de los presentes reglamentos. Toda crítica, concerniente a la escuela, deberá ser dirigida a sus directores y no a los que no estén en situación de aplicar remedio.»

Llano publica un semanario: *The Llano Colonist —El colono del Llano—*. La Colonia posee 15.000 acres de terreno, en un solo trozo, contra 5.000 que tenían en 1917; cuenta con quinientos o seiscientos habitantes y se dedica a la ganadería, a la agricultura y la industria. A noventa millas al sur tiene un terreno, de un millar de acres, dedicado al cultivo del arroz. Se ha formado una filial en Nuevo Méjico, en Magdalena. En Houston (Texas), son propiedad de la Colonia tres tiendas de comestibles, bien montadas, y una casa que tiene dieciséis habitaciones. Llano no es una utopía, como hacía observar recientemente el alma de la Colonia, Geo T. Pickett, que enfoca todo el ensayo más pronto como un problema técnico que desde el punto de vista de la ética. Aunque la Colonia de Llano no sea una reunión de ángeles, «sino de seres humanos, con todas sus debilidades, prejuicios, preferencias y repugnancias, y hasta con tendencias completamente reaccionarias», sus socios viven a un nivel superior al del 70 % del resto de la población de los Estados Unidos.

Una granja cooperativa se ha fundado a cuatro millas de Eugene, en el Estado de Oregón, calcada

su organización de la de Llano; es una asociación de nueve personas, deseosas de protestar contra la manera de vivir del sistema capitalista, dispuestas a servir de ejemplo y procurarse, a sí mismas y a los que quieran juntarse a ellas, las mejores condiciones de existencia.

Cuarta Parte

Los Mormones.—Los Doukhobors.—Los Hutteristas.—Los Mennoístas.—Liéfra.—Las Colonias sionistas en Palestina.—La república de los niños.

CAPITULO PRIMERO

Los mormones

El término «mormón» es un apodo dado por los habitantes de los Estados Unidos a una curiosísima secta religiosa, cuyo nombre oficial es Iglesia de los Santos del Día Final; Latter Day Saints Church. Sus dogmas dejan ver una mezcla de elementos búdicos, gnósticos, mahometanos, cristianos, aunque ella se reputa cristiana en su esencia. Dios es el primero de los seres vivientes; una persona perfecta es Cristo, nacida de la unión material de Dios y de María; es el hermano mayor de todos los hombres, que pueden llegar a ser iguales a Dios y participar de todos sus atributos, etc.

Lo que hay de original en esta doctrina y en esta teología es que fué revelada a un americano, poco menos que iletrado, José Smith, por un ángel llamado Moroni, quien le indicó que en una colina que llevaba el nombre de Cummorah, se encontraban enterradas unas placas de oro, cubiertas de caracteres misteriosos. Efectivamente, el 22 de septiembre de 1827, el ángel Moroni entregó a Smith una caja conteniendo las placas y «un raro instrumento» —un par de gafas mágicas— llamado «Urim y Thummim». Gracias a este instrumento, José Smith pudo descifrar las placas, las cuales, en una lengua que el profeta llamaba «el egipcio reformado» y en un estilo tan monótono como bíblico, se contaba la historia de una Colonia de israelitas que había dejado Jerusalén seiscientos años (?) J. C., para establecerse en América, en donde el cristianismo original les fué predicado. En resumen, los indios de América eran los descendientes degenerados de estos israelitas, y sobre su suelo, en el Nuevo Continente, Jesucristo establecería la nueva Jerusalén. En cuanto a Mormón, resultaba ser el último de los profetas de una de las naciones creadas por los judíos llegados a América, los nefitas; él compiló los escritos de sus antecesores, cuatrocientos años después de Jesucristo, y los habían grabado sobre las dichas placas, de donde sale el nombre de Libro de Mormón que los Santos del Día Final tienen por tan inspirado como la Biblia.

Las críticas del mormonismo cuentan que un pastor, con el nombre de Salomón Spaulding, comerciante más tarde, había escrito, en 1809, una novela en la que daba a los indios de América un origen fabuloso, basándose probablemente sobre analogías entre ciertos símbolos cristianos (la cruz, etc.), y los descubrimientos arqueológicos que se hicieron

entre los antiguos aztecas. En esta novela, fundada en la idea legendaria ya expresada por otros, de que los pieles rojas eran los descendientes de diez tribus perdidas de Israel, aparecen en todo caso los nombres de Mormón y de su hijo Moroni. Spaulding había entregado su manuscrito a un editor de Pittsburg llamado Paterson, dándole como título *The Manuscript Found* (*El manuscrito encontrado*); pero murió antes de terminar nada con el librero. Este Paterson prestó el manuscrito a uno de sus compositores, llamado Stanley Rigdon, quien tomó copia de él y habiendo hecho amistad con José Smith se lo dió a conocer. Esta novela, pues, retocada, amplificada, entremezclada de citas y máximas de cariz bíblico, es lo que habrá llegado a ser el libro de Mormón. La historia y el libro tuvieron éxito. El 6 de abril de 1830, la Iglesia, oficialmente constituida, contaba con treinta miembros. Hoy se calcula el número de los mormones en 450.000. Desde Alberta, en el Canadá, hasta los Estados de Chihuahua y Sonora, en Méjico, una cadena de más de un millar de Centros mormones atraviesa la América del Norte y, entre ellos, algunos son ciudades importantes.

No tenemos la intención de contar en detalle la historia del mormonismo, ni las persecuciones de que se hizo objeto a sus adheridos. Arrojadados de La Fayette (Nueva York), José Smith y sus fieles tuvieron que refugiarse en Kirtland, en el Ohío, en donde el profeta tuvo una nueva revelación, que prescribía, a todos los miembros de la Iglesia, el consagrar todos sus bienes a Dios. Un Banco, organizado en este sentido por J. Smith y Rigdon, hubo de suspender pagos en 1837. Los mormones tuvieron que emigrar, una vez más, al Missouri, luego al Illinois, en donde fundaron la ciudad de Nauvoo, que llegó a contar una veintena de miles

de habitantes. José Smith quedó elegido alcalde de la ciudad, y todo parecía ir divinamente al comenzar. El 6 de abril de 1841 se inauguraba un templo que había costado un millón de dólares; una milicia se había organizado, José Smith añadía a sus títulos el de teniente general y proclamaba su intención de presentarse candidato a la presidencia de los Estados Unidos. Durante este tiempo, Rigdon había introducido el dogma de «la esposa espiritual»; a pesar de la viva oposición encontrada, persistió, diciendo, según parece, que había recibido una revelación sancionando «la seducción sistemática». Se dice que Smith apoyaba este dogma, luego lo negó, con todo y profesar la poligamia él mismo, y sus adversarios le reprochaban la posesión de un harén «rivalizando» con el de Mahoma. Hubo alborotos, a consecuencia de los cuales se le envió a Carthage, ciudad del Illinois, adonde se dirigió voluntariamente bajo la garantía del gobernador del Estado.

Y allí, preso con un cierto número de sus discípulos, fué asesinado en compañía de su hermano Hyrum, a tiros de fusil, por una banda armada, de 150 a 200 «honrados ciudadanos», embadurnados de hollín, quienes después de haber forzado las puertas de la cárcel «tiraron a boca jarro» (27 de junio de 1844). La muerte de los dos hermanos no extinguió la hostilidad que reinaba en el este de los Estados Unidos con respecto a los mormones, y éstos tuvieron que partir hacia el oeste.

El 24 de julio de 1847, los primeros emigrantes, la vanguardia, conducidos por un vidriero, Brigham Young, que fué preferido a Sydney Rigdon para la presidencia de la Iglesia, penetraban en el Gran Lago Salado, por donde se les unieron sucesivamente los otros destacamentos, organizados en caravanas. En tres años, la Colonia había prosperado hasta

tal punto, que el Gobierno aceptó transformarla en territorio nacional, pero a condición de que las leyes de la Unión habían de ser observadas allí, de lo que Brigham Young no hizo mucho caso. Durante años enteros el segundo presidente de la Iglesia mormona mantuvo a raya al Gobierno federal, negándose a reconocer a los gobernadores que le enviaba, y no fué sino en 1857 cuando tuvo que ceder ante la amenaza de una expedición militar. Los 25.000 hombres enviados por Buchanan, presidente de los Estados Unidos, se retiraron luego de haber estado allí muy poco tiempo.

Lo que movía contra ellos a los puritanos americanos era la famosa doctrina de la pluralidad de las mujeres, enseñada por José Smith, él mismo polígamo, como hemos visto, y que Brigham Young no quería a ningún precio abandonar; se le atribuyen sus diecisiete mujeres y cincuenta y seis hijos habidos con ellas.

En el libro *Doctrine and Convenants*, sección 132, fechada en 12 de julio de 1843, José Smith deja la manda de que recibe una revelación sobre la eternidad del matrimonio y la pluralidad de las esposas. Esta revelación expone que Moisés, Abraham, Isaac, Jacob, David, Salomón recibieron mujeres y concubinas, y que esto se les atribuía con justicia, ya que en todas estas cosas no realizaron sino lo que les fué mandado. Un poco más lejos, José Smith define el adulterio (v. 61): «Si un hombre se casa con una mujer virgen, y desea casarse con otra, y que la primera consiente, y si se casa con la segunda, y que ellas sean vírgenes, y que ellas no estén enredadas con ningún otro hombre, entonces este hombre está justificado.» «El no puede cometer adulterio con lo que le pertencé, sino con lo que pertenece al prójimo» (v. 62); «y si diez vírgenes le son dadas (en virtud de la dicha revela-

ción), no puede cometer adulterio, ya que le fueron dadas y le pertenecen. Por esto está justificado». «Al contrario (v. 63), si después del casamiento una u otra de las diez vírgenes va con un segundo hombre, ella ha cometido adulterio y será destruída, pues ellas se le dieron para multiplicarse y llenar la Tierra...»

Según la doctrina de los mormones, Jesucristo era polígamo: las Bodas de Canaán eran sus bodas; María y Marta eran sus esposas; se reprodujo antes de ser crucificado. El 29 de agosto de 1852, Brigham Young declara que, sin la poligamia, a nadie le está permitido elevarse hasta Dios. Se basaba en la «Revelación» de que ya hemos hablado anteriormente.

A pesar del fanatismo de los mormones y su aparente bienestar —con todo y la ausencia de prostitución y de licencia—, a pesar de sus costumbres puras, se ve que las mujeres se encontraban inferiorizadas. El único consuelo que les quedaba era casarse con otro esposo para la vida ulterior, la vida celeste, a menos de admitir la tesis de la procuración sustitutiva del que entrara en poderes, reemplazando al marido, cerca de su mujer o mujeres, durante su ausencia.

Por otra parte, la poligamia no era accesible a todos los hombres; para casarse con una nueva mujer, no sólo era necesario el consentimiento de la primera y de las otras (era preciso, para negarse, tener un motivo valedero), más aún, el de la mujer del presidente de la Iglesia y el de los padres de esta nueva esposa.

La poligamia de los mormones se practicaba bajo uno de estos tres aspectos: 1.º El marido poseía un domicilio particular, mientras que sus esposas vivían juntas bajo el mismo techo. El marido mismo visitaba, alternativamente, a las mujeres

que escogía. El designaba la mujer que se llevaba de viaje, la que le cuidaba en el curso de una enfermedad, etc. 2.º El marido vivía con sus compañeras; la existencia general se hacía en común, pero cada mujer tenía su dormitorio aparte; este era el caso más frecuente. 3.º Cada esposa tenía su morada particular, donde el marido iba a pasar veinticuatro horas; esta vida no era para las gentes de escasos medios.

Pero, ¿qué decía la mujer mormona? Educada en la idea de que la salvación dependía de la poligamia, miraba con desdén y piedad los casamientos monógamos, considerando que, por su naturaleza, el hombre es esencialmente polígamo; declaraba preferir la poligamia a la monogamia, de la que se desprende fatalmente la prostitución, y aportaba en su fe un misticismo y una exaltación poco comunes. Ella facilitaba el matrimonio de su marido con otra mujer, persuadida de que su propia felicidad se aseguraba con ello. Una señora mormona hizo ciertas declaraciones al profesor Jules Remy, que visitó el país de los mormones en 1860, de las que reproducimos las siguientes, apartando todas las manifestaciones saturadas de reminiscencias bíblicas:

«La poligamia, aunque pueda creerse otra cosa, coloca a la mujer de nuestra sociedad en una situación más moral que la que le proporciona la sociedad cristiana, en la que el hombre acomodado tiene mil tentaciones de meterse en gastos secretos con una querida, de una manera ilegítima, cuando la ley de Dios se la hubiera dado como honrada esposa. Todo esto engendra el asesinato, el infanticidio, el suicidio, los remordimientos, la desesperación, la miseria, la muerte prematura, al mismo tiempo que el cortejo inseparable de los celos, sufrimientos morales, desconfianzas en el seno de

la familia, las enfermedades contagiosas, etc.; en fin, ello conduce a aquel horrible sistema de tolerancia legal, en que los Gobiernos que pretenden ser cristianos conceden patentes a las hijas del placer para autorizarlas, no diré que a imitar a las bestias, pero sí a degradarse muy por debajo de aquéllas, porque todos los seres de la Creación —con excepción del hombre— se abstienen de tan abominables excesos y observan, para su reproducción, las sabias leyes de la Naturaleza...

«Mi marido es un hombre bueno y virtuoso, al que amo de todo corazón y del que tengo cuatro hijitos a quienes queremos sobre toda ponderación. Además, mi marido tiene otras siete esposas que viven y una que se marchó hacia un mundo mejor, y, con esto, él tiene nada menos que veinticinco hijos; todas estas madres y aquellos hijos están unidos conmigo con dulces lazos, por un mutuo afecto, por nuestras relaciones y nuestra asociación. Las madres han llegado a serme particularmente estimadas a causa de su ternura fraternal hacia mí y las fatigas y sufrimientos que hemos compartido...»

«Se ha visto —relata el señor Raymond Duguet en su libro de reciente fecha sobre *Los mormones, su religión, sus costumbres e historia*— a una esposa única invitar espontáneamente a su marido a que tomara una segunda mujer, tomarse todo el trabajo imaginable para decidir a las muchachas a que se casaran con él y llorar sinceramente por no poderlo conseguir.»

El jefe de la justicia federal del Utah, Read, confesaba que los mormones poseían una moralidad muy elevada. «He de reconocer —añadía— que la inmensa mayoría de las santas declaraban ser felices y que un gran número de ellas tienen el aspecto de estar perfectamente satisfechas.»

Todos los europeos que visitaron a los mormones, en la época en que la pluralidad de mujeres florecía sin dificultades, están de acuerdo en reconocer y proclamar la superioridad moral de los mormones. Mientras que el Gobierno federal no los desposeyó de la administración del Utah, no hubo entre ellos prostitución, tabernas ni lugares de desenfreno.

El 2 de julio de 1862, un decreto especial —que tenía un efecto retrospectivo de tres años— fué promulgado por el presidente de los Estados Unidos, entonces Abraham Lincoln; sin aviso alguno, prohibía la práctica de la poligamia bajo pena de multa de 500 dólares y arresto de cinco años. Como los mormones conservaban secretos los registros del estado civil de su Iglesia, este decreto resultó inaplicable, porque no se pudo demostrar jamás que se hubiera celebrado ni una unión poligámica hacía menos de tres años.

Así, pues, la poligamia continuó como en el pasado.

En 1882 había tomado tal extensión, que el Gobierno federal se resolvió a proceder vigorosamente y con tal rigor que la represión fué, por consiguiente, designada con el nombre de «persecuciones dioclecianas». Una ley especial fué votada el 22 de marzo de 1882, castigando con diez meses de prisión, pérdida de los derechos del voto y determinados derechos civiles, a los que cohabitaban con más de una mujer. La caza de los *cohabs* —cohabitantes— resultó una de las diversiones más interesantes para los antimormones y funcionarios. «El Utah fué entonces teatro de escenas horrosas: hubo asesinatos de *cohabs*, condenas de ancianos que, agotados y enfermos, no salían de la prisión más que para morir; encarcelamientos de mujeres que, deseando salvar a sus

maridos y permanecer fieles a su religión, observaban un mutismo absoluto ante los tribunales, o juraban en falso sin la menor vacilación. Así, una joven, con su hijito en brazos, afirmaba ignorar el padre de su niño, cuando aquél, lo más a menudo, se encontraba a algunos pasos apenas, en el banquillo de los acusados; tal hijo declaraba desconocer a su padre; una madre anciana juraba no conocer al padre del hijo de la hija suya, diciendo que aquello era asunto de su hija y no de ella; aquella joven esposa que huía por los campos para evitar las persecuciones a su esposo y vió morir a su hijito en sus brazos, teniendo que enterrarlo envuelto en su chal, cavando ella misma la tierra, en un sitio salvaje y solitario.»

En 1890, el Gobierno federal, considerando a la Iglesia mormona como una asociación ilegal que predicaba la rebelión contra las leyes del Estado, confiscó sus bienes. La Iglesia de los Santos del Postrero Día hubo de ceder y, en septiembre de 1890, el presidente Wildorf Woodruff hizo una declaración en la que prescribía a los miembros de la Iglesia abstenerse de todo matrimonio vedado por la ley, declaración aceptada por la Conferencia general de la Iglesia.

¿Es cierto que la famosa sección 132 contiene un párrafo secreto, declarando que un mormón que practica la poligamia no puede cometer pecado, salvo en caso de muerte? Esto pondría de manifiesto que, a pesar de sus promesas públicas, sus juramentos y compromisos —que consideran sin valor alguno efectivo— multitud de mormones ricos habrán continuado o continúan practicando ocultamente la poligamia.

De 1910 a 1912 hubo una violenta campaña antimormónica, en la que se distinguieron el *Mac Clure Magazine* y el *Everybody's Magazine*. Se pu-

blicaron los nombres de cinco «apóstoles» que habían celebrado uniones poligámicas. En febrero de 1911, la *Salt Lake City Tribune* publicó una lista de 274 matrimonios poligámicos, celebrados después del manifiesto Woodruff; la Iglesia mormona no protestó y apenas hubo uno o dos individuos que desmintieran aquella información. El 12 de enero de 1912 hubo un gran mitin antimormónico en Nueva York, en el cual el senador Cannon declaró que los apóstoles mormones tenían cinco o seis mujeres cada uno. Cuando expiró el presidente Joseph Fielding Smith, la Agencia Radio publicó que falleció a los ochenta años, contrajo matrimonio con seis mujeres, dejó cinco viudas, y treinta de sus treinta y un hijos vivían aún.

CAPITULO II

Los doukhobors

Sabido es que los doukhobors, cuyo nombre quiere decir *luchadores del espíritu*, forman una secta que apareció en Rusia a mediados del siglo XVIII. Su doctrina fundamental consiste en que el espíritu de Dios habita en el alma del hombre y le inspira directamente, de donde se desprende la inutilidad de las iglesias, sacerdotes y culto. Además, basándose en una palabra del Evangelio, profesan el principio de no resistirse contra el mal por medio de la violencia, idea que ha constituido el centro de las enseñanzas de Tolstoi. Los doukhobors son campesinos industriuosos, abstinentes, de una honradez y lealtad a toda prueba, que conceden escasa importancia a la educación y a la cultura intelectual, tal como se entienden de ordinario. Puede decirse que no tienen rival en lo que se refiere a la práctica de la vida común y de la colonización cooperativa.

A finales del siglo XVIII, el Gobierno ruso —bajo la instigación de la Iglesia ortodoxa— desencadenó contra ellos persecuciones que no cesaron hasta ocasionar su huida de Rusia. En 1816, el emperador Alejandro tenía que reconocer que todas las medidas que se tomaron contra ellos no habían hecho más que acrecentar su número.

Su negativa a empuñar las armas, a emplearse en el servicio militar, los hizo indeseables para el Gobierno ruso. Desde el Este de la Rusia europea se les transportó, en 1842-43, al Cáucaso; nada abatió su resistencia. En número de 12.000 se negaron a formar en el ejército, quemaron las armas que se les entregaron y sufrían sin murmurar las prisiones, el látigo y toda clase de torturas. No encontraron recurso mejor que transportarlos a regiones mal dispuestas con respecto a ellos; repararlos, aislarlos entre familias hostiles a sus creencias; nada dió resultado alguno.

Finalmente, los sufrimientos de los doukhobors atrajeron la atención de la Europa occidental y de la América, y el Gobierno zarista permitió que salieran del país, para lo que encontraron el dinero suficiente gracias a Tolstoi, V. Tcherkoff y los Cuáqueros. Después de una corta permanencia en la isla de Chipre, los doukhobors se dirigieron hacia el Canadá, y el 23 de enero de 1899, 2.100 de ellos llegaban a Halifax, seguidos cuatro días más tarde por otros 1.749. El Gobierno canadiense les hizo donación de 320.000 acres de tierra; actualmente se evalúa en 15.000 su número en el Canadá.

No estaban aún al cabo de sus penas; en principio, no quisieron recibir el terreno a título individual, sino colectivo; se negaron a llevar registro alguno de su estado civil, a enviar a sus hijos a las escuelas públicas, etc. Habiendo sido metidos en la cárcel muchas decenas de ellos, se abstuvieron de comer carne —puesto que eran vegetarianos estrictos—, pero se les hizo tragar a la fuerza la comida y se les maltrató de tal manera que siete de ellos murieron.

Otra de sus características en la idea del retorno a la Naturaleza son los *desfiles desnudistas*, que

recuerdan las reivindicaciones de los adamitas y otras sectas de la Edad Media. Estos cortejos de gentes completamente desnudas han traído sobre ellos las iras de la justicia canadiense y, muy reciente aún, cierto número de doukhobors han sido condenados a tres años de prisión por dicha causa. El porvenir de los doukhobors en el Canadá se ve lejos de estar asegurado.

En cuanto a sus éxitos desde el punto de vista cooperativo y de la vida en común, del trabajo agrícola, de su perfecta armonía, que hace que no tengan policía ni medio coercitivo en el interior de su Colonia, se atribuyen en una gran parte a la influencia de Pedro Verighin, amigo personal de Tolstoi, su séptimo jefe o conductor, desde la fundación de la secta. El sucedió a una mujer, Lookeria Sassilevna, que lo designó como sucesor suyo cuando aun no era más que un adolescente. Verighin permaneció dieciséis años desterrado en la Siberia, pero sin abandonar un solo día la dirección de su secta. El 29 de octubre de 1925, este hombre encontró la muerte en la explosión de un tren, ocurrida en la Colombia británica, accidente que no ha podido nunca ser puesto en claro. Su hijo, Pedro Verighin el joven, le sucedió inmediatamente y acudió al Canadá un año más tarde.

Un amigo del autor de este volumen, residente en California, el señor Laforge, que conocía muy bien la vida y costumbres de estos sectarios, ha redactado el siguiente estudio, que hemos traducido casi literalmente:

«... No se puede hablar con propiedad de propagandistas entre los doukhobors.

»Saben cuán poco eficaces resultan los discursos y los escritos; no publican nada, o casi nada, ni siquiera para defenderse. Al contrario, reconocen la eficacia de la acción y, en buena lógica, viven

sus ideas. Pensemos que los «Hijos de la Libertad» —como se llaman— viven la idea libertaria, armoniosamente, como en ninguna parte lo han podido hacer los anarquistas. ¿Por qué? Porque aceptan literalmente el verbo de Cristo. ¿Qué les importa a ellos que Jesús sea un personaje ficticio, por ejemplo, con tal de que las palabras que se le han atribuído les hayan descubierto la pujanza del amor?

»Y he aquí, precisamente, lo que es el doukhobor: un Jesucristo predicando el amor. Más exactamente: habla, vive y demuestra la posibilidad de una vida de amor; no pide que le sigan, la crítica no le turba. Pide que se le tolere ya que él tolera a los otros. Sin tratar jamás de convencerlos, responderá a vuestras preguntas con infinita paciencia, ya seáis el rector de una Universidad o un analfabeto. No profetiza, como lo hacen los predicadores de muchas sectas, que Cristo va a volver, sino que dice simbólicamente: «Jesús ha vuelto, lo sé porque vive en mí.»

»En efecto, un doukhor se considera convencido de que Cristo vive en él, naciendo, creciendo, enseñando, muriendo y, en fin, subiendo al cielo. Todo esto para volver a comenzar. Si preguntáis cómo, dónde y por qué, seréis un impertinente: todo esto concierne solamente al Padre Eterno.

»El doukhobor quiere vivir sin artificios: nada de vestidos, cuando el tiempo lo permita (1); nada

(1) Puede imaginarse la actitud del Gobierno canadiense y de la prensa del país, uno y otra podridos de puritanismo, en presencia de ciertos DESFILES DESNUDISTAS, manifestaciones formadas por gentes desnudas, en protesta contra la acción de la policía canadiense. Esta última reaccionó con la brutalidad característica de todas las policías: hubieron heridos, detenidos, condenados, que alimentaron a la fuerza con carne, etc. También hubieron algunos doukhobors muertos, a consecuencia de los malos tratos que les fueron infligidos.

de arte, ya que no hay nada más bello que la Naturaleza; nada de ciencia, pues todo lo que contraría los designios o la marcha de la Naturaleza no aporta más que desencantos.

»Pero todo es relativo; por extremistas que sean los doukhobors no dejan de servirse de ciertos útiles de metal, y aprovechan también el trabajo de los técnicos de la metalurgia y de otras artes y ciencias similares. Tienen sus tejidos, ya que no quieren ni matar animales ni llevar pieles; tienen, igualmente, molinos y serrerías, y si no emplean instrumentos musicales, cantan, y sus orfeones son, según se dice, de los más bellos y más impresionantes. De tal modo se niegan a usar de la violencia o a matar, que alcanza hasta a los insectos molestos, cosa absurda a primera vista, teniendo en cuenta que la Naturaleza, bien a menudo, no multiplica la vida más que haciendo sufrir y morir. Pero aquí entra en juego una fuerza moral: hecho que únicamente las conciencias elevadas pueden comprender, y es el siguiente: el individuo que no se deja arrebatar del odio, cuyo amor se esparce a todos, no sabría hacer sufrir sin padecer él mismo. Su amor se extiende a todo lo que le rodea y ésta es una condición necesaria para su propio bienestar moral. Un hombre es tolerante o no lo es, esto depende del grado de conciencia que posea.

»Se ha pretendido que «la tolerancia de los doukhobors es vecina de la resignación». Vecina asaz alejada. La resignación es el atributo de las conciencias mediocres, mientras que la tolerancia sólo se ve en las mentalidades superiores. Es cierto que los doukhobors se comportan, sobre todo, bajo la influencia de la fe cristiana; puede que sean los únicos cristianos verdaderos que existen actualmente, pero hay que decir que los más avanzados;

los «Hijos de la Libertad», son espíritus iluminados que saben muy bien lo que pretenden, están dispuestos a sacrificarse por su causa —que es la causa de la Humanidad— y me parecen, en más de un punto, mucho más anarquistas que muchos de los oradores de ciertos grupitos alborotadores. Ciertamente que eran de los resignados y soportarían las leyes canadienses e inglesas más bien que practicar la resistencia pasiva, que les expone a las crueles torturas de los carceleros anglosajones.

»Creo que ofrecerían la vida para proteger a los suyos. No intentarían suprimir a un enemigo o a un animal dañino, pero harán todo lo posible para ponerlo en situación que no moleste, si no pueden evitarlo o protegerse eficazmente.

»Uno de los raros casos de inconsecuencia, que se cita entre ellos, es el de un pobre exaltado que, después de una violenta discusión en una asamblea, había decidido matar al presidente, Verighin. Salió del salón para volver al instante armado de un hacha. Manos vigorosas lo desarmaron. Verighin llamó al jefe de policía, que al principio rehusó intervenir, y aquél insistió, diciendo: «Este ser es del mundo vuestro; nada tiene de común con nosotros, lléveselo.» Ante el juez, hizo prometer al desgraciado no volverse a mezclar con los doukhobors, ya que nunca podría comprenderlos y luego pidió al tribunal que pusiera en libertad al acusado, lo que fué concedido.

»Los doukhobors no tienen iglesias, curas ni imágenes sagradas. Ignoramos su verborrea religiosa, alegorías y preces. El anarquista que no puede vivir entre ellos es el intolerante o el que tiene el prejuicio de ciertas palabras; el que quiere máquinas perfeccionadas, comodidades; el que se aferra a la ciencia, etc.; en una palabra, el que pertene-

ce a la entera o las tres cuartas partes de la civilización.

»¿Dónde están los anarquistas que viven sus ideas, como los doukhobors viven las suyas hoy, y a despecho de todas las persecuciones?

»Ciertamente que los cristianos de la Universal Brotherhood —Fraternidad universal— son místicos; ellos creen que el espíritu lo es todo, que el amor lo cura todo. Por ejemplo: una joven, poetisa oculta, descuidó su físico hasta el punto de caer enferma de tuberculosis. Un doukhobor, D., emprendió su curación: «En tres meses, dijo, entrará en el buen camino. El amor es el gran remedio que todo lo separa. No es necesario saber cuál es el órgano atacado; el espíritu, el pensamiento, la voluntad, la fe, las fuerzas del mundo invisible, en fin, gravitan y obran sobre el cuerpo entero.»

»Una noche nos entretuvimos ocupándonos de temas elevados y apasionantes; la enferma se mostró muy interesada y demostró una gran inteligencia; la discusión que se prolongó hasta altas horas, la había estimulado mucho y la reanimó visiblemente. Ella expresó su confianza en el porvenir de su existencia: «Estoy enferma porque yo lo he querido —dijo—; ahora que quiero estar bien, voy a curar.» Yo lo deseaba vivamente, por ella y por su deliciosa hijita de siete años, tan inteligente y con tan refinados gustos, pero, ¡ay!, en mi imaginación la veía emprender un viaje... del que no se vuelve ya. Pasaron algunos meses. Quise saber lo que le había ocurrido...; había muerto. Nada reproché a D. en aquella ocasión; era demasiado tarde para que las «potencias ocultas» pudieran reconstruir el organismo agotado ¡Si la fe luminosa salva, a veces, la fe ciega y mata!

»Para muchos de los doukhobors, la idea de Dios y la inmortalidad del alma son verdades absolutas.

Esto explica en gran parte por qué se ha visto a muchos estremecidos de gozo ante la idea de poder ser martirizados por la causa.

»No es la inacción lo que modificará el sistema social», se objetará: es cierto. Pero, ¿no han quemado los doukhobors sus armas en 1895? ¿No han retirado a sus hijos de las escuelas burguesas y se han negado a pagar los impuestos de guerra, en 1928? Entre ellos, la acción acompaña a la palabra, mientras que otros se contentan con soñar en las cosas de la sociedad futura. Muy a menudo, los que conciben la acción en forma de barricadas y cadáveres son incapaces de intentar el resultado final.

»Durante una sesión tempestuosa, en la que tomaron parte Verighin y el Comité director de la organización económica, un joven y tímido secretario, pensando que iba a ocurrir alguna cosa terrible, se eclipsó silenciosamente. Aún estaba todo tembloroso cuando Verighin se le reunió: «Cómo, ¿teníais miedo... por tan poco? ¡Tu verás algo más serio! Dentro de tres meses andarás sobre los cadáveres por las calles de Nelson.»

»Tres meses más tarde las escuelas cerraban sus puertas y la policía montada disolvía las Asambleas prohibidas, empleando la estaca prehistórica en compañía del gas, última fórmula. Todos los que hablaban inglés, y así podían servir de intérpretes a sus camaradas, fueron detenidos y torturados en las cárceles; doce de ellos murieron. Hablando exactamente, no hubo cadáveres en las calles, pero los hubiera habido, sin duda, si en lugar de limitarse a discusiones en el interior de salas de Junta, hubiéranse celebrado manifestaciones por las calles, con gritos y banderas.

»Para vivir según las leyes de la Naturaleza, como perfectos doukhobors, sería suficiente obser-

var a nuestros hermanos inferiores ¿Los pájaros se preocupan, acaso, de convencionalismos en el amor? ¿Hay para ellos un problema de población?...

»El doukhobor proclama su derecho de inactividad cerebral, de pereza intelectual, de calma. Quiere ignorar, olvidar todos los artificios, todas las preocupaciones y problemas de la civilización; vivir sencillamente en plena libertad, a fin de recobrar el instinto primitivo perdido y llegar, luego, a lo que él denomina la regeneración espiritual.

»Aunque desconocen los medios anticoncepcionales, los miembros de la Fraternidad universal tienen pocos hijos, y he aquí por qué: continuamente se ocupan en cuestiones espirituales (el nombre de *doukhobors* se les fué dado, se dice, por el obispo Ekaterinoslaw, en 1785, y significa *luchadores del espíritu*). Trabajan rudamente, nunca comen carne y no consumen bebidas alcohólicas; desconocen, igualmente, los vestidos confeccionados con vistas a excitar el apetito sexual y además, contrariamente a lo que puedan pensar los espíritus «perversos», nada hay mejor que el desnudo para evitar el deseo morboso o excesivo. Añadamos que el tolstoísmo y el doukhoborismo difieren poco y, sin duda, la idea tolstoiana —que clasifica el acto sexual como un pecado abominable— prevalece en estos espíritus sencillos. Igualmente es posible que los que son atraídos por esta religión sean, por naturaleza, los frígidos.

»El doukhobor tiene muchas y buenas razones para desear el retorno a la vida sencilla y natural; los ultrajes de la civilización son evidentes por todas partes: los magníficos bosques destruidos, las tierras horadadas y revueltas; humo y polvo, vibraciones destructoras. Además, el trabajo que enerva y tiende, cada vez más, a embotar los sen-

tidos; el comercialismo, que arrebató todo el gozo de vivir. La lucha constante, sin esperanza de justicia, sobre el estercolero de una sociedad decadente, que excluye toda posibilidad de ventura.

»La costa del Pacífico, de San Francisco al territorio de Alaska, estaba cubierta de árboles muy hermosos. En cuanto a frutos, nada: una especie de nuez, muy rara, y la bellota de una variedad de encina, podían servir de alimento a los escasos millares de indígenas que vivían en paz en aquellos parajes. El hombre civilizado, llegado de todas las partes del mundo, destruyó los bosques y sustituyó la flora del país con plantas traídas de sus tierras. La destrucción de los bosques no solamente modificó el clima de una manera desfavorable sino que, como la inmensa mayoría de las plantas importadas no se adaptaban bien al suelo aquel, su producción comercial no era posible más que a fuerza de cuidados especiales, continuados y muy dispendiosos; lo que no impide que el campesino «científico» se vea cada vez más metido en nuevas dificultades, pues todas estas plantas tienen una larga lista de enemigos, enfermedades y «molestias fisiológicas».

»Si toda la población rural se retirara de esta región durante cinco años, nada quedaría del trabajo del hombre. La Naturaleza recuperaría sus derechos.

»Los medios de transporte han permitido al hombre ensayar, en un territorio limitado, plantas de todos los climas; pero las semillas de las malas hierbas y toda clase de insectos molestos aprovechan la ocasión para viajar gratis y probar, ellos también, los nuevos parajes. Si el agricultor rara vez saca fruto de las innovaciones, ciertas plantas perjudiciales, al contrario, aprovechan el cambio de tal modo, que vemos en la actualidad muchos

terrenos ricos abandonados por esta razón. En Australia, por ejemplo, no había cactus, y ahora, más de diez millones de acres del mejor terreno están completamente invadidos por vegetación tan espinosa; las más ventajosas ofertas del Gobierno australiano no han llegado aún a persuadir a los campesinos para ocupar estas regiones, ya que la roturación cuesta mucho más cara de lo que vale la tierra. La zarzamora, igualmente importada, constituye otra amenaza del mismo género; la inmensa isla posee un matorral compacto que no mide menos de 500 kilómetros de largo.

»Lo mismo ocurre con ciertos insectos que, inofensivos o poco menos en su país de origen, se hacen terribles en su nueva localidad. Para no citar más que los que han sido descubiertos últimamente, he aquí un nemátodo de arrozales, que no causaba inquietud en el Japón, y en California se multiplica rápidamente en el hígado del hombre y lo mata. La chinche casera de la China pone a los blancos de América del Norte gravemente enfermos; la «viuda negra», pequeña araña del mismo origen, hizo morir a veinte personas en una reducida localidad, cerca de los Angeles, antes de que pudiera ser descubierta. En cuanto a los insectos que desalientan a los agricultores, son una verdadera legión, tales como la famosa mosca del Mediterráneo, que está a punto de arruinar la horticultura de todas las regiones cálidas de América, a pesar de los esfuerzos y los millones dedicados a su destrucción.

»El argumento de los doukhobors es que, en una época lejana, todas las especies estaban más o menos localizadas, y el hombre moderno, frecuentemente sin quererlo, las ha esparcido universalmente. El retorno a la vida primitiva puede que reparara el mal en menos de un siglo; pero antes

sería necesario reducir, enormemente, la población del globo. Hasta con una natalidad cuyo tipo medio se sostuviera al nivel de la de los doukhobors, la población tendería al aumento aún. ¿Hay que preferir el hambre a las medidas preventivas? Oigo distintamente a mis amigos doukhobors murmurarme al oído: «Hermano, seamos castos!» Ay...

»Los doukhobors están esparcidos en una extensión de unos 275 kilómetros, de Norte a Sur de la Colombia Británica, siendo los principales grupos West Grand Forks y Nelson.

»Más al Norte de Grand Forks, bajo un clima de los más inhóspitos, existe una pequeña Colonia, compuesta de unos 120 doukhobors. Estas 120 personas, que ocupan menos de cuatro hectáreas de terreno, producen sin duda todos sus alimentos, pero nada más. Una cierta parte de la población masculina trabaja en la vía férrea durante ocho meses cada año, lo que les permite adquirir en el exterior lo que su rincón de tierra no les puede proporcionar. Si se dedican a un trabajo muy penoso y laboran la tierra a fuerza de brazos es, sin duda, a causa de circunstancias particularmente desfavorables, porque las otras Agrupaciones poseen tractores, a pesar de su desprecio hacia el maquinismo.

»Leo en un manifiesto dirigido, en 1907, al pueblo y al Gobierno del Estado de Saskatchewan, con motivo del robo realizado por aquel Gobierno, que se apropió propiedades pertenecientes a los doukhobors, evaluadas en tres millones de dólares: «A nuestra llegada al país vuestro, no teníamos caballos ni bueyes y nuestras mujeres se uncían al arado y laboraban la tierra. Lo recordáis, porque fué muy comentado hasta en vuestros periódicos. Admitimos que, visto desde fuera, esto pareciera bas-

tante divertido, pero no teníamos otros medios y es bien cierto que esta clase de trabajo no es conveniente para los seres humanos y el menos apropiado para las mujeres...»

»En 1912, en West Grand Forks (unión de los ríos Columbia y Kootenay), algunos centenares de hombres, llegados de la Colonia Verighin (Saskatchewan), tras del pillaje oficial, compraron 10.000 acres de buena tierra. Los colonos son actualmente mucho más numerosos. Un enviado del *New York Sun* escribía con fecha 1 de septiembre de 1912: «En todo esto hay un sistema. Sistema y coordinación de esfuerzos que impregna toda la existencia de sus Comunidades. Todo se emprende tras de madura reflexión; ningún trabajo se pierde en esfuerzos individuales aislados y nada se emprende antes de que el número de brazos necesarios puedan ser puestos a la obra, para efectuar la máxima economía de tiempo combinada con el más alto rendimiento. Ningún hombre se queda sin trabajo, excepto cuando alcanza la edad de sesenta años, en que puede gozar de un descanso bien ganado. En verano, el trabajo se suspende entre las 11 y las 15 horas, y el sábado, a mediodía, cesa toda labor.»

»Como se puede ver por lo que antecede, la vida «primitiva» de los doukhobors difiere considerablemente de la de los seres primitivos que se encuentran aún en ciertas *partes de Africa y Brasil*.

»Un diario de Victoria, el *Daily Times*, hubo de admitir más recientemente, después de amplia información, que Brilliant no es una ciudad como las otras. Allí no hay que ocuparse del mañana, y nadie ha de pasar privaciones para procurar lo necesario a los que están en el declive de la vida. No hay alguna diferencia entre lo «tuyo» y lo

«mío», ni existen los recelos y envidias con respecto a lo que otros poseen.

«Las preocupaciones por asuntos de interés son desconocidas allí, ya que no hay dinero en circulación. Un delegado compra y vende por toda la Comunidad, y todo el dinero recibido del exterior ingresa en la caja común. Este dinero no tendrá valor alguno en el interior de la Colonia, pues nadie lo necesita.

«El Gobierno está por completo en manos del pueblo, pero en realidad no hay organización gubernamental alguna; todos los asuntos se discuten y ajustan en las reuniones del domingo, en las que cada delegado recibe sus instrucciones directamente de la Asamblea. Un administrador está seguro de conservar su puesto en tanto desempeñe su tarea honradamente y a conciencia. En todos los asuntos sociales o de otra índole, la mujer es absolutamente igual que el hombre, y es raro ver familias con más de dos o tres hijos.»

Más adelante aún leo: «La Comunidad de Brilliant posee un hospital muy bien equipado, pero sin médico, enfermero ni enfermo.»

Conviene explicar aquí que, enemigos de la ciencia, los doukhobors tienen, sin embargo, sus propios curadores: neurópatas e higienistas, cuyos esfuerzos consisten, sobre todo, en prevenir la enfermedad en lugar de explotar a los enfermos.

«Las habitaciones de los doukhobors son prácticas y muy sanas; cada casa está construida para alojar a treinta personas y los casados disponen de un doble dormitorio. Hay un cuarto de baño con lavadero para dos casas y las mujeres hacen el pan y guisan por turno establecido. Esto tiene cierto aspecto militar y más teniendo en cuenta que las casas son construidas, aproximadamente, con el mismo plano y carecen de decorado.

«El doukhobor se ha emancipado socialmente, como lo demuestra su género de vida, su completa indiferencia con respecto a autoridad y riquezas materiales. En cuanto a las creencias, es cierto que no está exento de prejuicios, pero no impone sus opiniones, y su tendencia al misticismo no se convierte en un medio para dominar u oprimir. Los doukhobors son creyentes en diversos grados y hay algunos que ni siquiera lo son.

«Los adeptos a las «ciencias ocultas» nos aseguran que los acontecimientos sociales, como los hechos que afectan a la vida individual, «proyectan una sombra ante ellos». Para hablar más claramente, digamos que las mismas causas producen los mismos efectos; un conocimiento profundo de la Historia permite predecir los acontecimientos futuros, con cierto grado de exactitud, como ciertas «manchas» del sol y su comportamiento, etc., permiten el pronóstico del tiempo futuro, salvo errores y circunstancias nuevas e imprevistas. Algunos doukhobors parecen haberse especializado en el arte de las predicciones, y hace mucho tiempo que sus predicciones han sido «notablemente exactas». Su gran profecía, que alcanzó una enorme difusión, no tiene nada de tranquilizadora para sus enemigos, ni para los indiferentes, incapaces de tomar una resolución con respecto a la elección entre el infierno de la civilización moderna y la libertad en el comunismo cristiano.

«He aquí la esencia de la citada profecía: «Van a ocurrir terribles acontecimientos, y ello es cuestión de algunos meses, un año o tal vez dos: guerra, revolución, conflagración universal, lucha sin tregua y definitiva entre todas las fuerzas de la opresión y las de la emancipación del hombre.» Esto lo han pronosticado los periódicos comunistas hace lo menos diez años, pero pasemos ade-

lante. «La lucha será larga, centenares de millones de personas van a perecer. ¡Nada de pesares entonces! A fin de cuentas, la idea de libertad y de armonía triunfará, pues todos los enemigos sinceros de la explotación y de la lucha fratricida se unirán a los doukhobors ante el peligro y esto será, en fin, la dicha, habiendo enriquecido la tierra con su carne putrefacta todos los enemigos.»

»Hay que tener en cuenta que los doukhobors no tomarán parte en la lucha, sino que permanecerán aislados en un paraje muy hospitalario y casi inaccesible.

»El Gobierno canadiense se preocupa actualmente del problema de expulsar a todas estas gentes sin ley y sin patria, cosa que no se presenta exenta de dificultades, y será interesante conocer las conferencias que van a emprenderse entre este Gobierno civilizado y el «Gobierno» de la tierra prometida.

»Todos los que se han ocupado en sus escritos de los doukhobors están de acuerdo en reconocer que son animosos, sanos, inteligentes, meticulosamente limpios, sociables y hospitalarios en extremo. No tienen periódicos ni historia escrita e ignoran hasta el origen de su secta, pero saben leer en el «gran libro» de la Naturaleza y de la vida mucho mejor que la mayor parte de los civilizados. Cualquiera cosa que haya, queda en definitiva: que ignoran los refinamientos y los principios sutiles que permiten a una minoría vivir a costa de un gran número.»

EXPOSICIÓN DE LOS PRINCIPIOS DEL DOUKHOBORISMO

Los lectores de esta obra encontrarán interesante la exposición siguiente, que constituye el protocolo de la Asamblea general de los doukhobors,

verificada el 14 de marzo de 1930. Se juntaron en ella los doukhobors de Puerto Rico, Colombia Británica y Canadá, y los reunidos —que pertenecían a la extrema izquierda de la secta— se declararon de acuerdo en los siguientes puntos:

«1.—La base del doukhoborismo es la ley divina.—La Fe y la Esperanza manifestadas por el Amor: «Haz a los otros lo que quieras que hagan contigo.» El fuerte debe ayudar al débil, a fin de hacerse igual a él y cumplir la voluntad de Dios y el mandamiento de Cristo. Un doukhobor ama al mundo entero y honra a todos los hombres como hermanos.

»2.—UN DOUKHOBOR NO MATA ni de hecho, palabra o silencio. Destruir, lo que fuere, le parecerá inicuo. Todo objeto individual tiene una vida propia, y he ahí por qué Dios, especialmente, está en el hombre. No es admisible el quitar la vida al hombre o a los animales, cualesquiera que sean las leyes humanas que se invoquen.

»3.—UN DOUKHOBOR NO EXPLOTA ni por acción, palabra o silencio. No se apropia la tierra; no reduce a servidumbre, a causa de ella, ni a los hombres ni a los animales. Un doukhobor no acumula capital, no posee capital alguno, porque sabe que el capital es un medio de explotación: «Donde está vuestro tesoro se encuentra el corazón vuestro.» Un doukhobor no se dedica al comercio o al corretaje: no sabría ser especulador o patrono.

»4.—Si la verdad, la libertad o la fraternidad lo exigen, UN DOUKHOBOR ABANDONA SU FAMILIA, sus padres, su esposa y sus hijos. Una familia de doukhobors vive fraternalmente —todos los miembros de la familia sobre la base de una completa igualdad—, cada cual según sus necesidades.

»5.—UN DOUKHOBOR VIVE EN LA RENUNCIACION; consciente de que su vida perdura siempre, que es eterna, abandona todo lo temporal, corruptible, personal; se libera de las pasiones, deseos, apetitos y malas costumbres y, entonces, entra en las filas de los que luchan y sufren por la Verdad; de los que en todo tiempo, hoy como ayer, han defendido *el ideal de la Fraternidad Universal*. Un doukhobor se sacrifica sin reserva —corporal y espiritualmente— al servicio de la Fraternidad, a sus amigos.

»6.—Al renunciar, un doukhobor abandona todas sus ganancias para el bien del pueblo —el fruto de sus penas— cumpliendo así el mandato de Cristo: «Vende todo lo que tienes y sígueme.»

»7.—MOVIDOS POR EL DESEO DE CONVERTIRSE EN VERDADEROS DOUKHOBORS, estamos reunidos en una *Fraternidad Universal*, nos hemos unido corporalmente para vivir las bases espirituales del doukhoborismo.

»La base de nuestra existencia corporal es el trabajo agrícola —el cultivo de las legumbres y las frutas—, de manera que podemos subsistir sobre la tierra con nuestro propio trabajo.

»Para instaurar el reinado de Dios sobre la tierra inauguramos *un nuevo orden de vida fraternal*, en la que nos revelamos abiertamente los unos a los otros: nos dedicamos a la obra y al funcionamiento de la *Fraternidad Universal*, y el dinero que utilizamos actualmente lo ponemos a la disposición de todos los doukhobors del mundo. Todas nuestras restantes posesiones han sido entregadas a la Fraternidad.

»Los productos materiales de la Fraternidad son depositados en una casa común, para ser distribuidos razonablemente entre los hermanos y hermanas, dando a cada cual según sus necesidades.

»Un Comité, compuesto de uno o varios miembros, es nombrado para regentar esta casa comunal, satisfacer las necesidades de todos los miembros y acudir a ayudar a los enfermos, viudas y huérfanos. El dinero de la Comunidad es confiado a este Comité.

»Las necesidades de la Fraternidad son determinadas por un *soviet* amistoso, formado por todos los miembros de la Fraternidad en general. *Las buenas acciones le inspiran*. La satisfacción de las necesidades se verifica según las bases razonables, tales como: alimento sencillo y sano para el mantenimiento de la vida corporal y espiritual; el trabajo corporal a ejecutar se determina por una adaptación, razonable, a las circunstancias en que se vive; todos los objetos de lujo, superfluos o de servidumbre, son declarados inadmisibles por la Fraternidad y, los que actualmente obren en nuestro poder, son remitidos a la Fraternidad para que disponga de ellos razonablemente.

»El ingreso en la Fraternidad está basado en la noción fundamental de la entera Libertad —en la conciencia individual de todo candidato— y en el principio del Amor y la Razón. En caso de violación, por parte de los miembros, de las nociones fundamentales, los principios o del buen orden de la Fraternidad, los transgresores son abandonados a su propia conciencia y quedan con todas las facilidades para arrepentirse o abandonar la Fraternidad.

»Para base de la unión del hombre y la mujer fijamos el principio de LA MADRE Y EL NIÑO; siguiendo las leyes naturales, no utilizamos la fuerza sexual más que para la propagación de la especie. La concepción y el nacimiento del niño tienen lugar en la plena libertad de la ley natural, y juzgamos imposible intervenir en manera alguna.

El cuidado de la madre y el niño, y la educación de este último, son asuntos de la Fraternidad entera.

»La educación de los niños —es decir, el desarrollo en ellos del Amor, la Razón y la liberación de sus capacidades naturales— se persigue en la escuela de la Naturaleza divina: la palabra de Dios es nuestro libro y nuestro maestro es Cristo.»—
LOS DOUKHOBORS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA DE LA FRATERNIDAD UNIVERSAL (Hijos de la Libertad).—Por copia conforme: *Anatole Fomine.*»

Cualesquiera que sean las divergencias que nos separen de los doukhobors —ateas, materialistas o anticristianas que fueran nuestras ideas—, se nos hacen eminentemente simpáticos por sus esfuerzos incansables para coordinar sus teorías con su vida diaria. Su ejemplo puede ser citado a los comunistas de la puesta y toma en colectividad —y a otros— que dejan siempre para más tarde... la realización de sus declaraciones... de principios.

CAPITULO III

Los hutteristas

Los doukhobors no son los únicos sectarios que abriga el Canadá. En los Estados de Alberta y Manitoba se encuentran numerosas Comunidades moravas. Se sabe que, originarios de Moravia, fueron expulsados de país en país, a causa de su antimilitarismo y antibelicismo, y han terminado por establecerse en América, donde residen desde hace cuatro siglos.

A la vista tenemos un recorte de prensa, de reciente fecha, que permite darnos cuenta de lo que han realizado estos sectarios, que se denominan entre ellos hutteristas, del nombre del fundador de la secta, Jacob Hutter. De esta mezcla de comunismo y puritanismo pueden sacarse algunas enseñanzas.

Los hutteristas se reúnen en pequeñas Agrupaciones de 150 a 200 personas; cuando se ha sobrepasado de este último número, por votación, se designa a los individuos que han de partir. La Comunidad les proporciona el dinero y los útiles necesarios y se marchan a fundar un nuevo establecimiento, por todos conceptos independiente del que acaban de abandonar. Sólo en el Estado de Alberta existen dieciséis Colonias de éstas, y todas florecientes.

Todo allí es de pertenencia general. Las ropas, la propiedad, el manejo de los fondos están bajo el control del *Wirt* o pastor, que puede ser reemplazado en todo momento. Todos los beneficios son consagrados a la adquisición de nuevas tierras, instrumentos modernos de agricultura u otras utilidades necesarias a la agrupación. Cada Comunidad es independiente y se organiza como quiere; no hay organismo alguno central. A cada socio se le atribuye un capital de 1.500 a 2.000 dólares, pero no ve nunca uno, y si abandona el grupo (lo que sucede muy raramente), se encuentra sin un céntimo para reconstruir su vida.

Los hutteristas son puritanos de otros tiempos, que trabajan encarnizadamente y no conocen otros recreos que conversar entre ellos y con los que los visitan. Tienen prohibida la música, hasta en sus capillas; miran con malos ojos el baile, el adorno personal y las fotografías. La T. S. H. y el fonógrafo están prohibidos en sus agrupaciones, lo que no obsta para que se sirvan con prodigalidad del teléfono, la electricidad y de la maquinaria agrícola más perfeccionada. Son labradores de primer orden; su ganado está bien cuidado y sus campos de trigo son de los más fértiles.

El emplazamiento de su Comunidad es generalmente un profundo valle, por el fondo del cual corre un río. El edificio principal es un gran refectorio, con la cocina en una construcción adyacente. Las viviendas están divididas en habitaciones, que consisten en dormitorios individuales o familiares, pero todos vienen obligados a verificar sus comidas en la mesa comunal; los adultos en una cámara y los niños en otra. Cada agrupación tiene una capilla, molino, talleres, granjas y graneros.

La vida social y económica está, desgraciadamente, saturada de religión; piensan bíblicamente,

si así puede decirse, y su lengua es la antigua jerga de Canaán. Sus vestiduras son de un color gris oscuro y constituyendo casi un uniforme, pero es cómodo. Todos los hombres casados llevan barba. No hay casi ningún ejemplo de que un hombre de estas agrupaciones permanezca soltero y no se conoce allí el divorcio. En otros tiempos, los «mayores» arreglaban los casamientos, pero en la actualidad, los hutteristas eligen sus compañeras, siempre mirando con malos ojos el amor romántico.

Entre los hutteristas no hay analfabetos, y sus escuelas primarias van de conformidad con el programa de las escuelas del Gobierno; la instrucción es, pues, obligatoria, pero no se preocupan de estudios secundarios. Tres siglos antes de que se hubiera hablado de «jardines para niños» tenían «pequeñas escuelas» para sus hijos menores de seis años. Además de los estudios elementales, en sus escuelas aprenden a cantar; enseñan a los alumnos canciones infantiles, a portarse correctamente en la mesa y a escuchar con recogimiento las acciones de gracias que preceden y siguen a todas las comidas. ¡Pobres criaturas!

La educación postescolar se concibe allí desde el punto de vista práctico; cada adolescente viene obligado a aprender un oficio, si no se dedica a la agricultura. Salvo los enfermos y las personas de edad, todos los socios adultos de la Comunidad han de aportar una parte igual de trabajo colectivo. No se permite permanecer entre ellos a los perezosos y no admiten que el trabajo intelectual ocupe el sitio de la labor manual. Los predicadores y maestros son gentes que tienen un oficio y lo ejercen cuando el púlpito o la clase no reclama sus servicios.

Suenan campanas para anunciar los cambios del

trabajo en los campos, pero no hay que deducir que esta «marcha horaria» implique monotonía, pues las ocupaciones asignadas a cada cual, en particular a las mujeres, son de una variedad sorprendente. La idea dominante es que no haya en la Colonia quien no haya participado en todas las fases del trabajo a realizar.

No se autoriza el tener criados.

Los períodos de reposo están liberalmente organizados.

Se estima en seis u ocho millones de dólares el total del activo en las comunidades hutteristas, en el Estado canadiense de Alberta, donde existen alrededor de 3.000 socios.

Un número, muy reciente, de *The Llano Colonist* inserta una carta de un profesor adjunto de sociología, catedrático de la Universidad de Dakota meridional, M. Lee E. Deels, que dice haber estudiado escrupulosamente las Comunidades de los hutteristas esparcidos, en número de treinta y cuatro, en el Dakota meridional y Manitoba. Estas colonias totalizan 4.000 afiliados.

Los mennoístas

En junio de 1930, un contingente de mennoístas llegó al Paraguay, aumentando a 1.500 el número de las familias agricultoras llegadas para establecerse en aquel país. Uno de los políticos que favorecen esta emigración, el senador Eusebio Ayala, ha hecho unas declaraciones a un corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires, que creemos interesante reproducir, porque enumeran las facilidades concedidas a estos sectarios por el Gobierno paraguayo, y relatan la serie de circunstancias por

las cuales los mennoístas acudieron a plantar sus tiendas en aquellas regiones.

«La secta religiosa de los mennoístas —declaraba don Eusebio Ayala— se formó en los Países Bajos, en los primeros tiempos de la disidencia protestante. Su fundador fué Simón Menno. Las persecuciones religiosas obligaron a los fieles de esta secta a emigrar a Prusia, donde vivieron largo tiempo, adoptando las costumbres y el idioma del país. Desde las primeras épocas de su existencia, los mennoístas sufrieron, a causa de su dogma pacifista, que les prohíbe el uso de las armas sin pretexto alguno. De Prusia se vieron obligados a emigrar a Rusia, donde llegaron a constituir Comunidades prósperas y respetadas por las autoridades. Pero el militarismo, que dominaba en la Europa antes de la guerra, creó una atmósfera poco simpática alrededor de las sectas no combatientes y los mennoístas pensaron entonces en el Nuevo Mundo, emigrando en considerables cantidades a los Estados Unidos y al Canadá. En ambos países desarrollaron, sin obstáculo, sus actividades, consagrándose a la agricultura, que es el trabajo sagrado de los mennoístas.

»Actualmente existen, en diversos Estados de la Unión Americana, Comunidades que gozan de un amplio bienestar y son ricas. En el Canadá, los mennoístas han encontrado ciertas dificultades, en lo que concierne a la enseñanza (1). Este dominio británico, donde existe un gran movimiento de inmigración, se esfuerza en estimular la cohesión entre sus habitantes, imponiendo en las escuelas la enseñanza obligatoria del inglés. Pero los mennoístas consideran como uno de sus privilegios más apreciables el mantenimiento de su lenguaje tra-

(1) Como les ha ocurrido también a los doukhobors.

dicional, que es el bajo alemán. Estas dificultades dieron lugar a una nueva corriente de emigración, y los representantes de la secta buscaron en diferentes personalidades americanas el apoyo necesario para realizar su proyecto. Su reputación de trabajadores excepcionales les valió solicitudes de todas partes. Los Gobiernos de Venezuela y el Ecuador les ofrecieron tierras. El de Méjico supo atraerse un buen número, que se establecieron en el Estado de Chihuahua, donde recientemente han sido víctimas de la persecución religiosa.

»Entretanto, el presidente de uno de los grandes Bancos de Nueva York, hombre que tenía numerosas relaciones en los Estados Unidos y en Europa, el general Samuel Mac Roberts consintió en estudiar la situación de los mennoístas para llegar a una solución. Su mirada se fijó inmediatamente en la América del Sur, donde envió a numerosos expertos en materia de colonización, a fin de estudiar las diferentes regiones susceptibles de servir de base para el establecimiento de poblaciones agrícolas.

»Uno de los enviados del general Mac Roberts era Fred Engen. Este «batidor», muy conocido, había sido uno de los grandes promotores de la colonización del Canadá, en las grandes regiones que cruza el Canadian Pacific, ferrocarril transcanadiense. Engen marchó a Bolivia, que abandonó para entrar en la región del Chaco; en su primer viaje, partió de Puerto Pinasco y penetró en el interior, recorriendo unos 250 kilómetros de territorios prácticamente inexplorados, hasta que llegó a un lugar que ofrecía tales condiciones de clima y suelo que no podía menos de complacer a los futuros colonos.

»Durante su permanencia en Buenos Aires, el general Mac Roberts se había dado cuenta de que no sería posible obtener del Gobierno de la Re-

pública Argentina una concesión tal como la deseaban los mennoístas. Marchó al Paraguay y el presidente Gondra se encargó de presentar al Congreso el proyecto de ley de franquicias.

»Tal fué el origen del movimiento de emigración mennoísta al Paraguay. Las Comunidades mennoístas enviaron diversas delegaciones para estudiar las condiciones de la región escogida en el interior del Chaco. Las informaciones recogidas fueron completamente satisfactorias.

»La ley de concesión contiene los siguientes privilegios: liberación del servicio militar para los descendientes de los colonos, a condición de conservar su afiliación a la secta; libertad de enseñar a los niños en la lengua tradicional; reconocimiento de la institución tutelar denominada *Waisenamt*, que consiste en atribuir la tutela de los huérfanos menores a un Comité elegido por la Comunidad.

»Las tierras donde se han establecido los colonos han sido compradas a la Compañía Carlos Casado, que posee alrededor de 16 000 leguas cuadradas en el Chaco. Esta Compañía ha construído un camino de hierro de 160 kilómetros, que atraviesa toda la región pantanosa y pone a la Colonia en comunicación con el río.

»Los colonos están actualmente distribuídos en quince Comunidades, con sus templos, escuelas y campos comunales. A pesar del trabajo exigido por las instalaciones, los cultivos han tomado una extensión extraordinaria. Cada Comunidad contiene unas veinte familias. Siguiendo las costumbres de la secta, *no hay autoridades judiciales o policíacas*, pero los mennoístas son conocidos por sus hábitos de disciplina y su equidad en las transacciones... Puede decirse que la autoridad la ejercen los pastores y los *elders* (antiguos).

»Los mennoístas rusos, que llegan actualmente,

se establecerán en la vecindad de la Colonia Menno —de la que nos acabamos de ocupar— pero sin confundirse con ella. Constituirán aldeas más populosas, con comunidades formadas por treinta o cuarenta familias.

«Ahora que los inevitables choques de la iniciación han sido ya evitados, la suerte de los mennoístas parece asegurada. No solamente producen lo suficiente para su consumo los colonos actuales, sino que han comenzado a vender en el exterior; han emprendido el cultivo del algodón, con excelente resultado, obteniendo un rendimiento y una calidad que han dado plena satisfacción. De momento, es el único artículo de exportación producido por la Colonia, pero otros productos, tales como el maíz, mijo, judías, etc., encuentran fácil salida en el mercado interior, y no se ven inconvenientes a que el Chaco reciba a millares de otros mennoístas esparcidos actualmente por todo el mundo. La empresa de colonización Corporation Paraguaya, S. A., cuya sede está en Asunción, ha recibido aviso de los mennoístas de Polonia, Alemania y Rusia, que se proponen trasladarse al Paraguay.»

Unos días antes de que fuera compilada esta obra, cierto número de mennoístas procedentes de Rusia atravesaban París en marcha hacia el Paraguay.

LIEFRA

El Socialista cristiano de julio 1924 publicaba un suplemento consagrado a la Colonia Liefra (1).

(1) El nombre *Liefra* está formado con la primera sílaba de las tres palabras *Liberté, égalité, fraternité*. Esta Colonia ha dejado de existir en fecha muy reciente; más exactamente, después de la muerte de la señora de Paul Passy.

Este estudio, debido al señor Paul Passy, profesor de la Escuela de Altos Estudios, fonetista distinguido y cristiano evangélico muy conocido, nos recuerda que Liefra ha sido fundada en 1908 para ilustrar prácticamente los principios del colectivismo libertario de base cristiana, o mejor, como una aplicación moderna de los principios sociales contenidos en el código agrario mosaico, particularmente en el capítulo 25 del Levítico (ley del jubileo). Estos principios son los siguientes:

- 1.º Propiedad colectiva inalienable del suelo.
- 2.º Apropiación familiar por lotes proporcionados al número de miembros de cada familia.
- 3.º Goce y explotación individual independiente (sin perjuicio de cooperación voluntaria, si hubiera lugar).
- 4.º Revisión periódica de los lotes, de manera que mantenga o restablezca la igualdad de su valor.

Estos principios estaban en ensayo de aplicación dieciséis años, en 1924, en un terreno de 140 hectáreas, con varios edificios.

«La yuxtaposición de los dos principios: propiedad colectiva y disfrute individual, formando el colectivismo libertario —escribe el señor Paul Passy—, parece haber dado buenos resultados. En 1910, comparando el régimen de Liefra con los de algunas otras Colonias, yo escribía: «Las Colonias en cuestión han tomado siempre por norma, no solamente la propiedad colectiva, sino el trabajo colectivo y, lo más a menudo, hasta la vida en común.» Esto, estoy cada vez más convencido, es una concepción utópica y no es ni siquiera un ideal al que se debe tratar de aproximarse. Trabajar exclusivamente en común es romper el resorte de la energía individual; es ofrecer una invencible tentación a los perezosos, dispuestos a vivir del tra-

bajo ajeno. Vivir en común es arriesgarse a dar una monotonía insoportable a la existencia; es también abrir las puertas a las ocasiones de disputa que proporcionan la mil futesas de la existencia cotidiana. Es comprometer fatalmente la buena armonía entre los camaradas y sin la buena armonía es imposible el éxito.

»Con nuestro sistema, al contrario, el instinto de iniciativa individual es respetado en absoluto. Cada cual vive en su casa y nadie viene obligado a tener con los otros más que aquellas relaciones que desea. Las ocasiones de disputar están reducidas al minimum y si, por desgracia, dos colonos llegaran a la disputa, la marcha de la obra no quedaría comprometida. El instinto de posesión personal puede tener libre el paso; cada cual es el amo «en su casa», en su parcela, lo mismo que cualquier otro propietario, en todo caso mejor que el carbonero del cuento; el derecho de la colectividad no interviene más que para impedirle enajenar imprudentemente su lote o usurpar el de los otros. Hasta lo que hay de legítimo en la herencia está plenamente salvaguardado, puesto que la misma parcela se transmite de padres a hijos.»

Estas palabras parecen haber sido justificadas por la experiencia, y si la Colonia ha escapado a los peligros que han amenazado su existencia es, en gran parte, gracias a la absoluta independencia mutua de los colonos. Porque en Liefra hubieron sus disgustos, motivados en su mayor parte por el reclutamiento defectuoso de sus miembros. También se ha tomado la determinación de no admitir a los colonos en la sociedad hasta pasada una estancia bastante prolongada como arrendatarios de un lote. Luego, las preocupaciones pecuniarias, inevitables para el mantenimiento de una sociedad colectivista en medio del ambiente capitalista,

hicieron que la Colonia viviera, aunque no prosperara; vivía bastante bien cuando llegó la guerra y moderó considerablemente el impulso que adquiría. Afortunadamente para la existencia de la Colonia, durante aquellos duros años se estableció en uno de los edificios abandonados de Liefra un Orfanato titulado El Nido, que reunió ochenta niños, de los cuales veinticinco se han quedado definitivamente. El Nido se hizo socio colono y es principalmente el que disfruta de una situación más floreciente, al mismo tiempo que contribuye en una gran parte, con las cotizaciones y simpatías que ha atraído sobre Liefra, a la prosperidad del conjunto; esto ha llevado a la fundación de una pequeña escuela libre que frecuentan todos los niños de la Colonia.

La Colonia progresa, pues, a pesar del punto negro que es la reparación de los edificios. El número actual de los asociados es de 18, de los cuales una parte solamente (seis familias) son colonos, siendo los otros amigos, que ayudan con sus contribuciones y consejos. La población de la Colonia (comprendiendo El Nido) oscila entre cuarenta y cinco personas en invierno y setenta en verano. Los asuntos corrientes están administrados por un Consejo, que los socios eligen anualmente. El presupuesto, alimentado con las cotizaciones de los miembros, un impuesto sobre los edificios, el alquiler de algunos prados y con donativos, hace frente a las contribuciones, al impuesto escolar y a las reparaciones.

Los colonos de Liefra se dedican casi exclusivamente a la cría de ganado, a causa de la naturaleza del terreno; los ensayos de cultivo colectivo no han dado resultado.

La vida en la Colonia es apacible y tranquila, sin monotonía. Los días de reposo son consagrados

a juegos, deportes, sesiones literarias y musicales, fiestas y lecturas proporcionadas por una biblioteca bastante buena.

Se explica mejor la existencia de la Colonia si se dice que Liefra ha constituido una pequeña iglesia; una iglesia, sin embargo, que carece de organización y de principios eclesiásticos uniformes. Los socios son en su mayoría bautistas, pero hay también reformados y cristianos sin clasificar.

CAPITULO IV

Las Colonias sionistas

En Palestina existen numerosas Colonias, que representan toda especie de tendencias: desde el individualismo al comunismo, pasando por la cooperación.

En 1882 fué fundada la primer Colonia agrícola, que no tenía nada de comunista, situada cerca del puerto de Jaffa. Fué sacada de la miseria por el barón Rotschild, que, interesado por esta tentativa, creó otras Colonias para permitir a sus correligionarios instalarse en su país de origen. Su programa, que no era comunista en lo más mínimo, consistía en lo siguiente: adquiría un terreno y hacía acudir allí a los judíos que se adaptaban a las labores agrícolas; luego, cuando aquellos estaban ya experimentados, repartía entre ellos la tierra y cada cual se hacía propietario independiente.

Así se formaron una treintena de Colonias, todas prósperas, pero nada interesantes desde el punto de vista social; entre ellas se empleaba la mano de obra asalariada, árabes con preferencia a los judíos.

A causa de la Gran Guerra se produjo un cambio considerable en la historia de las Colonias sionistas. Los ejércitos ingleses entraron en Jerusalén,

al mando del general Allenby, el 9 de diciembre de 1917, y el 2 de noviembre del mismo año, en una carta dirigida al barón de Rotschild, Lord Balfour —entonces ministro de Inglaterra— había declarado oficialmente que la Gran Bretaña «miraba con buenos ojos el establecimiento del hogar nacional de los judíos en Palestina y haría cuanto pudiera para facilitárselo». Esta declaración causó en los judíos, siempre a la espera de la restauración de Sión, una viva exaltación y dió un mayor impulso al movimiento sionista. De todos los países llegaban los judíos y ello produjo el nacimiento de nuevas Colonias, según el tipo de las Comunidades agrarias.

Fueron creados dos fondos nacionales: uno para la colonización general, el Keren Hayesod; el otro para la adquisición de las tierras, el Keren Kayemeth.

El Keren Kayemeth compró las tierras, pero, contrariamente a lo que había ocurrido en las Colonias del barón Rotschild, estos dominios no fueron jamás alienados. Los colonos no pudieron ser más que concesionarios y no propietarios, y esto por diversas razones, una de las cuales pertenecía al orden religioso. Según la Biblia «las tierras no se venderán a perpetuidad, porque la tierra es mía, dijo el Eterno»; la tierra, pues, debe ser común a todos los hijos de Dios y no puede ser objeto de venta ni de compra. Tenía, pues, que seguir en las manos de una misma familia. Sólo las cosechas podían ser vendidas y únicamente en el período transcurrido entre dos jubileos, época que vuelve cada cuarenta y seis años y en la cual las tierras debían retornar a su propietario. La idea de la tierra inalienable es común a todas las civilizaciones primitivas y aun se encuentra, en el sistema del *mir*, en Rusia.

Pero si todas las tierras están constituídas en propiedad nacional es con el objeto de que toda la Palestina pertenezca un día a los israelitas y que sea reconstituído el reino de Israel.

Aun hay una razón de orden económico. El fondo nacional judío se beneficiará con la plusvalía de la tierra, que es general en todos los países donde se acrecienta la población, que así no constituye una ganancia para los propietarios. Su renta aumentará a cada revisión de arrendamientos y esto será un presupuesto suficiente para el Estado.

Con este sistema, el Keren Kayemeth conserva un derecho de control perpetuo sobre la Colonia en las cuestiones de salubridad y ordenamiento.

En fin, esto evita al colono —pobre a su llegada— el desprenderse de las sumas necesarias para la adquisición de un terreno, pues no tiene que pagar más que un arrendamiento poco elevado.

El sitio elegido para el establecimiento de las colonias judías es el valle que se extiende desde el lago de Tiberiades al golfo de Haiffe: el llano de Jesreel; igualmente se encuentran en el llano de Saron.

El fondo nacional agrupa a los colonos de manera que puedan explotar un dominio bastante extenso. Cada familia explota su lote, sin necesidad de emplear mano de obra asalariada. En los momentos de agobio los colonos se prestan mutuamente su concurso. La libertad de organización es absoluta; así es que se encuentran Colonias de tipo individualista (las que fueron fundadas por Rotschild), de tipo comunista y del sistema cooperativo.

Como colonia cooperativa citaremos a Nahalal, que está dispuesta de tal forma que las familias recurren a los servicios colectivos, entre otras cosas, para procurarse el agua necesaria; hay asociacio-

nes para la venta del tabaco, que es uno de los grandes productos de Palestina, y para la ejecución de numerosos trabajos: como los de plantación, drenaje, regadíos, construcción de carreteras, etc.

De las Colonias donde se practica el comunismo, la más conocida es Nuris; allí todo se encuentra organizado en común; trabajo de hombres y mujeres, habitación, mesa, etc.; los niños también son mantenidos a expensas de la Comunidad. La Colonia atiende todas las necesidades; su producción es casi suficiente para el consumo, y consume todo lo que produce; representa el tipo de la Colonia de economía cerrada que se basta a sí misma. Cuando tiene necesidad de alguna cosa del exterior uno de sus delegados acude a una sucursal de la gran sociedad cooperativa de consumo de Palestina, Hamashbir, y lleva el producto de su cosecha, que se le anota en su haber de la Colonia y se carga en su debe el importe de las compras. A fines de año se envía a la Colonia el balance de su cuenta corriente. Existe una Colonia donde hasta los vestidos los proporciona la Comunidad.

El movimiento sionista representa un impulso entusiasta en pro de la resurrección de una nación destruida hace millares de años; pero, desde el punto de vista económico, se presentan muchos obstáculos a su éxito. Los mismos judíos, temiendo que se les expulse de otros países si existe una tierra judía, oponen resistencias. La Palestina está ya ocupada por los árabes, que no están dispuestos a ceder el sitio; por otra parte, la restringida superficie de la Palestina impide la expansión de las Colonias y, en fin, los colonos no se sostienen más que gracias a los socorros que les proporcionan los judíos del mundo entero; por lo tanto, no son independientes.

Recientemente se ha encontrado el medio de abrir nuevas salidas a los colonos sionistas, con la explotación de los productos químicos del Mar Muerto y la utilización de las aguas del Jordán como fuerza motriz.

La República de los Niños

«Existen hechos que no pueden relatarse sin vacilaciones, por lo mucho que atacan a las verdades admitidas, a la práctica de la vida y a lo que parece ser el recto sentido de las cosas... ¿Cómo hacer creer que hay un sitio donde 110 niños de ambos sexos, cuya mayor parte cuenta de doce a quince años, se gobiernan a sí mismos, atienden casi enteramente a sus necesidades, tienen su constitución, su tribunal, su prensa y su sistema electoral? ¿Y que esto no conduce al caos ni se convierte en un juego? Sin embargo, Kfar-Ieladin existe, y no soy yo el único que la ha admirado. En suma, he aquí de lo que se trata:

Después de las espantosas matanzas de judíos ocurridas en Ucrania..., había un número incalculable de huérfanos, y la poderosa Comunidad judía del Africa del Sur tomó el acuerdo de encargarse de algunos de ellos y colocarlos en Palestina; de esta manera nació Kfar-Ieladin. Al principio, fué una institución parecida a todos los orfanatos; los pupilos, atemorizados, cohibidos, no se distinguían en nada de esas tristes criaturitas que se ven desfilar en lúgubre ruta, en cualquier capital de provincia, un día de fiesta. Cerca de un año transcurrió así. Entonces llegó un hombre que poseía la más noble fortuna: la de ser querido por los niños. Se llama Pougatcheff. ¿Su retrato? Una barba tirando a roja, gruesos labios, profundas

arrugas en la frente, pero en los ojos una bondad infinita y un candor resplandeciente.

En Rusia era un pedagogo conocido; podía haber seguido viviendo con entera seguridad en su país, pero sentía un gran amor por la Palestina. Acudió allí y fundó Kfar-Ieladín.

Las líneas esenciales de su método —que él me expuso en una pequeña habitación clara y alegre— son las siguientes: reemplazar la instrucción por la educación. Desarrollar la individualidad por completo, pero de tal manera, que tenga en cuenta los individualismos vecinos. Emplear en su plenitud la hora que pasa. Abolir la preparación utilitaria en la vida, que es una preparación mezquina y amarga. No hacer pensar más que en la labor presente, en ella misma y por ella misma. Y para todo ello hacer vivir a los niños entre ellos únicamente, según las reglas elaboradas por ellos mismos.

El programa era hermoso. Se trataba de darle forma y vida, en tímidos niños, trasplantados, desterrados, y que todos habían tenido en la aurora de la vida tan terribles bautismos que podían estar irremediabilmente falseados. Su nuevo guía comenzó por amansarlos; iba del uno al otro lado conversando familiarmente con todos, con su voz sorda y alegre, tratando de hacerles comprender que no venía como dueño, sino como un hermano mayor. Habiendo establecido aquellos lazos —aun frágiles— de confianza recíproca, reunió a los niños y les hizo, sobre poco más o menos, este discurso:

«Amigos míos: yo no quiero imponeros cosa alguna. Vosotros debéis comprenderlo todo y dirigirlos vosotros mismos. ¿Pero cual es nuestra situación? ¿Dónde estamos? En el Emek, valle de Palestina. Aquí comienza para todos una vida nueva.

Vosotros apreciáis bien que hay que tomar parte en ella, pero, ¿cómo? ¿Las aldeas árabes os gustan? ¿No? ¿Por qué? Porque son sucias. ¿Y las aldeas rusas donde habéis vivido? ¿Tampoco? Por la misma razón. Pues vosotros queréis vivir en una aldea limpia. Vosotros tenéis que hacerlo. Vosotros tenéis que distribuir vuestro trabajo, elegirlo, entenderos entre vosotros. Yo no estoy aquí más que para aconsejaros. No admito quejas ni distribuyo castigos. Arreglad entre vosotros esas cosas.»

Habiendo presentado el problema de esta forma, Pougatcheff dejó reflexionar a los niños unos días; luego, dulcemente, por medio de insinuaciones y sugerencias, les hizo descubrir los engranajes esenciales que debían regirlos. Así fué elaborada una constitución, carta suprema, y fué instituído un tribunal, único órgano de sanciones. Todos participaron en la constitución; ella fué el fruto de largas conversaciones, conducidas con seriedad y fe. Su base fué la responsabilidad de cada uno; sus artículos tocaban el detalle de la administración y el desarrollo de la pequeña Colonia. Su aplicación debía estar asegurada por un Comité de siete miembros, elegidos en dos grados. Durante un mes, Pougatcheff explicó el valor de la constitución, que fué votada por unanimidad; luego dejó dos semanas de meditación a los niños para elegir sus delegados. Las elecciones se desarrollaron con la misma gravedad que había presidido toda aquella gestación; el Comité directivo de Kfar-Ieladín quedó constituído de la siguiente forma: este tenía que velar por el orden, aquel por la limpieza, otro por que todo el mundo fuera a la escuela, el de más allá cuidaba de que se guardara la debida compostura durante las comidas.

«Y la autoridad de los directores que los niños se han dado a sí mismos es tal —me decía Poutgat-

cheff— que, sin intervención alguna de mi parte —le doy a usted mi palabra—, es bastante que la niña encargada de vigilar el comedor dé unos golpes en la mesa para que el ruido más violento se apacigüe. ¿Cómo se sostiene esta autoridad? ¿Por medio de qué sistema penal? Ese es el punto delicado de todos los métodos de educación. Unos tienden a la represión, otros a la persuasión. Fiel al programa que me parece más apropiado a la naturaleza infantil dejé a los niños —igual que se dirigen por sus propios medios— que se juzgaran entre sí. Los primeros ensayos no se desarrollaron sin una verdadera angustia, por mi parte. Temía abrir campo a las injusticias, a la crueldad, que pretende ser lo propio a esta edad, pero pronto quedé completamente tranquilizado. Los juicios se desarrollaban a presencia de todos y, aunque cada cual tenía el derecho de acusar y defender, no he observado ninguna travesura, ninguna mezquindad, sino una preocupación por la equidad, una delicadeza de sentimientos, una propensión a la excusa que harían honor a muchas sesiones de los tribunales de adultos. Estas sesiones son ahora mi mayor gozo. Mi ayudante levanta minuciosamente el acta en cada proceso, y raramente he visto un documento pedagógico de tan alto interés como presenta cualquiera de ellas. Por otra parte, ¿sabe usted cuántas violaciones a la regla tuvimos que juzgar en diecinueve meses? Catorce. Imagine que hay aquí 110 niños, y compare con los castigos que se aplican, por término medio, durante un mes de colegio, en las clases de treinta alumnos. El más grave de estos delitos fué cometido por dos muchachos que se metieron en la panadería y se hicieron un pastel con dieciocho huevos. ¿Cuáles son las sanciones que aplica el tribunal?, preguntará usted. Sobre todo, la privación de los derechos civiles.

No se sonría; no sabe usted hasta qué punto son sensibles los niños a este castigo. Este les aparta, los pone al margen de los otros chiquillos y se muestran abatidos durante todo el período de duración de su castigo. Mire, voy a contarle, a propósito de esto, una historia que me ha trastornado. Aquí tenemos un muchacho que tiene una herencia peligrosa; su padre era alcohólico y la matanza que lo dejó huérfano fué realizada de una manera particularmente innoble. Estaba sujeto a crisis de cólera desenfrenada y se lanzaba sobre sus camaradas para morderles. Fué juzgado y condenado a la pérdida de sus derechos civiles para tres meses. Sin embargo, teniendo en cuenta las circunstancias que acabo de indicarle, los muchachos resolvieron que este veredicto no se haría efectivo más que en el caso de que durante tres meses no pudiera contenerse. Aquel chiquillo se replegó en sí mismo y andaba grave y mudo, como si llevara alguna cosa en sí pesada y de gran precio. Día por día fortificaba su dominio, y nunca olvidaré el acento anhelante con que vino un día a decirme: «Ya siete semanas.» Esta lucha sostenida con sus instintos, aquella reorganización interior en un niño de quince años —determinadas únicamente por la presión social—, constituyen una enseñanza que no puede menos que hacer pensar mucho. ¡Y la ansiedad general que acompañaba a sus progresos! Toda la Colonia se apasionaba por la regeneración de su camarada. ¡Con qué inquieto gozo se sucedían las etapas! ¡Con qué delicadeza ingenua se colaboraba!»

Terminada su exposición, Pougatcheff me hizo visitar la Colonia. Los niños lo hacían todo. Los vi en el huerto, donde un profesor les enseñaba la botánica y la química vegetal, al mismo tiempo que trabajaban con las palas y azadones. Los vi en la

cocina —milagrosamente limpia— cómo preparaban la comida; en el lavadero, en la carpintería. Vi a los pequeñines, que empujaban las carretillas, y a los mayores, que trabajaban en los campos. Estaban sanos y fuertes, sonrientes y graves. Dos o tres chiquillas me llamaron la atención por su belleza; pero todos tenían en su aspecto esa nobleza que procede de una raza antigua, de un hermoso clima y de una vida vigorosa. Volviéndome a su habitación —con proporciones de celda— Fougatcheff me mostró la colección de un periódico bimensual que redactan, en hebreo, los muchachos de Kfar-leladin. Textos e ilustraciones estaban trazados por manos aun poco ejercitadas, ¡pero tan escrupulosas...!» (1).

(1) J. Kessel en la *Palestine Nouvelle* (*La Revue de París*, 1 de febrero de 1927).



últimas publicaciones

MI HERMANA Y YO — Friederich Nietzsche. Su último manuscrito. Redactado en un manicomio de Jena y entregado a un compañero internado para salvar la obra de la implacable censura de su hermana Elisabeth. Su despedida de la vida.

LA INFAMIA ORIGINARIA — Lea Melandri. Redatora de la revista *L'erbavoglio* escribe en este libro sobre la supervivencia, la separación entre el orden económico y la sexualidad. "La finalidad de este libro: ayudar al 'deterioro' de la POLITICA, pero también del sentimiento, de la sexualidad imaginaria, de la evasión por obligación, de los amores infelices".

EL GRAN ERROR MILITAR — Abraham Guillén. Unas burocracias políticas en continua lucha por el poder, impusieron un orden de batalla a modo de "juego de soldadito de plomo", despreciando "muy significativamente" el orden de batalla revolucionario. Es decir la guerrilla, el sabotaje, la milicia, la combinación ejército-pueblo.

LA OPRESION DE LAS NACIONALIDADES EN LA URSS — Ivan Dzjuba. Las actuales burocracias dirigentes, las sólidas pequeñas burguesías están muy lejos de ser portadoras del Internacionalismo proletario y de la autodeterminación de los pueblos y sí en cambio muy cerca de "comunismos de cuartel" y de ostentosas actitudes-amicales-despreciativas hacia, hombres, lenguas, culturas pueblos.

HISTORIA DE LAS NACIONALIDADES — A. Rovira Virgili. El mapa de las nacionalidades, estudiado por el autor en 1912, nos habla del problema nacional que lejos de resolverse con la autodeterminación de los pueblos, éstos son sistemáticamente eliminados por las ideas imperialistas de unos y chauvinistas de otros. (3 tomos).

EL VIAJERO Y SU SOMBRA — Friedrich Nietzsche. Obra de gran interés por su crítica literaria y musical a grandes hombres de la época. En ella se entremezclan sus posturas políticas y sus críticas a la psicología nacional de algunos países.

JOY — Echevarría. Novela de contraespionaje cubano. El autor no sólo trama la acción policíaca contra la CIA, al pretender ésta la destrucción de la cosecha de cítricos cubanos sino que, paralelamente, quiere recoger la acción de la CIA como demostración de la política imperialista USA.

TEXTOS SOBRE LA AUTONOMIA: La estrategia del Capital. Compilación de textos teóricos italianos acerca de la planificación del capital a través de la crisis. El desarrollo de la fábrica difusa extendida por toda la sociedad. El paro, la robotización y el trabajo negro son las más claras consecuencias.

GENESIS DEL HOMBRE ECOLOGICO — Michel Odent. El autor ha escogido el acto de «nacer», para demostrar hasta que punto se priva al hombre de nuestra sociedad de todas sus raíces perigenéticas, filogenéticas, nominianas y socio-culturales.

EL LENGUAJE Y EL LUGAR DE LA MUJER — Robin Lakoff. Si es cierto que nuestra actitud hacia el «mundo» matiza nuestros pensamientos, también lo es que a través de nuestra conducta lingüística podemos diagnosticar nuestros sentimientos ocultos hacia el «mundo». El libro pretende evidenciar mediante el estudio de los usos lingüísticos la discriminación que experimenta la mujer.

UTOPIAS: NOTICIAS DE NINGUNA PARTE — William Morris. Constituye una respuesta a la vida inmediata y concreta. Su visión de una sociedad socialista y también su réplica a la obra de Edward Bellamy «Looking Backward».

AÑO 2000 — Edward Bellamy (Título original: Looking Backward). Una visión americana del socialismo contrapuesta a la de W. Morris y de ahí su interés en publicarlos conjuntamente.

CRITICA A LA CIVILIZACION — Edward Carpenter. Prólogo de Marta Pessarrodona. Socialismo, Homosexualidad, feminismo, temas cuya originalidad se la debemos a este autor de la mitad del siglo pasado.